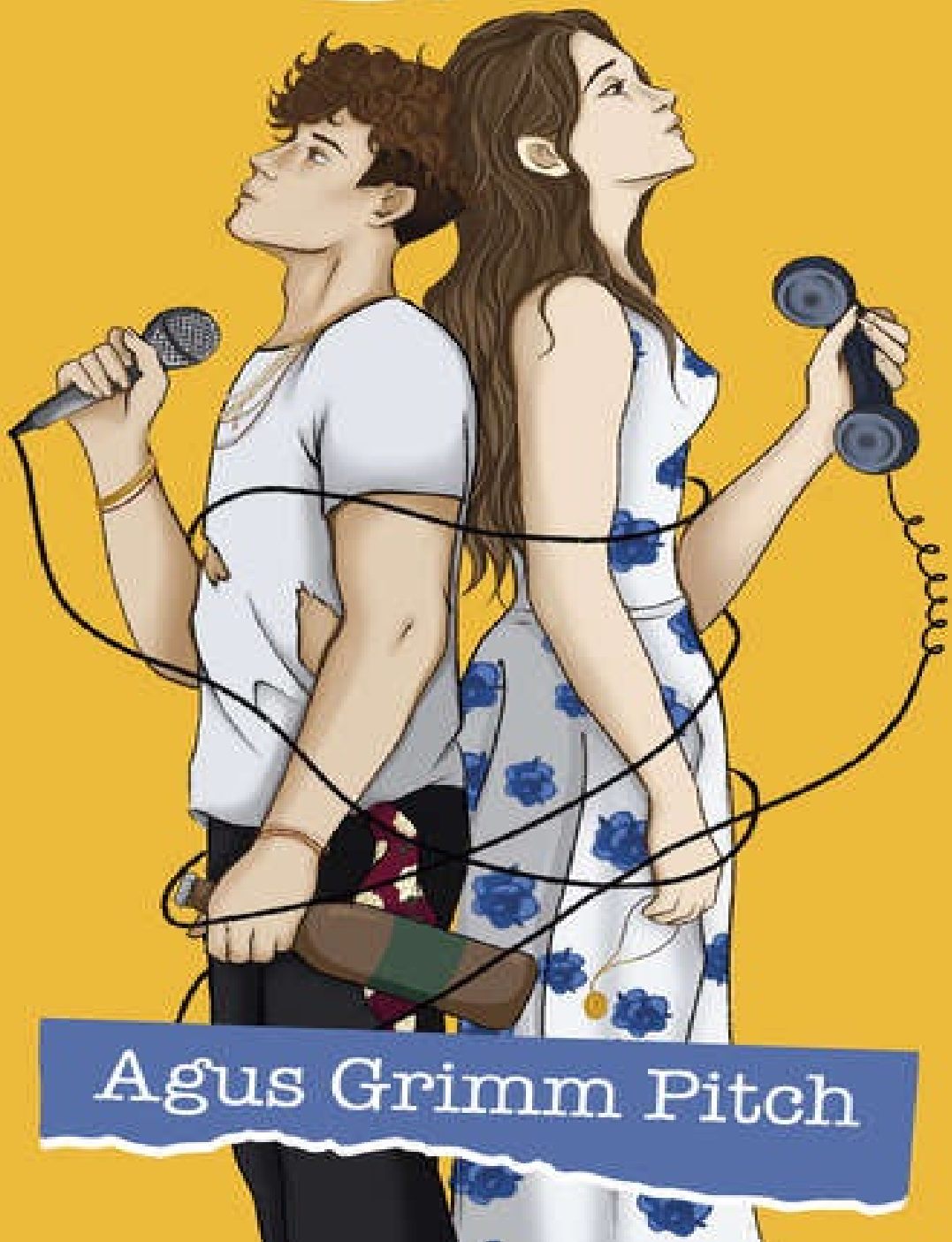
La teoría de JOA



Agus Grimm Pitch

La teoría de Joa

Agus Grimm Pitch

ALFAGUARA
INFANTIL Y JUVENIL

A Greta Van Fleet. Gracias por acompañarme con su música todos los días desde hace cuatro años.

1. Julia

De todos los escenarios posibles que imaginé antes de esta noche, ninguno incluía encontrar a Joa Keuler desmayado entre bolsas de basura.

Y no sé qué se supone que deberíamos hacer. Camino de un lado a otro tratando de encontrar una solución. No podemos hacer de cuenta que no lo vimos y seguir con nuestra ruta como si nada. No es ético dejar tirada a una persona desmayada, pero tampoco se me ocurren otras opciones. ¿Llamar a una ambulancia? Quizá sea exagerado y probablemente al pobre lo metería en un quilombo importante si se supiera que dos desconocidas lo encontraron así. El chabón respira, así que no es que esté muerto. Aunque no tengo ni idea de por qué no se mueve. ¿Coma etílico? Lo más probable. ¿Debería patearlo para comprobarlo? Demasiado violento. Le podría tirar agua en la cara, pero perdí la botella en algún momento del concierto. Si lo levantamos para sacarlo de la basura, tal vez se despierte. Pero ¿y después qué?

Pensá, Julia. Pensá. Me digo.

Escucho pasos provenientes de la calle y giro sobresaltada. Dejo de respirar hasta que me doy cuenta de que en realidad no hay nadie. El callejón está bastante oscuro (lógicamente: son las tres de la mañana) y tiene solamente una salida, por lo que sería fácil que nos acorralaran. Dos mujeres y una estrella de rock desmayada serían las víctimas perfectas de cualquier loco que pasara por ahí. Internamente, le pido a Dios que nos ayude. Es un hábito del que nunca me pude deshacer del todo.

Necesitamos encontrar alguna salida de esto, y rápido.

—Lola, ¿te vas a quedar parada ahí toda la noche? —digo—. Me estás poniendo nerviosa.

Ella me mira. Tiene los brazos cruzados y los ojos entrecerrados. No se mueve.

—Todo te pone nerviosa, Julia. No es ninguna novedad —responde—. Además, estoy pensando.

—¿En qué?

—¿No es una situación rara? Hasta hace… ¿cuánto?, ¿tres horas? —pregunta—, estaba cantando en el estadio de River y ahora está acá… así —señala al chico con ambas manos—. Alguien debe estar buscándolo, ¿no te parece?

Tiene razón. Porque no es cualquier borracho: es Joa Keuler. Todos saben *quién es* él. Porque no conocerlo, significa no conocer a Gris. Y no conocer a Gris, significa que vivís en un frasco. ¿Cómo no vas a conocer a la banda de rock más importante de la última década?

Bueno, yo misma no la conocía hasta hace un par de semanas, pero Lola ya se encargó de reírse de mí por eso. Hay muchas cosas de las que me tomó un tiempo enterarme.

—No podemos dejarlo ahí —dice Lola.

—Ya sé —respondo—. Pero quizá piensen que quisimos secuestrarlo o algo así. Ni siquiera sería la primera vez que pasa. —No miento. Los intentos de secuestrar a Joa Keuler son todo lo frecuentes que uno supondría—. O por ahí se muere en el camino y nos echan la culpa. Ni siquiera sabemos exactamente por qué no se mueve, ¿y si…?

Escondo la cara entre las manos. Estoy empezando a hiperventilar. Me asalta de nuevo el pensamiento de que fue un error enorme habernos desviado de nuestro camino cuando lo vimos. Deberíamos haber hecho lo que todo el mundo hace: pretender que la persona desmayada no existe.

A ver, reconozco que, en parte, estamos como estamos porque la gente siempre elige mirar para otro lado cuando pasan algunas cosas y me hace sentir culpable desear lo mismo, pero en este preciso momento, no puedo evitarlo. De todos los seres humanos sobre la Tierra que podríamos habernos encontrado en esta situación, venimos a cruzarnos con el que probablemente nos va a traer más problemas.

Lola me saca las manos de la cara, me toma por las muñecas y me mira fijamente.

—No entres en pánico —me dice—. Va a estar todo bien.

Asiento, aunque no estoy del todo convencida. Ella repite la última frase y yo vuelvo a asentir. Afirmaciones, las llama. No sé si son útiles, sin embargo, elijo creer. El efecto placebo hace que mi respiración empiece a normalizarse poco a poco. Y cuando vuelve a estar en un ritmo normal, Lola continúa hablando.

—Tengo una idea —dice—. Hay una cafetería a unas cuadras de acá que está abierta hasta tarde. Y no me mires así —suelta, en respuesta a mi expresión—: no es ningún lugar *demasiado* turbio. Podemos arrastrarlo hasta ahí entre las dos, y si tenemos suerte quizá se despierte y podamos llamar a alguien. ¿Qué te parece el plan?

—Eh, yo…

—Excelente —me interrumpe sin darme tiempo a pensarlo dos veces—. Dame una mano con esto.

Se acerca al pibe y lo agarra de un brazo. Me hace un gesto para que tome el otro y lo hago. Entre las dos lo levantamos. Sorprendentemente, con mucha facilidad, pese a que ninguna de las dos somos ejemplo de persona atlética. Es más bajo que nosotras y no pesa demasiado. Pero tenía tanta presencia en el escenario que pensé que nos sacaba una cabeza.

Puedo imaginar exactamente lo que mi padre pensaría de eso. Hasta con su voz y todo. Sacudo la cabeza para tratar de borrarlo de mi mente. Me paso el brazo derecho de Joa por los hombros y tengo que reprimir las arcadas, porque está completamente cubierto de basura. Me dan ganas de mandar a la mierda el gesto de buena persona y salir corriendo sin mirar atrás. Empezamos a arrastrarlo hacia la calle. Internamente maldigo todo lo que nos llevó a esta situación.

Porque yo ni siquiera quería estar acá. Pensaba pasar esta noche de sábado como todas mis noches de sábado: en el departamento mirando series y tratando de no pensar en que el lunes

tengo que volver a trabajar. Pero no. A mi mejor amiga (y digo “mejor” aunque en realidad sea la única que tengo) se le ocurrió que era una excelente idea participar en un concurso por unas entradas para el concierto de Gris.

Y la peor parte es que encima tuvo la suerte de ganarlas. Un poco la envidio: yo nunca gané un sorteo en mi vida. Y eso que recé mucho (en secreto). Desde que me lo contó, asumí que iba a invitar a otra persona. Por ahí a cualquiera de sus amigas de la feria, que hubieran ido encantadas, o a su chongo o chonga de turno.

Claramente, me equivoqué. Ella estaba decidida desde el principio a que yo la acompañara y no había forma de evitarlo porque vivimos juntas y es imposible inventar excusas.

Nunca pudo entender por qué yo jamás había ido a un concierto. De todas las cosas que no hice en 21 años de vida, le parecía una de las más inaceptables. Se le grabó tan profundamente en la cabeza que tenía que vivir esa experiencia, que no paraba de sacar el tema cada vez que tenía oportunidad. Desayuno, almuerzo y cena.

Una vez me lo preguntó después de un día de mierda que había tenido en el trabajo y casi le estampo mi mochila en el medio de la cara. Puede ser *demasiado* insistente cuando se encapricha con algo.

La insistencia le sirvió, porque terminé diciéndole que sí, solo para no escucharla. Con la única condición de que volviéramos en taxi y no en el auto de algún desconocido.

—Confiá en mí. Te vas a divertir —me aseguró.

No se me ocurrió pensar que treinta mil personas enfrente de un escenario son, de verdad, mucha gente. Y que a las personas que tengas al lado les va a dar igual si te dejan sorda con sus gritos agudos. Y que a nadie, absolutamente a nadie, le va a importar aplastarte en un pogo, si eso significa estar un poco más cerca del aire que respira el increíble, magnífico, maravilloso (según criterios que no son los míos) Joa Keuler.

A pesar de todo, salí con vida del concierto. Terminó a la madrugada. Habíamos estado paradas ahí desde las seis de la tarde, pero empezaron con varias horas de retraso quién sabe por qué (aunque considerando *esta* situación, puedo formular algunas teorías). No fue tan terrible como pensé que iba a ser. Ni fui capaz de encontrar la razón exacta por la cual estuvo terminantemente prohibido para mí poner un pie en un lugar así durante toda mi adolescencia. Más allá de que la gente sea un poco salvaje, no encontré nada particularmente pecaminoso en una masa de personas gritándole a un cantante que se casarían con él.

Dejando de lado mis especulaciones, no pensé que las cosas iban a terminar dándose de esta manera. No contaba con que tendríamos que caminar veinte cuadras solas, sin conseguir un solo taxi libre o un Uber que nos quisiera llevar, y que encontraríamos al mismo cantante que unas horas atrás habíamos visto brillar en el escenario medio muerto en un callejón oscuro.

En fin, cosas que pasan, ¿verdad?

Salimos por fin a la calle y lo seguimos arrastrando, ahora por la vereda. Miro hacia todos lados

para corroborar que no haya nadie: todo vacío. Con más luz, me doy cuenta de que la suciedad dejó a Joa casi irreconocible. Su pelo, que antes estaba perfectamente rizado, ahora está todo húmedo y aplastado. Tiene la remera desgarrada en partes, como si se la hubieran querido arrancar. El pantalón de cuero tiene varios agujeros y le falta una zapatilla. Podrían confundirlo con un drogadicto cualquiera. Eso me tranquiliza un poco, porque hay menos posibilidades de que alguien lo reconozca. Aunque, en el fondo, me da un poco de pena. Y también me intriga. Todo en partes iguales.

¿Por qué una persona que, según todos dicen, lo tiene todo, llega a esta situación?

Dejo que Lola nos guíe hasta esa cafetería que dice que conoce. Trato de hacer contacto visual con ella, sin éxito alguno. Sigue concentrada en el camino. Intento confiar en que nos sacará de esta situación en la que nos metimos sin querer. Tengo que hacerlo.

Nos cruzamos con una señora mayor paseando a su perro. Es un chihuahua, con la correa demasiado larga. Cuando pasamos por al lado muestra los dientes y se abalanza hacia nosotros. Lola y yo lo esquivamos, pero el perro muerde el tobillo descubierto de Joa y no da indicios de querer soltarlo. Él, obviamente, no reacciona. Como tengo los brazos ocupados, lo único que puedo hacer es patearlo, así que lo hago. Cuando se suelta, veo que el tobillo está sangrando: genial, otra cosa más de la que podrían culparnos.

La señora tira de la correa para acercar el perro a ella. No dice nada, pero nos mira con desaprobación. Levanto las cejas como pidiéndole una explicación, sin dejar de avanzar. Ella solo bufa, murmura algo que no llego a entender y continúa su camino. Siento deseos de gritarle que aprenda a controlar a su animal, y que, de todas maneras, ¿quién saca a su mascota agresiva a pasear a la madrugada? Pero me contengo. No estamos en condiciones de pelear con ninguna desconocida.

—Deberías haberlo pateado más fuerte —me dice Lola después de que nos alejamos.

—Pensé que eras animalista —le respondo.

—No aplica a los chihuahuas.

Doblamos en la siguiente cuadra, solo tenemos que caminar hasta la mitad y ahí está la cafetería. Por lo que se ve desde afuera es un local bastante chico, sin mesas exteriores, lo cual se puede atribuir al horario. También tiene un farol al lado de la puerta, pero o no funciona o nadie se tomó el trabajo de prenderlo. Sumado al vidrio opaco y la pintura levantada, le da un aspecto viejo y descuidado. Me genera desconfianza. Me siento tentada de preguntarle a Lola exactamente cómo conoce este lugar, pero presiento que no me va a gustar la respuesta.

—Apoyalo acá —me dice moviendo a Joa hacia una pared de ladrillo—. Conozco a uno de los meseros. Voy a hablar con él y vuelvo.

Lo ponemos de espalda contra la pared y lo bajamos con cuidado hasta que queda sentado. Lola entra al bar, suena una campanita cuando abre la puerta y yo me quedo parada vigilando. Es una calle silenciosa y tan vacía como el camino que hicimos hasta acá. Empieza a soplar viento y me da un escalofrío. Me arrepiento de no haber traído ni siquiera una campera liviana. Cruzo los

brazos para intentar recuperar algo de calor. No me veo en un espejo desde que salí, pero no quiero ni pensar en el aspecto deplorable que debo tener después de todo esto. Me había planchado el pelo y me había puesto un poco de delineador que Lola me prestó. ¿Todavía se notará? ¿O pareceré un mapache?

Veo a una persona con capucha caminando por la vereda de enfrente. No sé si me vio. Casi no hay iluminación de este lado. Pero, por instinto, meto la mano en el bolsillo del pantalón y agarro mi llavero con fuerza. Lo compré por internet y trae una navaja para defensa personal. Algunas personas pensarían que es exagerado; sin embargo, para una mujer, nunca está de más.

—¿Y vos, quién sos? —dice una voz detrás de mí.

Me sobresalto y me doy vuelta sacando la navaja automáticamente. Bufo de alivio al darme cuenta de que, obviamente, no es nadie nuevo. Tal vez sí sea un poco paranoica a veces. Joa Keuler está despierto, con la mirada fija en mí, analizándome.

—Por favor no… no me ataques —dice levantando las manos—. Sos como… muy linda para andar sola —continúa mientras me agacho para quedar a su altura y guardo el llavero. Odio hablarle a la gente desde arriba—. ¿Estás tratando de secuestrarme? —pregunta en un susurro.

El aliento a alcohol mezclado con el aún persistente olor a basurero me toma por sorpresa y me ahoga un poco. Dudo que él sea consciente de eso. Toso con fuerza y me masajeo la sien.

—No, imbécil —respondo—. Es más, creo que acabo de salvarte de morir ahogado entre bolsas de basura. Y, por cierto —aclaro—, no estás en condiciones de levantarte a nadie.

En ese mismo momento veo que Lola se asoma. Tanto Joa como yo giramos para verla.

—Ah, parece que revivió —dice con una sonrisa.

Asiento. Me hace una seña para que la sigamos y luego vuelve a meterse en el local. Agarro a Joa de un brazo y tiro para que se ponga en pie. Trastabilla un poco, pero finalmente consigue estabilizarse. Por precaución, no lo suelto hasta que ambos entramos.

La primera impresión que tengo del lugar es que el ambiente es agobiante. No tiene ventanas ni ventilación. ¿Es legal eso siquiera? La luz brilla por su ausencia (vaya manera de expresarlo). Solo hay un par de lámparas no muy potentes esparcidas por el techo. Está decorado de una manera rara y diría que pasada de moda, con pósteres amarillentos pegados en las paredes de ladrillo sin revocar y mesas de madera. La mayoría están vacías, salvo por un par al fondo ocupadas por señores jugando a las cartas. Uno de ellos está fumando un habano y el humo es tan denso que incluso a esta distancia consigue asfixiarnos un poco.

Los hombres nos clavan la mirada por unos segundos, pero ninguno dice nada y retoman su juego. Por suerte, no muestran signos de haber reconocido a nuestro nuevo amiguito. Elegimos una de las mesas cercanas a la puerta y ayudo a Joa a sentarse. Lola y yo nos acomodamos enfrente, y él se queda con la vista clavada en un servilletero unos segundos, hasta que finalmente pregunta:

—¿Qué bolsas de basura?

—Estabas desmayado en un callejón, ¿no te acordás?—pregunto.

Él niega con la cabeza. Parece genuinamente sorprendido por lo que le estoy contando. Como si le hubiera sucedido a otra persona y no a él mismo.

—Entonces, ¿no tenés ni idea de dónde estabas antes ni de cómo llegaste ahí? —insiste Lola.

Él vuelve a negar con la cabeza y se encoge de hombros.

Genial: no solo está borracho, sino terriblemente desorientado.

Acto seguido, agarra una servilleta y empieza a doblarla y desdoblarla en patrones irregulares.

—Creo que va a ser difícil hablar con él. Está en Narnia —me susurra mi amiga al oído.

—¿Alguna idea? —respondo.

Ella no llega a contestarme, porque aparece un mesero medianamente alegre al principio, aunque su gesto muta a uno de evidente mal humor cuando ve el estado de Joa. Nos deja una única carta sobre la mesa y nos pregunta qué vamos a pedir, manteniendo una distancia prudencial. No lo culpo por eso. Ojeo la carta, que no tiene demasiada variedad, y se la paso a mi amiga. Nuestro compañero de mesa no parece estar al tanto de la situación y sigue enfrascado en su servilleta.

—Te pido un té y dos cafés dobles —dice Lola. Decide por mí porque ya sabe lo que pido siempre, y por Joa… bueno, tampoco está en condiciones de elegir nada— y tres tostados. Uno de queso solo. Soy vegetariana. Gracias.

Le sonríe al mesero y como respuesta él le guiña un ojo antes de irse. Sospechoso.

Tanteo mi bolsillo y toco mi celular (que hace rato se apagó por falta de batería) y mi llavero con las llaves de casa.

—¿Yo te di mi billetera? —le pregunto a mi amiga.

Ella niega con la cabeza. Después, rebusca entre sus propios bolsillos y saca su teléfono y sus llaves.

—Tampoco tengo la mía —susurra.

Las dos compartimos una mirada de pánico. *Lo que faltaba,* pienso. Trato de recordar en qué momento de todo el trayecto las podríamos haber perdido, pero es inútil. Si algún punga nos las robó en el concierto, es tarde. Y si se nos cayeron en la salida, también es tarde. Cualquiera que haya pasado probablemente se las llevó y está disfrutando en este momento de la plata que no le corresponde. Gracias a Dios, no tengo ninguna tarjeta de crédito con la que puedan endeudarme, pero para esto, y principalmente para la vuelta, nos vendría genial el efectivo. O, por lo menos, una tarjeta de transporte.

Me invade otra oleada de pánico. Trueno mis dedos, apoyo los codos en la mesa y dejo caer mi cabeza.

—Vamos a encontrar una manera de solucionarlo. Quizá yo podría… —sugiere Lola.

—No te voy a dejar que hagas una estupidez como "forma de pago" —la interrumpo tajante—. Vi cómo te miró. Más tarde me vas a contar de dónde lo conocés, pero en este momento me parece muy poco relevante.

Entonces, sin previo aviso, Joa deja un fajo de billetes sobre la mesa.

Lola y yo lo miramos y luego nos miramos extrañadas. Nos quedamos unos segundos sin saber qué hacer. Hasta que reacciono y (con cuidado, para no llamar la atención de nadie) agarro los billetes y los reviso. Están atados con una gomita elástica. Son dólares. *Fucking* dólares. Saco uno y lo estiro sobre mis piernas, tapándome con el cuerpo. Son de cien. Y son auténticos. Cuento por encima la cantidad que hay en el fajo.

¿Este chabón andaba con casi tres mil dólares en el bolsillo y los saca así como si nada? ¿A qué clase de persona nos encontramos?

—¿De dónde los sacaste? —pregunto en voz baja.

—Los tenía en el bolsillo del pantalón —me responde como si fuera una obviedad.

—Julia, es millonario —interviene Lola.

—Podés ser rico, pero no idiota —le respondo—. ¿Vos vas caminando por la calle tan tranquilo con *esto*? —digo dirigiéndome a Joa.

Asiente.

—Podés usarlos para pagar, ya que perdiste la billetera… —explica encogiéndose de hombros.

Me quedo con la boca abierta. Estoy demasiado sorprendida como para responder algo. Mi amiga suelta una risa nerviosa.

—Parece que la estrellita de rock es una caja de sorpresas —comenta con ironía mientras se cruza de brazos y se apoya contra el respaldo.

En ese momento, veo que el mesero se acerca con nuestra bandeja. Tapo el fajo de billetes con el brazo. El hombre apoya nuestro pedido en la mesa. No nos dice nada, pero mira a Lola de una manera tan rara que me hace sentir terriblemente incómoda. Definitivamente, voy a pedirle explicaciones por esto. Por ahora, solo agarro mi café y bebo un poco. El calor que baja por mi garganta me hace bien. Muerdo el tostado. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba comer.

Mi amiga revisa el suyo y la escucho quejarse por lo bajo.

—Le dije que le pusiera solo queso…

Abre su tostado y le saca las fetas de jamón. Se las ofrece a Joa, que sin que nos diéramos cuenta ya se terminó la mitad de lo que le sirvieron. Él acepta con gusto. Lo observo comer con voracidad. Parece que casi ni mastica lo que se lleva a la boca. ¿Comerá siempre así? Al menos físicamente no se le nota.

Nos quedamos un par de minutos en silencio hasta que todos terminamos de comer. Entonces, pregunto:

—¿Y ahora qué?

—No tengo ni la más puta idea, amiga.

Nuestro compañero de mesa volvió a la carga con los dobleces de su servilleta, de la que se había olvidado por un rato. Parece que no la estaba doblando al pedo: estaba haciendo una grulla de origami. Considerando el estado en el que está, le quedó increíblemente prolija.

Cuando la termina, nos la muestra con orgullo.

—¿No es bonita? —nos dice—. Mirá, la podés hacer volar si tirás de la cola.

Efectivamente, tirar de la cola hace que las alas se muevan. La levanta y la pasea por el aire, riéndose. Parece genuinamente feliz. Casi de una forma infantil. ¿Acaso no estaba inconsciente hasta hace unos minutos? ¿Cómo es que de pronto tiene la capacidad para hacer una puta grulla de origami? Será otro misterio del universo que quedará sin resolverse.

Él deja su creación en la mesa y aparentemente recuerda algo.

—¿Le avisaron a Damián? —consulta.

—Damián, ¿el baterista? —repregunta Lola y Joa asiente como si fuera algo que deberíamos haber sabido—. Ni siquiera lo conocemos, amigo.

De repente, la cara se le transforma. Tiene un súbito arranque de conciencia y murmura algo para sí mismo. Reflexiona por unos segundos, apoya las manos sobre la mesa y dice:

—Perdón, tengo que irme.

Se para bruscamente y empieza a caminar. Tendría que decirle algo, pero no se me ocurre nada. Nunca fui buena discutiendo con borrachos. Y eso que he tratado con bastantes. Lola intenta agarrarlo del brazo para decirle que se quede (o que por lo menos nos explique qué carajo le pasa), pero se mueve tan rápido que cuando ella logra estirarse él ya salió corriendo por la puerta.

—Sigámoslo —suelta.

Las dos nos paramos con rapidez y agarramos nuestras cosas de arriba de la mesa. El mesero nos ve y al parecer cree que nos vamos a ir sin pagar. Yo también lo creería, siendo honesta. Se acerca rápidamente hacia nosotras. Saco un billete del fajo que Joa dejó y se lo tiro mientras corremos hacia la puerta. Cuando salimos escucho el sonido de un portazo detrás de nosotras,

aunque no nos sigue. De nada, señor mesero. Le acabo de dar la mejor propina de su vida.

Cuando el viento de la calle me golpea la cara, descubro lo mucho que me hacía falta respirar aire fresco. Miro hacia la izquierda y Lola hacia la derecha. Podemos distinguir a Joa que se dirige a la avenida y empezamos a correrlo. Entonces, entre jadeos, le pregunto a Lola, en referencia al camarero:

—¿Se puede saber de dónde lo conocías?

—Tinder —responde—. Salimos una vez, pero me dio malas vibras y lo *ghosteé.*

—¿Y cómo sabías que trabajaba en este lugar?

—Sabés que tengo memoria para detalles boludos —explica recogiendo los mechones rubios y rosas que le tapan la cara—. Le metí un verso y le prometí una segunda cita para que nos dejara pasar con Joa.

—Entonces vas a tener una segunda cita…

—Ni en pedo, amiga. Ni en pedo. Lo tengo bloqueado de todos lados —se ríe con el poco aire que le queda.

Yo también me estoy quedando sin aire. Estamos yendo lo más rápido que podemos y aun así no logramos alcanzarlo. ¿Cómo hace para correr tan rápido medio descalzo y con un tobillo lastimado sin agotarse?

Las luces nos indican que ya estamos a metros de la avenida. Joa perdió su otra zapatilla en el camino. Gracias a nuestros esfuerzos, pudimos acortar bastante la distancia con él. El semáforo para peatones está en rojo, por lo que supongo que va a detenerse.

Y el hijo de mil putas va y cruza una avenida con el semáforo en rojo.

Frenamos en la vereda y vemos que un auto le pasa rozando por el costado y pega un bocinazo. Joa se sorprende y en vez de moverse para salir de ahí solo se queda parado dando vueltas, sin saber a dónde ir.

—Lo van a atropellar —digo casi sin aliento.

—Tendríamos que sacarlo de ahí, ¿no? —observa Lola.

—Supongo —levanto las cejas completamente resignada por la situación—. A la cuenta de tres…

Contamos y nos lanzamos al medio de la calle transitada para proteger a un individuo que acabamos de conocer y que es una persona lo suficientemente anormal como para intentar dejar tres mil dólares de propina en un café. Muy altruista de nuestra parte. Llegamos hasta él, lo agarro de la remera y tiro de ella para que quedemos frente a frente.

—¡¿Estás loco!? —le grito—. ¿Cómo vas a cruzar con el semáforo en rojo?

Y entonces escucho las sirenas. En menos de cinco segundos tenemos tres patrulleros alrededor. Nos tienen rodeados. Me tapo los ojos con la mano porque las luces me ciegan. Entre mis dedos puedo ver que una de las puertas se abre y un policía se baja.

—¿Otra vez vos? —bufa el hombre con resignación.

2. Julia

Esta es la primera vez que viajo en un patrullero.

Nunca fui una persona con los suficientes problemas como para tener que subirme a uno. Me genera una sensación rara que haya una reja entre la parte delantera y la trasera del auto. Más bien, me hace sentir una criminal. ¿Acaso lo soy?

No recuerdo que nada de lo que hayamos hecho en las últimas horas sea efectivamente ilegal. Pero yo sé que, en muchos casos, no se trata de lo que hacés realmente, sino de la cara que te vean, y eso me asusta un poco. ¿Tengo cara de delincuente? No lo creo. Si la tuviera, ya nos hubieran esposado, ¿verdad?

Voy sentada en el medio. Procuro que no se note que estoy tensa, pero no puedo dejar la pierna quieta. Lola me pone una mano en la rodilla para frenarla. Me llegan recuerdos de todas las veces que lo hacía cuando nos sentábamos juntas en el colegio. Más de una vez me amenazó con atármela a la silla porque movía el banco y causaba que rayara sin querer sus apuntes decorados. Sus apuntes siempre fueron más lindos que los míos. Yo no tenía tanta paciencia como para usar tantos colores, así que usualmente se los pedía para fotocopiarlos. A veces me daba culpa, porque sentía que me estaba aprovechando de ella, pero nunca me reclamó nada. Yo quería creer que Dios iba a recompensárselo de alguna manera. Todavía lo espero, un poco. Después de todo, aprobé más de la mitad de las materias gracias a eso.

Me inclino hacia ella.

—¿Cómo podés estar tan tranquila? —le susurro.

—Solo salvamos a un borracho de morir atropellado —me responde también en un susurro—. Hasta donde sé es un acto de… ¿cómo era?, misericordia, ¿no?

—Ni siquiera sabemos a dónde nos llevan.

—Buen punto. Pero no hicimos nada, así que no pueden hacernos nada.

Hago una mueca en respuesta y ella traga saliva. No me contesta. Sabe perfectamente a lo que me refiero. Me incorporo de golpe cuando el hombre en el asiento del copiloto se acomoda y dice algo por su radio. Por un segundo tengo miedo de que nos hayan escuchado. De hecho, probablemente lo hicieron. Y los cuestionamientos no son algo que a los policías les agrade oír. Pero lo desestimo, porque nos ignoran durante todo el camino.

Me meto la mano en el bolsillo y la sensación del fajo de billetes hace que me ponga más nerviosa. Todavía no sé qué voy a hacer con esto. Esta vez, por primera vez en mucho tiempo, no tengo un plan.

Aunque no nos hayan explicado nada, algo pude captar acerca de la situación en la que nos

metimos, según la conversación de los policías que nos llevan. Parece que no es la primera vez que a Joa Keuler lo detiene la policía. Lo reportaron como desaparecido (no frente al ojo público, por obvias razones) después del concierto. Aparentemente, estaba en una fiesta y sus amigos lo perdieron de vista. Y por ser el legendario, magnífico y extravagante (según criterios que, de nuevo, no son los míos) vocalista de Gris, el cuerpo policial entero se movilizó para encontrarlo. No quisiera saber si dejaron de lado un caso que requería más de su atención por buscar a este tipo. Mejor no pregunto cosas que prefiero ignorar.

Lo rastrearon a través de las cámaras. Y por el testimonio de una señora "con un perro insoportable" que se fue a quejar por "presencias indecentes" (palabras textuales). No me cabe duda alguna de que fue la mujer con el chihuahua. Asumo que no habrá mencionado la parte en la que su mascota mordió ferozmente a la "presencia indecente". Sí, probablemente omitió ese detalle. Solo espero que el perrito no haya tenido rabia.

Joa apoyó la cabeza en la ventana izquierda apenas lo subieron y se quedó completamente dormido. Yo le puse el cinturón y se lo ajusté bien. No porque vaya a pasarle algo, sino porque preferiría que no se cayera encima mío. Haberlo arrastrado cinco cuadras es razón suficiente como para que mañana vaya a incinerar la ropa que llevo puesta. Se quedó en la misma posición por los casi veinte minutos que llevamos de viaje.

Bueno, al menos hasta ahora.

—Oficial… —dice exagerando la formalidad en su voz—. ¿Puede abrir la ventanilla, por favor?

El hombre no saca los ojos del camino. Presiona un botón en el tablero del auto y lo mantiene hasta que la ventanilla baja del todo. Joa asoma la cabeza y lo escucho vomitar. Cierro los ojos y hago una mueca de asco tratando de no pensar en si llegó a digerir o no los tostados que se comió. Sin éxito. Cuando termina, se vuelve a acomodar en el asiento como si nada hubiera pasado.

Apenas unas cuadras más tarde, el auto empieza a frenar. Miro por la ventanilla del lado de Lola esperando ver una comisaría. Sin embargo, el hecho de que estamos en la puerta de un hotel de lujo me toma por sorpresa.

¡Claro! Cómo puedo ser tan estúpida. ¿En serio creí que lo iban a llevar detenido? ¿Al *fucking* Joa Keuler?

Es la segunda vez hoy que pienso que Lola quizá tenga razón cuando me dice que, a veces, exagero demasiado, pero no voy a reconocérselo en este preciso momento.

El patrullero sube por una rampa y frena justo enfrente de la puerta. Hay dos personas paradas esperando. Uno de ellos, un hombre alto de traje y lentes oscuros (para protegerse de qué sol, no se sabe). Se acerca sonriente. Bajan la ventanilla del asiento del copiloto al verlo.

—Muchas gracias, jefe —dice en un tono confianzudo—, por el favor.

—Ya le dije mil veces que no me diga jefe —responde el conductor, fastidiado—. Usted y yo no somos amigos por más que nos veamos seguido.

—Está bien, no se me ofenda… Oficial, ¿mejor así? —pregunta sin esperar respuesta—. Si me permite, me tengo que llevar acá al amigo, porque están todos preocupados.

Ninguno le responde y se limitan a bajar del auto. Después, abren las dos puertas traseras. El piloto se inclina sobre Joa para desabrocharle el cinturón, mientras Lola y yo salimos por el otro lado. El señor de traje nos mira, extrañado. Me agarro del antebrazo de mi amiga con fuerza. Veo que el policía levanta a Joa bruscamente del hombro para sacarlo. Se ve que eso lo marea, porque se vuelve a inclinar a un costado para vomitar de nuevo, justo encima de las botas del oficial.

—No nos pagan lo suficiente como para aguantar esto —le dice a su compañero y ambos niegan con la cabeza.

Desvío la mirada.

—¿Y ustedes son…? —nos pregunta el hombre de lentes a Lola y a mí, señalándonos con el índice.

—Estaban con él —responde el otro policía.

—Ya estaba así cuando lo encontramos —se apresura a agregar Lola.

Yo asiento, nerviosa.

—Ya veo —dice el hombre rascándose la barba—. Bueno, *ladies*, me presento. Mi nombre es Martin —acentúa la A, como si fuese un nombre extranjero y nos extiende la mano—. Soy el mánager de Gris —agrega como si acabara de anunciar que tiene un título de nobleza—. Un gusto conocerlas.

Percibo que nos guiña un ojo por debajo de los anteojos de sol. Sonríe y nos estrecha la mano a cada una con demasiada fuerza. Sus dientes son tan blancos que parecen plásticos. De hecho, probablemente lo sean juzgando por su forma perfecta.

Noto que la otra persona, un chico más o menos de nuestra edad, se queda parado esperando un poco más atrás. Tengo que hacer un esfuerzo, pero finalmente lo reconozco por el corte mullet y los brazos de baterista como el tal Damián. Cuando el oficial levanta a Joa y lo lleva hasta la puerta, el chico se acerca. Quedan frente a frente y él le pone las manos en los hombros.

—Te abrazaría, pero das bastante asco, amigo —dice y se rasca la cabeza—. ¿Dónde mierda estabas? Me preocupaste.

—No tengo idea —responde Joa negando con la cabeza y riéndose, con sinceridad.

—¿Sabés qué? No importa. Lo fundamental es que estás bien —suspira aliviado—. Subí, date una ducha y vamos a casa.

Hace el amague de caminar hasta la puerta, pero se detiene y clava la vista en nosotras.

—¿Y ellas? —le pregunta a Martin, señalándonos con la cabeza.

El mánager reflexiona durante unos segundos antes de responder

—Eh… se supone que estaban con él —dice visiblemente incrédulo por nuestra versión—. Ahora les pedimos un taxi. Esperen por acá sentadas.

—¿Acá afuera? Está bastante fresco —insiste Damián.

—No pensabas hacerlas esperar *adentro*, ¿o sí? —se ríe—. Ni siquiera sabemos quiénes son, o sus intenciones… —agrega en un tono más bajo, que escuchamos de todas maneras.

—Sería muy irrespetuoso ni siquiera ofrecerles un café, Martin.

El mánager bufa, fastidiado.

—No podés meter a dos extrañas en el cuarto. Ni siquiera las conocés.

—No sé el contexto —discute—. Lo que sí sé es que encontraron a Joaquín y lo trajeron de vuelta. En una pieza.

El mánager pone los ojos en blanco.

—El pasillo del hall. Es todo lo que voy a ceder. Y hacé que las revisen antes, ¿está claro? —Damián asiente—. Ahora llevátelas. Tengo cosas más importantes de las cuales preocuparme.

—Que sea pasillo, entonces.

Damián nos hace una seña para que lo sigamos, sonriendo como si no hubiéramos escuchado toda la conversación. Martin se queda hablando con los policías. Supongo que están arreglando sus asuntos.

Por fin me suelto del brazo de Lola y vuelvo a palpar mi bolsillo. ¿Debería mencionárselo a este chico? Parece de confianza. Decido esperar un poco y entramos al hall de recepción, donde saluda al encargado antes de dirigirse a los ascensores del fondo.

Este lugar es todo lo lujoso que daba a entender por fuera. Los pisos de mármol perfectamente lustrados. Las lámparas de cristal. Los mangos brillantes de las puertas. Probablemente sea la única vez en mi vida que pise un lugar así.

Miro a Joa de reojo y se me ocurre que él tampoco pertenece (al menos en apariencia) a este lugar.

Los dos ascensores frente a nosotros están abiertos. Damián hace que Joa entre en uno, toca uno de los botones más altos y se aleja diciendo:

—No voy a compartir ascensor con vos.

—¡Ey! —se queja Joa, pero las puertas se cierran antes de que pueda seguir protestando.

Damián nos hace una seña para que subamos al otro y nosotras nos quedamos paradas con una

expresión de duda.

—Me da igual lo que diga Martin —aclara—. Se van a morir de frío acá abajo. Además —agrega—, no me gustaría que las molesten.

Ambas asentimos en agradecimiento y no puedo evitar que el chico me caiga todavía mejor. Aunque al mismo tiempo, puedo entender el razonamiento del mánager: yo tampoco dejaría pasar a cualquiera, si fuera ellos.

—Gracias —dice Damián y agrega—. Por haberlo ayudado, quiero decir. Nadie les agradeció todavía, ¿verdad? Perdón por eso —se disculpa.

—Sos el primero, felicidades —contesta Lola riéndose—. Vamos a estar esperando una canasta de frutas de tu parte.

Los tres nos reímos por el comentario.

Llegamos al piso 13 y las puertas se abren. Joa está parado en el pasillo frente a nosotros.

—¡Sabés que le tengo fobia a los ascensores! —exclama exasperado.

—Lo sé perfectamente —contesta Damián saliendo—, pero estás bastante sucio y hay damas presentes —continúa señalándonos con las manos—. Aunque supongo que, si te encontraron así, ya están curadas de espanto.

Joa pone los ojos en blanco y se cruza de brazos. Entonces, los tres seguimos a Damián por el pasillo a la derecha. Llegamos a una puerta doble y él saca una llave de su bolsillo, pero se frena antes de meterla en la cerradura.

—Les tengo que advertir que Ian está bastante… enojado —dice—. Se supone que ya tendríamos que haber vuelto a nuestras casas, pero tuvimos que parar un rato en el hotel para esperar a Joa. Así que ustedes no le hagan caso. Y a vos —agrega dirigiéndose a Joa— te conviene desaparecer rápido.

Recapitulo mentalmente tratando de recordar quién carajo es Ian, pero no lo consigo. ¿Se supone que tendría que saber estas cosas?

—Esto es diez veces más grande que nuestro departamento —me susurra Lola cuando entramos, luego de darme un codazo.

Tiene razón. Este lugar es enorme para ser un simple “cuarto de hotel”. Podría considerarse varios cuartos en uno, de hecho. Es lógico, considerando el lujo del edificio en su totalidad, pero de todas maneras me sorprende. Involuntariamente, me causa un poco de rechazo. Me enseñaron desde siempre a despreciar este tipo de cosas.

Me resulta imposible ignorar el hecho de que se puede ver toda la ciudad a través de los ventanales. Y hasta las alfombras son tan mullidas y están tan limpias que te dan ganas de tirarte a dormir en ellas.

Y pensar que en nuestro departamento tuvimos que encajar la mesa y un sillón terriblemente incómodo como piezas de Tetris para poder meterlas en un espacio tan reducido.

El ambiente está calefaccionado y lo agradezco internamente. Damián nos invita a Lola y a mí a sentarnos en los enormes sillones, ni lo dudamos. Me dejo caer con confianza sobre los almohadones y cierro los ojos: estoy demasiado cansada como para que me importe guardar las formas ahora.

Apenas nos terminamos de acomodar, escuchamos un portazo proveniente de alguna parte que no llegamos a ver, como anticipo de una tormenta.

—Vos… —dice alguien.

Y ese alguien sale de un pasillo lateral hecho una furia. Pasa empujando a Damián a un costado para dirigirse a Joa y sin previo aviso le encaja una piña en el medio de la cara. Joa se tambalea hacia atrás y el chico lo agarra de la remera (o lo que queda de ella) y lo acorrala con fuerza contra una pared. El golpe de la cabeza del vocalista se escucha desde donde estamos.

—¿¡Cómo podés ser tan idiota!? —le grita a centímetros de su cara.

En ese momento, Damián interviene y agarra al atacante por detrás para sacárselo a Joa de encima. Le cuesta un poco porque se resiste, pero cuando finalmente logra separarlos, se ubica entre medio de los dos con los brazos extendidos.

—Tratemos de resolver esto como personas civilizadas —dice mirando hacia ambos lados.

—Ah, claro —responde el chico cruzándose de brazos—. ¿Le vas a pedir a él que se comporte como una persona civilizada? —señala con la cabeza—. Como si alguna vez te hubiera hecho caso.

—Ian, por favor… —suplica Damián.

Ahora que se quedó quieto, me doy cuenta de que es el guitarrista. Pero no es eso lo que más me llama la atención, sino el hecho de que es, literalmente, una fotocopia de Joa. Lo único que lo diferencia son unos centímetros más de altura, y que tiene el pelo largo y lacio en lugar de rulos cortos. Es como ver a dos clones enfrentados. No me queda claro cuál de los dos sería el malvado.

Joa se pasa una mano por la boca. Está sangrando. Se separa de la pared relamiéndose el labio inferior. Todo queda silencioso, en suspenso, durante unos segundos. Hasta que, en un movimiento rápido, se asoma para esquivar a Damián y le tira un escupitajo a Ian.

Me quedo con la boca abierta. ¿Se llevan *así* todo el tiempo?

El guitarrista reacciona y cuando intenta agarrarlo, Joa logra evadirlo y sale corriendo hacia el pasillo, haciéndole la seña del dedo medio. Ian intenta perseguirlo, pero Damián logra detenerlo. Se escucha un portazo.

—Ian, tenés que calmarte —le dice sujetándolo de un hombro.

—Y una mierda —le contesta soltándose de su agarre—. Estoy harto de que sigas defendiéndolo. Un día nos va a meter en un quilombo serio, a todos.

—No lo estoy defendiendo. Estoy evitando que se maten entre ustedes.

—Seguro —suelta de forma inexpresiva mientras agarra una guitarra que estaba apoyada en un costado, se sienta en una silla y empieza a afinarla mientras habla. Es una habilidad que yo nunca podría alcanzar—. Como todas las otras veces que lo cubriste. Al final, siempre fue tu favorito— concluye sin mirarlo, enfatizando la última palabra.

El baterista baja la cabeza, visiblemente herido por el comentario.

—Los dos me importan por igual —dice—. Estoy tratando de hacer que las cosas funcionen. Intento ayudar, ¿qué querés que haga? ¿Que lo eche? Sabés que no puedo hacer eso. No puedo elegir a uno de ustedes —sentencia con la voz quebrada—. Además…

—Además, ¿qué?

Damián no responde. Está al borde de las lágrimas. Traga saliva. Se acaricia un brazo con el pulgar. Se puso nervioso. Sabe que habló de más.

Ian lo nota, aunque no piensa rendirse. Apoya la guitarra en la mesa y se acerca hasta quedar cara a cara con el baterista.

—Además qué, Damián.

—Que la banda no es nada sin él —concluye otra voz.

Todos nos damos vuelta. De una puerta que acaba de abrirse, y que por lo que llego a vislumbrar es la del baño, sale el que, por descarte, identifico como el bajista.

Todavía lleva puesta la túnica blanca que tenía en el concierto. Junto con la corona de ramas que tiene en la cabeza, el pelo largo y rubio y los pies descalzos, lo hace parecer un cura. O Jesús. O un pastor evangélico. O un dios griego. Quién sabe. Tal vez todos a la vez. Tiene un cigarrillo encendido; por el olor dulce me doy cuenta rápidamente de que no es tabaco.

—¿Qué? No me mires así —le dice a Ian—. Sabés que estoy diciendo la verdad. No somos nada sin Joaquín.

Le da otra calada a su cigarrillo con toda la tranquilidad del mundo. Ian se acerca a él.

—Sabés que te partiría la cara si no fuera porque sos un nene y tu mamá haría un escándalo.

Me río por dentro. Es irónico: ahora que están juntos, puedo ver que el bajista les saca más de veinte centímetros a todos, incluso estando inclinado.

—Punto uno: cumplí 18 la semana pasada —dice—. Punto dos: no deberías golpear a nadie solo

porque te dice la verdad. No deberías golpear a nadie, en líneas generales.

—Por mí te podés meter la verdad en el orto, San.

—¿Probaste haciendo yoga? —pregunta con tranquilidad, evadiendo el comentario—. Te ayudaría con todo ese… enojo. En serio, te vendría bien —asiente para sí mismo—. Tengo un amigo que da clases.

No puedo distinguir si lo está diciendo para provocarlo o si efectivamente es una sugerencia. Ian aprieta los puños y exhala con fuerza.

—¿Saben qué? —dice—. Se pueden ir todos bien a la mierda —camina—. Les deseo toda la suerte del mundo cuando el próximo quilombo en el que se meta mi hermano salga en la tele. Como siempre, va a ser fantástico para la imagen de la banda. Estoy seguro de que a todos los auspiciantes les va a encantar quedar pegados a un alcohólico —agrega con ironía—. A partir de ahora, es responsabilidad de ustedes. Yo renuncio.

—Es como la quinta vez que lo decís. Ya no te creo, ¿sabés? —agrega San, pero es completamente ignorado.

En un momento, Ian gira la vista hasta donde Lola y yo estamos sentadas, y me doy cuenta de que recién ahora descubre nuestra presencia. Dirige la mirada de nosotras a Damián de manera intermitente tratando de procesar lo que está viendo. Hasta que finalmente grita.

—¿¡Y estas quién carajo son!?

—Wow, wow, wow —interviene Lola parándose del sillón—. Primero que nada, buenas noches. Te agradecería que no me trates de “esta”. Mi nombre es Lola y mi amiga acá sentada es Julia —dice señalándome—. Somos las que rescatamos a tu hermano y lo trajimos hasta acá con vida. Así que podrías empezar por bajar la voz, para que podamos tener una conversación.

El chico larga una risa soberbia. Suelta la guitarra.

—Lo que faltaba —dice mirando al techo—. Esta vez encima se trajo a un par de *groupies.* Escuchame una cosa, amiguita —se acerca a Lola—. Ni siquiera lo intentes, nos vas a sacar un peso —la agarra de la remera, tira de ella y la acerca a su rostro—. Estoy acostumbrado a cruzarme con las de tu tipo y sé perfectamente cómo sacármelas de encima —le sonríe con descaro—. Si quiero, claro.

Su actitud prende una llama de rabia dentro de mí. Ya fue suficiente por esta noche. Esta es una de las pocas cosas que no voy a tolerar.

Me paro rápidamente, empujo a Ian y antes de que tenga tiempo a reaccionar le doy una cachetada con toda la fuerza que tengo.

Todo se queda en silencio. El guitarrista se lleva la mano a la cara mientras se incorpora. Me mira con odio. Como si no pudiera creer que una mujer le haya puesto un límite a él. Y me importa un carajo.

—No te atrevas a ponerle una mano encima —escupo—. Yo también estoy acostumbrada a cruzarme con los de tu tipo, machito de mierda.

Nadie dice absolutamente nada. San se ríe.

—Te lo buscaste —sentencia encogiéndose de hombros.

En respuesta, Ian agarra su guitarra de nuevo y esquiva a todos casi corriendo. Se encierra en el baño dando un portazo. Enseguida se escucha otro golpe y el sonido de algo haciéndose pedazos contra el piso. Pero si tiene problemas de ira, no es mi tema. Damián se queda petrificado.

—¿Qué mirás? —le digo.

—No, no, nada. Es solo que yo… —hace una pausa—, nunca vi a nadie enfrentarlo así —concluye en un susurro.

—¿Ves, Damián? —agrega San señalándonos con la mano en la que tiene el cigarrillo, aún encendido—. Eso es tener huevos. Ovarios, perdón, señorita —se corrige.

Tiro mi pelo hacia atrás, peinándome con los dedos. Casi al instante, aparece la culpa por lo que acabo de hacer. Seguramente había una manera mucho menos violenta de resolver la situación.

—Ey, ¿tenés papel y lápiz? —me pregunta Lola distrayéndome con el cambio de tema.

—¿De dónde sacaría papel y lápiz? —respondo confundida.

—Ya te busco —dice Damián.

Cruza la habitación, abre un cajón y lo revuelve hasta que saca un bloc de notas y una lapicera azul. Lola diría que tiene mal gusto, porque las lapiceras azules no son muy estéticas. Estoy de acuerdo, pero es lo que hay en estas circunstancias. Le entrega ambas cosas y ella le agradece con una sonrisa. Y después, se apoya en la mesa más cercana para escribir algo que no llego a ver.

—¿Para qué lo necesitás?

No me responde. Termina de escribir, arranca la hoja, la dobla y se la entrega a Damián.

—Para que se lo des mañana a Joa. Cuando se despierte —aclara—. ¿Ya podemos irnos? —pregunta dirigiéndose a mí—. No me gustan las vibras que se crearon es este lugar.

Aunque no creo en las energías, asiento. Estoy demasiado cansada y tampoco tengo ganas de quedarme acá más tiempo. Ya veremos cómo volver a casa, si el taxi que supuestamente nos iban a pedir todavía no llegó. No hay nada que tengamos que juntar más que lo que llevamos en los bolsillos, así que me dirijo a la puerta. Entonces me acuerdo.

Meto la mano, saco el fajo de billetes y se lo revoleo a Damián. Lo agarra y me mira desconcertado.

—Para que se lo devuelvas a tu amigo —digo ya con la mitad del cuerpo afuera de la habitación —. Los llevaba encima y nos lo dio para pagar el café —me río—. Te lo devuelvo para que vean que no somos ningunas arrastradas.

Salgo, Lola cierra la puerta detrás de mí y vamos directo hacia el ascensor.

—Están todos mal de la cabeza —dice una vez que estamos adentro.

Asiento y me apoyo contra una pared. Entonces, ya más relajada, me empiezo a reír a carcajadas sin poder evitarlo por lo bizarro de la situación. Por haber conocido a los que todo el mundo dice que son la banda del milenio y haber tenido la primicia de que, al parecer, no son tan unidos como parecen. Por haber salido ilesas y estar volviendo a casa en una pieza. Por haberme salido por primera vez en mucho tiempo de mis rutinas autoimpuestas y no haber muerto en el proceso. Por eso. Y por todo.

—¿Viste que tenía razón? Terminaste divirtiéndote. No quiero decir “te lo dije”, pero…

—Es probable que esta, y solo esta vez, hayas tenido razón —digo—. Esto va a ser una buena anécdota para contársela a nuestros nietos.

—¿Decís que nos creerían?

—Bueno, es un poco inchequeable —concedo—. Pero no tiene que ser comprobable para ser divertida.

Llegamos a la planta baja y se abre la puerta del ascensor. Cuando salimos, caminamos un poco y nos volvemos a encontrar a Martin. Probablemente ni siquiera notó que subimos. Nos pregunta si ya nos vamos y le decimos que sí. En respuesta, nos sonríe, levanta el pulgar y nos avisa que nuestro taxi ya nos está esperando. Subimos al auto y en ese momento recuerdo la nota que dejó Lola.

—Por cierto, ¿qué escribiste en ese papel? —pregunto.

—Tu número.

—¿Que hiciste *qué*?

3. Joa

Me siento como si me hubiera pasado un camión por encima.

Todo me da vueltas. Me masajeo la sien, por las punzadas de dolor que atacan mi cabeza. Tardo unos segundos en reconocer el lugar en donde estoy y solo lo hago gracias a la luz que entra a través de las rendijas de la persiana americana. Doy vueltas en la cama un par de veces hasta que finalmente me siento. El movimiento me marea y tengo el estómago revuelto. Noto mi labio inferior hinchado y me duele cuando me toco. Voy a necesitar un analgésico. O varios.

Sin mirar, estiro el brazo derecho para agarrar mi teléfono que está en la mesa de luz. Me sorprende que no tenga la pantalla rota. No sería la primera vez que pasa. Ni tampoco sería la primera vez si no lo encontraba. Debo haberlo dejado acá, o me lo debo haber olvidado en el camarín y alguno de los chicos lo agarró. No hay manera de que haya quedado ileso después de llevarlo conmigo. Aunque es una suposición, claro. No tengo ningún recuerdo de las últimas 24 horas.

Lo desbloqueo y empiezo a leer los mensajes y las llamadas perdidas de la noche anterior. La mayoría son de mi mejor amigo. Si le presto la suficiente atención, puedo notar cómo su desesperación va creciendo mensaje a mensaje. Lo que arranca con un sencillo “¿dónde estás?” pasa a ser un “¿en dónde te metiste?” y evoluciona a un “tu hermano va a matarme” hasta concluir con un “espero que no estés muerto. Voy a llamar a la policía”.

Sí, siempre fue un poco dramático.

Me levanto. Apenas me paro, el dolor ataca también mi tobillo derecho. Así es como me doy cuenta de que lo tengo vendado casi en su totalidad. Excelente: no hay un solo lugar de mi cuerpo que no esté un poco hecho mierda.

Camino rengueando por el pasillo hasta la cocina. Abro la heladera, que está casi vacía, como de costumbre. La cierro y abro la canilla de la pileta. No tengo vasos limpios a mi alcance, así que hago un cuenco con las manos y tomo lo que puedo. Aprovecho y me enjuago la cara también. El contacto con el agua fría me alivia un poco. Me seco con el repasador que quedó colgado de la manija del horno. Y cuando me doy vuelta, hay una persona parada en el pasillo, mirándome.

—¡Mierda! —digo llevándome una mano al corazón—. Me asustaste, pelotudo, ¿qué hacés acá?

Al hablar me doy cuenta de que tengo la voz ronca y la garganta también me duele bastante. Esto probablemente me traiga más problemas que todo lo demás, porque significa que no puedo cantar del todo bien. Así que quizá no solo necesite analgésicos, sino que también un té con miel.

—Vivo acá —responde Damián poniendo los ojos en blanco.

Entra a la cocina. Se acerca a la pileta y cierra la canilla que dejé abierta. Me quedo esperando a que suelte el discurso de siempre sobre cómo tengo que cuidar el agua y el ambiente, y los osos

polares y no sé qué más. Él siempre se pone sensible con esos temas, pero esta vez no lo hace, sino que solo se limita a mirarme con desaprobación. Bueno, no sé si sería esa la palabra. Resignación, más bien. San me enseñó el significado el otro día. Estoy convirtiendo en un deporte personal identificar la diferencia cuando la gente me mira.

—¿Tenés algo para tomar? Se me parte la cabeza —pregunto.

—Puedo darte un *analgésico* —enfatiza.

Damián se mete en el baño. Lo escucho revolver los gabinetes hasta que encuentra lo que busca. Vuelve con una tableta. Revisa entre las alacenas de la cocina (las que yo no alcanzo, ni siquiera poniéndome en puntas de pie) y me da un vaso limpio con agua y una pastilla de ibuprofeno.

Termino bajándome el vaso entero y vuelvo a llenarlo. Estoy muerto de sed.

Mientras tanto, él abre el freezer y saca un bloque de hielo envuelto en plástico. De esos que se usan para enfriar botellas. Pone un repasador alrededor y me lo da para que me lo ponga sobre el labio.

—¿Cómo me lo hice? —pregunto, tratando de ignorar el dolor cuando hablo.

—Ian —responde secamente.

A pesar de que tengo amnesia, no puedo decir que me sorprende.

—¿De verdad no te acordás? —pregunta—. ¿Del concierto? ¿La fiesta? ¿Cómo volviste al hotel?

No reacciono a nada de lo que dice. Solo niego con la cabeza. Es totalmente cierto: no me acuerdo de absolutamente nada.

—En fin —comienza. No hace falta que le diga que necesito que me ponga en contexto—. El concierto salió bien, considerando tu… estado. De ahí, nos fuimos directamente a la fiesta. Estuviste conmigo la mayor parte del tiempo, hasta que te perdí de vista. Traté de avisarle a Ian, pero no me prestó mucha atención. Dijo que ya ibas a aparecer.

—Y si no lo hubiera hecho, tampoco le hubiera importado —agrego.

No me responde. Solo baja la cabeza. Sabe que es cierto, al menos en parte, a mi hermano le encantaría que desapareciera y me encontraran tirado en cualquier lado. Estoy casi seguro de que hasta lo disfrutaría. Cumpliría su sueño frustrado de deshacerse definitivamente de mí.

—Como sea —continúa, haciendo de cuenta que no escuchó mi comentario—, me preocupé cuando pasó media hora y no te volví a ver. Así que me fui y me encontré con Martin en la salida. Le dije que iba a llamar a la policía, pero no me dejó. Me dijo que él se encargaba y nos mandó a todos a dormir a un hotel que acababa de reservar para que te esperáramos. No pude, claro —sacude la cabeza—. Sabés que me preocupo por vos, pero no podía hacer nada y…

Entonces me vienen a la cabeza los mensajes y las llamadas perdidas que vi hace un rato. Me

invade una punzada de culpa y me nace un impulso de abrazarlo, así que lo hago. Él me lo devuelve y apoya la cabeza en mi hombro, un gesto que siempre me dio ternura. Es la única persona que realmente me hace sentir así: culpable. Puede que sea dramático a veces, aunque en todo este tiempo nunca me dejó solo. Al menos, hasta ahora. Por eso es mi mejor amigo. Por eso lo quiero tanto.

A veces siento que es el único que sufriría si yo no estuviera, sin embargo, no sé por cuánto tiempo más lo hará.

—Todavía no te conté la mejor parte —dice cuando nos soltamos.

—¿Acaso se pone interesante? —le sonrío con picardía.

—No, no, no de esa manera. O sí, no estoy seguro —hace una mueca.

Procede a relatar uno por uno todos los eventos de anoche. ¿Que me encontraron dos chicas lindas y me llevaron a comer? De verdad lamento haber estado inconsciente. Lo del chihuahua es poco creíble, pero no se me ocurre otra explicación mejor para mi herida del tobillo. Aunque está claro que la parte que más me duele haberme perdido es la que una mujer le pone los puntos a Ian. Que lo haga yo no surte el mismo efecto a estas alturas.

—¿Y qué pidieron a cambio? —pregunto.

—Nada.

—¿Cómo que *nada*? ¿A qué te referís con eso?

—A que solo te dejaron, se fueron y ya. No nos extorsionaron. No pidieron recompensa. Y te devolvieron esto —concluye.

Se agacha y abre uno de los cajones del mueble de la cocina, el único que tiene llave y que usamos para guardar cosas de valor. Es la única parte de la casa que sentimos que nadie revisaría si entraran a robar. ¿Quién pensaría que uno guarda sus reservas en efectivo en un cajón de la cocina? Aunque, por suerte, aún no tuvimos experiencia con ladrones como para comprobar que nuestra hipótesis efectivamente es cierta.

Damián me pasa un fajo de billetes. Lo tomo y cuento la cantidad entre mis manos. Es casi exactamente lo que suelo llevarme cada noche. Eso hace que esta sea la parte más inverosímil de todo lo que me contó hasta ahora. Algo no cuadra.

—¿Así que esperás que me crea que dos desconocidas me arrastraron seis cuadras, me llevaron hasta el hotel, se pelearon con mi hermano y no me robaron? ¿Solo porque sí? —río—. La parte del perro es la más creíble en comparación.

Son demasiados actos altruistas juntos como para ser reales. Me tiene que estar jodiendo. Nadie me ayudaría si no pudiera obtener nada a costa mía. Por algo nunca recibí ayuda de nadie hasta que tuve asegurados seis ceros en el banco.

—¿Apostamos? —levanta una ceja—. Tomá, llamalas y vas a ver que no te estoy jodiendo.

Saca una nota doblada del bolsillo del pantalón. La desdoblo y empiezo a leer.

Querido Joa: es un placer para mí y para mi amiga haberte rescatado. Y antes de que lo preguntes: no, no lo digo en serio. Ni siquiera nos dieron una canasta de frutas (esto es un chiste, tengo mi propia huerta). Sin rencores. Te dejo el número de Julia para que puedas llamarla y agradecerle como corresponde. Ella fue la que insistió en que no te dejáramos tirado.

Con cariño, Lola

PD: Espero no volver a ver a tu hermano. No me cayó muy bien.

La letra es bastante prolija y parece auténtica. Hay un número anotado al final. Por ahí tendría que escribirle más tarde y corroborar si la historia es real. Me estresa hablar por teléfono. ¿Cuál es el punto teniendo WhatsApp? Aunque si de verdad me ayudaron, quizá un mensaje sea demasiado poco, ¿no? Supongo, siempre y cuando toda la estrategia de dejar una nota no sea un pretexto para sobornarme con algo más. No es que quiera pensar que mi mejor amigo me está mintiendo, pero puede ser bastante ingenuo. Simplemente asume que todo el mundo es buena persona hasta que se demuestre lo contrario, lo que consigue sacarme de quicio con mucha facilidad. Porque elige comportarse como si en los últimos dos años alguna persona se nos hubiera acercado por un interés genuino en nosotros.

Sí, como si esas cosas me pasaran a mí.

—En fin —levanto los hombros en signo de indiferencia—, por ahí le mando un mensaje.

Doblo el papel y lo guardo en el bolsillo del pijama, que todavía tiene olor a suavizante de ropa. Dejo el hielo arriba de la mesada e intento ir hacia el comedor, pero Damián me agarra del brazo.

—No terminamos la conversación —dice—. Joa —hace una pausa antes de empezar, para pensar en las palabras adecuadas—, sabés que te quiero y me preocupo por vos…

Ya sé por dónde van los tiros.

—No vamos a tener esta conversación de vuelta —lo corto—. Ni ninguna otra.

—Estoy tratando de ayudarte —insiste.

—No necesito ayuda. Estoy bien.

Continúo mi camino. Voy hasta el mueble del bar y con cuidado para que no se caigan las figuras de Dragon Ball que acomodé encima, empiezo a revisar entre las botellas. Considerando mi malestar, me vendría bien un poco de vino blanco, pero ya no queda. En reemplazo, elijo una botella de tinto. No hay mucho tampoco, pero estoy seguro de que puedo hacerlo funcionar con un poco de soda.

—No trates de cambiar de tema —me advierte, aunque viniendo de él es difícil que suene,

efectivamente, amenazante—. ¿Ves? No estás bien. Si estuvieras bien no sería la segunda vez este mes que terminás inconsciente ¡y recién estamos a 9 de abril! —exclama—. No podés seguir así, te vas a terminar matando.

Si bien dije que es la única persona que puede hacerme sentir culpable, no voy a dejar que ese sentimiento gane esta vez. Se me cruzan por la cabeza mil y un comentarios que podrían herirlo y hacer que desista, pero no soy tan mala persona. Al menos, no con él.

—¿Hacés pochoclo? —pregunto evadiendo el tema—. Estoy cagado de hambre. Fijate que algo de maíz quedó —abro la puerta corrediza que da al balcón y asomo medio cuerpo afuera—. No seas rancio: ni se te ocurra hacerlos salados.

Salgo con la botella en la mano y cierro la puerta antes de darle tiempo a replicar. Subo por la escalera que da a la terraza. Es, probablemente, el lugar más tranquilo de la ciudad. Y toda nuestra. Fue, de hecho, lo que hizo que insistiera en que compráramos este departamento y no otro. Agarro una copa que quedó en el piso de algún día anterior y me siento en una de las reposeras. Me sirvo y me recuesto. El calor del sol en la cara me hace sentir bien. Por un momento, me olvido de mi labio hinchado, de mi dolor de cabeza, de mi tobillo vendado y de los reproches de mi mejor amigo.

Si hay una sola cosa buena que ser famoso me dejó es poder vivir en un lugar como este.

Le doy un sorbo a la copa de vino y vuelvo a sacar el papel de mi bolsillo. Lo releo. La chica me intriga, ¿por qué su amiga me dejaría su número? Hay algo raro en esta situación. Tiene que haber una pieza del rompecabezas que me estoy perdiendo. Tal vez sea que sigue sin cerrarme del todo el hecho de que me haya tratado como a una persona cualquiera.

Además, ¿qué se considera en estos días una hora aceptable para llamar a alguien?

4. Julia

Micaela hace sonar la campana y toda la oficina aplaude.

Ya es la tercera vez en la semana que la hace sonar y recién es jueves. La campana significa que cumpliste con las veinte ventas que la empresa requiere para pagarte un bono extra. Un bono que duplica nuestro salario. Que, por cierto, apenas alcanza para comer, viajar (en transporte público, dos veces al día) y comprarte un bolso matero una vez por año. Lo cual le saca bastante emoción a la frase “bono que duplica nuestro salario”.

—¡Qué hija de puta! —susurra la chica del cubículo de al lado, para que solo yo pueda escucharla.

—No sé cómo hace —le respondo en el mismo tono—. Yo recién araño las quince..

Cebo un mate y se lo paso.

—Algo tiene —sorbe de la bombilla dos veces y me lo devuelve—. ¿A quién carajo le vende tantos seguros de auto?

Asiento, dándole la razón. Vamos a ser honestos: no es un nicho fácil. La mayoría de la gente ya tiene uno. Y si no lo tienen, no se van a quedar esperando a que alguien los llame para contratarlo. Incluso aunque nos hayan dado un manual de persuasión (que tuvimos que aprender de memoria con sus discursos para cada situación), la mayoría de las veces te cortan antes de que llegues a decir nada. Las personas como Micaela me asustan.

Me asustan, por el sencillo motivo de que son buenas para obligar a desconocidos a que paguen por algo que no necesitan. Lo suficientemente buenas como para que mi jefa se dé cuenta y nos empiece a medir a todos con la misma vara alta. Y al poner sobre nosotros las mismas expectativas, es mucho más probable que un día se levante con los cables cruzados y eche a alguien la mierda. Y si esa persona fuera yo, ¿quién va a pagar mi mitad del alquiler?

La gente como Micaela generalmente no sigue las instrucciones del manual al pie de la letra como todos los demás. Sabe improvisar y no le importa que técnicamente no esté permitido hacerlo. Se sale del libreto que nos dan, aunque quizá no lo admitiría abiertamente frente a la jefa. Así es cómo consiguen destacarse. Es algo que yo no podría hacer jamás: si me saliera medio milímetro del discurso que tengo memorizado en mi cabeza, probablemente me paralizaría y me largaría a llorar. No sirvo para esas cosas. Y valoro demasiado la única salida laboral que tengo, como para arriesgarme a perderla saliendo de mi zona de confort para algo que me interesa tan poco. Nadie dijo que trabajar en un *callcenter* era algo sencillo.

La chica del cubículo a mi derecha se llama Valeria. Y no lo sé porque alguna vez me lo haya dicho, sino por la cantidad de veces que la escuché repetir: “Hola, ¿qué tal? Me llamo Valeria y me comunico desde SeguroCar. ¿Con quién tengo el gusto?”. No estoy segura de que sepa mi nombre, porque no recuerdo que alguna vez me haya llamado por él, pero asumo que lo sabe por

la misma razón que yo sé el suyo. Tengo un desconocimiento absoluto de cualquier otro detalle de su vida más allá de ese dato. Aunque, de todas maneras, no es relevante a la hora de formar alianzas. Que es exactamente lo que hicimos.

Teniendo en cuenta que en un *callcenter* todos están igual de desesperados y amargados, hacer amigos no es una prioridad. La rutina es venir, trabajar, irse, cobrar a fin de mes. Repetir. Jamás convencerías a nadie de quedarse medio segundo extra solo por el hecho de socializar. Yo incluida. Después de pasar ocho horas colgado de un teléfono, es una reacción completamente entendible.

Al mismo tiempo, es una tarea osada tratar de sobrevivir solo. Es por eso por lo que tenés que elegir bien con quién vas a relacionarte de los cubículos que te rodean. Con quién te divertirías más sacándole el cuero a los demás compañeros por puro aburrimiento. Con quién estás dispuesto a compartir el agua caliente para el mate. Que no nos la dan gratis, claro. Hay que seleccionar sabiamente.

Valeria abre, con sigilo, un paquete de bizcochos salados y me lo pasa. Agarro un par y se lo devuelvo. En eso consiste principalmente nuestra alianza: compartir recursos. Y compartir nuestro desacuerdo con cualquier persona que se tome este trabajo demasiado en serio y pueda hacer que nos despidan a todos los demás por hacerlo de la forma mediocre y automatizada que nos enseñaron. Ambas salimos ganando en esta situación.

Después de tragar el primer bizcochito, tacho otro número de la lista pegada en la pared y marco el siguiente. A veces me causa intriga saber de dónde sacan los números a los que tenemos que llamar, pero nunca me atreví a preguntarle a mi jefa. Dudo que me responda algo concreto de todas maneras. El teléfono suena varias veces hasta que se envía de forma automática al contestador. Corto, tacho y llamo al que sigue. Esta vez sí me atienden, pero me rechazan amablemente. Cortan antes de que pueda insistir. Tacho, marco al siguiente.

Así transcurre mi tiempo. Todo el día. Todos los días. Hasta que me cebo un mate y me doy cuenta de que es intomable de lo lavado que está. Normal, porque hace una hora y media no le cambio la yerba. Un hecho completamente desagradable que me recuerda que tampoco me queda más agua.

Miro a mi alrededor para corroborar que sea terreno seguro y aprieto con delicadeza el hombro de Valeria en señal de que me cubra por cualquier cosa. Una vez que me aseguro, me levanto y camino rápidamente hasta la oficina contigua, donde está el tacho de basura y la máquina de agua caliente. Coloco el termo debajo del dispenser, meto las monedas en la máquina y lo dejo ahí mientras vacío el mate para ganar tiempo. Estoy a punto de darme vuelta para sacarlo cuando escucho una voz aguda y demasiado alta a mis espaldas.

—¿Cómo viene esa jornada de ventas? —dice de una manera tan pasiva que si no la conocieras no te darías cuenta de la amenaza implícita que hay en cada una de sus palabras.

Mierda, mierda, mierda.

—Fantástico, jefa —me doy vuelta y le dedico la más grande y falsa de mis sonrisas—. Teniendo un día increíblemente productivo.

No puedo evitar sentirme medio imbécil cada vez que suelto ese discurso. Pero a ella le encantan las pelotudeces motivacionales. Casi tanto como le gusta que se dirijan a ella como “jefa”. Sí, tiene bastantes problemas de ego. No la juzgo, al menos no en voz alta. No gana mucho más que nosotros, en realidad. Su diferencia de rango es netamente administrativa. Pero de su decisión depende si sigo teniendo trabajo o no. Y no estoy dispuesta a quedarme en la calle otra vez.

No creo que Lola me eche del departamento, pero prefiero evitar cualquier riesgo.

—Me alegra mucho oír eso —dice mi jefa—. ¡No te distraigas demasiado!

Me da una palmada en el hombro, que roza el límite entre lo amistoso y lo agresivo, y se va. Voy a traducir: “No te distraigas demasiado” en idioma de oficina significa: “Volvé a tu puto cubículo si no querés que rellene un sumario alegando ineficiencia”.

—De ninguna manera —le respondo.

El termo ya se llenó, así que lo agarro y le pongo la tapa rápidamente. Me vuelco un poco de agua y me quema, pero trato de ignorarlo. Vuelvo con mis cosas a mi lugar lo más rápido que puedo y me siento. Valeria levanta las cejas preguntando sin hablar si está todo bien y yo asiento. Me acomodo de nuevo en la silla y me hago un rodete para seguir. Noto que tengo ganas desesperadas de ir al baño, pero bueno… Tendré que soportarlo hasta que pueda volver a pararme.

Hay un suspiro de alivio generalizado cuando el reloj marca las cinco en punto y finalmente nos podemos ir. La oficina entera sale y baja las escaleras de metal lo más rápido que puede. Hago la necesaria parada al baño, cruzo los casi cuarenta metros de estacionamiento al trote y consigo asiento en la parada del bondi. Hoy es mi día de suerte, aunque no llego a disfrutarlo tanto porque el colectivo no tarda demasiado en venir. Llega a las 17:06, lo cual es raro, porque normalmente llega a las 17:13. Después de más de un año de hacer cada día el mismo recorrido, lo terminé memorizando, pero no me quejo de esa ligera alteración de horario. También consigo asiento del lado de la ventanilla. Una vez que me acomodo, saco el celular y los auriculares, y me los pongo para abstraerme la próxima media hora de recorrido hasta mi casa.

Busco en la lista de reproducción el último álbum de Gris.

No le dije a Lola que descargué la música de la banda. Jamás le reconocería de frente que sigo pensando en nuestra aventura del sábado a la noche. Que me divierto haciendo teorías acerca de por qué y en qué momento sus integrantes habrán empezado a odiarse tanto. Que me concentro en su música y trato de buscarle una profundidad probablemente inexistente a sus letras sobre fiestas y mujeres, con el estilo vintage que los caracteriza. Trato de adivinar qué tanto de todo eso será verdad o qué tanto será pura performance.

¿Cómo será vivir una vida donde tu única preocupación es tocar y salir de joda? ¿Cómo será no tener que esforzarte ni escapar de nada?

A veces hasta creo escenarios mentales donde el vocalista recibe la nota que Lola le dejó y decide llamarme.

Sí, como si esas cosas me pasaran a mí.

Cuando llego a la parada y me bajo, agarro con fuerza mi mochila y camino lo más rápido posible las tres cuadras que la separan de mi casa. Es el trayecto más corto, pero a la vez más arriesgado de mi recorrido. El barrio no es peligroso de por sí, pero inseguridad hay en todos lados. Llego a la puerta con la llave en la mano y abro lo más rápido que puedo.

Entro y llamo al ascensor. Tarda unos cuantos minutos, porque el edificio tiene demasiados departamentos y es el único; sin embargo, prefiero esperar en lugar de subir seis pisos por escalera. Me subo y se tambalea un poco antes de empezar a elevarse. Al principio me asustaba, porque tenía la sensación de que se iba a caer, pero después de unas semanas llegué a acostumbrarme. En los casi dos años que llevo viviendo en este edificio nunca se cayó. Aunque eso no sea prueba fehaciente de que nunca va a pasar.

Lo más divertido de vivir en un edificio tan viejo es que los ascensores no están totalmente cerrados. Puedo ver todos los pisos mientras voy subiendo, a través de las rendijas de hierro pintadas de verde.

Me bajo en mi piso y camino hasta la puerta B. Como no hay olor a sahumerio sé que Lola todavía no llegó. La feria no cierra hasta después de las siete, así que voy a tener un buen rato para mí sola. Apoyo mis cosas en la mesada de la cocina y pongo agua en la cafetera. La dejo encendida tal como hago siempre y me dejo caer en el sillón. El único que tenemos.

Puede que el departamento sea minúsculo, pero cuando nos mudamos nos aseguramos de que por lo menos fuera agradable. Un día después de firmar el contrato de alquiler vinimos temprano por la mañana exclusivamente para acomodar los pocos muebles que teníamos y decorarlo. No me entusiasmaba mucho la idea. Honestamente, en mi situación, la decoración era la menor de mis preocupaciones. En lo único en lo que podía pensar era en mudarnos lo antes posible. De hecho, mi cuarto está casi igual que cuando llegué, pero para todo el resto le seguí el juego a Lola. Lo llenamos de plantas (se toma muy en serio su huerta de interior), pósteres y frases motivacionales. Aunque no estoy segura de que alguna vez pueda “vivir, amar, reír” tan fácilmente como mi amiga quiere inculcarme, por más que esté colgado de la pared.

No lo modificamos tanto desde entonces. Creo que, dentro de todo, hicimos un buen trabajo.

Me estoy quedando entredormida entre los almohadones y me olvido completamente de que dejé el café calentándose, cuando escucho mi teléfono sonar. Lo dejo y me anoto mentalmente que busque el número más tarde para bloquearlo. Ya no se me ocurren más ideas para convencer a la compañía de celulares de que sí, que estoy bien con mi plan de datos, y no, no me interesa mejorarlo por un precio promocional.

Dos minutos después, vuelve a sonar.

Qué insistencia, pienso. Suspiro fastidiada y me levanto dispuesta a pelear con quien sea que esté del otro lado interrumpiendo mi intento de siesta. Sí, sé que mi trabajo consiste en hacer exactamente esto. Soy consciente de que a veces soy yo la que despierta de la siesta a otras personas. ¿Será el karma? Quién sabe.

Agarro mi teléfono y veo la pantalla: un número que no tengo agendado. Si no me equivoco, también me llamó el martes por la mañana. Al parecer, se dio cuenta de que es un horario en que nadie va a responderle. Cortar probablemente no sirva de nada, porque va a intentarlo de nuevo hasta que responda. Así que atiendo y hablo antes de darle tiempo a quien sea que esté del otro lado.

—Ya sé que te pagan para hacer esto y no quiero ser maleducada, pero estoy completamente conforme con mi plan de datos y no me interesa ni tengo plata suficiente como para actualizarlo, gracias.

—Interesante —hace una pausa—. Nunca me habían dicho que tengo voz de vendedor —dice Joa Keuler al otro lado de la línea.

5. Joa

—Soy Joa Keuler, por cierto —aclaro.

—Ah, sí… me di cuenta —dice Julia.

Se queda en silencio. Está claro que la tomé por sorpresa. Sí, es cierto que tardé en llamarla. Lo reconozco. Pero estuve ocupado, claro. Tenía que pensar en un día decente para hacerlo. Eso llevó tiempo. Lo intenté el martes a la mañana y me ignoró de manera monumental. Y no tenía tampoco ni la más puta idea de qué iba a decirle: "¿Buenas tardes? ¿Gracias por tu caridad? ¿Qué querés realmente de mí?".

Ni siquiera estoy seguro de por qué estoy haciendo esto en primer lugar.

Bueno, sí lo sé. Damián me comió la cabeza diciéndome que lo "mínimo" que podía hacer era llamar para dar las gracias. Sigo sosteniendo que hubiera sido suficiente un mensaje. Pero ya estoy en esta. Además, debo reconocer que vi su foto de WhatsApp y bueno… digamos que hablarle me empezó a parecer una mejor idea de lo que originalmente sentía que era.

De nuevo, estuve ocupado como para preocuparme por empezar a tener algún intento de vida amorosa. Tenía que dar esa estúpida entrevista el martes para no sé qué revista yanqui sobre el nuevo álbum. El que ni siquiera empezamos a escribir, pero omitimos ese leve detalle. Tuve que estar sentado al lado de Ian por dos horas enteras. Fue una tortura. Necesitaba recuperarme de semejante estrés.

—Asumo que no estabas esperando que llamara —le respondo.

—En realidad, no —suspira—. Entonces, estás… ¿bien?

—Fantásticamente —digo—. Aunque tengo que reconocer que no nos conocimos en las mejores circunstancias.

—Sí, bueno, no te lo tomes a mal, pero dabas un poco de asco.

—No sos la primera persona que me lo dice —reconozco—. Pero, en fin, solo te llamaba para darte las gracias. Me dijeron que no te trataron demasiado bien el sábado.

La escucho reír.

—Podría decirse. No sentí que les cayéramos muy bien.

—Si te referís a mi hermano, es así con todo el mundo —sé que no estoy dando el mejor concepto de su persona con ese comentario, pero lo peor es que ni siquiera estoy mintiendo para hacerlo quedar mal—. Creeme, lo conozco hace 21 años —pongo los ojos en blanco—, no quiero que pienses que nos parecemos. Aunque tengamos la misma cara —aclaro—. Soy bastante mejor persona que él.

—Y bastante más humilde, se nota.

Su comentario me hace reír.

Es que, de verdad, no quiero que piense que soy una mala persona solo por cualquier idiotez impulsiva que Ian haya hecho. Prácticamente desde que tengo memoria la gente asume cosas de mí por su culpa. Estoy acostumbrado, a estas alturas, tanto a las buenas como a las malas comparaciones, pero no significa que haya empezado a agradarme. Ian, el chico estudioso. Ian, el chico educado. Ian, el chico prodigio para la música. Ian, el chico perfecto.

Y Joa, el chico que nunca se queda quieto y claramente no heredó el talento ni los buenos genes. Pobre Joa.

Es casi un castigo divino haber nacido al mismo tiempo que una persona que tiene tu misma cara, pero que hace todo diez veces mejor que vos. Me debo haber mandado muchas cagadas en mi otra vida.

—Necesito preguntarte dos cosas —me animo a decir.

—Soy toda oídos —responde escéptica.

—Esto puede sonar raro —empiezo— y no sé si seas honesta. No sé cuáles son tus intenciones. Ni siquiera te conozco. Bueno, técnicamente sí, pero no me acuerdo. En fin —tomo aire—, ¿por qué no me robaste?

—¿Qué?

—Que por qué no me robaste. Tenía casi 3000 dólares en el bolsillo. Te los podrías haber quedado y nadie se hubiera dado cuenta. Y no solo eso, también me ayudaste cuando me podrías haber dejado tirado y no pediste nada a cambio. ¿Por qué?

Pasan unos segundos de silencio y por un momento sospecho que cortó la llamada.

—¿O sea que en realidad me llamaste para preguntarme por qué no soy una mala persona? —dice claramente confundida—. No estoy entendiendo tu planteo. ¿Qué se supone que tengo que responder? Es lo que cualquiera hubiera hecho. Si realmente no creés que alguien pueda ayudarte por el simple hecho de hacerlo, solo porque sos el magnífico Joa Keuler, creo que te rodeaste con mucha gente de mierda.

Quizá tenga razón en eso.

—Escuchame —continúa—, te ayudamos porque no nos pareció bien dejarte en ese estado. Lo hubiéramos hecho con cualquiera. Y no te robamos porque no hubiera sido ético que lo hiciéramos, aunque no te hubieras dado cuenta. ¿Te gusta más esta explicación?

—Supongo que no puedo contradecirte.

—Como sea —cambia de tema—. ¿Qué era la otra cosa que querías preguntar?

—Siento que tengo que hacer algo para compensarte de alguna forma. Y lo único que se me ocurre y que no suena demasiado extraño es invitarte un café.

Escucho que se ahoga y empieza a toser.

—Wow, si no pensás que alguien pueda invitarte un café por el simple hecho de hacerlo, creo que te rodeaste de mucha gente de mierda —me burlo.

—No sos gracioso —dice tratando de no reírse y hace una pausa—. Si esto es tu forma de hacer caridad, desde ya te digo que no la necesito.

—Por supuesto que soy gracioso —digo sarcásticamente—. Y no, no es caridad ni nada de eso. Ya que sos la "primera buena persona" que conozco en mi vida, me gustaría conocerte en circunstancias normales —me quedo esperando una respuesta que no recibo—. ¿Qué te parece mañana?

—Trabajo.

—¿El sábado?

—Trabajo.

—¿Trabajas todos los días?

—Es lo que hace la gente normal para pagar el alquiler, amigo.

—Buen punto —concedo—. Entonces el domingo. Y no me digas que tenés merienda familiar ni nada de eso.

—Como si hablara con mi familia…

Me muerdo el labio. Mierda, dos minutos de llamada y ya la cagué. Reiteradas veces. ¿Ya mencioné que no soy bueno en esto?

—Perdón, no sabía —me disculpo.

—No te preocupes, no es algo que me afecte —me dice restándole importancia al asunto—. De todas maneras, creo que estoy ocupada así que…

—Entonces, no tenés ni un solo momento libre, ningún día de la semana.

—Perdón, pero no.

Es amargo el gusto de la derrota. No tendré más opción que aceptarla.

—Ok —digo—. No voy a insistirte. Pero igual siento que tendría que compensarlo de alguna forma. Tenés mi número en caso de que cambies de opinión…

—Tengo que irme —responde interrumpiéndome—. Tengo un par de cosas que hacer.

—Sí, claro. Yo también —aclaro aunque sea una completa mentira—. Chau, Julia.

Me encanta cómo suena su nombre la primera vez que lo digo.

Ella corta la llamada sin decir nada más. Creo que la espanté. No, bueno, definitivamente la espanté. Y es raro, porque es la primera mujer que me rechaza en cuatro años.

Y por alguna razón me genera más ganas de conocerla.

6. Julia

—Entonces, me estás diciendo que Joa Keuler te invitó a salir ¿¡y le dijiste que no?! —me grita Lola.

—No dije que me invitó a salir —aclaro—. Dije que me ofreció invitarme un café en agradecimiento, después de preguntarme por qué no soy chorra. Y probablemente lo del café ni siquiera lo decía en serio —digo mientras bajo el frasco de yerba de la alacena—. Es una estrellita, Lola. Podría estar con cualquiera. ¿Por qué me prestaría atención a mí? Es estúpido. Además —agrego—, no sé quién se cree que es. Tendrías que haberlo escuchado…

—No puedo creerlo —suelta—. Esto es, literalmente, el universo hablándote y vos no querés escucharlo.

Si Lola quiere creer en las intervenciones divinas, de la fuente que sean, allá ella. Yo ya superé eso. Se puso loca cuando se enteró de nuestra conversación telefónica. Prendió tres sahumerios juntos para "hacerme pensar con claridad". Sin éxito para ella, tomé la decisión correcta.

Y es que, de verdad, ¿qué tengo que "pensar" en esta situación?

Por empezar, no sé qué clase de persona te llama para preguntarte por qué no le robaste. Probablemente una que no tiene buenas intenciones.

También está el hecho de que prácticamente me trató como si yo fuera a cambiar por completo mi horario de trabajo y de vida para tomarme un café con él. ¿Nadie le puede decir que se baje un toque del pony?

Cualquier escenario posible es más de lo mismo. Que me esté boludeando. Que me esté usando para sentirse mejor consigo mismo mediante un acto de beneficencia. Que lo esté haciendo para que no le invente un escrache falso. Yo no sé qué pasa por su cabeza.

—¿Por qué siempre asumís lo peor de la gente? —pregunta Lola—, quizá hasta alcohólico y todo sea buena persona.

—Su hermano es un poco violento…

—No podés juzgar a las personas según su gemelo malvado.

—Por supuesto que puedo.

—Como sea —insiste—, tenés su número. Estás a tiempo de llamarlo y decirle que cambiaste de opinión —la ignoro mientras empiezo a preparar el mate—. No podés desconfiar de todo el mundo solo porque algunos te lastimaron, Julia.

Sé a lo que se refiere, aunque no entienda el punto de sacarlo a colación en este preciso momento.

—Las dos situaciones no tienen ningún tipo de relación —respondo cortante.

—Sí que la tienen, solo que no querés admitirlo —discute—. No podés vivir en pausa toda tu vida, sin intentar nada nuevo solo porque…

—Basta —la corto—. No voy a discutir esto ahora.

Mi celular suena y cuando veo el número (sé que pertenece a mi mamá, aunque no la tenga agendada), decido cortar la llamada. Es lo que suelo hacer, porque todavía no me animé a bloquear el número. Lola lo nota, pero, en vistas del mal humor que me provoca el tema, evita hacer cualquier comentario.

Ella ya sabe que tengo una posición tomada sobre todos ellos.

—En serio amiga —dice Lola sacudiendo la cabeza—. ¿Qué tan mal puede salir aceptarle un café a Joa Keuler?

7. Joa

Quedamos en vernos en mi casa para debatir un par de asuntos, entre los que se encuentra la situación de Julia. Ian, por supuesto, no está invitado.

Cuando éramos chicos y nos juntábamos a hablar por cualquier cosa que se nos ocurriera, él siempre estaba ocupado: haciendo tarea o practicando o escribiendo música. Pero sabíamos que disfrutaba de nuestra compañía porque cada vez que podía hacía todo sentado junto a nosotros. Casi nunca hablaba, la extroversión no es lo suyo. Siempre lo aceptamos y lo quisimos así. Era esa parte de nuestro grupo que balanceaba la energía de todos los demás solo con su presencia.

Y si hay algo que nadie puede criticarle es su dedicación. La razón por la que es uno de los mejores guitarristas de la década no es la magia, sino lo mucho que se rompió el orto para serlo todos los días desde que tengo memoria. Puede ser bastante obsesivo cuando se le mete algo en la cabeza, aunque eso signifique dejar de lado todo lo que le impida conseguir lo que quiere.

Solía admirarlo por ese motivo. Quizá todavía lo hago, a pesar de que esto implique también que me haya dejado de lado a mí. De todas maneras, estaba destinado a pasar.

No deja de ser sorprendente cómo las cosas pueden cambiar de un día para el otro. Tampoco puedo culparlo: me hago cargo de mi parte. Aunque ahora ya es tarde para hacer algo al respecto. Él ya tiene formada una opinión sobre quién soy y cuáles son mis prioridades. Yo también tengo formadas mis propias percepciones sobre mí mismo. Sé que en muchas cosas tiene razón. Y no creo que cambie algo si le cuento mi versión de los hechos sobre… todo.

Jamás le echaría en cara lo que hice sin que él me lo haya pedido. Las cosas que nadie sabe. En especial ahora, que está siempre al borde del colapso. Puedo gritarle. Puedo golpearlo. Puedo escupirlo si estoy lo suficientemente alcoholizado. Pero en el fondo, tengo claro que eso nunca lo lastimaría del todo. Lo conozco lo suficiente como para saber qué cosas realmente lo romperían.

Puede que sea una persona de mierda, pero nunca cruzaría esa línea.

—Joa, ¿estás ahí? —pregunta San moviendo su brazo frente a mis ojos—. Después me critican a mí cuando me quedo tildado…

—Sí, sí, yo… —digo refregándome los ojos—, sigamos con esto.

Vuelta a la realidad. Y a encontrar una manera de llamar la atención de la chica misteriosa. Suena gracioso dicho de esa manera. En fin, es probable que esto carezca de sentido en su totalidad. ¿Me gusta complicarme la vida? A veces.

Por lo menos, a pesar de que pasaron ya varios días, no filtró mi número en ningún lado. No sería la primera vez que me pasa.

—Entonces, dejando de lado lo poco criterioso que fue que le preguntaras directamente por qué

no te había robado —empieza Damián—, dijiste que te puso una excusa, ¿verdad?

—Sí, que no tenía tiempo.

—Es mentira —afirma San y le da una calada a su cigarrillo—. No hay ninguna persona en el mundo que no tenga tiempo libre. El capitalismo nos hizo pensar que tenemos que estar constantemente ocupados para…

—Por favor, no nos desviemos del punto —interrumpe Damián—. Puede ser verdad que trabaje mucho, pero si sonó a excusa, probablemente lo sea. ¿Qué le dijiste?

—Que tiene mi número por si cambia de opinión —me cruzo de brazos, aunque no duro ni un segundo con las manos quietas y me trueno los dedos uno por uno—. No sé —pienso—. Me dio la sensación de que no confía demasiado en mí.

Ahora, las mujeres no suelen rechazarme y no lo digo como algo que me enorgullezca. Es solo que, durante los últimos cuatro años de mi vida, no puedo recordar a ninguna de ellas actuando como Julia actuó conmigo. Con tanta honestidad. Generalmente, soy yo el que las rechaza a ellas. No porque no me atraigan, sino porque me doy cuenta a kilómetros de que se acercan por las razones equivocadas. Les interesa Joa Keuler. Joaquín les importa un carajo.

Tampoco puedo asegurar que Julia no tenga intenciones ocultas o que yo le interese en lo más mínimo, claro. Hubo tan pocas ocasiones en las que me animé a tirarle onda a una chica sin estar alcoholizado que perdí la poca habilidad que tenía para hablar con alguien que me atrae.

—Y… —dice San—, no creo que le hayas dado la mejor imagen. Sin ofender, pero yo no te llamaría —se encoge de hombros—. De todas maneras, si no te llama hacelo vos. Si ve que de verdad te interesás, quizá cambia de idea.

Pequeño detalle que no podemos omitir: no solo estaba inconsciente cuando la conocí, sino que probablemente necesitaba una ducha. Es un poco irremontable, tampoco vamos a engañarnos.

—Exacto, demostrale que no vas a aceptar un no por respuesta —agrega Damián, pero después se frena y niega con la cabeza, sabiendo que si esa misma frase se la sacaran de contexto en una entrevista ya tendría veinte hilos de Twitter cancelándolo—. Bueno, sabés que no me refiero a…

—Conozco las bases del consentimiento —aclaro—. Supongamos que no me llama y lo hago yo, ¿qué le digo?

—Solo pasaron cinco días, antes que nada, le daría tiempo —dice él.

—Pero ¿cuánto? —pregunta San—. Tampoco va a estar esperando un mes. No tiene sentido. En todo ese tiempo seguro se consigue a otro.

—La idea es que no parezca tan desesperado.

—¡Pero si claramente lo está!

—Les recuerdo que están teniendo esta conversación delante de mí —intervengo y toso con fuerza—. San, la puta madre, me estás ahogando con el humo.

El hecho de que mi hermano, con quien conviví buena parte de mi vida, también inhale más humo que oxígeno la mayor parte del tiempo no hizo que alguna vez llegara a acostumbrarme. Pero San no tiene tiempo para replicar porque en ese preciso momento mi teléfono empieza a sonar. Lo agarro y cuando veo el nombre en la pantalla me quedo con la boca abierta.

—Es ella —se los muestro sacudiendo el teléfono—. ¿Qué hago?

—¡Atendé, tarado! —me grita Damián.

—Pero ¿qué digo?

—Solo decile *hola* e improvisás el resto —dice San.

Con la mano temblando, logro apretar el botón de "responder llamada".

—Hola —digo poniéndome el teléfono en la oreja—. Estaba esperando que llamaras.

Damián me hace una mueca y un gesto con la mano y se la respondo. Ya empecé mal.

—¿En serio? —pregunta.

—Sí, bueno, en realidad…

En ese momento, San se golpea el brazo con dos latas que dejé apoyadas arriba de la mesa y las tira. Hace un ruido infernal.

—Perdón, no las vi —dice.

Dieciocho años al pedo tiene este chabón. Damián le pega en el brazo y empiezan a discutir con mímica. Sería una imagen sumamente cómica si no fuera yo el que está al teléfono al borde de entrar en crisis.

—Esperen acá —les digo tapando el micrófono y abriendo la puerta corrediza del balcón para salir.

—¿Estoy interrumpiendo algo…? —pregunta Julia.

—No, no te preocupes. Solo era mi primo —contesto restándole importancia al asunto—. ¿Cómo estás?

—Bien, por suerte. Espero que vos también —hace una pausa—. En realidad, te llamaba para decirte… Cambié de opinión. Sobre —otra pausa, como si le estuvieran dictando las palabras— lo que me dijiste el otro día.

—¿Posta? —digo tratando de no sonar tan entusiasmado. Creo que no lo conseguí—. O sea, lo que quería decir es que —me freno antes de responder—, me alegro de que hayas cambiado de

idea.

—Sí, bueno, digamos que lo pensé y… supongo que no pierdo nada con aceptar ese café, ¿no? Digo, si todavía te interesa.

—Prometo no decepcionarte —contesto—. Tengo que compensarte lo de la otra vez. En serio, no sé dónde estaría si no me hubieras encontrado —confieso. Y es verdad. Si hubiera sido una persona cualquiera la que me encontró así estaría secuestrado, escrachado o con mi integridad física severamente comprometida—. Conozco un lugar, en Recoleta. Te puedo asegurar que hacen el mejor café de Buenos Aires —sentencio con la mano, aunque ella no pueda verme—. ¿Qué día tenés libre?

—Los domingos a la tarde no suelo tener nada para hacer.

—Entonces, ¿próximo domingo? ¿A las cuatro está bien?

—Sí, no hay problema —responde.

—Te mando la ubicación por WhatsApp.

—Está bien. Eh… —hace otra pausa—. Que tengas un lindo día. Nos vemos.

—Nos vemos, Julia.

¿Ya dije que me encanta cómo suena su nombre?

—¿Viste? Te dije que te iba a decir que sí —dice una voz de fondo que, definitivamente, no es Julia.

Se corta la llamada. Me quedo tildado con el teléfono en la mano. Al parecer no soy el único que necesitaba *coaching*. ¿Debería sentirme importante? No sé. Ni me importa tampoco. Porque todo lo que me importa en este momento es que dijo que sí. Estoy genuinamente sorprendido de haber tenido tanta suerte. ¿Será que lo manifesté con la ley de la atracción? Probablemente. Mi primo seguramente tendría más de una opinión al respecto.

Me toma unos segundos procesar la situación. Todavía puede salir mal. Es decir, un sí no es más que una palabra. Quizá me deje plantado. De todos modos es un problema para el Joaquín del futuro.

Hago una nota mental de ducharme varias veces y llenarme de perfume el día que la vaya a ver. Realmente tengo que contrarrestar esa primera impresión que tuvo de mí, si quiero llegar a conocerla mejor.

8. Julia

Hace dos horas que estoy tratando de elegir qué ponerme. Y todavía no me decido.

Toda mi ropa está desparramada encima de mi cama (aunque tampoco es que tengo mucha, ni que sea particularmente linda, otro hábito aprendido). Probé todas las combinaciones que se me ocurrieron y ninguna me convence del todo. Me siento un poco tonta, preocupándome por lo que me voy a poner para verme con un chico que no conozco. Por más que ese chico sea Joa Keuler.

Tendría que haberle hecho caso a mi propio instinto y no a la insistencia de mi amiga.

Ya revisé cinco veces la ubicación y el horario. Calculé varias veces más cuándo exactamente tengo que salir de casa para llegar diez minutos antes de la hora que acordamos. No pude ni digerir el almuerzo.

Esto está demasiado fuera de mi zona de confort.

—¡Lola! —la llamo—. ¿Estás ocupada?

—Estaba cronometrando cuánto tardabas en entrar en crisis —dice mientras entra a mi cuarto—. Tardaste bastante para ser vos —hace el gesto de mirar un reloj inexistente en su muñeca —. ¿Cuáles son tus opciones?

Le muestro algunas de mis posibilidades, dejando en claro que ninguna me convence. Arma un par de conjuntos, pero sigue sin cerrarme del todo. Me tiro sobre los montones de mi cama, completamente resignada.

Todo esto no tiene sentido. Estas cosas no me pasan a mí.

—Voy a matarte —digo—. No tendría que haberte hecho caso.

—Estás siendo demasiado negativa —dice Lola.

—Ni siquiera estoy segura de que me lo haya dicho en serio —me incorporo para quedar sentada en el borde de mi cama—. ¿Y si me deja plantada?

—No es la muerte de nadie —se sienta junto a mí—. No tendrías que sobrepensar tanto todo.

—Para vos es fácil decirlo.

Y es verdad. Para ella es fácil, siempre lo fue. A veces me pregunto cómo, si tuvimos el mismo tipo de educación, nuestras formas de ser son completamente opuestas.

—Puede ser que sea más fácil para mí. Pero siempre podés elegir dejar de hacerlo. Además —agrega—, si tu cita sale bien significa que podés hacerme gancho con su primo.

—¿Su primo?

—El bajista —explica.

Suelto una carcajada.

—¿Entonces esto es todo un plan maestro tuyo para que te haga gancho con su primo hippie?

—Claramente, sí —responde irónicamente—. ¿Por qué me preocuparía porque salgas de tu cueva y te diviertas un poco si no?

Desde que nos conocemos, Lola se preocupó por la cantidad de cosas que hace la gente normal y que yo jamás tuve permitido hacer. Más de una vez, cuando estábamos todavía en el colegio, trató de idear planes para que pudiera escaparme de mi casa e ir a fiestas y todo eso. De más está decir que nunca me animé a hacerlo. Tal vez sea la razón por la que no me gusta demasiado probar cosas nuevas: jamás generé el hábito.

Puede ser también que me merezca una vida monótona. Porque no puedo olvidarme así como si nada de que también fui una persona de mierda. De eso no se vuelve nunca.

—Yo no estaría tan convencida de que sea una cita. Ni siquiera sé qué espera de mí —reconozco —. Probablemente solo quiere sentirse bien consigo mismo.

—O quizá le interesás —replica—. Tenés tu foto de WhatsApp pública así que probablemente la vio cuando te escribió. Creeme: ningún varón se tomaría el trabajo de llamarte si no le gustaras ni un poco. Pensalo de esta manera: cualquier mina mataría por una oportunidad como esta. ¡Hablaste por teléfono dos veces con el marido soñado de media Argentina!

—Si ese es el “marido soñado” creo que las mujeres como colectivo tenemos la vara muy baja.

Nos miramos y ambas empezamos a reírnos.

—Por cierto —se saca del bolsillo del buzo un cristal aguamarina—. Lo compré ayer. Sirve para el estrés, así que seguramente te sea útil.

Lo tomo y lo aprieto contra mi pecho.

Ella sabe que ya no soy una persona espiritual, pero deposito toda mi fe en que vaya a funcionar. No sé qué esperar de esto. Jamás me junté a tomar un café con un hombre que no fuera mi ex. Pero mi ex a duras penas contaba como algo más que un amigo. Así que diría que carezco totalmente de experiencia en el área. Tampoco tengo idea de cómo será tener una conversación frente a frente con alguien que, la única vez que lo vi en persona, estaba demasiado destruido como para articular dos palabras coherentes.

¿Será que el chico es un poco menos desastroso de lo que aparenta?

9. Joa

Julia ya está sentada frente a una mesa cuando llego, casi media hora tarde.

No creo que pueda tener una peor imagen de mí en este preciso momento. Pero mi tardanza, esta vez, no fue intencional. Normalmente, me da igual llegar un poco tarde. Ian siempre dice que la impuntualidad ya es parte de mi personalidad, y yo le respondo que por lo menos no soy un rarito que llega media hora antes a cualquier lado y se queda mirando el techo. De todas maneras, esta vez me aseguré de salir lo más temprano posible.

Resulta que hoy fue la primera vez en años que me tomé un colectivo. Toda una aventura. Ya me había olvidado lo que se sentía. Venir con mi auto hubiera sido una pésima idea: hubiera estado dos días para conseguir un lugar donde estacionar. Además, es demasiado llamativo. Y hoy decidí venir de incógnito.

No sé cómo se llevará Julia con la exposición pública. ¿Debería preguntárselo?

Me bajé una aplicación que explicaba paso por paso qué me tenía que tomar, cuánto iba a tardar y dónde me tenía que bajar. Hasta te creaba un mapa con las indicaciones. A veces no sé qué haría sin la tecnología, pero incluso con toda su ayuda, me pasé diez paradas y tuve que caminar. No fue divertido.

El mes había empezado más fresco de lo habitual, pero hoy hace calor y yo estoy demasiado abrigado. Me puse una campera vieja de San que me queda gigante. No es que se la haya pedido *explícitamente*, pero supongo que no tendrá problema con que la haya agarrado la última vez que se la olvidó en el estudio. Ni siquiera es tan linda. La capucha me tapa completamente la cabeza y parte de la cara. Si a eso le sumo los lentes de sol y la mascarilla que me quedó guardada de cuando hicimos nuestro viaje a Japón, soy literalmente irreconocible. De algo tenía que servir viajar a un país donde el aire es apenas respirable por culpa de la contaminación, ¿no?

La parte mala es que parezco un vagabundo. Espero que no le moleste. ¿Debería haber venido más arreglado? Al menos me bañé. Es decir, que estoy en ventaja comparado con la última vez que me vio. Tampoco estoy seguro de qué significa esto exactamente, así que solo pude improvisar. Según nuestra llamada y los escuetos mensajes que intercambiamos, es solo para poder agradecerle en persona y nada más. Así que tal vez no debería ponerme tan nervioso por tener una charla.

Es que, independientemente del contexto, se me hace difícil recordar la última vez que fui a tomar algo, así formalmente, con una chica. Incluso, podría decirse que eso nunca me pasó. Contrario a lo que todo el mundo cree de mí.

Julia no nota que entré hasta que me siento enfrente de ella. Me bajo un poco los lentes, con precaución y le guiño un ojo.

—Estoy de incógnito —digo susurrando.

—Ya me di cuenta —se ríe y noto alivio en su voz, así como el hecho de que tiene un tono bastante particular que no se notaba tanto por teléfono, un poco más grave que el promedio de las voces femeninas. Me gusta—. Pensé que no ibas a venir.

Tamborilea con los dedos sobre la mesa. ¿Me estará esperando desde hace mucho?

—También pensaste que no iba a llamar y lo hice —me reclino sobre la silla y cruzo mis manos detrás de mi cabeza para apoyarme sobre ellas—. Soy una caja de sorpresas.

—No me cabe duda.

Julia no dice nada más. Y no se me ocurre qué agregar ni cómo empezar una conversación. Puedo sentir que está esperando a que abra la boca, pero estoy demasiado nervioso y tengo la mente en blanco. Llegué a autoconvencerme de que ni siquiera iba a venir. Era una posibilidad. No esperaba llegar tan lejos.

Me vendría genial tener un auricular para que me dicten palabra por palabra qué tendría que decir, como empezaron a hacer en las entrevistas al ver que me enredaba con mis propias palabras y terminaba divagando sobre cualquier otro tema. Siempre me hacen las cosas más fáciles.

Además, a la mierda. Damián tenía razón: está buenísima. Y eso me hace mucho más difícil concentrarme y manejar la situación.

Definitivamente no le voy a decir eso. Al menos por ahora.

—Entonces… —digo y agarro una de las servilletas para empezar a doblarla. Todos me dicen que no puedo dejar las manos quietas, pero para mi sorpresa ella no hace ningún comentario—. ¿Cómo estuvo tu día?

Me golpeo mentalmente. Qué pregunta básica. A pesar de que no me gusten las llamadas telefónicas, son más fáciles que esto.

—Bastante normal —me responde—. ¿El tuyo?

Una mesera se acerca a nosotros para preguntarnos si ya sabemos qué vamos a pedir. Me da tiempo para pensar qué responder exactamente a su pregunta. ¿Debería decir lo mismo? ¿Qué entiende ella por normal? Para mí, normal ahora es levantarse a las dos de la tarde y jugar al ping pong hasta que me aburra o tenga algo que hacer (no pasa seguido). Aprendí a la fuerza que las vidas de los demás no se parecen mucho a la mía. Todavía no estoy seguro de si eso es bueno o malo.

Julia le dice que todavía estamos decidiendo y la chica nos vuelve a dejar solos.

—¿Te dio la carta? —pregunto confundido.

—Tenés que escanear el QR —contesta señalando un sticker pegado a cada lado de la mesa, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—Ah, claro. Seguro —me quedo unos segundos pensando antes de agregar—. ¿Cómo se hace?

Ella se empieza a reír a carcajadas. Tiene una risa bonita.

—¿De verdad me estás diciendo que nunca escaneaste un QR? —me pregunta—. Pasame tu teléfono. Yo te explico.

Se levanta y se para al lado mío. Le entrego mi teléfono desbloqueado y abre la cámara. Enfoca el sticker y salta un enlace. Lo toca y me lo vuelve a entregar.

—Es práctico —dice—. Y ahorra papel.

La carta digitalizada está abierta frente a mis ojos. Me acabo de enterar de que esto existe. Hace mucho que no piso un lugar como este. Sé que le dije que lo conocía, pero le mentí descaradamente. La última vez que vine tenía 15 años y todavía estaba en el colegio. Y solo fue para hacerle el aguante a Damián cuando invitó a salir a una compañera del curso. No duraron mucho después de eso y yo tampoco volví a pasar por acá. Tuve que *googlear* si todavía existía antes de mandárselo a Julia.

Estoy sorprendido de que sea más agradable de lo que parece en Google. Suena música pop remixada de fondo. El ambiente en general es bastante pacífico. Supuse que era el lugar ideal para invitar a alguien a quien intentás caerle bien.

Finjo estar decidiendo qué voy a pedir hasta que ella se sienta y vuelve a hablar.

—¿Por qué no empezamos de nuevo? —empieza—. Porque siento que sino vamos a estar comiendo en un silencio incómodo. No quiero eso —niega con la cabeza, haciendo que su pelo marrón se sacuda con ella—. Voy a ser completamente honesta: no confío en vos. Y sé que vos tampoco confiás en mí. Como dijiste, no nos conocimos en las mejores circunstancias. Así que… Hola —me extiende la mano—, soy Julia.

Su arranque de honestidad me deja recapacitando. Tardo unos segundos en reaccionar y estrechar su mano. Es suave contra mi piel. Me distrae un poco más.

Está bien, empecemos de nuevo. Quiero saber qué tiene para decirme.

—Soy Joaquín —digo. Me toma por sorpresa: yo nunca me presento así—. Pero todos me dicen Joa —me corrijo.

—Lindo apodo —me sonríe.

—Gracias —respondo—. Entonces, Julia. Un placer conocerte.

Vuelvo a atacar mi servilleta. El origami es esa clase de habilidades que parecen completamente inútiles hasta que se dan situaciones como estas. Aprendí algunas cosas cuando en el colegio me pusieron en “talleres terapéuticos” o algo así, porque no prestaba atención en clase y me pasaba el día dibujando. En su mayoría, los talleres eran un asco. Pero este me había entusiasmado, porque había visto un video en YouTube de un corto en *stop motion* hecho completamente con

figuras de papel. Y sigue siendo una de las cosas más bonitas que vi en toda mi vida.

No sé si debería hacer un pájaro o una mariposa. Por ahí una mariposa sea más dulce.

La mesera vuelve y nos toma el pedido. Julia pide un café doble y un pedazo de torta de frutilla. Yo pido un café simple y un tostado. Ella hace una mueca de asco cuando lo escucha.

—¿No te gusta? —pregunto.

—Me dejó de gustar cuando vi a un borracho vomitarlo.

— Ah… ¿Yo?

—Sí —asiente—, arriba de las botas de un policía. Perdón —cierra los ojos y sacude la cabeza —, ya sé que te dije lo de empezar de nuevo, pero es una imagen que no puedo sacar de mi cabeza.

—Perdón por arruinarte la comida.

—Sin rencores —hace un gesto con la mano restándole importancia.

—¿De qué trabajás? —pregunto tratando de cambiar de tema.

—Telemarketing —hace una pausa frente a mi cara de confusión—. Es la forma linda de decir *callcenter* —explica.

—Ah, claro. Dicen que es un trabajo cansador —en realidad no tengo idea—. Yo nunca trabajé, pero…

Acabo de caer en la cuenta de lo mal que sonó eso. Que sí, que me pagan por la banda. Pero nunca lo sentí como trabajo. No es como que tenga que estar en un lugar todos los días de 9 a 5 por un sueldo fijo. ¿Debería explicárselo? Mejor dejarlo de lado. Si aclaro de más, es probable que me ponga nervioso y diga alguna cosa aún más estúpida.

—Es lo que hay —comenta Julia—. No es lo mejor del mundo, pero ayuda a pagar el alquiler.

—¿Vivís sola?

—Con Lola en realidad. Es la chica que estaba conmigo cuando te encontramos —aclara.

—Ah, yo también tengo compañero de piso —sonrío internamente al haber encontrado un punto en común con ella—. Damián. Estoy seguro de que lo conociste.

Asiente.

—Parece buena persona.

Vuelven con nuestro pedido y lo apoyan sobre la mesa. Me saco la mascarilla y la guardo en un bolsillo de la campera. Aunque, si pudiera comer con eso puesto, lo haría solo para no

arriesgarme a que alguien me reconozca. Es un milagro, de hecho, que todavía no haya sucedido. Debo haberme disfrazado muy bien.

—Es un uédat retriever. Literalmente —le doy un sorbo a mi café—. A él y a mi hermano se les ocurrió la idea de la banda, ya que ambos tocaban un instrumento. Y yo… soy bueno gritando. Creo.

Le doy un mordisco a mi tostado. Me quemo un poco con el queso, pero intento que no se note. Lo vuelvo a dejar sobre el plato y sigo doblando la servilleta. Solo me faltan las alas delanteras.

—¿Y el bajista?

—Ah, sí —termino de tragar rápidamente para no responderle con la boca llena—. Mi primito. Prácticamente lo obligamos a estar en la banda. Mi hermano le enseñó un par de cosas básicas de bajo. Le termino gustando tocar. Supongo —finalizo la mariposa y se la doy—. Es para vos.

Ella la toma entre sus manos y la mira.

—Gracias —me sonríe y la apoya sobre su lado de la mesa—. La puedo agregar a mi colección junto con la grulla que hiciste el otro día.

—¿En serio hice una grulla?

Ella asiente. Ya la hice sonreír tres veces. Eso tiene que ser una buena señal, ¿no?

El resto de la merienda pasa de forma tranquila. También, estoy un poco más calmado después de que rompimos el hielo, así que no me cuesta tanto seguir la conversación. Por un segundo, pienso que hubiera preferido tomarme un par de *shots* antes de venir, para hacerlo más fácil, solo lo necesario como para estar un poco más desinhibido. Aunque Damián me hubiera matado solo por mencionarlo. Tendría razón. En nada hubiera ayudado a arreglar el desastre del primer encuentro si ella se daba cuenta.

Eventualmente, Julia me distrae cuando se acomoda el pelo o cuando levanta las cejas si algo le causa gracia. En la escasa hora que llevamos de conversación, pude darme cuenta de que es muy expresiva con sus gestos. Hago mis mejores esfuerzos para no prestarle tanta atención a eso mientras hablamos de cosas tan básicas como el colegio al que fuimos o los deportes que hacíamos de chicos. En mi caso, hice karate una vez. No sé si eso se considera deporte, y solo duré un mes, pero procuro exagerarlo al punto justo como para parecer interesante.

Lo que me sorprende es que no se hace incómodo. Me permito olvidarme un rato de que no sé la razón exacta por la que estamos haciendo esto. Me dejo llevar y disfruto un momento completamente mundano que hacía mucho que no vivía.

—¿Pido la cuenta? —pregunto un poco después de que hayamos terminado.

Julia asiente y lo hago. La esperamos por un minuto, en el que aprovechamos para comentar sobre la música que están pasando. Se supone que yo tendría que saber más, después de todo, en teoría, soy músico. Aunque quizá ella tenga algo más interesante para decir que yo. No quiero

que piense que le estoy explicando algo que probablemente ya sabe. Mientras tanto, busco mi billetera, pero no me da tiempo porque cuando vuelven con la cuenta ella le entrega su tarjeta antes que la apoye sobre la mesa.

—Pensaba invitarte —le digo un poco shockeado—. Estaba intentando ser un caballero, para agradecerte por…

—Los hombres no siempre tienen que pagar la cuenta —comenta—. Además, ya pagaste vos la última vez.

—No tengo recuerdos de eso —explico—, así que tu argumento no es válido.

—Podés pagar la próxima vez, para hacerlo equitativo —dice encogiéndose de hombros.

Me muerdo el labio. A la mierda con esta chica. ¿Va a haber próxima vez? Al parecer todavía no la espanté.

Cuando le devuelven su tarjeta, la guarda en su cartera y se levanta. Yo la imito. Ahí es cuando me doy cuenta de que me saca casi una cabeza. Y ni siquiera tiene plataformas. Me duele mi metro sesenta. ¿Debería hacer un comentario al respecto? Mala idea: quizá tiene complejo con su altura. Aunque la mayoría de las personas que conozco parecen altas a mi lado, así que tampoco es indicativo de que ella sea la que se sale del promedio. Yo qué sé. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

—¿Vivís cerca de acá? —pregunto.

—No. Sí. O sea… Estoy cerca de la parada del colectivo que me tengo que tomar.

—Te acompaño —ofrezco.

—Ok —me sonríe.

Ella sale primero hacia la puerta y yo la sigo. No puedo evitar mirarla. Lleva puesto un vestido blanco con flores azules un poco por arriba de la rodilla, que se ajusta en la cintura y es un poco más suelto hacia abajo. Y le queda tan bien… sacudo la cabeza para sacarme la idea de mi mente.

Joa, no seas pajero, me digo. *No querés que piense que estás desesperado. ¿Verdad?*

Salimos y empezamos a caminar hacia donde Julia tiene que ir. Dejo las manos en los bolsillos y ella agarra con fuerza la tira de su cartera. Me doy cuenta porque los nudillos se le ponen más blancos. ¿Será una costumbre suya? ¿O estará nerviosa también? Lo dudo. Probablemente haga este tipo de cosas todo el tiempo. Salir con chicos que conoce por ahí, digo. O chicas, no quiero asumir sus preferencias. No le deben faltar oportunidades. ¿Le gustaré siquiera? Apenas si pudo ver mi cara hoy.

Después de dos cuadras llegamos a una plaza enorme. El viento sopla con fuerza, por la falta de reparo de los edificios. El sol ya empezó a bajar y está considerablemente más fresco que hace

una hora y media. Veo que le da un escalofrío y se le pone la piel de gallina.

Sin dudarlo ni un segundo me saco la campera y se la doy.

—Probablemente te quede mejor que a mí —digo cuando se la paso.

—Ah… gracias —la agarra, con un poco de duda, y se la pone. Tengo razón: a ella las mangas no le quedan largas—. Tenemos que cruzar por acá —me señala una dirección—. Y, por cierto —agrega al verme sin la capucha—: tus rulos están bastante mejor sin basura encima.

Me río con nerviosismo y bajo la cabeza. Probablemente me sonrojé. Espero que no. Atravesamos la plaza. El colegio al que iba queda cerca de acá. Pasamos con Damián algunas veces, aunque tiene muchísimos más árboles de los que recordaba. La deben haber remodelado hace poco.

Me distraigo mirando a la gente que juega con sus mascotas. Y a los que decidieron hacer una tarde de picnic. Y a las parejas felices. Y a los adultos mayores jugando al ajedrez en unas mesas, un poco más alejadas. Y hasta unos chicos con uniforme jugando a la pelota. La nostalgia me causa una sensación rara en la panza porque extraño mucho esto. Esta normalidad. Hace tanto que no puedo tener algo así…

Me doy vuelta, después de escuchar un ruido extraño detrás de mí, y me acuerdo por qué.

Una multitud nos estaba siguiendo en silencio.

Por un momento, me sentí tan normal que olvidé que justamente la razón por la que tenía puesta la campera y la mascarilla era para que esto no pasara. Sin nada de eso, nadie tiene ninguna duda de que soy Joa Keuler.

Ser solo Joaquín fue divertido mientras duró.

—Julia… —la llamo, ya que ella avanzó unos pasos más cuando yo me frené.

Se da vuelta y se queda con la boca abierta.

—Oh… —es todo lo que se le ocurre decir.

En ese preciso momento la horda humana empieza a rodearme. Algunos gritan. Otros me pasan papeles. Otros preparan sus cámaras para una *selfie*. Sin pensarlo, logro tirarle el teléfono a Julia. Se tambalea en sus manos hasta que consigue agarrarlo.

—¡Llamá a Damián! —es todo lo que logro decirle.

Solo espero que haya podido escucharme en medio de semejante quilombo.

10. Julia

Estoy paralizada.

Tengo el teléfono de Joa en la mano, pero no consigo apretar el botón para desbloquearlo. Lo perdí de vista cuando la ola de gente se lo tragó. A cada segundo se va haciendo más grande. Es asfixiante de solo verlo. Meto la mano en la cartera y agarro con fuerza el cristal que Lola me dio, que quedó justo al lado de la mariposa que me regaló Joa. Si realmente esto transmite buenas energías, espero que lo haga en este preciso momento.

Todo iba demasiado bien para ser real.

Y eso que estuve a punto de irme cuando veía que no llegaba. Miraba el reloj casi obsesivamente, sin mandarle ningún mensaje, porque estaba convencida de que se estaba riendo de mí. Pero llegó. Y todo solo… fluyó. Hablamos y fue sorprendentemente fácil. Incluso para mí. Me hizo reír varias veces: tiene un buen sentido del humor. Estaba preparada para que todo saliera mal, para que en realidad él fuera una persona horrible que jamás en la vida querría volver a cruzar. Al menos, eso es lo que asumo de la mayoría de la gente que conozco.

Sin embargo, contrario a todos mis prejuicios, Joa parece una persona decente. Alguien que me gustaría conocer.

Aunque no es el mejor momento para ponerme a debatir si vamos a tener una segunda cita. Si es que esto realmente fue una cita. Debería preguntárselo en algún momento. Logro prender el teléfono y me doy cuenta de que tiene contraseña. El desbloqueo por huella dactilar tampoco va a funcionar, evidentemente. Nunca tuve un teléfono tan caro ni de esta marca, así que no sé cómo usarlo. Probablemente no me alcanzarían los sueldos de todo un año para pagar uno. Tengo miedo de tocarlo demasiadas veces y romperlo. O bloquearlo. Es considerablemente más grande que mi mano y ni siquiera le puso una funda.

Suspiro de alivio cuando encuentro la lista de contactos de emergencia y marco el primer número que figura. Atienden al segundo timbrazo.

—¿Cómo fue? —pregunta sin darme tiempo a decir nada—. Si me estás llamando, es porque salió muy bien o muy mal. Contame todo. Y, por cierto, sin importar el resultado, al menos ya podés decirme que tenía razón: te dije que estaba buenísima.

—¿Damián? —digo cuando reconozco su voz.

Lo escucho ahogarse con su propia saliva al otro lado del teléfono.

—Esperá… ¿Julia? —carraspea un par de veces—. ¿Cómo estás? Tanto tiempo…—pregunta con un exceso de cordialidad—. No es lo que pensás. Es solo que… por favor no le digas que te dije eso. Me va a matar.

—Guardá las disculpas para más tarde —lo interrumpo—. Hay un problema.

—Sí, bueno. Me imagino. Supongo que por eso estás llamando desde su teléfono —dice—. ¿Qué pasó?

—Lo reconocieron. Pude salir y me dijo que te llamara. Lo tienen rodeado.

—¿Dónde están? —pregunta sin pedir más explicaciones. Lo cual me indica que debe estar acostumbrado.

—En la plaza grande, a dos cuadras de donde estábamos.

—Llego en dos minutos.

Corta la llamada. Espero que lo haya dicho en serio.

Guardo el celular en la cartera, por precaución. No es buena idea tenerlo en la mano. Aunque para Joa no debe significar mucho. Es rico: tranquilamente puede ir y comprarse otro como quien va a comprarse un kilo de ciruelas (me retracto: está caro el kilo de ciruelas, en especial en esta época del año, así que probablemente no sea el mejor ejemplo).

Me quedo mirando desde una distancia considerable, como si fuera ajena a la situación. Siento que debería ir a ayudarlo, pero dudo que meterme en medio solucione nada. Es todo gritos y gente empujándose. Difícilmente me dejarían pasar y me da un poco de pena. Yo vi lo que la gente es capaz de hacer en un concierto con tal de estar cerca de él. Jamás hubiera imaginado que existieran personas que tuvieran tan poco reparo para hacerlo también cuando está caminando por una plaza.

Me cae la ficha de golpe.

Por un momento, cuando llegó tapado por completo como si fuera una monja, pensé que estaba exagerando y lo hacía porque se creía demasiado importante. Antes de eso, cuando hablamos por teléfono y me preguntó por qué lo había ayudado, me pareció la pregunta más rara que me hubieran hecho jamás. ¿Por qué alguien te preguntaría por qué *no* le robaste? ¿Por qué alguien creería con tanta certeza que tenías algún motivo oculto para haberle dado una mano? Me hizo desconfiar de él cuando era en realidad era él quien tendría que haber desconfiado de mí. Tenía, en ese caso, muchas más razones que las mías.

Ahora logro entenderlo. Un poco, al menos. Ninguna de estas personas hubiera dudado un instante en aprovecharse de él. Solo hace falta prestarles atención un segundo para darse cuenta de que lo tienen atrapado como si fuera un animal de zoológico. Ni siquiera los animales merecen estar en zoológicos. Menos todavía una persona.

Estoy completamente horrorizada. Creo que de verdad juzgué mal a este chico.

Un bocinazo proveniente de la calle me saca de mis pensamientos. El auto baja la ventanilla y me hace una seña. Lo reconozco instantáneamente.

Enseguida me acerco corriendo a la maraña de gente y empiezo a dar saltos para divisar a Joa. Cuando lo consigo, trato de abrirme paso entre la multitud, aunque me resulta imposible llegar hasta él de forma pacífica, así que uso la poca fuerza bruta que tengo para empujar a todos. Me dedican todo tipo de puteadas. Hasta que llego al centro, donde veo a Joa firmando un cuaderno mientras sonríe para una foto. Me muevo hacia adelante hasta quedar al lado de él y lo agarro del antebrazo.

—Nos vamos —le digo.

Él asiente al verme y devuelve el cuaderno que estaba firmando. Creo que se equivocó de persona, porque se empiezan a golpear entre dos para ver quién se lo queda. Problema de otro. Joa toma la delantera y se agacha, consiguiendo pasar entre la gente. Alguien le roba los lentes. Él logra despegarse de la multitud y justo cuando lo estoy siguiendo, alguien me pega un codazo con tanta fuerza que hace que se me nuble la vista.

—Por no respetar tu lugar, forra —me dice.

Un gusto metálico se cuela por mi boca.

Escucho a Joa gritarme algo y distingo su figura corriendo de vuelta hacia mí. Me arrastra alejándome de la multitud y corremos. Me llevo una mano a la cara y trato de concentrarme en el camino. Tengo miedo de tropezarme con algo. Llegamos al auto y la puerta trasera ya está abierta. Joa me empuja hacia adentro y cierra de un portazo. Rodea el auto por delante y se sube al asiento del copiloto. Para cuando la horda nos alcanza, Damián ya pisó el acelerador con fuerza.

Ay, si hubiera sabido que pasaría esto jamás le hubiera dejado prestarme su campera. Aunque no estoy segura de que sea suya, porque no parecía de su talle. Ni de su estilo. Porque sí: en YouTube hay todo tipo de videos analizando su guardarropa. Y yo (con un poco de vergüenza por haber caído tan bajo) vi más de uno.

—¡La puta madre! ¿Estás bien? —pregunta Joa girando para verme.

Estoy sentada en el medio. Miro mi mano: está cubierta de sangre. Mi vestido también está manchado. Lo peor es que encima es prestado. Joa, con mucho cuidado, apoya su mano sobre mi mejilla y levanta un poco mi cara para ver mi herida. Trato de no ponerme nerviosa cuando pasa su pulgar suavemente sobre mi piel, ni que se note que lo estoy analizando de cerca, por primera vez. Tiene la tez mate y bastantes más pecas de lo que se nota en las fotos. Y le quedan muy bien. Hay que admitir que la gran porción del planeta que le dedica todo tipo de poemas de amor y le hace *edits* en TikTok tiene sus fundamentos.

—No duele —le digo.

Es mitad verdad. Probablemente voy a tener el labio hinchado una semana, pero por lo menos no perdí ningún diente. Espero que en el trabajo no me hagan demasiadas preguntas.

—Esto es mi culpa —afirma volviendo a acomodarse en su asiento y escondiendo la cara entre las manos—. Tendría que…

Sube las rodillas al asiento y se hace un bollito, para después esconder la cara. Siento un impulso de acariciarle sus rulos perfectamente armados y decirle que no se preocupe. No es su culpa que la gente sea violenta. Sé lo que se siente cargarte con los daños que no te corresponden.

En los últimos diez minutos, vi lo suficiente como para entenderte, Joa.

—¿Vos la golpeaste? —pregunta Damián.

—¿Qué? ¡No! Cómo pensás que…

—Entonces no es tu culpa. Dejá de castigarte por todos los males del mundo, mierda —frena en un semáforo—. ¿Dónde vivís, Julia? Así te alcanzo.

Le digo la dirección y Damián asiente. Joa empieza a revolver la guantera y saca una caja de pañuelos descartables.

—Es lo que había —dice mostrándomela—. Dejame ayudarte.

Saca un par y se vuelve a dar vuelta para empezar a limpiarme, despacio, la sangre que sigue brotando de mi labio. No me hace doler en absoluto. De hecho, preferiría que lo siga haciendo por un buen rato, porque me da una excusa para mirarlo sin que parezca raro. Este tipo de momentos de tensión con un pibe lindo están totalmente infravalorados.

—Estoy acostumbrado a limpiar estas heridas —comenta—. Me pasa todo el tiempo.

—¿Estás diciendo que te cagás a piñas todo el tiempo?

—No, no —niega—. En mi cabeza no sonaba tan mal. Olvidate de lo que dije.

Damián suelta una carcajada y seguimos viaje hasta que, varios minutos después, frena justo enfrente de la entrada de mi edificio.

—Es acá —aclaro y Joa vuelve a acomodarse adelante—. Gracias por traerme —abro mi cartera —. No te olvides de esto.

Le entrego su teléfono.

—Ah, sí —dice—. Me había olvidado de que lo tenías.

—¿No te da miedo perderlo? —pregunto.

—Nah —se encoge de hombros—. Siempre lo recupero.

—Tené cuidado —digo, aunque, después de todo lo que pasó, no sé a qué me refiero específicamente. Apoyo una mano en el hombro de cada uno en señal de saludo para después abrir la puerta del lado de la vereda. Salgo, pero antes de cerrarla, agrego—. Por cierto, me halaga que piensen que estoy buena.

—¡Damián, qué…!

Cierro y empiezo a caminar. Los escucho discutir a lo lejos porque dejaron la ventanilla abierta. Me estoy riendo mientras giro la llave en la cerradura. Pensar que hace dos años jamás me habría animado a hacer un comentario de ese estilo… Fue la segunda vez en el lapso de una semana que hice algo a lo que no estoy acostumbrada y todo terminó de una forma que no me esperaba. Y no morí. Incluso cuando todo podría haber salido mal, no morí.

Cuando me subo al ascensor, me doy cuenta de que nunca le devolví la campera. Tendría que hacerlo en algún momento. Quizá hasta pueda usarlo como excusa para volver a verlo.

11. Joa

Me despierto a las doce del mediodía del lunes por los ruidos de la gente peleando en el comedor. Qué buena manera de arrancar la semana.

—¿A qué te referís con que no está? —dice San.

—Te explico —responde Damián—. Resulta que el otro día, cuando Joa salió con Julia, se la prestó porque hacía frío. Solo quería tener un buen gesto con ella. También lo hubieras hecho en su situación —intenta convencerlo—. Le voy a pedir que la busque para devolvértela o que te compre una nueva.

—¡Pero a mí me gustaba esa!

—Podés comprarte otra igual, San. No rompas los huevos —interviene Ian—. Además, ¿para qué se la prestás si sabés que la va a perder?

Tomo mi celular de la mesa de luz y reviso si Julia respondió el mensaje que le envié ayer a la noche, casi a última hora. Probablemente ya estaba durmiendo. Le pregunté de nuevo si su labio estaba bien y recién hoy a las siete me respondió que sí. Hasta adjuntó pruebas fotográficas de que la herida no era tan grave. Me deja un poco más tranquilo el hecho de que no haya terminado en el hospital por mi culpa. Sería otra cosa más para sumar al archivo de malas impresiones que ella tiene de mí.

Me levanto y después de agarrar una lata de cerveza de la heladera me apoyo en el marco de la puerta del comedor para ver a toda la banda reunida alrededor de la mesa. Ian, sin soltar su cigarrillo, me dirige una mirada de desaprobación cuando me ve con la lata en la mano. Me tomo mi tiempo en abrirla y en dar el primer sorbo, solo para fastidiarlo.

—No se la presté —dice San refiriéndose a mí—. La agarró sin que me diera cuenta —se cruza de brazos, visiblemente ofendido por mi aparición.

—Entonces… ¿a qué se debe la tertulia? —pregunto.

—Tenemos que fijar fecha para grabar. Hay que acordar con el estudio. Martin ya nos está presionando —dice Damián.

—Pero si ni siquiera empezamos a escribir nada —retruco y le doy otro trago a mi cerveza.

—Ese es el problema —continúa—. No podemos fijar una fecha si no tenemos ni siquiera las bases de lo que vamos a hacer.

—Exactamente. Y se los vengo avisando desde…. —Ian cuenta con los dedos de su mano libre —, ¿octubre del año pasado? Pero claro, alguien estaba demasiado ocupado escabiando y regalándole camperas robadas a sus *groupies* de turno.

Su comentario me genera tanta furia que me da ganas de golpearlo. Bueno, su desprecio crónico por la humanidad siempre causa ese efecto en mí.

—No vuelvas a hablar así de ella —lo amenazo.

—La viste dos veces en tu vida y en la primera ni siquiera estabas consciente. No te hagas el sufrido —insiste.

—Chicos, por favor… —Damián interviene para tratar de calmarnos, sin éxito.

—¿Qué? ¿Estás celoso porque no te presta atención? —sigo discutiendo—. Cómo era que te dijo… Ah sí, porque sos un "machito de mierda".

Agradezco que San me lo haya contado palabra por palabra. Aunque hubiera preferido escucharlo en vivo.

—Por lo menos yo no dejaría que un desconocido le rompa la boca de un codazo, así como si nada —levanta una ceja, le da una calada a su cigarrillo y pregunta—. ¿Dónde quedó la caballerosidad?

Cierro los ojos y aprieto los labios con fuerza. A Damián se le debe haber escapado ese detalle en algún momento.

—Ay, me estresan. En serio —interviene San—. Y sigo enojado porque te robaste mi campera —agrega dirigiéndose a mí—. Voy a salir a tomar aire hasta que, no sé… se purifiquen un poco las vibras negativas que tienen encima.

Cuando sale al balcón, se golpea la cabeza con el marco de la puerta. Reprimo una carcajada. Mi departamento no está pensado para gente alta.

Damián se levanta de la mesa para ir a la cocina y, al pasar por mi lado, hace un gesto para que lo siga.

—¿Podrían al menos intentar no matarse por diez minutos? —pregunta mientras baja algunas tazas de la alacena y las apoya en una bandeja para empezar a servir el café.

—Yo no empecé —replico.

—Ya lo sé, pero tenemos que terminar con esto rápido. Se nos vienen encima los *sponsors* —explica mientras pone una cucharada de café instantáneo en cada taza y las llena con agua —. Solo dejá la lata acá y quédate callado hasta que podamos resolver algo.

—Ni siquiera me avisaste que iban a venir.

Clava su mirada en mí.

—¿Podrías intentarlo? ¿Por favor? —insiste.

Su tono conciliador por lo general me calma, pero cuando estoy de mal humor solo consigue

ponerme peor. De todas maneras, no tengo ganas de discutir de nuevo, así que vacío lo poco que queda en la lata y la tiro a la basura. Ya podré estar tranquilo cuando los demás se hayan ido.

Damián agarra la bandeja y la lleva hasta el comedor. Yo lo sigo en silencio, como me pidió, y me siento lejos de mi hermano. Al menos, ya terminó con su cigarrillo. Al parecer, no es el primero desde que llegó, porque hay tres colillas apagadas en el cenicero. Jamás pude entender qué clase de placer masoquista saca de tragar humo.

Cada uno toma un sorbo de su taza en completo silencio. No nos miramos. Nadie dice nada. Nadie sabe qué decir. A veces me cuesta creer que empezamos con la banda por voluntad propia. Así como me cuesta creer que hace tres años ganamos un Grammy. Sí, todos se olvidaron de eso.

Está claro, también, que por mi culpa estamos en esta situación en la que no podemos compartir un espacio los cuatro sin que surja un conflicto.

12. Julia

Hoy el trabajo está más estresante que de costumbre.

Normalmente, hay un balance entre las personas que te prestan atención, las que te compran, las que te rechazan amablemente, las que cortan el teléfono y las que te cagan a puteadas. Y se ve que el martes les pegó a todos para la mierda, porque la última opción es mayoría.

Son las tres de la tarde y tengo más ganas de morir de lo normal. Valeria trajo bizcochitos de grasa, de los de panadería, pero ni así logro ponerme de buen humor. Todavía tengo la boca hinchada y me duele muchísimo más cuando hablo. Por suerte, mi compañera no hizo preguntas al respecto. De todas maneras, no me hubiera creído si le hubiera contado la verdad.

Me metieron un codazo mientras trataba de proteger la integridad física de una estrella de rock. Todavía suena irreal cuando lo pienso. Digo, después de todo, solo lo vi “en serio” una vez. Y hablamos por WhatsApp después. Le pregunté si había llegado bien a su casa y me dijo que sí. Él me preguntó si estaba mejor y también le dije que sí. Me sugirió que vaya al médico, pero le respondí que no era para tanto. Ese mismo día, a la noche, volvió a escribirme para preguntarme si estaba segura de que estaba bien. Al parecer, se quedó bastante preocupado por mí. Aunque eso no garantiza que vuelva a hablarme.

Todavía debería devolverle la campera, pero no lo mencioné ni él sacó el tema a colación en nuestra última conversación. Aún tengo que lavarla, así que lo anoto mentalmente. Tampoco es mi idea devolvérsela hecha un asco.

Para ser honesta, me encantaría que esa fuera mi única preocupación. Pero estar acá sentada en lugar de en mi casa mientras me siento tan mal tampoco ayuda. Trato de recordarme a mí misma que tengo que esforzarme, porque de algún lado tengo que sacar la plata para ir al almacén. Tampoco sirve.

Pero puedo con esto. Pasé por cosas peores: puedo soportar un mal día en el trabajo. Si tan solo dejara de escuchar que la campana suena y suena, y a cada segundo estoy más cerca de quedarme en la calle. Otra vez. Maldita Micaela.

Hoy la jefa decidió no quedarse viendo series en su oficina y salir a vigilarnos más de cerca. Su presencia es opresiva y está claro que disfruta cada segundo. Incluso a veces se para atrás del cubículo de alguno y se asegura de que sepa que lo está oyendo y juzgando. Más de uno perdió una venta por los nervios que le generó. Y ella solo se ríe y sigue caminando. Sádica de mierda.

Si hay una persona en este mundo a quien no me molestaría que Dios castigara es a ella. Pero claro, así como se olvidó de ayudarme a mí, hace oídos sordos a los reclamos de todos los demás.

Inhalá. Exhalá. Tratá de no prestar atención. Intentá que crea que hacés las cosas bien. Convencela de que sos una vendedora eficiente. O por lo menos, dentro de los estándares. No la

provoques. Nunca sabés cómo va a reaccionar.

Este es uno de los martes más insoportables de mi vida.

Cuando se hace la hora y estoy volviendo a casa, reviso mi celular y veo que tengo, de la nada, un mensaje de Joa. Me toma por sorpresa, porque hace casi 24 horas que le respondí su último mensaje y supuse, con un poco de pesar, que se olvidaría de mí y de la situación. Podría decirse que oficialmente este deja de ser el martes más insoportable de mi vida para solo pasar a estar en el top 5.

¿Todo bien?

Puedo ver que mandó el mensaje hace varias horas.

Sí, y vos?

Es una verdad a medias, pero no hace falta que lo sepa.

Me alegro. Igual.

Todavía tengo que devolverte la campera.

Le escribo tratando de sacar conversación. Solo espero que le interese lo suficiente como para que tenga ganas de buscarla.

Puedo pasarla a buscar ahora…

si podés, claro.

Recién salgo del trabajo. Podés pasar a buscarla a la noche.

Por mí, genial. Avisame.

Le envío la dirección de mi casa y me subo al colectivo. Esta vez, no consigo asiento. Así que soporto la media hora de viaje parada, agarrada de uno de los caños. Por lo menos, maniobrando un poco, consigo ponerme los auriculares.

Apenas piso mi casa, me ocupo de la campera para tenerla lista. Después, me acuesto en el sillón del comedor. Espero no quedarme dormida esta vez.

***

Me envía un mensaje cuando llega y bajo. No llevo la campera conmigo, claro, aunque ya esté limpia y planchada. Estrategia femenina básica. Abro la puerta y veo que varios vecinos están asomados por las ventanas. No tardo en darme cuenta de por qué.

—Si querías venir de incógnito también esta vez no vas a conseguirlo con ese auto —digo.

Joa está apoyado, con las manos en los bolsillos, sobre un Porsche. Desconozco el modelo: no

tengo idea de autos. Pero sí puedo asegurar que no vi uno así jamás en otro lugar que no fueran películas. Está pintado de negro opaco y le agregaron dos líneas rojas a un costado. Si lo vieras por la calle, automáticamente pensarías que le pertenece a un narcotraficante. O al hijo de uno.

Y está estacionado justo enfrente de mi edificio.

—Tenés razón —responde—. Tendría que comprar otro que me ayude a guardar las apariencias.

—Me inquieta la tranquilidad con la que decís que vas a comprarte otro auto —sacudo la cabeza —. Como sea, me olvidé la campera arriba, así que vas a tener que subir.

—Por mí está bien.

Se encoge de hombros. Miro hacia los costados después de que entra, para asegurarme de que no haya tanta cantidad de gente chusmeando. Cuando cierro la puerta, él mira hacia ambos lados para corroborar que no haya nadie y se saca el gorro y los lentes de sol. También el buzo y se lo ata a la cintura. Se acomoda el pelo con la mano. Noto que se queda intentando ver el estado de mi cara, pero no se atreve a preguntarme nada. Preferiría que lo ignorara, pero supongo que no puede evitar preocuparse, ¿verdad? Sinceramente, no me molestaría que se fijara en mi cara si no fuera por esa razón.

Me preocupa la liviandad con la que me permito pensar que ojalá me preste atención de esa manera, cuando ni siquiera puedo predecir qué va a ser de esto. Había olvidado completamente lo que se sentía tener un *crush* con alguien. Nunca me permití pensar en otras personas de esa manera, porque sabía que mi familia no me iba a dejar salir con nadie que no aprobara. ¿Para qué ilusionarse sin razón? Aunque supongo que ahora ya dejó de ser algo malo porque tampoco están acá para reclamarme nada.

El problema es que, en este caso, soy solo una de las millones de mujeres (y hombres, por qué no) que opinan lo mismo que yo. Y de entre todas esas personas, seguro no soy precisamente la más favorecida. Es una competencia más que feroz en la que sé que salgo perdiendo.

Avanzamos y se frena en seco cuando me acerco al ascensor.

—Yo no me voy a subir a eso —dice.

—Son seis pisos por escalera.

—Puedo caminar —afirma.

Hace el amague para ir caminando hacia las escaleras, pero lo agarro del antebrazo para que se quede.

—Sé que parece intimidante, pero te juro que no se va a caer, ¿ok?

—¿Cómo podés estar tan segura? ¡Ni siquiera tiene paredes! —lo señala—. Puedo ver todas las cuerdas. Se podrían cortar o algo así.

—Hasta ahora, siempre funcionó perfecto —trato de tranquilizarlo, sin éxito—. Lo uso todo el tiempo. No se va a caer solo porque vos te subas. Sí, da un poco de miedo al principio, pero después te acostumbrás—. Mis palabras tienen un efecto nulo. Está totalmente petrificado—. ¿Te dan fobia los ascensores? —pregunto.

—No es fobia, es sentido común.

—Bueno, nunca es un mal día para superar un “sentido común”.

—No creo que sea una buena idea—niega con la cabeza.

Lo miro.

—Yo creo que sí. Confía en mí.

Piensa por unos segundos hasta que asiente, aunque sin mucho convencimiento. Deja que lo guíe hacia el ascensor. Cuando subimos, casi por instinto, trata de resistirse, pero es inútil, porque ya abrí la puerta y lo llevé adentro conmigo. Está pálido. Cierro con fuerza.

—Solo respirá, ¿ok? —toco el botón del sexto piso—. Y no mires las cuerdas.

Sí, claro, como si me fuera a hacer caso. Se apoya con fuerza contra uno de los extremos. No sé si es la manera más segura de estar parado si esto efectivamente se cayera, pero tampoco creo que ayude mucho decírselo. El ascensor empieza a elevarse. Joa cierra los ojos y baja levemente la cabeza. Le cuesta respirar. Está temblando como una hoja.

—Está todo bien —digo, intentando tranquilizarlo.

O eso creí, hasta que nos quedamos varados entre el tercer y el cuarto piso. ¿Realmente es momento?

—¿Llegamos? —gira la cabeza para todos lados—. No puede ser —empieza a hiperventilar—. No es esta la manera en la que esperaba morirme…

—No te vas a morir. Pasa todo el tiempo —miento—. Como mucho le pedimos al encargado que nos baje.

—Esto fue una pésima idea —se queja en voz baja.

—Reitero: no te vas a morir.

Por algún motivo, la conversación que estamos teniendo me resuena. Solo que, según recuerdo, la suelo tener con los roles invertidos. Soy yo la que siempre siente que se viene el mundo abajo por cualquier mínimo inconveniente. Visto desde afuera, parece muy irracional.

El ascensor tarda unos segundos en volver a subir. Apenas llegamos al sexto piso, Joa sale disparado hacia afuera y se apoya contra la pared del pasillo.

—¿¡Qué fue eso!? —grita—. Dijiste que funcionaba bien.

—Ya te lo dije, pasa todo el tiempo. Es inofensivo —respondo—. ¿O pensás que de verdad te haría subir si supiera que es peligroso? No tengo pensamientos suicidas, ¿sabés? —digo como si fuera una obviedad—. Tomalo como terapia de choque. Funcionó. Te ahorraste subir la escalera.

Él se queda callado. Lo dejo recuperarse.

Lola está en la cocina cuando entramos. A juzgar por el olor que sale de ahí, ya metió en el horno el bizcochuelo que estaba preparando. Hoy regresó temprano y aprovechó para cocinar. Espero que no se olvide de sacarlo como la vez anterior.

—Amiga, me olvide de avisarte —dice al escucharme entrar—. Mandaron por el grupo de WhatsApp que no usemos el ascensor. Una de las poleas está un poco gastada y el técnico de mantenimiento viene recién mañana. Oh —lo mira—. Hola, Joa.

Ella le hace un gesto con la mano. El poco color que había vuelto a la cara de Joa desaparece de nuevo. Me mira, recriminándome.

—¿Querés tomar algo? —pregunto tratando de desviar el tema.

—Estoy bien, gracias —responde. Sigue intentando recomponerse.

—Dejé la campera en mi cuarto. Vení así te la doy.

Él me sigue sin decir más nada.

—¿Estás segura de que vive una persona acá? —dice cuando entra y lo mira de arriba abajo.

Sé por qué lo dice. Mi cuarto actual parece una habitación de hotel recién armada. Las paredes son totalmente blancas. El escritorio está acomodado. La ropa, doblada. La cama, perfectamente hecha. Joa se sienta en ella cuando lo invito a hacerlo, pero lo hace con delicadeza. Como si tuviera miedo de romperla o desordenar algo. Enseguida empieza a jugar con el hilo de uno de los almohadones cuidando de no moverlo demasiado. Abro el placard, saco la campera que había dejado colgada en una percha y se la tiro.

—La lavé —aclaro—. Se había manchado.

—Se nota —dice y la huele—. Gracias. Ahora puedo devolverla.

—Entonces supuse bien. No era tuya.

Él niega con la cabeza

—Se la pedí prestada a mi primo. Necesitaba algo que me tapara bien —dice—. Entonces… ¿Qué es de tu vida? —pregunta.

Me siento a su lado.

—Supongo que normal. El trabajo estuvo bastante pesado hoy, pero más allá de eso, nada nuevo. ¿La tuya?

—Bien, igual que siempre.

Se hace un silencio incómodo después de esas preguntas de rutina, porque puedo intuir que quiere decir algo más y le está costando. Me quedo haciendo de cuenta que acomodo algo en la mesa de luz, hasta que habla.

—Respecto de lo del otro día —suelta finalmente—, no esperaba que terminara así, la verdad. Yo ya estoy acostumbrado a estas alturas, pero perdón si te molestó. No era mi intención… que se dieran así las cosas.

—Ey, está bien. No fue tu culpa. La gente puede volverse bastante loca a veces —le doy un golpe suavemente en el hombro—. Y fue divertido. Un poco, al menos.

—Lo digo de verdad —se pone completamente serio—. Sé que quizá suene raro. O no, no sé. Pero Julia —hace una pausa—, me caés bien. Y el otro día me divertí de una manera que hace mucho tiempo no me divertía —confiesa y baja la cabeza—. Aunque considerando todo lo que pasó, entendería si no querés saber nada más de mí de ahora en adelante.

Pienso durante unos segundos, donde la parte de mí que quiere alejarlo sin mediar palabra se pelea con la parte que le quiere dar una oportunidad.

Finalmente, gana el lado que nació en mí recientemente: el que de a poco va perdiendo el miedo.

—Nunca dije que quisiera dejar de hablarte —aclaro—. Reconozco que no confiaba demasiado al principio, pero supongo que… ¿Me convenciste de que sos buena gente? Creo que nos podríamos llevar bien.

Hacemos contacto visual por unos segundos y estoy por empezar a decir algo más, hasta que noto el olor a quemado y salgo disparada hacia la cocina.

—¡Lola! ¡La torta! —grito.

Joa corre detrás de mí. Llego a la cocina, que ya empezó a llenarse de humo, y agarro un trapo. Lo uso para abrir el horno. Con mucho cuidado, consigo sacar el molde del bizcochuelo y tirarlo sobre la mesada. Abro la ventana para ventilar.

—No hay forma de que se haya quemado —dice mi amiga—. Acabo de ponerlo hace diez minutos.

—Lo pusiste en máximo —respondo señalando la perilla.

—No me molesta comer bizcochuelo quemado —agrega Joa encogiéndose de hombros.

Me causa muchísima ternura ver que insiste en comer una torta incomible de lo quemada que está. Y no hace ni un solo comentario al respecto. Lo cual también es en parte prueba de que no me estoy equivocando (tanto) al darle una chance.

13. Joa

Aprovecho el viaje de vuelta para pensar en ella. Manejar me despeja la cabeza. Es una de las pocas cosas que puedo hacer sin distraerme.

Julia dijo que *la convencí de que soy una buena persona*. ¿Qué significa eso?

Me dejó pasar a su casa y a su cuarto, y su amiga nos dejaba solos cada vez que podía. Lo noté. Soy lento, pero tampoco tanto. Asumo que eso significa que me gané su confianza. ¿Por qué lo haría si no? Supongo que ese gesto, entre otras cosas, también hizo que ella se ganara la mía. De ninguna manera me hubiera subido a ese ascensor del demonio si no me hubiera insistido y acompañado. Se me hace un nudo en el estómago de solo recordarlo.

Fui totalmente honesto con mis intenciones hacia ella. Era lo menos que podía hacer. Y ella también lo fue, creo. Aunque no sé si de la misma manera que yo lo fui. Lo que le dije podría interpretarse tanto como que quiero que seamos amigos como que me gustaría salir con ella. Tampoco quería ser tan directo, pero ojalá que haya interpretado lo segundo. Es que, de verdad, es muy, muy linda. Tanto que me pone un poco nervioso sentarme cerca de ella. Espero que no haya notado cómo casi me atraganto tres veces con el bizcochuelo. Y no precisamente porque estuviera quemado, aunque eso sin dudas fue un factor.

Por suerte, también me devolvió la campera y San no va a colarse en mi casa para asesinarme mientras duermo. No se la quedó ni la vendió por internet. Otra cosa más que es la primera vez que me pasa. Sorprendentemente, es todo un mercado vender objetos que yo haya tocado. Anoche entré a buscar por curiosidad y no tardé en encontrar los anteojos que me habían sacado en la plaza. Honestamente, no sé quién pagaría tanto por un par de lentes de sol rotos.

Mi teléfono empieza a sonar. Es Damián. Lo pongo en manos libres y atiendo con rapidez, porque me preocupa. Nunca me llama a no ser que sea urgente. Sabe cuánto lo detesto.

—¿Qué pasó? —digo sin siquiera saludar.

—¿Ya estás volviendo? —pregunta—. Ian se metió en un quilombo.

Si bien es mucho más frecuente que sea yo el que está metido en alguna situación conflictiva, eventualmente, mi hermano hace de las suyas. Tal vez sea un poco más impactante, porque el resto del mundo no está acostumbrado a verlo de esa manera. Pero yo lo conozco más que nadie. Está callado la mayor parte del tiempo, pero no es la clase de persona a la que te convendría hacer enojar de verdad. Lo cual, últimamente, pasa demasiado seguido.

—Y yo soy la persona más adecuada para estar ahí porque…

—Estamos todos acá. Martin, San, yo... hasta tu mamá dijo que venía —esto último me golpea un poco—. Solo vení a hacer acto de presencia, ¿si? —me pide—. Ya trascendió a la prensa y están todos los medios en la puerta del hospital esperando a ver si alguno sale a decir algo.

—¿Qué? —pregunto desconcertado—. ¿Qué hacen en el hospital? ¿Qué tan grave es?

—Le rompieron la mano izquierda, Joa.

Me quedo sin palabras.

—Llego en cinco.

***

Solía defender a Ian todo el tiempo.

Cuando empezamos el secundario, nos pusieron en el mismo curso. A mí no me tomó mucho tiempo adaptarme. Damián se había sentado detrás de nosotros y tardamos, literalmente, una semana en empezar a considerarnos amigos. Él y yo éramos los únicos dos raritos que a los 13 años todavía miraban series animadas y preferían quedarse jugando a los jueguitos antes que andar atrás de una mina. Todavía me acuerdo de la emoción que sentí cuando vi que tenía un sticker de la fusión fallida de Gotenks pegada en la carpeta. Sí, esa clase de cosas nos emocionaban. Dios los cría y el viento los amontona, dicen. Nos convertimos en “el grupito del fondo” tan rápido que ni siquiera nos dimos cuenta.

Mi hermano era una historia diferente. Pasaba solo la mayoría de los recreos, con los auriculares puestos, escribiendo música. Ignorando a todo y a todos a su alrededor. Era lo único que le importaba. Solamente se le escuchaba la voz para responder algo que alguna profesora preguntaba en clase. Y ni siquiera lo hacía siempre, porque le daba miedo. Además, era todo lo minúsculo que un chico de 13 años podía ser. Y las personas son crueles con los chicos como él.

No me entraba en el cuerpo la furia que sentí la primera vez que volvió con un moretón a casa.

Por supuesto, les mintió a nuestros papás. Siempre se callaba todo para no causar más conflictos en casa de los que ya teníamos. No estoy seguro de que le hayan creído. Si así fue, no le prestaron demasiada atención. Otra cosa para añadir a la lista de “actitudes cuestionables que tuvieron durante nuestra crianza”. Pero yo sabía cómo habían sido las cosas y no me iba a quedar de brazos cruzados. Los tenía fichados: un grupo de chicos de tercero que se entretenían fastidiando a los de los cursos más bajos.

Nos organizamos con Damián para esperar a que se fueran al recreo y colarnos en su aula. Habíamos comprado un par de latas de pintura y las vaciamos, enteras, dentro de sus mochilas, arruinando así todas sus carpetas. Solo queríamos darles un susto. Yo apenas arañaba el metro cincuenta y aunque mi amigo había pegado el estirón antes, no dejábamos de ser dos nenes de primer año contra cuatro adolescentes de tercero. Era todo lo que podíamos hacer, ya que hubiéramos perdido de forma totalmente humillante en una pelea física.

Tristemente, nos enganchó una preceptora, porque tampoco éramos *tan* sigilosos. Después de eso, y solo luego de una mediación de la mamá de Damián a nuestro favor, a los dos nos suspendieron por tres días. Pero no se volvieron a meter con Ian. Yo podía ser un desastre en todo, pero al menos era un buen hermano.

Ian almorzó con nosotros todos los días por el resto de nuestros años en ese colegio. Algunas veces, hasta agregaba algo a nuestras conversaciones (no lo culpo por no intervenir todo el tiempo, Damián y yo hablamos mucho más que la media). Cuando nos juntábamos en casa, como casi siempre se quedaba practicando con la guitarra, nos acostumbramos a tener música de fondo. Incluso las veces que nos quedábamos hasta las tres de la mañana jugando al Mario Kart. Éramos los primeros en escuchar cada vez que componía algo nuevo. También los primeros en consolarlo cuando algo no le salía bien (o al nivel de las exigencias que él mismo había aprendido a ponerse encima). Damián lo abrazaba y yo hacía chistes para hacerlo reír y que se olvidara de sus propios enojos.

Funcionábamos tan bien de esa forma…

La gente de seguridad de la entrada me indica por dónde tengo que ir. Agradezco que hayan puesto una valla para no dejar que los periodistas pasen. Como reconocen mi auto, algunos consiguen saltarla, pero enseguida los detienen. Hoy menos que nunca tengo ganas de aguantarlos. Subo y estaciono en el piso tres y me dirijo rápidamente al área del hospital que Damián me indicó por mensaje de texto.

Los encuentro enseguida en uno de los pasillos. San está sentado con las piernas cruzadas en una silla, con el pelo rubio atado en un rodete desprolijo, tomando un jugo de manzana de caja. Está callado y mirando a la nada, por lo que puedo sentir que está preocupado. Martin está hablando por teléfono a un costado, discutiendo con alguien. Mi mejor amigo me hace una seña cuando me ve.

—¿Quién fue? —le pregunto sin siquiera saludar apenas me acerco a él.

—Joa, por favor, no quiero que termines haciendo nada estúpido —intenta calmarme.

—Te dije que me digas quién fue, Damián.

Nunca le hablo así, pero esto es algo que no voy a negociar con él. Suspira antes de arrancar.

—Identificaron a los atacantes, pero alguien más los mandó. Les pagaron para esperarlo a la salida del estudio —explica—. No dijeron nada, pero por el tipo de ataque está claro que fue de parte de Guzmán.

Hago una mueca de asco. Ese hijo de puta…

Guzmán es el guitarrista de otra banda del ambiente del rock: Ácido. Aunque si tuvieras que definirlo como la persona más violenta, sucia y desagradable que pisó el planeta Tierra, también le quedaría bien. Los integrantes de Ácido son como nosotros, más o menos, pero diez veces más punk. Nos odian y nosotros a ellos. Qué decir, cuestión de piel. Más de una vez tuve mis encontronazos con ellos en alguna fiesta, pero pensé que estábamos en una tregua desde que aprendimos a evitarnos mutuamente. Bueno, más bien, desde que las discográficas empezaron a hacer todo tipo de movimientos imposibles en los eventos para que no pudiéramos ni cruzar una mirada.

Yo sé que Guzmán se la tenía jurada a Ian. No puede soportar que haya un guitarrista mejor, así

que jugó de la única manera que sabe: a golpe bajo.

—No voy a hacer nada que no sea absolutamente necesario —aclaro apretando los dientes.

Paso por su lado y me asomo a ver la habitación donde está mi hermano, desde la distancia. La cama está deshecha y él camina de un lado a otro. Tiene el pelo atado, lo cual implica que está terriblemente estresado: se lo cuida demasiado como para no presumirlo dejándoselo suelto todo el tiempo. Parece que le habían puesto un suero, pero se lo arrancó, por lo que un hilo fino de sangre corre por su brazo derecho. Por suerte, desde este ángulo, no puede verme. Tiene un corte en la frente, un moretón en el pómulo derecho y la mano izquierda completamente vendada y entablillada. Su mano derecha cerrada en un puño. Estoy seguro de que se clavaría las uñas en la palma si no las tuviera tan cortas de tanto mordérselas. Hiperventila. Visto desde afuera, cualquiera pensaría que está al borde de un ataque psicótico. Y yo sé que, efectivamente, lo está.

No me cabe duda de que le rompería la cara a cualquiera que le respire demasiado cerca en este momento. Damián me apoya la mano en el hombro y me vuelve a llevar al pasillo.

—Estamos esperando los resultados de la radiografía —me explica—. Quieren asegurarse de que no haya un daño permanente.

Daño permanente. Si le dijeron eso a la cara, es normal que esté tan desesperado. Puede estar a punto de perder lo único que lo hace realmente feliz.

Yo asiento y él se aleja para entrar a la habitación. Sin decir nada, se acerca a mi hermano en completo silencio y se sienta en la cama. Si fuera cualquier otra persona, le hubiera advertido que no se acercara, pero entre ellos es diferente. Ian se percata de su presencia y le dice algo que no llego a escuchar. Damián le responde otra cosa que aparentemente logra calmarlo un poco, lo invita a sentarse a su lado y él acepta. Continúan hablando por unos segundos, hasta que Damián lo ayuda a desatarse el pelo y empieza a hacerle una trencita en un costado. Es una de las cosas que mi hermano jamás permite que nadie haga: tocarle el pelo. Pero siempre tuvieron un vínculo que no comprendo del todo. Como si Ian se permitiera a sí mismo ser un poco más vulnerable cuando está con él.

Cuando veo que Ian empieza a llorar, puedo sentir el dolor de una grieta en mi corazón abriéndose. Trago saliva.

Definitivamente, no le voy a dejar un solo hueso sano al forro de Guzmán.

Una enfermera pasa con una tabla con pinza en la mano y entra a la habitación. Ian se obliga a recomponerse. La mujer habla y él asiente. Damián apoya una mano en su antebrazo. Es su forma de decir que no va a dejarlo solo. Cuando la enfermera termina de hablar y se va, ambos sonríen. Debe haber sido un buen diagnóstico. Suspiro de alivio.

Justo cuando sale, veo a mi mamá en el pasillo, caminando hacia nosotros y muy preocupada. La reconozco enseguida por su pelo siempre encrespado. Lleva puesto el mismo cárdigan que usa prácticamente desde que nací. Saluda a San con la mano, como si fuera apenas un conocido y no su único sobrino. Es un poco fuerte verla por primera vez en… ¿semanas?, ¿meses? La última vez que me visitó fue cuando recién me había mudado y ni siquiera tenía muebles. Y pocas veces

coincidimos después. Intenté mandarle algún mensaje eventualmente, pero todos fueron ignorados.

Es su sutil manera de decirme que me desheredó.

—¿Dónde está? —me pregunta sin siquiera saludarme.

Le señalo la habitación con la mano y se va sin decir nada más. Ya me acostumbré a que pretenda que no existo. Tanto, que cada vez me duele un poco menos. La veo entrar y abrazar a mi hermano con fuerza. Él no corresponde su gesto y la sonrisa que tenía se le borra de la cara. Tampoco tiene demasiada relación con ella, pero al menos ella lo soporta, aunque a él le dé igual si está o no. A veces, en momentos como este, quisiera estar en su lugar para poder, al menos, darme el lujo de rechazarla.

Cada vez duele menos. Aunque eso no significa que haya dejado de doler del todo.

14. Julia

Después de la cena, me encerré en mi cuarto y empecé a revisar toda la información que pude encontrar en internet sobre Joa Keuler. Debo admitir que lo que encontré no se parece en nada al chico que le teme a los ascensores y que, hasta hace un par de horas, estaba sentado en mi cocina comiendo bizcochuelo quemado. Y que, además, mintió diciendo que estaba rico de todas maneras. Qué bondadoso.

No estaba en mis planes quedarme hasta tarde haciendo esto. Normalmente, no me quedo despierta más de las doce, sino al día siguiente no me despierta nadie.

De pronto, me saltó una noticia sobre un ataque al hermano de Joa y aparecieron otros titulares sugeridos en los cuales enseguida busqué más información (gracias algoritmo por espiarme a través del micrófono y hacerme las cosas más fáciles). Parece que fue una especie de pandilla o algo así. Mañana voy a escribirle para preguntarle sobre el tema, porque dudo que ahora sea un buen momento.

Una cosa llevó a la otra, y acá estoy, a las dos de la mañana, escarbando en su historia, viendo que este chico que conocí se mete en una pelea en medio de un boliche, con una botella de vodka en la mano. También lo encuentran en diez situaciones bizarras con un grupo de modelos. Después le confiscan droga de los bolsillos. Insulta al cantante de otra banda durante un show o lo encuentran tirado en el medio de la nada, en una situación bastante parecida a como lo conocí.

Aparece en mi cabeza la voz de una de las monjas del colegio al que iba. Recuerdo vívidamente que una vez, durante una de las horas de catequesis, nos pusieron una especie de video informativo sobre las personas adictas (estoy segura de que una de ellas se parecía mucho a Joa). Y se dedicaron a explicarnos, con lujo de detalles, cómo iban a arder en el infierno. Ahora que lo pienso, hubiera sido una buena escena de inicio para una película de terror.

Me prometí a mí misma no juzgarlo por la primera impresión que me dio. Me dije que iba a darme la oportunidad de conocerlo, pero toda esta oleada de información nueva me llena de dudas. ¿Y si en realidad esa personalidad tranquila y sencilla que me mostró es solo una pantalla? ¿Y si el verdadero Joa Keuler es esta persona inestable y violenta que tanta gente dice que es?

Una última noticia, de hace diez minutos, aparece en el inicio de una de las veinte pestañas que dejé abiertas. El video que la acompaña probablemente es de estas últimas horas: es de noche y Joa lleva puesta la misma ropa que tenía cuando vino a mi casa. Un grupo de periodistas se acerca a su auto que sale del hospital. Él se frena y baja la ventanilla.

—Solo díganle a Guzmán que se cuide, porque lo voy a ir a buscar.

Es lo único que dice. Cierro la computadora. Suficiente por hoy.

15. Joa

Estoy sin saber qué hacer desde anoche. No me podía dormir, así que abrí una botella de… ¿Tequila? Tendría que revisar la etiqueta, porque no lo recuerdo. Vacié buena parte mientras miraba una película berreta hasta que finalmente pude quedarme dormido. Apagué el teléfono tan pronto como llegué a casa y planeo dejarlo así por un rato más. Damián se quedó acompañando a mi hermano en el hospital, así que no hablamos después de que me fui. Martin, por su parte, estaba como loco y no tenía ganas de escucharlo. Según él, no puedo amenazar de muerte a nadie en televisión nacional. Yo le respondí que no era una amenaza de muerte. Ni siquiera era una amenaza.

Era solo una advertencia. Una muy merecida.

No sé si Ian lo habrá visto. Me da igual si así fue. Apenas pude cruzar dos palabras con él. Lo único que me dijo cuando me vio después de un rato de estar ahí parado fue que yo era la última persona con la que necesitaba encontrarse en ese momento. Entendí el mensaje y me fui sin molestarlo más. Debería mandarle un mensaje a Damián para ver cómo está: sé que él no me lo respondería. Nuestro último chat es de hace ocho meses. Y si bien me duele releerlo una y otra vez, todavía no tuve el coraje para borrarlo.

Me lo envió luego de nuestra última gran pelea. Fue después de que, a la salida del camarín, yo tuviera un encontronazo con el grupo de seguridad. Aparentemente, habían querido filtrar un par de conversaciones nuestras (grabadas de forma ilegal, claro), a cambio de lo que seguro era un cheque decente. Damián trató de calmarme diciéndome que a fin de cuentas no había llegado a pasar nada y que lo podíamos solucionar de otra forma, pero estaba tan enojado… Creo que ya a ese punto me estaba empezando a volver paranoico y, dentro de todo, la banda me seguía importando. Así que me aseguré de decirles a los topos, con palabras muy poco amables, todo lo que pensaba de ellos. Lo cual, cómo no, quedó grabado en una cámara de vigilancia y los programas de televisión lucraron por más de dos semanas con mi arrebato de furia.

Como en muchas otras ocasiones, Ian aprovechó el momento para ponerse en mi contra. Recuerdo que me dijo que era un alcohólico y un patotero, y yo le respondí que, evidentemente, no era ningún alcohólico y que en todo caso estaba actuando en defensa de todos. Él me respondió que a la próxima cosa así que hiciera me iba a meter en un quilombo peor y encima los iba a arrastrar a todos conmigo. Que yo no tenía idea de lo que era esforzarse por algo solo para que otro venga y te lo tire a la basura.

Y que al final de cuentas, mamá tenía razón conmigo.

Lo bloqueé después de eso. Era la opción más fácil, porque aún en mi estado no quería decir nada de lo que me arrepentiría. Lo desbloqueé al día siguiente y quise escribirle para pedirle perdón, por todo. Incluso por las cosas de las que él no tenía idea. Pero no lo hice. Él tampoco se disculpó jamás por todas las cosas hirientes que me dijo. En especial, por lo último. No sé cuál de los dos fue más orgulloso esa noche.

Algo dentro de mí se rompió después de eso.

—Sos consciente del quilombo que armaste, ¿verdad? —me pregunta Damián mientras entra al departamento, cerrando la puerta tras de sí.

—Honestamente, me importa un carajo —digo y me levanto del sillón. Después de pararme, me estiro un poco y sin querer pateo la botella que al parecer dejé en el piso. Mi amigo me dirige una mirada de resignación, pero no acota nada al respecto.

—Hablé bastante con Ian anoche —dice—. Me explicó todo lo que le dijeron los médicos. Va a estar bien: solo necesita unas semanas de reposo.

Agradezco tener a una persona como Damián en mi vida, que sabe lo que necesito escuchar sin siquiera tener que preguntármelo. Aun cuando no lo merezco.

—Y también —agrega—, se enteró de lo que dijiste. Bueno, lo sabe todo el país a esta altura — se rasca la cabeza.

—Qué bien —digo restándole importancia, aunque en realidad me muera de ganas de saber cómo reaccionó.

Me dirijo a la cocina a buscar un poco de agua. Estoy deshidratado, como siempre. Damián me sigue y se sienta sobre la mesada mientras pone a calentar agua en la pava eléctrica para prepararse un té.

—Estaba sorprendido —comenta—. De que hayas reaccionado así. Dijo algo como que solo lo hacías para buscar bardo y hacerte el héroe… pero lo conozco.

—Tal vez tiene razón —respondo—. Es una buena excusa para pelearme con alguien.

—Como digas.

No le contesto. A veces me gustaría que fuera más fácil mentirle.

Busco mi teléfono y lo prendo. Me voy de la cocina con una botella de agua en la mano y me vuelvo a tirar en el sillón del comedor para revisarlo. Enseguida empiezan a saltar todos los mensajes y las llamadas perdidas. Me agobia un poco la avalancha, pero a fin de cuentas lo único que termina captando mi atención es el mensaje de Julia, de hace dos horas.

Hola. ¿Todo bien?

Por un segundo, pienso que me lo mandó demasiado temprano. Pero al chequear la hora, veo que son las dos, por lo que me debe haber escrito en su horario de almuerzo.

Bien. ¿Vos?

Vi lo de tu hermano. ¿Está bien?.

Fue una noche dura. Pero está bien, creo.

Qué bueno. ¿Puedo preguntarte algo?

Lo repentino de la pregunta, así como la manera de formularla, hace que se me forme un nudo en el estómago. Por alguna razón tiene un tono bastante parecido al “tenemos que hablar”: no me da buenas vibras.

Decime.

¿Estás libre mañana…?

…a la tarde.

El nuevo mensaje tampoco hace que el nudo en el estómago se deshaga. Porque si quisiera simplemente que nos veamos, habría empezado por ahí, sin consultar antes si podía hacerme una pregunta. Me da la sensación de que me está proponiendo juntarnos a hablar de algo específico. Lo cual, después de tan solo dos salidas con ella y una interminable lista de pésimas impresiones sobre mi persona, solo puede significar una cosa:

Quiere dejar de verme.

Me quedo un par de segundos pensando en qué responderle hasta que me decido.

Estoy libre.

Respondo escuetamente para que no se note que en realidad me estoy muriendo de las ganas de llorar por la frustración. No sé con qué lágrimas, porque ni siquiera abrí el agua que me traje de la cocina como para reponer la reserva. Tal vez tendría que dejar de creer en que algo puede salirme bien.

El sonido del timbre me sobresalta. Damián atiende el portero y avisa que ya baja.

—Me olvidé de avisarte que pedí *delivery* —aclara—. No almorcé y no tengo ganas de cocinar —me mira—. ¿Por qué esa cara?

Sé que no serviría de nada hacerle la pregunta estúpida de “¿qué cara?” así que le explico la situación directamente.

—Creo que Julia quiere dejar de hablarme.

—¿Por qué “creo”? —pregunta.

—Porque no me lo dijo —explico—, pero lo presiento.

Damián pone los ojos en blanco.

—Joa —empieza—, tendrías que dejar de asumir que todo el mundo te odia sin motivo alguno.

—Eso no es lo que dije.

—Te conozco —agarra las llaves—. Tu manera de razonar es bastante predecible. Y estoy aburrido de explicarte por qué estás equivocado, así que te voy a pedir que dejes de pensar boludeces porque le tengo que bajar a abrir al chabón del *delivery*.

Sale antes de que tenga tiempo de contestar. En parte, mejor: no solo estoy deshidratado, también estoy cagado de hambre.

16. Julia

Tan pronto como salgo del trabajo, le mando un mensaje a Lola avisándole que volveré a casa más tarde. No le digo que voy a verme con Joa, pero tampoco hubo necesidad de que lo hiciera para que lo sepa. Yo nunca salgo después del trabajo. Yo nunca salgo, a no ser que ella me obligue, en líneas generales.

Sin embargo, aunque este chico esté pateando un poco los esquemas de mi vida monótona, estuve a punto de acobardarme y cancelar el plan.

Todavía tengo frescas las imágenes que busqué hace dos noches. No pude dejar de pensar en eso durante todo el día.

Desde que le envié el mensaje a Joa estoy planeando diferentes maneras de encarar la charla. ¿Cómo se supone que tendría que empezarla siquiera? Mi cabeza es un lío y las mil cosas que me gustaría preguntarle se superponen unas con otras y me impiden pensar con claridad. De hecho, lo único que tengo claro es que nunca podría llevarme bien con una persona así. Una persona que es todo lo contrario a lo que me enseñaron que es correcto.

Tal vez si las cosas que hubiera visto hubieran sido noticia vieja, haría el esfuerzo de ignorarlo. Elegiría pensar que es tan solo una versión anterior de él que ya cambió, o al menos está intentando cambiar. Pero ahora amenazó a alguien en televisión nacional. Y todavía me da escalofríos de solo pensarlo.

Estoy tan nerviosa que casi me paso de parada. Menos mal que chequee el Google Maps justo a tiempo para bajarme. El inmediato contraste de este lugar con la zona donde yo vivo me incomoda un poco. Si las indicaciones no me fallan, esto es pleno Palermo. Hasta las estaciones de subte y los perros que ves paseando tienen una estética más refinada. Es raro pensarlo, porque el subte sigue siendo transporte público y el perro sigue siendo un animal con las mismas necesidades, independientemente de su raza. Pero es un pensamiento que no se puede evitar tener cuando pasás del mundo donde vive la mayoría de los mortales al mundo donde se mueve Joa Keuler. Otro golpe de realidad. Otra cosa en la que Joa y yo estamos en veredas opuestas.

¿Sabrá lo que es vivir en un lugar normal o ya habrá nacido en cuna de oro?

Diviso el edificio por el número que me indicó y cruzo la calle para llegar. Toco timbre y después de que me atienda, el encargado me toma los datos. Me mira con recelo y no sé exactamente cómo interpretarlo. Me hace llenar una planilla como si fuera a enlistarme para ir a la guerra o donar médula ósea en lugar de pasar a la casa de un conocido. Poco más y me piden grupo sanguíneo y me preguntan si tengo ascendencia originaria. Hasta que finalmente subo al ascensor, llego al último piso y me acerco a tocar la puerta del departamento de Joa.

Él abre rápidamente.

—Ey —dice—. ¿Cómo estás? —pregunta y su voz delata un poco de nerviosismo—. Pasá,

ponete cómoda.

Yo me limito a sonreír y a seguirlo. Recorro el departamento con la vista. Es gigante y parece completamente nuevo. Sin embargo…

—Perdón por el desorden —aclara cuando mi mirada se posa sobre la ropa arrugada y tirada por cualquier lado y la botella vacía en el piso, que miro con desconfianza sin poder evitarlo—. Con todo lo que pasó apenas tuvimos tiempo de nada.

—Despreocupate —digo tratando de que parezca que le resto importancia.

Trago saliva. Cada una de las cosas negativas a mi alrededor hace que mi cabeza grite que tengo que salir corriendo. Joa me guía hasta la cocina y me ofrece algo para tomar, pero lo rechazo amablemente. Enseguida me arrepiento, porque tal vez beber algo hubiera hecho que la piedra que siento atravesada en la garganta se suavizara.

Me siento en una de las banquetas que se encuentran pegadas a la isla de la cocina. No puedo evitar pensar que debe ser lindo desayunar en un lugar tan grande como este, con la luz natural entrando por las ventanas. O quizá el tema sea que me estoy distrayendo con algo tan básico como eso para tratar de alejar de mi cabeza la verdadera razón por la que vine.

Aunque ni yo misma sé qué quiero decir.

—¿Estás bien? —pregunta y maldigo internamente por no saber disimular—. Tenés cara rara. Si es por el desorden, puedo acomodar un po…

—Te *googleé*.

Las palabras salen de mi boca sin filtro alguno. Su cara se transforma, pero no distingo una expresión de sorpresa. Es como si se hubiera preparado para tener esta conversación. Aprieta los labios y baja la cabeza para evitar hacer contacto visual conmigo.

—Claro, entiendo —asiente—. Y te decepcionaste.

La manera en la que lo afirma hace que me sienta un poco culpable por haber sido tan directa.

—No sé qué pensar de vos ahora —suelto.

El tono que uso me sale mucho más duro de lo que pretendía. Por la forma en la que Joa se apoya con cuidado en una banqueta más lejana puedo intuir lo que siente: que lo estoy juzgando. Y eso, por algún motivo, me genera una sensación horrible.

—Perdón, no lo quise decir de esa manera —sacudo la cabeza—. Es solo que —hago una pausa, tratando de elegir correctamente las palabras— la persona que encontré no se parece a vos. Y me confunde. Porque cuando hablamos parecés tranquilo y genuino, y de repente hay videos tuyos peleándote con medio mundo y metido en mil cosas… raras.

Hace una pausa antes de responderme.

—¿Querés que dejemos de vernos, entonces? —pregunta como si se hubiera resignado.

—No, no dije eso —niego con la cabeza—. Pero me gustaría que me lo expliques —y agrego—. Seguramente tenés tu propia versión de las cosas y es distinta a lo que dicen de vos.

—Ok —hace una pausa antes de volver a hablar—. La primera cosa que tenés que saber es que odio meterme en quilombos, pero sí me molesta que ataquen a la gente que quiero. Y me enojo muy rápido sin darme cuenta. Casi nunca llega a mayores, aunque los medios exageran todo.

—De eso no me cabe duda.

—También hay un video que se hizo muy viral —continúa explicando—, donde casi me voy a las piñas con los de seguridad afuera del camarín. Seguro lo viste. —Asiento en respuesta—. Todo el mundo pensó que fue porque me creía demasiado importante como para que me dijeran que hacer. Pero en realidad fue porque… —toma un sorbo de su lata de Coca-Cola antes de seguir— Ian estaba teniendo un ataque de pánico y pretendían que tocara en ese estado solo para no retrasar el concierto, cuando claramente no podía.

El hecho de escucharlo de su propia boca me genera un fuerte sentimiento de empatía. Quizá, si yo hubiera estado bajo esas mismas circunstancias, hubiera actuado de la misma manera. Después de todo yo misma golpeé a Ian para defender a Lola. El video de quince segundos que encontré claramente no explica ninguna de estas cosas.

—¿Y lo que dijiste la otra noche a la salida del hospital? —pregunto.

—Ese Guzmán les pagó a unos tipos para que le rompieran la mano a mi hermano. —Me recorre un escalofrío de solo pensar que alguien puede ser así de desalmado—. ¿Cómo voy a dejar que quede en la nada? Es la clase de persona que tiene suficiente plata como para comprar a cualquier fiscal. No planeo ir a buscarlo de verdad —confiesa—. Era solo… una advertencia.

Vuelvo a hacer el esfuerzo de ponerme en sus zapatos y reconozco que tiene razón. ¿Cuántos casos hay de gente rica y reconocida que atropella gente y sale libre a la semana con nada más que un apercibimiento? ¿Por qué no ocurriría lo mismo con este tipo?

—Es entendible —digo—. La justicia no es precisamente justa.

Esa frase sonó un poco más personal de lo que pretendía, pero no me retracto.

Me tomo unos segundos para volver a recapitular todas esas cosas que vi en internet sobre Joa y sobre las cuales quería pedirle una explicación, pero termino llegando a la conclusión de que en su mayoría no hay mucha más información que el título amarillista y fotos fuera de contexto. En definitiva, muchas de las cosas que se dicen y se replican no tienen fundamento alguno. Son solo rumores.

Una mala persona no se tomaría el trabajo de justificar uno por uno todos los actos que yo le pida.

Quizá en otro momento, me hubiera quedado con la primera impresión de él. Hubiese dejado que

lo que vi fuera prueba suficiente para creer que no vale la pena. Lo hice tantas veces en los últimos años, condenando a todos por sus actos pasados, que me sorprende no estar haciéndolo en este preciso momento. A veces me da miedo no poder deshacerme del todo de ese hábito heredado. Aún más ahora, que soy la menos indicada para condenar a nadie trayendo lo que yo traigo a cuestas.

¿Él me juzgaría si supiera todas las cosas horribles que hice?

—Cualquier cosa que necesites preguntarme —dice—, estoy dispuesto a explicártela. De todas maneras, entiendo si preferís alejarte.

Esta vez, pienso, *no pierdo nada con intentar hacer algo diferente*. Con apostar por él, aunque a simple vista me haya dado mil motivos para no hacerlo. Elijo callar la voz de mi cabeza y seguir mis instintos. Por primera vez en mucho tiempo.

—No te juzgo —digo—. No estoy en tu lugar, así que no tengo idea de cómo hubiera reaccionado si hubiera vivido lo mismo. Supongo que habrás tenido tus razones para hacer ciertas cosas en el pasado. La única versión tuya que existe ahora es tu versión presente. Ese es el único Joaquín que realmente puedo conocer —concluyo en voz baja.

Por un momento, siento que le estoy hablando tanto a él como a mí misma.

Por su mirada puedo intuir que esperaba una respuesta completamente diferente de mi parte. ¿Esperaba que me fuera? ¿Que le gritara que es un ser humano horrible? Aunque la curiosidad me está matando, no le pregunto. Simplemente espero a que él quiera hablar.

—Gracias —responde sonriendo—. Me alegra saber que no vas a *ghostearme* tan rápido —agrega riéndose para distender un poco el ambiente y me hace reír a mí también.

—Igual —comento en medio de la risa—, todavía falta que me des contexto sobre esa foto en el hotel con las modelos.

—Sé que parece falso —dice levantando el dedo índice—. Porque lo es. Esa foto está recontra armada.

—Me intriga —confieso—. ¿Cuál es la historia?

—Resulta que para el programa de…

Justo en el momento en el que me iba a empezar a contar la anécdota, escuchamos el ruido de la puerta. Damián entra a la cocina con tres bolsas de supermercado y San detrás de él con tres más. Se dan cuenta de que interrumpieron el momento, porque se quedan parados, mirándonos.

—Perdón —dice Damián—. No queríamos interrumpir.

—Tarde —responde Joa.

—Compramos gomitas ácidas —agrega San levantando una de las bolsas.

—A mí me gustan —agrego tratando de disolver la tensión que se creó en el aire.

Inmediatamente, corro a ayudarlos con las bolsas. Damián me dice varias veces que no hace falta, pero yo insisto porque a mí nadie me gana en testaruda. Los ayudo a apoyarlas sobre la mesada, a acomodar y sacar algunas cosas de la heladera.

Finalmente, terminamos congregados alrededor de una bolsa de casi un kilo de gomitas en el medio de la mesa ratona del comedor. Ellos hablan y yo los escucho, intentando no intervenir demasiado. No quiero que sientan que los estoy invadiendo, aunque ellos no dan a entender eso en absoluto. Todo lo contrario: me hacen sentir una más, a pesar de que apenas me conocen.

Si bien el momento que estábamos teniendo con Joa se cortó de una forma un poco abrupta, tampoco me molesta estar compartiendo algo así con él. Verlo interactuar con los demás con tanta naturalidad hace que reafirme la decisión de darle una oportunidad.

Hace reír a todos más de una vez y casi provoca que me atragante con una gomita. Lo disimulo lo más que puedo para que no vea la cara espantosa que tengo cuando me ahogo.

También hacemos contacto visual varias veces. No estoy segura de si es intencional. Lo que sí es bastante intencional es el momento en el que apoyo mi mano en su antebrazo para responderle algo y la dejo ahí un buen rato. Él no se aleja de mi contacto.

Quiero llegar a conocerlo de verdad. Quiero saber qué es lo que este chico tiene para decir realmente.

17. Joa

Julia se va después de cenar, porque yo la invité y a pesar de que ella trató de rechazarlo, Damián también insistió en que se quedara. Cuando terminamos, la acompaño hasta la puerta (no quiero que baje sola, aunque objetivamente hablando, es mucho más intimidante que yo, me aventaja en unos cuantos centímetros) y me despido de ella con un beso en la mejilla, rozando el límite entre el mero saludo y un beso de verdad. La sutil diferencia. Le pido que me avise cuando llegue a su casa. Ella me dice que no se va a olvidar y se va caminando como si nada. Me quedo embobado mirándola un tiempo considerable. Analizo, sin querer queriendo, cómo se refleja la luz de la calle sobre su pelo castaño claro y la forma en que su buzo marca su cintura cada vez que pega los brazos al cuerpo. Por suerte, no se da vuelta.

Me toma un tiempo caer en la cuenta de que planea seguir hablando conmigo. Estaba preparado para lo peor, porque es lo que siempre termina pasándome de todas maneras, así que ¿para qué ilusionarse? Aunque por alguna razón que desconozco, ella decidió darme una última oportunidad. Y pase lo que pase, voy a hacer todo lo que esté en mis manos para no cagarla.

¿Será esta la variable en mi teoría?

Vuelvo al ascensor. Desde mi incursión en casa de Julia, y aunque me juré nunca más volver a pisar uno, me da un poco menos de miedo que antes. Pero tampoco puedo decir que me agrade del todo. Quizá nunca lo haga y voy a tener que aprender a convivir con mi miedo. Muchas personas lo hacen. Aprender a vivir con algo que las asusta. Hay mil cosas que me asustan, pero…

—Me cae bien —dice Damián, que está en una de las banquetas aferrado a su taza de té de no-sé-qué sabor. A pesar de que los compra compulsivamente, no creo que le alcance la vida para terminar todas las cajas de todos los sabores que tiene. En eso mi primo y él se parecen. Es más, creo que se intercambian los saquitos de té como si fueran paquetes de figuritas. Y bueno, sobre gustos…

—A mí también. Y su amiga, la que vive con ella, es muy buena onda —dice San antes de darle un sorbo a su propia taza.

—¿Cómo podés saber eso? —pregunto—. No la conociste.

—En realidad, sí. Solo que no te acordás. Además, hice un poco de investigación y la encontré en Instagram así que…

Levanto una ceja.

—¿Ya te la estás chamuyando? ¿En serio?

—*Chamuyar* es una palabra muy fuerte —afirma—. Además, ni siquiera sube tantas fotos suyas, sino de sus plantas… Pero como sea, lo mío no viene al caso. Porque la verdadera pregunta es:

¿vos te estás chamuyando a Julia?

Y no tengo ni la más puta idea de cómo responder a eso.

—No sé. Estamos hablando, supongo —me encojo de hombros—. Hasta hace dos horas pensé que iba a cortarse todo, pero… se ve que no.

—Vi cómo se miraban, los dos. Hay onda, ¿o no, Damián?

Mi amigo no responde inmediatamente. Tiene la mirada perdida en un punto fijo y no reacciona hasta que mi primo le toca el hombro.

—¿Eh? —murmura sorprendido—. Perdón. No escuché la última parte de la conversación.

Estuvo abstraído durante el último minuto. Más específicamente, desde que empezamos a hablar de chamuyarse gente. San suspira con fuerza, como si supiera el motivo de su repentina desconexión.

—Tendrías que rendirte ya, ¿sabés?

—¿Rendirme con qué? —pregunta.

—Sabés a qué me refiero.

Damián hace una pausa antes de responder haciéndose el desentendido.

—En realidad, no.

—Yo tampoco —agrego, sintiendo que me estoy perdiendo un capítulo de algo.

—Como sea —dice San evadiendo el tema—, creo que me voy a ir a dormir. ¿Dónde quedaba el cuarto de invitados?

—Tercera puerta a la izquierda —respondo.

Tan pronto como mi primo se va, siento la necesidad de preguntarle a Damián qué le pasa. Porque lo conozco y sé que le pasa algo, pero me preocupa un poco el hecho de que no me lo haya contado. Nosotros nos contamos todo. Absolutamente todo.

—Me gusta alguien —suelta finalmente—. Y San no deja de sacar el tema en un intento desesperado por hacer que me rinda —explica.

—Ah, ¿eso era? —estaba esperando que me dijera algo un poco más terrible. Como que de repente se cansó de ser una buena persona y masacró una colonia de hormigas a sangre fría. Algo en esas líneas—. No me contaste.

Las últimas palabras salen de mi boca con un poco más de reproche de lo que tenía planeado. No era mi intención, aunque debo reconocer que me duele un poco sentirme excluido de su vida.

—No le conté a nadie, en realidad —aclara en respuesta—. San solo… se dio cuenta.

—¿Y por qué no le contaste a nadie? —pregunto.

Él piensa un poco su respuesta sin soltar su taza de té.

—Porque ni siquiera tiene sentido —se encoje de hombros—. Es alguien que jamás en la vida me va a dar bola. Y me jode muchísimo más de lo que debería.

Puedo percibir la frustración en su voz.

—Esperá, entonces… ¿estás enamorado de esta persona?

—*Enamorado* es una palabra muy fuerte —le da un sorbo a su taza—. Pero… qué sé yo. Supongo que me afecta.

Se pasa la mano por el pelo, ahora más rapado a los costados porque hace dos días fue a la peluquería. Damián es la persona más buena que conozco. Es exactamente el tipo de persona que te da el asiento en el tren. El que deja más propina de la estrictamente necesaria y que nunca se metería con tu hermana (no tengo hermana, pero el punto se entiende).

Si existe una manera de ser demasiado bueno, él seguramente cae en esa categoría. El problema con eso es que la gente se aprovecha muy fácilmente de las personas demasiado buenas. Lo vi tantas veces con el corazón roto por algún estúpido o estúpida que no supo valorarlo que me lo empecé hasta a tomar personal. Cada vez que pasa, me da un poco más de bronca. Es por eso por lo que mi primera reacción es preguntar…

—¿Voy a tener que romperle la cara?

—¡Joa! —exclama.

—¿Qué? Es una pregunta genuina.

—No deberías romperle la cara a nadie —sacude la cabeza—. Además, no es como que me haya hecho nada, ¿ok? Solo no me quiere. No quiere a nadie, diría —dice esto último en un tono más bajo, casi como si hubiera preferido no decirlo—. Debería irme a dormir también, estoy cansado y pienso demasiado.

Deja la taza en el lavaplatos y trata de irse, pero lo freno agarrándolo de la manga.

—Ey —le digo—. Podés confiar en mí, ¿sí? Para lo que sea.

Hago énfasis en esas últimas palabras.

—Ya sé —me sonríe levemente—. Gracias.

Se va y me deja con más preguntas que respuestas.

El hecho de que, después de años de contarnos todo, me haya dejado completamente afuera de

una cosa así cae sobre mí como un baldazo de agua fría. Quisiera seguirlo hasta su cuarto y pedirle explicaciones, pero sé que no serviría de nada. Si me dejó afuera, es porque ya no confía en mí o porque soy un pésimo amigo, o porque se cansó de soportarme, o porque la situación de mierda que tenemos en la banda en este momento terminó contaminando nuestra amistad. Lo más probable es que la respuesta sea “todas las anteriores”.

Tal vez es momento de tomar esa decisión que estuve posponiendo por tanto tiempo.

18. Julia

Ahora que estamos en terreno común con Joa (o al menos eso espero), nos escribimos todos los días.

Solo en lo que va de esta semana, descubrí maneras de usar casi cincuenta emojis que ni siquiera sabía que existían. Yo solo uso, si es que estoy inspirada, el de carita sonriente y el corazón (no con él, claro, es mucho). Tampoco me escribo con muchas personas, la honestidad ante todo. Mis únicos chats activos son el que tengo con Lola, que al vivir juntas se resume en avisar cuando alguna llega tarde o para enviarnos la lista del supermercado, y el grupo del trabajo. En realidad, este último se basa en mi jefa mandando cadenas de autoayuda. Así que no diría que cuenta: nunca las respondo.

Descubrí que me divierte escribirme con él. A veces, cuando en el trabajo nadie puede verme, le respondo mientras hago una llamada. Siempre fui bastante hábil con el *multitasking*, aunque casi siempre que lo hago termino respondiendo alguna incoherencia que deja al cliente del otro lado completamente confundido. También le mando fotos de mi escritorio y se ríe de mí porque está demasiado ordenado. Insiste en que no parece que nadie viviera en los espacios que habito cotidianamente. Es verdad. Me acostumbré a que sea de esa manera, le digo. Pero no le cuento por qué.

Hay cosas que dudo que necesite saber de mí. Por lo menos por ahora. Como, por ejemplo, por qué hay un número que no tengo agendado e insiste en llamarme, tal como lo está haciendo en este preciso momento. Sigo resistiéndome a bloquearlo.

Las llamadas de mi mamá empezaron un año después de lo que pasó. Al principio, eran esporádicas, pero al poco tiempo empezaron a ser más frecuentes y no se rinde. Siempre fue igual: se niega a aceptar un no por respuesta. Ese fue, de hecho, uno de los motivos que nos distanció. Aunque no el más grave.

—Es ella, ¿verdad? —me pregunta Lola mientras abre un paquete de galletitas de avena. Es su obsesión más reciente.

—Sí —respondo sin sacar mi vista de la pantalla de mi computadora.

—Si después de un año no se calmó, tal vez tiene que decirte algo importante, ¿no? Yo ya hubiera dejado de llamar después de la segunda vez que me ignoraras.

—Lo dudo —respondo—. Probablemente solo quiere que volvamos a jugar a la familia feliz como si nada hubiera pasado.

Y las últimas palabras escapan de mi boca como si fueran veneno, incluso a pesar de que nadie más que Lola me está escuchando. Porque si hay algo que me enoja aún más que los actos sin consecuencias, son los que, además de no tener consecuencias, todo el mundo finge demencia y continúa su vida como si nada.

Nunca sentí que fuera justo que todos siguieran sin ninguna carga mientras yo sigo atrapada en este bucle.

—Puede ser. Aunque no entiendo por qué no la bloqueaste todavía. Es como si no cortaras el ciclo nunca.

Es difícil olvidarte de todo lo que fuiste durante los primeros 19 años de tu vida en tan solo dos. Prácticamente, no tengo ningún recuerdo que no haya estado mediado por la influencia de mi familia, de mi escuela, de mis examigas… Mirar álbumes de fotos nunca fue una actividad alegre para mí. Por eso, me encargué de borrar todas las fotos de mi teléfono cuando me fui. Las demás, quedaron en mi antigua casa. En mi pasado, donde pertenecen.

Pero hay ciertos lazos que son más complicados de romper. En especial con la única persona que pensaste que te iba a entender, a pesar de todo. La única persona dentro de ese círculo que creías que se iba a poner del lado correcto de la situación.

—Lo estás simplificando demasiado —suelto.

—Lo que estoy tratando de decirte es que quizá te sirva atenderla alguna vez. Sé que hay muchas cosas que no le dijiste. Está claro que no vas a volver. Pero tampoco podés guardarte todo ese rencor y esa culpa toda la vida. Te va a terminar consumiendo.

Sé que me lo dice por mi bien. Entiendo que tiene un punto, con eso de cerrar ciclos y todo. Pero también sé que me lo dice por el sencillo motivo de que le gustaría que hablara con mi madre a pesar de todo, porque ella nunca pudo hablar con la suya. Nunca, ni cuando estábamos en el colegio, solía tocar el tema. Sin embargo, cuando pasás tanto tiempo con una persona no hace falta que lo haga para saber qué cosas le afectan.

Lola jamás admitiría que sentía un poco de envidia por la familia que yo tenía, al menos antes de que entendiera lo que había detrás de las cortinas. Jamás defendería ni una milésima de todas las cosas que hicieron y escondieron. Es más, ella se hubiera ido corriendo muchísimo antes, yo demoré mucho en tener el valor para hacerlo. Es contradictorio, pero nunca la haría sentir culpable por tener un sentimiento tan humano.

—Nunca voy a volver a ese lugar, ni a ver a esas personas —la corto en seco—. Es todo lo que necesito saber.

—Sabés que yo tampoco volvería —responde ante mi negativa y agrega para distender la tensión —. Creeme: me alcanzó y sobró con la catequesis del colegio.

—¡Pero si ni siquiera entregabas las tareas! —le recrimino riendo.

—Es que… ¿hacer ensayos de una carilla explicando por qué amo a Jesús, nuestro salvador? ¿En serio? —levanta una ceja.

Mi celular vuelve a sonar, pero esta vez con el tono de un mensaje. Suelto enseguida lo que estoy haciendo y me estiro sobre la mesa para agarrarlo. Sí, ya sé que parezco un poco desesperada. Y mi amiga no duda en burlarse de mí.

—Así que ya llegaste a ese estado en el que le respondés todo enseguida —dice riéndose.

—Es que no me gusta que queden muchos mensajes sin leer —respondo restándole importancia —. Tampoco estoy haciendo nada importante así que…

—Voy a hacer de cuenta que te creo.

Acto seguido, llena una regadera y se dispone a hacer el mantenimiento diario de sus plantas. Me deja sola con el teléfono mientras reflexiono sobre cuántos caracteres son socialmente aceptables para responder a una pregunta sobre si preferís los perros o los gatos.

19. Joa

—Joaquín, ¿podés soltar el teléfono por cinco minutos? —dice Ian, fastidiado, como siempre—. Estamos tratando de decidir algo importante.

Yo pongo los ojos en blanco, le respondo a Julia que le voy a escribir más tarde y guardo el teléfono en el bolsillo, pero no lo dejo en silencio, solo para molestar a Ian. Aunque no me podría importar menos lo que están debatiendo, se supone que tengo que estar presente. Soy la cara visible de la banda. Por ahora.

Dado el fracaso de nuestra última reunión, Martin nos obligó a juntarnos en el estudio para decidir la fecha límite para terminar el álbum. Es consciente de que, dadas las circunstancias, es difícil saber con certeza si realmente vamos a poder componer algo. El "accidente" de mi hermano no ayuda. Va a estar un tiempo más con la mano entablillada. Estamos tan complicados, que nuestro mánager propuso como última opción contratar a alguien para que lo haga por nosotros. ¿Quién se daría cuenta? Muchos artistas lo hacen. Se ahorran tiempo y esfuerzo, y siguen facturando sus buenos millones cada año. El artista fantasma se lleva un buen cheque. Todos salen ganando.

Pero Ian se opuso rotundamente. Va contra todos los principios con los que iniciamos la banda, eso lo entiendo. Aunque en este preciso momento, él es el único que se lo toma en serio. A mí me resbala, Damián diría que sí a cualquier cosa con tal de que no volvamos a pelear y San está más allá del bien y del mal.

Necesito un trago, con urgencia.

—Entonces, *gentlemen* —empieza Martin, señalando la pizarra de fibra ya gastada por los años de uso—, si no arrancamos con el tema se nos vuelan los *sponsors.* ¿*Any ideas*?

Debo admitir que despierta todos mis instintos violentos que hable como un cheto de Nordelta y no como una persona normal, y encima esté acá adentro con lentes de sol. No ve una mierda, pero se cree *cool*.

Me quedo en silencio y busco algo para mantener mis manos ocupadas mientras hago de cuenta que los escucho.

—Yo propongo que, primero, esperemos hasta que Ian se recupere del todo —sugiere Damián—. Lo que pasó es público. Podemos usarlo a nuestro favor.

—Exacto —agrega San—. Podemos hacernos las víctimas en las entrevistas. Hasta en un documental si quisiéramos. A la gente le gustan las historias tristes, ¿no?

Martin se rasca la barbilla.

—Entiendo su punto, muchachos —dice—, pero tenemos contratos que cumplir.

—¿Y qué si no lo hacemos? —interviene Ian—, no nos pagan y ya. Tampoco nos vamos a quedar en la calle.

Martin no opina lo mismo.

—Estoy seguro de que podemos encontrarle una solución a esto —insiste porque sus ganancias dependen de eso—. Hagamos una cosa, una vez que se recupere Ian —menciona su nombre como si fuera en inglés y me desespera todavía más—, nos volvemos a sentar todos acá para crear unos buenos *hits*. Hasta ese momento, les sobra tiempo para pensar ideas.

—Tenemos tiempo —dice mi primo.

—Pero cuanto antes podamos presentar algo, mejor —continúa insistiendo Martin.

—Estás particularmente desesperado hoy —acota mi hermano—. Algo te pasa. ¿Qué?

Hasta el día de hoy, me asusta lo perceptivo que puede llegar a ser cuando se lo propone. Nunca lo aplicó conmigo, está claro.

—Solo velo por los intereses de todos —explica.

—No me boludees —Ian se para enfrente de él, de una forma bastante amenazante—. ¿Qué pasa?

Veo una gota de transpiración bajar por la frente de Martin, hasta que finalmente responde.

—Ya firmé todos los contratos diciendo que vamos a tener el álbum tres meses después de tu recuperación —traga saliva antes de agregar—. A nombre de ustedes.

—¿¡Que hiciste qué!? —mi hermano lo agarra del cuello de la camisa con su mano sana, pero Damián lo sostiene y lo tira hacia atrás para que lo suelte. Martin llega a alejarse justo a tiempo y se queda acorralado contra una esquina.

—¿Falsificaste nuestras firmas? —pregunta San completamente sorprendido—. Eso ni siquiera es legal. Se supone que tendrías que saberlo —pone los ojos en blanco al hacer ese último comentario de manera totalmente sarcástica.

—Dicho así suena mal, lo sé —Martin levanta las manos en señal de disculpa—, pero no es tan terrible como parece. Iban a tener que firmar tarde o temprano…

—Rajá de acá —escupe Ian.

—Por qué no intentamos calmarnos todos… —sigue insistiendo Martin.

—¡Que te vayas! —grita mientras Damián lo sostiene para que no se escape y se le tire encima como si fuera un animal salvaje.

Martin se limita a tomar sus cosas y arrojarlas dentro de su mochila. Sabe que no le conviene estar en el mismo espacio que mi hermano después de hacer una cosa así. Da miedo hasta con

una mano rota.

—Llamame cuando te calmes —dice tomando una distancia prudencial—-. No puedo hacer mi trabajo en condiciones tan estresantes —concluye antes de salir por la puerta y dejarnos a los cuatro solos.

Si yo siguiera teniendo algún tipo de interés en todo esto, lo habría despedido en este mismo instante.

—Nuestras firmas no son tan difíciles de falsificar —comenta San—. Les dije que nos iban a robar la identidad un día de estos.

—Yo te quiero San, de verdad —dice Damián—. Pero realmente podrías usar tu percepción energética para saber cuándo no hablar.

—No dije nada que no fuera verdad —y suma en voz baja—. ¿Qué culpa tengo de que todo le dé ansiedad a este?

Ian, completamente ajeno a la conversación, está empezando a hiperventilar. Nos limitamos a mirarlo. Se va del estudio y se encierra en el baño. Damián lo sigue y, después de unos segundos, empieza a hablarle a través de la puerta. Sé que está tratando de calmarlo. Y aunque casi siempre lo consigue, tengo mis dudas de que sea así esta vez.

Últimamente hasta la más mínima cosa hace que mi hermano explote.

—Se va a calmar —dice mi primo poniéndome una mano en el hombro—. Siempre lo hace.

—No sé cuál es el punto de seguir con esto —respondo dejando caer la cabeza entre mis manos —. Hace rato dejamos de ser una banda.

Y en parte, es culpa mía. Rompo todo lo que toco.

—Posta, no sé exactamente qué habrá pasado entre ustedes como para que no puedan estar dos segundos en una misma habitación sin tratar de asesinarse mutuamente, pero seguro pueden solucionarlo de alguna manera. Ustedes eran inseparables.

Esa última frase me lastima. San no tiene ni idea. Nadie la tiene. Nunca hablé de lo que de verdad pasó entre nosotros. De lo que me dijo. Ni de todo lo que hice y después terminé arruinando. Del resentimiento con mi hermano por eso, porque me duele haber renunciado a lo que renuncié por verlo feliz, y nada valió la pena.

Aunque sería estúpido culpar a Ian o a los demás por las cosas que decidí esconderles.

Él solo actuó como todo el mundo termina actuando conmigo. Incluso aunque alguna vez llegué a pensar que era la excepción a mi teoría. Mala mía.

—Ya es tarde para eso.

—Solo es tarde si realmente creés que es tarde —contesta—. Y vos siempre creés en todo lo

negativo.

Damián vuelve a entrar al estudio, con la derrota pintada en su cara.

—¿Vamos a comprar? —pregunta, claramente abrumado y con necesidad de tomar aire.

—Por favor —dice San acomodándose el pelo—. Necesito un nuevo encendedor.

Se camuflan según nuestra costumbre obligada. No soy el único que tiene que salir de incógnito para ir a comprar al chino de la esquina.

—¿Venís? —me preguntan.

—Voy a esperar a que Ian salga del baño. Me estoy meando —miento.

Es ahora o nunca.

—¿Estás seguro de que es una buena idea quedarte? —dice Damián y yo asiento intentando transmitirle tranquilidad—. Como quieras. Vas a estar dos horas esperando. Te avisamos para dónde vamos después.

Cuando corroboro que ya se fueron, voy hasta el baño y toco la puerta. No recibo respuesta, entonces insisto una segunda vez. Nada. Finalmente, decido abrirla directamente. Ian está hecho un bollo al lado de la ducha, con la vista perdida en un punto fijo hasta que me ve.

—Parecés un nene de cinco años ahí sentado —le digo—. Dale, hacete un favor a vos mismo y levantate.

Un poco para mi sorpresa, no tengo que insistir una segunda vez. Quizá sea porque lo agarré desprevenido y conseguí sacarlo de su trance. Aprendí con los años que eso a veces funciona con él. Se vuelve a acomodar el rodete despeinado y se para delante de mí.

—¿Qué querés? —me pregunta—. Si te quedaste solo para pelear…

—No quiero pelear —lo interrumpo.

—¿Entonces?

—Ya está hecho lo del contrato —empiezo a decir—. No podemos deshacerlo. No podemos renegociarlo. Así que lo único que podemos hacer es encontrar una manera de terminarlo a tiempo.

Él suelta una risa sarcástica.

—Es imposible que terminemos un álbum en tres meses —dice—. O que lo terminemos alguna vez. Lo sabés.

—Vos sí podés hacerlo —afirmo—. Componé la música y armá las letras con los demás. Y yo te prometo que no voy a interferir en nada. Canto lo que sea que me pongan enfrente y no te vas a

tener que preocupar por mí.

—Me estás pidiendo que te dejemos afuera de la banda.

Es exactamente eso. Y por más que me haya costado, por más que haya llorado muchas noches mientras lo pensaba, sé que es la única opción. Lo mejor para ellos.

—¿No es eso lo que querías?

Piensa por unos segundos antes de responder.

—¿Qué querés a cambio? —pregunta.

—Nada. Solo… dejame hacer la mía, ¿si?

Una expresión de duda se hace presente en su cara.

—¿Los demás están de acuerdo con esto?

—No se los dije —confieso—. Pero estoy seguro de que lo van a entender.

Tarda bastante en contestar. Sé que se debate internamente si debería decirme que sí o no. Otra cosa que me sorprende hoy: supuse que, al traerle la decisión tomada, no iba a tardar ni un instante. ¿Acaso no es lo que estuvo esperando durante tanto tiempo?

—Está bien —dice finalmente—. Tampoco tengo una idea mejor.

Estiro la mano para sellar mi promesa y aunque se toma unos segundos para reaccionar, la termina estrechando.

Está hecho.

Después, me mueve a un costado para salir e ir a buscar las llaves de su auto. No estoy completamente seguro de que pueda manejar solo con una mano, pero allá él. Yo lo sigo y voy al perchero a buscar mi campera. Cuando me la estoy poniendo, vuelve a hablar.

—No hacía falta que lo amenazaras por televisión, ¿sabés?

—Por supuesto que hacía falta —retruco—. Y más le vale que no me lo cruce.

Suelta una risa.

—¿Por qué le das tanta importancia? Pensé que habían pactado una tregua de alcohólicos entre ustedes —se burla.

—Porque —explico— no voy a dejar que se salga con la suya.

—¿Por qué carajo te lo tomás personal? —pregunta enojado—. Ni siquiera te atacó a vos. No te afecta en nada, Joaquín. Menos ahora. Por ende, no es tu puto problema.

Su comentario me ofende particularmente. Bueno, no sé si me ofende, me enoja o me hiere. Todo a la vez. Porque a pesar de todo lo que pasó, sigue siendo mi problema.

Lo agarro del brazo sano con fuerza y lo atraigo hacia mí.

—Escuchame una cosa —empiezo a decirle a centímetros de su cara—. Si pensás que voy a dejar de defenderte solo porque me odies, tenés un concepto muy equivocado de la persona que verdaderamente soy.

Él no responde. Como siempre. Yo, sin esperar nada más, lo suelto, agarro mis cosas y me voy.

Me subo al auto y antes de arrancar veo un mensaje de Damián diciéndome que se fueron a la casa de San. Le respondo que ya salí, pero que tengo que ir a buscar algo que compré antes. Es mentira: una que probablemente vaya a descubrir enseguida. Pero a esta altura creo que hasta dejó de importarme lo que opine sobre mí siempre y cuando tenga una cantidad suficiente de alcohol en sangre.

Manejo hasta la costanera y dejo el auto en un estacionamiento lateral. Paso por un kiosco donde sé que puedo comprarme una botella de lo que sea por más que ya sean pasadas las diez de la noche. Y sin que me hagan preguntas, incluso a pesar de la pinta que traigo cada vez que me visto de incógnito. Después camino, botella en mano, hasta la baranda que separa el piso de cemento del río. A esa hora, esta parte de la ciudad está casi vacía, incluso los puestos de comida ya están cerrados. Aunque tampoco sería la primera vez que un vendedor presencia una situación como la mía.

Me apoyo con los codos y dejo ir todos los sentimientos que estuve reprimiendo durante estos días. Lloro hasta quedarme vacío y relleno ese espacio con media botella de vino. El río está alto y el vaivén del agua hace que se me mojen las zapatillas. Ya no importa. Ya nada me importa.

A pesar de que tuve tiempo para prepararme, dejar oficialmente de lado algo de lo que fui parte durante cuatro años de mi vida no me resulta fácil. Yo sé que es mi culpa que las cosas se hayan venido a pique. Aunque alguna vez creí que con un esfuerzo sobrehumano para hacer las cosas bien lograría revertir el hecho de que soy un desastre sin remedio.

¿Por qué insistí en nadar a contracorriente?

Una hora y media después, llamo a Damián desde el auto para que venga a buscarme. Apenas si puedo hablar. No sé cómo es que llegó, porque solo recuerdo que le di las llaves del auto y que él me llevó a casa sin hacer preguntas.

20. Julia

—Si juntamos todo lo que nos sobró del mes pasado —explica Lola— y le sumamos tu sueldo y el mío, más lo que podamos vender por internet, nos alcanza.

—¿Y qué vamos a comer todo el mes? —pregunto.

Entierro la cabeza entre mis manos, totalmente agobiada. Si hay algo que definitivamente no necesitábamos en este momento es que llegara la fecha de renovar el contrato de alquiler.

—No tengo idea —Lola cierra su computadora frustrada—. No se me ocurren mejores opciones que elegir el camino de la prostitución.

Tal vez sea la desesperación, pero por un momento hasta su comentario irónico no me parece una idea tan descabellada. Y el hecho de que todos los otros posibles departamentos por los que pregunté cobren el doble tampoco ayuda. Esta es la opción más barata, porque es un edificio de hace setenta años que se queda sin agua día por medio. Y ni siquiera podemos pagarlo.

—¿Hasta cuándo tenemos tiempo para avisar qué vamos a hacer?

—Fin de mes —responde—-. Para pagar, quizá nos extienden el plazo hasta el próximo.

Aun así, los números siguen sin cerrar. Y ni teniendo un mes extraordinario de trabajo entre las dos podríamos remontarlo.

Lola empieza a dar vueltas y enciende un sahumerio. Reconozco por el olor que es uno de los que supuestamente sirven para el estrés. No todas las personas carecen de fe completamente: algunos la depositan en cosas como estas. Y eso les da la paz que necesitan. Es una de las razones por las que, en parte, admiro a Lola: porque es capaz de creer en algo.

—Sabés que siempre… —agrega con duda— está la posibilidad de pedirle plata a mi tía.

Sé que es una opción, pero una que no me agrada por muchas razones. Por un lado, porque sé que sería un sacrificio para ella volver arrastrándose a pedirle plata a su tía, quien, si bien no va a negarse, va a aprovechar para recordarle que se hizo cargo de ella porque es “buena persona” y que “tranquilamente podría haberla dejado en un hogar” y que “le debe la vida”.

¿Para qué adoptás a una persona si vas a echarle en cara tu buena acción hasta el día en que se muera? En fin.

Por el otro, implicaría darle información sobre mi situación financiera a una persona que conoce a mi familia y podría llegar a comentar algo al respecto.

Prefiero ser un misterio para ellos. Y de ser posible, que también asuman que me está yendo fantástico sola.

—¿Podemos discutirlo mañana? —pregunto—. Hoy estoy demasiado cansada.

—Sí —responde Lola refregándose los ojos—Yo también.

Después, se va a buscar una bolsa con lanas y agujas a su cuarto, y al regresar se pone a tejer en el sillón. Definitivamente, tiene recursos mucho mejores para lidiar con el estrés que yo. Una vez le pedí que me enseñara, por mera curiosidad, pero me harté a los diez minutos porque era incapaz de hacer un punto sin que la lana se me enredara.

Me voy a mi cuarto y me tiro en la cama con el celular en la mano dispuesta a anular mi cerebro jugando al Candy Crush cuando veo un mensaje de Joa.

¿Estás bien?

Su pregunta repentina, sin decir ni hola, me toma por sorpresa.

Sí. ¿Por qué?

No sé, puedo sentir que estás rara.

No le respondo inmediatamente. Reviso todo nuestro chat de hoy para intentar descubrir cómo se dio cuenta y noto lo cortante que estuve desde que me levanté. Sería estúpido mentirle diciendo que no me pasa nada.

En realidad estamos con un par de temas en casa y estoy un poco agobiada

¿Necesitás hablar?

Me planteo si debería contarle o no, principalmente porque no sé qué tanto de mi situación sea capaz de entender. Ni él ni sus amigos tienen este tipo de problemas. Finalmente, decido hacerlo.

El mes que viene es la renovación del alquiler y como va a aumentar, no nos alcanza.

Todavía no sabemos qué vamos a hacer.

Qué cagada. ¿Hay algo con lo que pueda ayudarte?

¿Podés decirle al dueño del departamento que no se zarpe con el precio?

Puedo enviar a un amigo para eso.

Acto seguido, me envía un sticker de un gato guiñando un ojo. Consigue sacarme una sonrisa.

En fin… ¿podemos hablar de otra cosa? Necesito despejarme.

Está bien. Dejame pensar un tema…

Escuché que va a haber una segunda oleada de invasión de carpinchos en Nordelta.

Contame TODO.

Nos quedamos hablando durante un buen rato de eso hasta que suena el timbre. Lola va a atender y escucho que responde algo por el portero un poco confundida. Luego, cuelga y viene a mi cuarto.

—Entiendo que estés estresada —empieza a decir asomándose por la puerta—, pero dada nuestra situación podrías encontrar maneras más económicas de sobrellevarlo que pedir *delivery*.

Le dirijo una mirada de extrañeza.

—Yo no pedí nada —respondo confundida.

—Bueno, no conozco a ninguna otra Julia en el edificio —se encoje de hombros—, así que creo que deberías bajar a abrir.

Me pongo un buzo y agarro las llaves y la billetera, solo por si acaso, y bajo a la entrada del edificio, totalmente confundida. Apenas diviso al repartidor, abro y le digo:

—Disculpe, pero tiene que haber un error —explico—. Yo no pedí nada.

—Ya está pago, señorita —responde—. Viene de un tal —revisa la aplicación en su teléfono—. ¿Joaquín Keuler? Debe ser un nombre falso —sacude la cabeza—. Pero me dio su nombre y su dirección.

—Está bien —me apresuro a aclarar.

El repartidor me entrega una caja envuelta en papel madera y le dejo algo de propina antes de que se vaya. Al cerrar la puerta, saco la caja de la bolsa y veo que es una barra grande de chocolate de un local artesanal. Entonces, mi celular vibra y lo desbloqueo para encontrarme con un mensaje de Joa.

Como la app me avisó que lo recibiste, ya te lo puedo decir: es de un local que hace el mejor chocolate que probé en mi vida. Sé que el chocolate no soluciona todos los problemas, pero espero que al menos te ayude a sentirte un poco mejor :).

Y yo no puedo evitar sonreír.

21. Joa

—¿Un chocolate? —dice Damián mientras se vuelve a acomodar sobre su banqueta—. Bueno, es un poco vintage, pero siempre garpa.

—Es verdad —agrega San mientras mueve una de las clavijas de su bajo para afinarlo—. Es imposible que salga mal, a no ser que sea alérgica.

Su comentario me hace reír.

El ruido de la batería de Damián me despertó temprano hoy. Incluso aunque tengamos un cuarto separado y aislación acústica, se escucha igual si alguien se olvida de cerrar bien la puerta. Apuesto lo que sea a que ese alguien fue mi primo. Aunque debo reconocer que el bajo es un poco menos ruidoso, así que tampoco lo culpo del todo por no tomar dimensión.

Estoy sentado en el piso de nuestra sala de música, escuchándolos a los dos tocar e improvisar un poco. Mi hermano todavía no les informó acerca de mi decisión y tampoco quiero enfrentar la situación contándoles yo mismo, prefiero quedarme haciendo acto de presencia para guardar las apariencias.

Cada tanto, opino algo. El proceso de componer, aunque técnicamente no sé nada de música, siempre me pareció divertido con ellos.

—Che, me colgué en avisarte que vamos a ir el domingo al estudio a intentar armar algo —me dice mi primo—. Si querés venir…

—Tengo planes —lo corto antes de que pueda continuar, sin levantar la vista del teléfono.

En realidad, todavía no sé exactamente si tengo planes o no, porque no le pregunté a Julia si tenía el día libre. Pero no hago esa aclaración cuando los dos se dan vuelta a mirarme con una ceja levantada.

—¿Así que “planes”? —me dice Damián para después golpear uno de los platillos.

—Ya llegaste a ese punto en que dejás a tus amigos de lado por verte con la chonga —comenta mi primo riéndose y agrega después dirigiéndose a Damián—. Le contagiaste lo pollera.

Él bufa con fastidio.

—Yo no era tan así —dice él.

—Sí lo eras —respondemos mi primo y yo al unísono.

Lamentablemente, tenemos experiencia lidiando con el tema. El solo hecho de pensar en su ex me da escalofríos. Pero evito hacer comentarios, porque supuestamente cortaron en buenos términos. Habría que definir qué significa eso para Damián, porque estoy seguro de que

diferimos bastante.

—¿Qué van a hacer? —pregunta San sacándome de mis pensamientos.

—No sé —digo encogiéndome de hombros—, la invité a comer algo.

—Ah, tranqui —contesta—. Avisá a qué hora se puede volver a pisar la casa. Espero que no dejen todo hecho un desastre…

En respuesta, le revoleo un almohadón que encuentro a un costado.

—¡No con esas intenciones!

Mi primo agarra el almohadón y me lo tira de vuelta.

—¿O sea que hablás todo el día con ella, le mandás chocolates y no tenés *ninguna* intención con ella?

—Tampoco dije eso. Es solo que… nunca se dio la oportunidad.

—Cierto —comenta Damián riéndose—, ni siquiera te la chapaste todavía.

22. Julia

Ayer Joa me preguntó si tenía el día libre.

Le dije que sí, que no trabajo los domingos. Quedamos en vernos en su casa. Ambos estamos de acuerdo en no encontrarnos en lugares públicos para evitar un caos como el de la otra vez.

Pactamos vernos después del almuerzo.

Joa abre la puerta y cuando entro lo primero que noto es que el lugar está mucho más ordenado que la última vez que vine. Realmente se está esforzando por dar una mejor impresión. Aunque dudo que lo haya ordenado y limpiado con sus propias manos cuando puede pagarle a alguien para que lo haga por él. Al menos, yo no lo haría.

—Seguime —me dice apenas me ve sin saludarme siquiera—. Nunca te mostré mi lugar favorito de la casa.

Atacada por la curiosidad, lo sigo. Cruzamos el living, salimos al balcón y allí subimos por unas escaleras que hay a un costado. Cuando llegamos arriba, me guía por una terraza gigantesca. De alguna forma que no puedo explicar, se siente como su lugar. Las reposeras están ligeramente desacomodadas. Los tablones de madera que rodean la pileta se notan bastante gastados, en señal de que pasan tiempo allí. Y hacia los costados, por encima de las barandas, se puede ver toda la ciudad. Definitivamente, voy a acercarme a apreciar la vista más tarde. En el centro de todo, hay una mesa rectangular con una enorme variedad de comida fría, dulce y salada, perfectamente acomodada como para que con solo mirarla provoque hambre.

—No sabía exactamente qué te gustaba, así que pedí que prepararan algo variado. Excepto tostados, claro —aclara—. Hay torta de frutilla. Me acuerdo de que te pediste eso la primera vez que salimos.

Estoy sorprendida, no solo por el recibimiento, sino porque, por alguna razón, siento una sensación rara en el estómago cuando lo escucho decir que considera lo nuestro una “salida”. ¿Estas son las famosas mariposas?

—No sé qué decir —sonrío y, al notarlo, él sonríe también.

—Usted primero —me guiña un ojo y me lleva hasta una de las sillas, que separa de la mesa para que me pueda sentar. Él lo hace en la otra punta.

—Me siento una princesa de Disney —digo sarcástica.

—¿Y yo qué príncipe sería? —pregunta metiéndose un pedazo de fruta en la boca.

Creo que no podría comparar a Joa con ningún miembro del catálogo de príncipes conocidos. Probablemente no. Al menos, no se parece a ninguno que yo haya visto y sinceramente, eso no es del todo malo.

—Bueno, no creo que encajes con el estereotipo de los príncipes clásicos de las películas animadas —respondo.

—¿Lo decís porque no soy un caballero alto y esbelto? Puedo usar plataformas. —Levanto las cejas cuando lo dice—. ¿Qué? ¿No puedo ser un príncipe deconstruido?

Suelto una carcajada.

—Tratá de no decirlo demasiado fuerte porque te roban la idea —digo mientras me sirvo un poco de café y miro alrededor—. Ya entiendo por qué este lugar es tu favorito.

—¿Viste? Es increíble. Siempre digo que es una de las pocas cosas buenas que me dejó ser famoso.

—Siempre pensé que tenía más cosas buenas que malas.

—Eso depende de muchos factores —hace un gesto de duda con la cabeza—. Obvio que desde afuera se ve todo fantástico porque vivís en lugares así y podés darte otros lujos, pero… a veces se siente un poco como sí estuvieras preso acá adentro.

El recuerdo de la avalancha de gente tirándose encima de él mientras caminábamos la primera vez que nos vimos me da un escalofrío.

—¿Extrañás tu vida de antes? —pregunto.

Joa se mete otro pedazo de fruta en la boca y se toma su tiempo para masticarlo, mientras piensa qué decir.

—A veces sí —baja la cabeza un poco para dejar de hacer contacto visual conmigo—. Extraño cuando nos trataban como si fuéramos personas —se ríe—. En estos ambientes no tenés amigos, son contactos. No tenés pareja, es un socio estratégico. Y así con todo. Y los que lo ven desde afuera te idealizan tanto… Como si fueras algo distinto al resto. De ningún lado te tratan como un ser humano con sentimientos, ¿sabés?

—Puedo imaginármelo —digo—. Por eso creo que nunca podría hacer lo que hacen ustedes. La exposición no es lo mío, así que no podría aguantarlo mucho tiempo.

Tomo un sorbo de café. Me quemo un poco por tomarlo apurada, pero intento disimularlo.

—¿Por qué no? —pregunta—. Sos buena hablando y…—hace una pausa— tenés presencia.

Intuyo que eligió utilizar esa palabra como eufemismo de lo que en realidad estaba pensando.

—Porque… ¿no me gusta tanto la gente?

—Válido, pero —hace una pausa para comer—, podrías hacer otras cosas, como modelar o algo así.

—Sí, seguro —contesto con ironía.

—Estoy hablando en serio.

Me cruzo de brazos y me reclino contra la silla, divertida por la propuesta.

—¿Estás tratando de reclutarme para tu agencia de modelaje secreta? —pregunto.

—Puede ser —él imita mi gesto—. ¿Cómo podría convencerte?

—Depende de cuánto me pagues, claro —pongo los ojos en blanco como si estuviera diciendo una obviedad—. Te recuerdo que tengo un alquiler que salvar.

—Te pagaría muy bien, te lo aseguro —me guiña un ojo y me sonríe—. Serías un buen fichaje.

Me mira de arriba a abajo de manera inintencionada y yo trato de hacer todo lo posible para no sonrojarme, sin éxito alguno. Me río de nuevo y bajo la cabeza, intentando que no se note demasiado. Le doy otro sorbo a mi taza, que ya se está enfriando por fin, para distraerme.

—¿Dónde está tu amigo? —pregunto para cambiar de tema—. No lo vi cuando entré.

—Está en el estudio con mi primo —explica—. Se iban a juntar a componer.

—Y vos no fuiste —indago.

—Les dije que tenía planes.

Señala la mesa con ambos brazos. Tal vez no debería, pero no puedo evitar sentirme un poco importante ante el hecho de que canceló estar con la banda para hacer esto conmigo.

—Prioridades, lo llamaría —digo haciéndome la desinteresada—. Está buenísima la comida —agrego mientras tomo un puñado de confites de un bol de cristal.

—Me alegra escuchar eso —sonríe con satisfacción—. Y tu amiga, ¿qué onda?

—¿Lola? Debe estar en casa, supongo —me meto un confite en la boca y empiezo a masticar—. Sí, ya sé, vivimos juntas, pero la mayor parte del tiempo no tengo idea de dónde está.

—Damián seguro piensa lo mismo de mí también —comenta—. Aunque probablemente soy diez veces más insoportable para convivir que Lola.

—¿Ah, sí? —digo—. ¿Sos esa clase de persona que deja la ropa tirada en vez de hacerla un bollo y meterla en el lavarropas?

—En mi defensa —dice levantando las manos—, él es igual en eso. Pero yo soy más de lavar los platos.

—¿Por qué? —sacudo la cabeza en señal de asco—. Es la peor tarea.

—¡Es la más divertida! —me contradice—. Y si lo hacés mientras escuchás música terminás mucho más rápido.

—Nada que ver —discuto—. Tocás todos los restos de comida. Ew. Prefiero lavar los baños.

—No puedo creer lo que estoy escuchando —sacude la cabeza—. ¿Cómo puede darte asco la cocina, pero no el baño?

—Cuestión de costumbre, supongo —me encojo de hombros.

—Por cierto —comenta—, siempre me hablás de Lola, pero nunca me contaste de tus otros amigos.

—¿Estás asumiendo que tengo otros amigos?

Lo reflexiono después de decirlo y me doy cuenta de que sonó bastante deprimente. Decir que tenés una sola amistad en toda tu vida puede parecer triste. Aunque no creo que sea tan malo si existe un motivo válido.

—Estoy intentando no asumir nada —responde—, pero me cuesta creer que seas una persona poco sociable.

—Nunca fue lo mío.

Enseguida noto que mi respuesta fue muy cortante y eso le causó dudas. Él no sabe que es un tema mucho más profundo, pero tampoco puedo culparlo por eso. Entonces, agrego algo más intentando solo dar la información necesaria, pero sin que sienta que le estoy ocultando algo.

—Tampoco es que Lola fue mi única amiga desde siempre. Solo… fue la única que se quedó. Cuando iba al colegio, tenía un grupo de amigos y eso. Nos llevábamos bien, pero me di cuenta de que empezábamos a tener visiones distintas sobre muchas cosas. Y bueno, a la larga… nos pasó factura —me encojo de hombros—. Lo típico de cuando llegás a los 20.

—¿Qué clase de visiones distintas? —pregunta con curiosidad.

—Eran muy creyentes… —medito mis palabras antes de decirlas, mientras miro a un punto fijo —, quiero decir, en cuestiones religiosas, había muchas cosas que yo no compartía…

—Así que te llevabas bien con los religiosos…

—Yo *era* religiosa.

Se atraganta con un pedazo de torta. Solo se recompone después de unos momentos de tomar un vaso de agua.

—¿Vos? ¿Religiosa? —pregunta sorprendido.

—¿Es muy difícil de creer?

—En realidad, bastante —dice todavía un poco en shock.

—Entonces te redoblo la apuesta —empiezo a enumerar, divertida por su cara de confusión—:

vengo de una familia religiosa, fui a un colegio religioso, tenía un grupo de amigos religioso y hasta un novio religioso.

Él levanta las cejas y asiente.

—Eso suena a mucha creencia junta.

—Lo era —pongo los ojos en blanco—. Por eso digamos que dejé de tener contacto con todos ellos. ¿Y vos? ¿Creés en algo?

—La verdad, no tengo idea —confiesa—. Ni siquiera me bautizaron. Igual mi papá siempre decía que quizá así me hubieran sacado el demonio de adentro —se ríe con su último comentario.

—¿Eras muy inquieto?

—Era insoportable de chico. No me podía quedar quieto, gritaba todo el tiempo…

—No me parece raro —reconozco—. Estás describiendo a todos los nenes de seis años.

—Lo decís porque no conociste a mi hermano en ese momento —afirma—. Era el nene perfecto. Siempre estaba callado y con su cuarto ordenado. Nunca se olvidaba la tarea ni se sacaba menos de 10 en cualquier prueba —pone los ojos en blanco—. Yo era el demonio en comparación.

—Entonces nunca se llevaron bien.

Joa toma aire y suspira profundamente y se queda mirando a la nada. Al parecer, el tema "familia" es complicado para él también.

—En realidad, nos llevábamos muy bien —explica—. Ya sé que ahora no parece, pero era mi mejor amigo —su expresión se vuelve triste—. Sí, éramos muy opuestos, pero nos complementábamos —sacude la cabeza para luego decir, cerrando el tema—. Aunque como te pasó a vos con tus amigos, la vida a veces te lleva por caminos distintos y… cosas que pasan.

Inmediatamente agarra una galletita y se la mete en la boca. Me da la impresión de que lo está haciendo para mantenerse ocupado. Puedo comprender, por su lenguaje corporal, que lo que me contó es una verdad a medias. Sin embargo, no se lo digo. Si yo tengo derecho a guardar mis secretos, él también tiene derecho a preservar los suyos.

—Es verdad —digo encogiéndome de hombros—. Son cosas que pasan.

—Así es —termina de masticar la galletita—. Hacer calor, ¿no? —comenta. Es tan típico hablar del clima cuando no sabés qué agregar… Aunque tiene razón, hace demasiado calor para ser otoño. Maldito cambio climático—. ¿Nos metemos a la pileta?

Yo me río con su comentario, pensando que me está haciendo un chiste. Cruzo los brazos detrás de mi cabeza.

—Ni siquiera me avisaste antes que tenías una pileta.

—Soy una caja de sorpresas —me guiña un ojo.

—Me doy cuenta.

—¿Entonces?

—Obviamente —explico— no tengo malla.

Lo digo tanto porque en este momento no la traje como en el sentido de que ni siquiera me compré una, jamás en la vida. Es otra de esas cosas pendientes que me quedó después de irme de mi casa. Tampoco es como si hubiera tenido oportunidades de meterme a una pileta. O ir a la playa. O cualquier cosa que se le parezca.

—Podés meterte con la ropa que llevás puesta —sugiere—. Yo lo hago todo el tiempo.

—Con tres tragos encima, me imagino.

—Que yo sepa —dice—, no existe ninguna regla que diga que no podés hacerlo sobrio.

Entonces, Joa corre la silla hacia atrás, se levanta y empieza a caminar hacia la pileta. Se saca la camiseta en el camino y la deja tirada a un costado. Y cuando llega al borde se zambulle. Así, como si nada.

Yo también me paro y me acerco, justo para verlo salir a la superficie. Él se tira el pelo mojado hacia atrás. Debo admitir que es todo un espectáculo verlo.

—No puedo volver toda mojada a mi casa —digo.

—Entonces sacate la remera, como hice yo. —Levanto una ceja ante su propuesta—. Ah, perdón, eso no sería muy religioso de tu parte.

Puedo sentir que me está desafiando. Me provoca una sensación rara en el estómago, completamente en el buen sentido. Aunque, en mi cabeza, aparezca también la voz de mi papá. Puedo imaginar palabra por palabra lo que pensaría de mí como mujer si decidiera hacerlo. Lo pensaba de todas y cada una de las que se atrevían a mostrar medio milímetro extra de piel.

Pero no está acá para verme ni para juzgarme. Y también supongo que Dios tiene cosas más importantes que hacer que pensar que soy una puta. Así que, haciéndole caso a mis más bajos instintos, me saco la remera y salto.

—Mierda, no me avisaste que estaba tan fría —digo después de salir tiritando a la superficie.

—Efecto sorpresa, otra vez —me arroja un poco de agua—. ¿Hacías estas cosas con tu ex?

—¿Por qué de repente te interesa mi ex? —lo interrogo.

—Solo quiero saber contra quién estoy compitiendo —dice levantando las manos.

Así que lo toma como una competencia. Cómo le digo que ni siquiera juegan en la misma liga.

—Mi ex pensaba que las mujeres que usaban malla estaban tentando al diablo a entrar en sus corazones y atacar su pureza —digo con un tono monocorde y después agrego, frente a su cara de confusión—. Y no es chiste.

—Por favor, decime que duraron menos de una semana.

—Estuvimos cuatro años juntos. —Se queda con la boca abierta al escucharme—. Te dije que era religiosa.

Hace un gesto exagerado de indignación.

—Entonces asumo que nunca hubo mucha acción entre ustedes. Qué aburrido.

—Depende, si considerás agarrarse de la mano y abrazarse por los hombros "acción"...

—¿Aunque sea chapaban o algo? —pregunta fingiendo estar horrorizado.

—Solo en ocasiones especiales. Se suponía que teníamos que llegar lo más puros posible al matrimonio —explico.

—Ese muchacho realmente se debe haber frustrado mucho —afirma asintiendo con la cabeza—. Me imagino que cuando lo dejaste, te rebelaste como nunca.

—En realidad… la historia es un poco más decepcionante que eso —confieso—. Digamos que estuve con un par de personas con las que no hablé por más de una semana solo por intentarlo. Y sentí que no valía la pena tener que conocer a alguien solo para tener sexo mediocre. Así que, en resumen —concluyo—, me pareció aburrido.

Él se queda pensando por unos segundos antes de contestar.

—Igualmente, está sobrevalorado —suelta—. Lo entendés cuando tenés experiencias con muchas personas diferentes y empezás a pasarla mejor… Por tu cuenta, por decirlo de alguna manera.

—Definitivamente, la paso mejor sola que con mi ex.

Nos miramos por unos segundos hasta que empezamos a reírnos a carcajadas. Él aprovecha el momento para acercarse un poco más a mí intentando que no lo note, pero lo hago. Yo me acerco un poco más a él, en respuesta. Hago de cuenta que solo estoy nadando. ¿Él también se dará cuenta? Intento pensar en cuáles podrían ser sus intenciones ahora, pero todo pensamiento racional se me borra de la cabeza cuando quedamos frente a frente. Está muy cerca de apoyar sus manos en mi cintura. Me acerco un poco más y casi puedo sentir su cuerpo. Por un segundo, estamos tan cerca que siento que va a besarme. Quiero desesperadamente que lo haga.

Pero en ese preciso momento, me tacklea y me vuelve a sumergir en la pileta. La puta madre. No te estaría entendiendo, Joa.

23. Joa

—En mi defensa, entré en pánico —me justifico.

—Joa, mirá que yo soy lento a veces, eh —dice San y le da una calada a su cigarrillo antes de continuar—. Pero en esta me ganaste y por goleada.

Un poco siento que sí. Pero ¿qué se suponía que hiciera? A ver, me estaba asfixiando por dentro. Lo último que esperaba era que se tirara a la pileta sin remera. Yo me hice el que la estaba desafiando, pensando que no lo iba a hacer (al menos, no sobria). Me tomó tan desprevenido que con la misma intensidad que quería quedarme mirándola me golpeaba internamente para no reaccionar como un pajero. Porque no quiero, bajo ningún aspecto, que piense que soy un pajero.

—¿Y qué hicieron después? —pregunta Damián.

—Nada. Salimos, nos secamos, comimos un poco más y se fue.

—Qué aburrido —suelta mi primo—. Yo me imaginé una historia mejor con la foto esa que salió.

—¿Qué foto? —Damián y yo nos damos vuelta al unísono.

—La que circula en redes —dice como si fuera obvio—. ¿Ella saludándote en la puerta? ¿Saliendo del edificio con el pelo mojado? ¿No la viste?

—No —lo corto en seco.

Agarro mi teléfono y no tengo que navegar mucho para encontrarla. Ahí está en la foto, en primera plana, ella despidiéndose de mí. No se le distingue la cara, por suerte. No se ve gran cosa, de hecho. De todas maneras, el título especulativo y amarillista me genera náuseas. ¿Cómo no vi que había alguien escondido con una cámara? A juzgar por la baja calidad, seguro estaba lejos, pero creí que ya había aprendido a detectarlos incluso a cierta distancia. Los *paparazzi* cada vez se vuelven más profesionales. Lo cual significa que su trabajo es cada vez una mierda más grande para mí.

Ni yo, ni nadie a mi alrededor, parece tener derecho a una privacidad completa. Hasta salir de mi casa es exponerme. Los espacios seguros para mí se reducen un poco más cada día que pasa.

—Tendría que decírselo —digo preocupado—. No se lleva con la exposición pública.

—Como quieras —responde Damián sentándose en el sillón conmigo—. Probablemente la vea y te pregunte —apoya su mano en mi hombro—. No te agobies. Son cosas que pasan.

—Sí, que me pasan solo a mí —tiro la cabeza hacia atrás y suspiro.

Es cierto que a las personas normales no les pasan estas cosas y ninguno de nosotros encaja

ahora dentro de esa categoría. Yo nunca fui normal, de todas maneras. Así que esto es solo una amplificación masiva de la ya de por sí negativa reacción del universo hacia mi persona. A veces, siento impulsos de, simplemente, irme a una isla desierta y mandar todo a la mierda.

Ya lo hice parcialmente, cuando dejé, aunque todavía casi nadie lo sabe, mi lugar en la banda. Sin embargo, esa información sigue sin trascender y me estoy empezando a poner un poco ansioso. Pensé que desligarme de la banda significaba también que me desligaba de la obligación de decirlo.

Si bien creí que no iba a volver a pisar el estudio, acá me tienen. Es nuestro lugar de reunión por excelencia. Siempre lo fue. No puedo deshacer eso de un día para el otro. Al menos, no sin levantar sospechas. Todo este lugar tiene un pedacito de nosotros. Un pedacito de cómo eran las cosas antes de que se fuera todo al carajo.

Lo compramos con las ganancias de nuestra primera gira. Que no eran muchas. Al principio era un asco, lo reconozco, pero de a poco lo fuimos convirtiendo en un lugar habitable. En nuestro espacio en el mundo. Era probablemente muy gracioso ver a cuatro adolescentes sin tener ni idea de la vida intentando refaccionar un lugar por su cuenta. Estoy seguro de que hay fotos de eso en algún lado. Es más, todavía tenemos los mismos pósteres que pegamos después de pintar la primera vez. Ya están descoloridos, aunque ninguno tiene la voluntad suficiente como para despegarlos. A veces, cuesta aceptar que las cosas no son lo que eran antes.

La angustia me supera y me invaden unas ganas terribles de llorar, pero me contengo. Porque no puedo explicarles por qué quiero llorar. Por cuántas cosas necesito llorar. No puedo decirles esto, no todavía.

Trago saliva mirando hacia el techo y justo cuando siento que las lágrimas van a desaparecer por fin, regresan.

Me levanto, totalmente frustrado por mi falta de autocontrol y me encierro en el baño. Dejo que piensen que es por lo de Julia. En parte, es verdad. Es por ella y por la incertidumbre de no saber si lo nuestro, este vínculo, esto que percibo por primera vez como algo distinto, va a durar o se va a contaminar por mi culpa como todo lo demás. Por no saber cuándo va a llegar ese día en que se dé cuenta de que en realidad no vale la pena el trabajo de conocerme.

Me derrumbo en el piso de cerámica y dejo que la humedad invada mis mejillas, en silencio. Clavo mis uñas en mis brazos, para tratar de reemplazar por dolor físico la piedra que siento en el pecho y casi no me deja respirar. Lloro, por este lugar que ya no se siente como mío.

Lloro, por lo mucho que extraño lo que éramos antes de todo.

Lloro, porque estoy cansado de que casi todo el mundo se haya olvidado de que soy una persona, y ya no puedo ni siquiera hacer cosas normales y aburridas sin que desaten un escándalo.

Lloro, por vivir con el miedo constante de no saber cuándo se termina para mí.

Lloro, porque jamás nadie me dijo que, a pesar de todo, yo tenía permitido llorar. Y eso, hace que me rompa todavía más.

24. Julia

Lo primero que veo cuando me despierto el lunes es una foto mía saliendo del departamento de Joa. No es como que alguien que me conozca vaya a ver esa foto y pensar que soy yo, claro. De pedo se distingue la ropa que llevo puesta y mi pelo mojado. Pero yo sí sé que soy yo. Y me asusta bastante saber que alguien se quedó ahí parado esperando que yo saliera.

Y pensé que era solo Dios el que te seguía a todos lados, la puta madre.

Estoy demasiado dormida todavía como para ponerme a revisar qué clase de especulaciones dicen en esta página sobre mí. Me da un poco igual de todas maneras. Mientras ocupe el lugar de "chica misteriosa y desconocida" no voy a estar en peligro. O eso creo.

¿Qué pensaría mi antigua comunidad si me viera salir con tanta liviandad del departamento de un chico que ni siquiera se acerca a sus estándares de lo que es ser una persona de bien? ¿Y qué pensarían de mí después de enterarse que salté a una pileta sin remera?

A él lo perdonarían, eventualmente. Dirían que, si algo pasa, es porque él no pudo controlarse. Porque los hombres no están hechos para controlar sus impulsos y es nuestro trabajo como mujeres ponerles límites. Límites que ellos pueden pisar si les viene en gana. Porque, igualmente, no sería su culpa.

Yo sería catalogada como una regalada, inmodesta y sería obligada a arrodillarme en granos de sal gruesa.

Y una mierda.

Vuelvo a revisar la hora y me levanto de la cama. Voy con tiempo, como siempre. Camino a la cocina y preparo el desayuno (solo para mí, porque Lola jamás pondría un pie fuera de la cama antes de las diez). Y saco mi taza favorita antes de prender la cafetera.

Esa taza es lo único sentimental que me llevé de la casa de mis papás antes de irme. Me la regaló mi mamá, cuando cumplí diez años, y el dibujo que tenía estampado ya casi ni se nota de tanto lavarla. A veces, cuando los recuerdos no me dejan dormir, me arrepiento un poco de haberla traído.

Por lo menos, no es un televisor.

No podría tolerar tenerlo en este espacio. A ver, tampoco es que los televisores como colectivo me hayan atacado personalmente. Solo digo que probablemente me pondría a llorar si viera una caja cuadrada pasando las noticias.

Mi familia solía prenderla durante cada comida, después del agradecimiento de rutina. El almuerzo era tolerable. A esa hora, mi papá recién regresaba de su laburo y todavía no le había dado tiempo de atacar ninguna botella de nada. Pero la cena… Eso sí que era bajar al infierno y

caminar descalza sobre piedras ardiendo. Ver a un hombre formular queja tras queja, insulto tras insulto, reclamo tras reclamo a una caja vacía era una imagen tan graciosa como torturante.

En especial cuando esos ataques me pegaban a mí y a mi mamá, por mera inercia.

Durante la mayor parte de mi vida, no me animé a contradecirle en nada. Me habían condicionado, desde todos lados, para que me quedara callada. Por eso, recuerdo vívidamente la primera vez que discutí abiertamente con él. Tenía 17 años. Estaban transmitiendo un compilado de momentos de la marcha feminista de la semana anterior. Mi papá, por supuesto, se encargó de enumerar todas y cada una de las razones por las cuales la chica en cuestión se lo había buscado. Y por qué cada una de las chicas que aparecían probablemente se lo merecían también.

Yo le dije que era una mierda de persona y él me arrastró tirándome del pelo y me encerró con llave en mi habitación, sin mediar palabra.

Esa noche, lógicamente, me dormí sin cenar. Además, me prohibieron desayunar al día siguiente, como para que tuviera claro lo equivocada que estaba al haber abierto la boca. Casi me desmayo en plena clase de matemática, pero me salvé gracias a que mi novio decidió donarme, de una forma tan caritativa como penosa, el alfajor barato que una monja le había regalado una semana atrás. Estaba aplastado y probablemente vencido, pero al menos impidió que muriera temporalmente. Al rato, rebuscando en el fondo de mi mochila, encontré un paquete de galletitas sin abrir. No hizo falta la aclaración para que yo supiera que había sido mi mamá, a escondidas, quien lo había puesto ahí.

Fue la primera vez que sentí, ya no superficialmente, sino en el fondo de mi corazón, que no creía al pie de la letra en todo aquello que me habían inculcado.

Mi padre podía ser todo lo maravilloso, comprensivo y misericordioso que se espera de un ferviente servidor de la Iglesia, pero solo de la puerta para afuera. De todos modos, yo sabía que si decía la verdad abiertamente, nadie me creería.

Vuelvo a guardar la taza y tomo prestada una de las de Lola. Le importa bastante poco que se las use de vez en cuando. Es contradictorio que sea tan desapegada con las cosas materiales, aunque su pasión sea acumularlas.

Me quedo mirando hacia la calle, hasta que termino mi desayuno.

Agarro mi celular y estoy a punto de mandarle un mensaje de buenos días a Joa. En parte siento que es al pedo: ni siquiera lo va a ver hasta el mediodía. Abro nuestro chat de todas maneras. Nuestro último intercambio lo cerró él, mandándome una carita sonriente después de que yo le avisara que ya había llegado a mi casa. Técnicamente, soy yo la que tiene que escribirle de vuelta. Es una regla no escrita. Dudo por unos segundos, hasta que para mi sorpresa veo que está en línea, así que le escribo.

¡Buenos días!

Enseguida salta el tilde azul y me responde.

¡Buenos días! ¿Dormiste bien?.

Sí, ¿vos? Me sorprende que estés despierto tan temprano, jaja.

Es que no dormí directamente. Tenía una reunión.

Entonces tu solución, en vez de acostarte temprano, ¿fue no dormir en absoluto?

Ajam. Siempre contra las reglas.

Jaja. ¿Viste la foto?

Sí.

No respondo nada. Pasan unos segundos en los que espero a que el agregue algo.

Perdón. No tenía idea.

Ni siquiera se veía que era yo. No hay problema. Ahora puedo decir que salí en una revista :).

¿Así que te pegué el uso de emojis? Estoy orgulloso.

Aprendí del mejor.

Miro la hora.

Tengo que irme. ¿Hablamos más tarde?

Ofc. Suerte ;).

Es la primera vez que me desea suerte para el trabajo. Me estoy acostumbrando a hablar con él todos los días. Acostumbrarse a una presencia es un poco jodido. Más que nada por lo difícil que se hace llenar ese vacío cuando esa persona ya no forma parte de tu rutina.

¿Qué voy a hacer en mis tiempos muertos cuando deje de hablar con él? ¿Por qué ya estoy asumiendo que se va a terminar? Tampoco quiero asumir que esto no va a tener un final. Los para siempre no están contemplados con chicos que conociste hace un mes atrás, por más bizarra que haya sido la situación.

También está el hecho de que pensé que, después de la cita o intento de ella que tuvimos ayer, iba a besarme. Se esforzó mucho en preparar algo lindo, en que tuviéramos una conversación, en que nos conociéramos más, como para no hacerlo. Él compartió un pedacito de sí mismo y yo un pedacito de mí. Me animé a hacer algo que nunca había hecho. Era *el* momento si hubiéramos estado en una película.

Y en vez de eso, me tiró de nuevo a la pileta. Espero que mi cara de decepción no haya sido demasiado evidente. Tampoco puedo culparlo por mis propias películas mentales.

Preparo mis cosas para irme. Estoy empezando a evitar el ascensor, por precaución. En teoría lo

arreglaron, pero nunca se sabe. Joa me contagió un poco de su miedo. Tampoco es tan terrible bajar la escalera. Para subirla, ya pensaré si vale la pena arriesgarme a morir o no.

Esta vez tomo una ruta distinta a la que suelo tomar. Poco a poco, voy incorporando cambios. Los implemento sin darme cuenta. Es que, si puedo mandarme mensajes con una estrella de rock, puedo tomar un medio de transporte diferente, ¿no?

Camino las dos cuadras que me separan de la estación de tren y espero hasta que llega. Una vez que me subo, capto un asiento con la mirada y corro hasta apropiármelo. Una chica más o menos de mi edad me mira mal, porque tal vez tenía esa misma intención. En otro momento, me hubiera llenado de culpa y se lo hubiera dado.

Hoy no. Me gané este asiento a fuerza de mi propia velocidad y no pienso cederlo.

Pasó mucho tiempo desde la última vez que viajé en tren, pero no significa que me haya olvidado de la fauna que lo habita.

La vendedora de medias. El chico que pregunta palabras al azar y hace freestyle. El que pasa con la guitarra cantando (más bien gritando) *Música ligera*. Son las ocho de la mañana y lo que menos quiero es que me la griten en el oído. Algunas cosas nunca cambian. Pero, ey, al menos hay aire acondicionado. Vibras positivas.

Veinte minutos después, me bajo en la estación que me marca Google Maps. Paso por un quiosco y grito de alegría internamente cuando veo que venden una marca de alfajores tan rica como difícil de conseguir.

Me compro tres, por las dudas. Una nunca sabe cuándo los sacarán de circulación. Abro uno. Probablemente los otros se aplasten un poco en mi bolso, pero es un bien demasiado valioso como para desperdiciar la oportunidad de esa manera. ¿Joa los habrá probado? Debería preguntárselo. Son demasiado buenos como para perderse ese placer.

Llego a la oficina diez minutos antes de mi horario de entrada. Parece que la nueva ruta es considerablemente más rápida. Algunos de mis compañeros de trabajo ya están en la oficina común o acomodados en sus respectivos lugares. Valeria es el segundo caso. La saludo y me siento en mi cubículo. Entonces, mientras acomodo mis cosas, me pregunta, como si se tratara de un asunto de vida o muerte.

—¿Te enteraste?

—¿De qué? —respondo un poco más desesperada de lo que me gustaría sonar. Pero, honestamente, si lo primero que me dice durante la mañana es eso, creo que tengo motivos para preocuparme. ¿Me echarán a fin de cuentas?

—De la foto —suelta como si fuera una obviedad—. Parece que Joa Keuler está saliendo con alguien. Las chicas de la oficina B están como locas, imaginate…

Por supuesto, tenía que ser esa pelotudez. Suspiro de alivio.

Se me viene a la cabeza un recuerdo vago de escucharlas hablar al respecto. Me parece que incluso un día en el que la jefa no estaba pusieron música de Gris. Nunca le presté mucha atención, ni siquiera los conocía en ese momento.

—Claro, sí, me imagino —me hago la boluda. Como si me estuviera hablando de un completo desconocido. Tampoco me creería si le dijera la verdad.

—Qué decirte, hasta a mí me intriga —continúa—. Nunca se lo vio públicamente con nadie.

—Creo que si no dijo nada es porque no quiere que se sepa, ¿no? —sigo acomodando mi escritorio y saco el termo. Me olvidé de llenarlo antes de salir —. Voy a cargar agua, ya vuelvo.

Me levanto y me dirijo hacia la oficina común, para encontrarme una tertulia dedicada a las teorías conspirativas sobre quién es, de dónde salió y por qué más de una quisiera matar a la chica de la foto que tomaron los *paparazzi*.

Claro. Entre todas las cosas que me había permitido dejar de lado, estaba el tema de que la persona con la que Joa Keuler salga es un asunto de interés nacional. ¿Cuánto falta para que el presidente salga a dar cadena nacional al respecto? Digo, porque le dan tremenda relevancia al tema.

Mientras cargo el termo, escucho fragmentos salteados de la conversación.

—Tiene un aire a Maite Lanata. ¿Será?

—¿No está de novia la mina esa?

—Quizá le está poniendo los cuernos al novio. Viste cómo son…

—Dicen que los vieron juntos hace un tiempo y se fueron en un auto mientras los corrían.

—Busqué si era alguna excompañera del colegio de él. Hay una tal Camila que se parece.

—¿Decís? Para mí que sale con el baterista y esto es la tapadera. Vi un par de teorías en Reddit y tiene sentido.

—Si está saliendo con alguien, yo me mato.

—*Same*, hermana.

—Era yo la de la foto —digo una vez que saco el termo del dispenser de agua—. Tengo una campera igual.

Todos se quedan en silencio mirándome hasta que sueltan una carcajada grupal. Yo también me uno. Ay, si supieran que no es ningún chiste…

—Como si se fuera a fijar en nosotras, las mortales —comenta una de las chicas.

25. Joa

Cuando Damián entra a mi cuarto, abre las persianas hasta arriba y me sacude hasta que me despierto, sé inmediatamente que ya se enteró. Apenas entiendo la mitad de lo que dice.

—No podés hacernos esto.

Le retruco que sí puedo, que Ian estuvo de acuerdo y que lo estaba haciendo justamente para que dejáramos de discutir tanto.

Trato de convencerlo, como puedo, de que es lo mejor para todos. Que ya no me importa la banda como antes (vil mentira). Que sería imposible terminar el álbum a tiempo si yo me quedo en el medio. Tenemos la soga al cuello. Es lo que había que hacer.

Aunque no viene a escuchar mi lado de la historia, solo a reclamarme. Así que me quedo callado. Descubrí que es una habilidad que me salva de más de una situación complicada. Lo dejo enojarse. Espero a que deje de dar vueltas en la cocina hasta que se harta de mí. Finalmente entiende que ya es una decisión tomada y se va. A dónde, ni la menor idea.

Damián tiene una manera extraña de enojarse. Tanto, que a veces pareciera que se enojara con él mismo más que con las situaciones. Como si estuviera en sus manos siempre solucionar las cosas. Me cuesta hacerle entender que algunas no tienen arreglo. Que a mí nadie puede arreglarme.

Nuestra discusión fue a las diez de la mañana. Son las cuatro de la tarde y ni él volvió ni yo me moví del sillón. Prácticamente me quedé sin cerveza y no tengo ganas de bajar a comprar, así que pido dos packs por *delivery*. Agrego también media docena de empanadas. Todas de salchicha y cheddar, que por más que suene asqueroso es una de las mejores invenciones que pudo haber hecho el ser humano y discutiré con quien sea necesario al respecto.

Revolcarme en mi propia miseria con alcohol y comida hipercalórica es el único deporte que hago de manera consistente.

Le escribo al encargado y le pido si, por favor, puede subir y dejarme el paquete en la puerta del departamento. Técnicamente eso está fuera de los límites de su contrato laboral, pero le caigo bien porque nunca hice una fiesta lo suficientemente desastrosa como para que tenga que limpiar el lobby después. En agradecimiento, él me hace estos favores para que yo no tenga que bajar hecho un asco y arriesgarme a arruinar mi imagen pública (como si alguien pudiera sorprenderse más de mí).

Apenas lo recibo, pongo uno de los packs en la heladera y abro el otro. Me lo llevo junto con la caja de empanadas y apoyo todo en la mesa. Abro una de las latas y le doy un sorbo antes de arrojarme de nuevo al sillón.

Es jueves y no le escribí a Julia desde el mediodía. Probablemente no lo vea, porque a esta hora

sigue en el trabajo, pero lo hago de todas maneras, solo como para que no piense que la estoy ignorando o algo así. Aunque hoy no sabría qué contarle. No es la primera vez que me quedo sin tema de conversación porque mi vida no es tan interesante. El otro día, hablamos por la mañana porque me tuve que quedar despierto para una reunión con uno de los *sponsors*. Me quedé dormido a los diez minutos y San tuvo que despertarme más de una vez. Eso, claramente, no se lo dije después. Solo inventé una historia sobre lo monótono que había sido todo y lo rápido que terminó. Únicamente la primera era verdad.

No me ducho desde… ¿el lunes? Sí, probablemente doy un poco de asco. Podría hacerlo más tarde, pero terminarme la segunda empanada es mi prioridad en este momento. Fuera de joda, no pueden estar tan buenas. ¿Es probable que termine con todas las arterias tapadas? Probablemente. Me importa bastante poco.

Abro la segunda cerveza y empiezo a tomarla, casi con desesperación. Suelo beber de esta manera cuando estoy solo. Cuando estoy con alguien, trato de que no se note o que parezca que lo hago de una manera socialmente aceptable. Pura y exclusivamente, porque odio que me digan que soy un alcohólico. Porque no lo soy. Puedo dejar esto cuando yo quiera.

Contrario a lo que todo el mundo piensa, siempre lo tuve bajo control.

Si bien ya lo había probado un par de veces durante mi adolescencia, no fue hasta después de una de las primeras peleas fuertes con Ian que lo entendí todo.

Yo había discutido con Guzmán la noche anterior y nos fuimos a las manos. No era la primera vez que pasaba. Mi hermano me dijo que yo era un irresponsable y que no podía ir peleándome con medio mundo como si nada. Yo le dije que Guzmán me había provocado y que se lo merecía. La cosa fue escalando hasta que a ninguno de los dos se le ocurrió qué más gritarle al otro. Ya de por sí tenía bastante resentimiento acumulado hacia él y cada vez que reaccionaba de esa manera tan egocéntrica, como si él fuera el único que alguna vez se hubiera esforzado por algo, me daban ganas de golpearlo con todas mis fuerzas. De gritarle que era un imbécil y que no tenía ni idea de lo que yo había hecho por él. Y después abrazarlo y darle un beso en la frente y pedirle perdón por decirle todas las cosas horribles que le había dicho. La cosa con Ian es que mis sentimientos hacia él siempre fueron de lo más contradictorios.

Las primeras grietas entre nosotros habían empezado a abrirse. Esa noche, las cosas seguían horriblemente tensas. Prácticamente no nos miramos ni antes, ni durante, ni después del concierto. Como siempre, hubo fiesta después. Y si había un lugar en el mundo en el que justamente no quería estar era ahí. Así que me pedí una botella de litro de cerveza y me quedé apoyado en una esquina mientras el resto del mundo seguía girando. La vacié. Pedí una segunda. Y justo cuando la abrí y me di cuenta de que era una experiencia totalmente renovada el abrir y cerrar mis manos, lo entendí.

Me había olvidado de todo. De la pelea. De la situación. De mí mismo.

Era liviano. Ya no tenía la pesada carga que implicaba ser yo. Flotaba. Nadie podía intervenir en mi propia cárcel mental. Podían gritarme lo que quisieran, enumerarme todas y cada una de las razones por las que no debería ni siquiera haber existido, y no me hubiera importado para nada. Por un momento pensé: ¿puedo quedarme acá? ¿Puedo pasar el resto de mis días acá? Si pudiera

vivir en esta sensación para siempre lo haría.

Duró poco, como todas las cosas de la vida que son demasiado buenas para ser reales. Tardé treinta minutos en perder completamente la conciencia. Y de ahí en adelante, estaría dispuesto a llegar a ese punto las veces que hicieran falta por volver a sentir esos dos minutos de paz. Puedo dejarlo en cualquier momento en que yo decida hacerlo. Pero no quiero.

Aunque ¿cómo le explico a la gente que esto es lo único que me da un descanso de mi propia cabeza?

Cuando vacío la tercera lata, ya estoy mareado. Cuando vacío la cuarta, me cuesta sentir mi cuerpo. Cuando voy a agarrar una quinta, me caigo en el camino y me doy de cara contra el piso. No tengo fuerzas para moverme, así que me quedo en esa posición hasta que me duermo. Gracias a lo cansado que empiezo a sentirme, ni siquiera se me pasa por la cabeza qué pensaría Damián si volviera a casa y me encontrara así.

Lo tengo bajo control.

26. Julia

Los llamados de mi mamá se hacen cada vez más regulares, así que apagué el teléfono y lo dejé en casa. Necesitaba un poco de paz. Cuando llego lo primero que hago es revisar el celular porque aunque busco paz, me gana la ansiedad.

¿Por qué? Porque hace cuatro días que Joa no da señales de vida. Pasaron veinte minutos desde la última vez que miré su estado: nada. Treinta y siete horas desde la última vez que le escribí, sin recibir ningún tipo de respuesta. Dos días y medio desde su último "en línea".

¿Será por la foto? Yo le dejé claro que me importa bastante poco, siempre y cuando un sicario o una fan enloquecida no me espere a la salida de mi casa para asesinarme brutalmente. Empiezo a creer que, por ahí, desconfía de mí, aunque había pensado que ya habíamos acordado mutuamente la confianza. ¿Y si piensa que al fotógrafo lo mandé yo? Dios, ni siquiera me daría el presupuesto para eso. Además, no tendría sentido el hecho de que haya esperado tres días para cortar contacto. ¿Me *ghosteó*? ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que se considere *ghosteo*?

A fin de cuentas, no pasa nada. No hay ningún motivo por el cual debería estar obsesionada con esto. No me asusta. No pienso en el tema. Es solo un pibe más. Esto no me está afectando. Esto no me está afectando. Esto no…

—¿Estás ahí? —pregunta Lola moviendo su mano frente a mis ojos.

—Sí, sí —sacudo la cabeza—. Es solo que…

—Estás pensando en él.

—No. Sí. Un poco.

Hoy decidimos pasar la tarde en el río después de que yo saliera del trabajo, como para cambiar un poco la rutina. Es lunes, está soleado, y hubiera sido un desperdicio no aprovechar la costanera vacía un día de semana. Una lástima que mi cabeza esté en cualquier lado menos acá.

Lola enciende un cigarrillo y yo continúo con mi divague mental, ahora en voz alta.

—Estoy perdida —digo—. Revisé todas nuestras conversaciones, tres veces, y sigo sin entender dónde la cagué.

—¿Por qué pensás que la cagaste? —pregunta—. Debe estar ocupado. O histeriqueándote un poco para ver qué tantas veces le escribís.

—Sigo pensando que cometí un error de algún tipo —continúo y me acuesto sobre el pasto con las manos detrás de mi cabeza—. No lo entiendo. Y me desespera. Estaba todo maravilloso y de repente… nada.

—Pensalo de esta manera: si te dejó de escribir después de armar tremenda cena...

—Merienda —la corrijo.

—Es lo mismo. Mi punto es que, si después de ponerle tanta onda solo desaparece, seguro no tiene nada que ver con vos.

—Seguro se consiguió otra y me estoy haciendo la cabeza al pedo.

Lola bufa fastidiada.

—¿Por qué tenés que ser siempre tan negativa?

—Alguien tiene que balancear tu positividad excesiva.

—Solo soy optimista —explica.

—Ingenua, diría yo.

—Qué graciosa —se burla.

—Me querés de todas maneras.

—Lamentablemente —le da una calada a su cigarrillo—. Aunque ya era hora de que intercambiáramos roles y fueras vos la que se queja por un chico.

Ambas reímos y ella me agarra la mano.

Cuando conocí a Lola en el colegio, lo primero que pensé fue en que no encajaba de ninguna manera en un lugar así. Tiempo después, me enteré de que era porque su tía la había anotado en contra de su voluntad, en un intento desesperado por tener una sobrina que se amoldara a su estilo de vida. Ingenua ella de pensar que Lola es una persona que puedas encasillar.

Vivían poniéndole sanciones por cosas estúpidas como tener la pollera un dedo más corta o teñirse un mechón de rosa. Sanciones que ella siempre se las ingeniaba para evadir. Creo que el único motivo por el que nunca la echaron del colegio fue porque su tía era una de las más grandes contribuyentes de la colecta de caridad anual.

Sin embargo, a Lola no le podía importar menos. Y eso hizo que me cayera increíblemente bien desde el principio. A mis otras amigas no les agradaba, y viceversa, pero eso no me frenaba para hablar con ella (y hasta cubrirla alguna noche solo para que pudiera encontrarse con alguien que le gustaba).

Razón por la cual tiene muchísima más experiencia saliendo con personas que yo, y es la indicada para aconsejarme en este preciso momento.

—Como sea —continúa—, dale tiempo. No te hagas la cabeza al pedo con cosas que no sabés. Y si realmente te está *ghosteando* por cualquier motivo —agrega—, no valía la pena.

Emprendemos el camino a casa cuando el sol empieza a bajar y el viento pasa de ser un fresco agradable a un frío molesto. Caminamos en silencio, porque al vivir juntas durante tanto tiempo

llegamos a ese punto donde son pocas las novedades que tenemos para contar. Aunque nuestros silencios no son incómodos, nunca lo fueron.

Quisiera sacarme de la cabeza a Joaquín y a esta situación en la que me metí por propia voluntad. Podría haber rechazado su primera oferta y nada de esto me estaría pasando. Podría haberme ahorrado la ansiedad y la incertidumbre. Podría estar tirada en el sillón mirando *realities* desde mi computadora.

Y sí, estaría aburrida como una ostra. Pero al menos no la pasaría mal.

Me toca preparar la cena hoy. La mayoría de las veces es una tarea de la que prefiero hacerme cargo: soy bastante buena. De algo tenían que servir los años yendo a campamentos y retiros espirituales. Quedan pocas cosas en la heladera y hago una nota mental para ir al supermercado apenas tenga tiempo.

El celular de Lola vibra. Últimamente, lo hace con mucha más insistencia que antes.

—¿Quién es? —pregunto por mera curiosidad

—Nadie —dice desbloqueándolo para responderle.

Decido no insistir. Saco zapallitos del cajón de las verduras y empiezo a pelarlos obsesivamente sobre la mesada de la cocina. Otra cosa que aprendí en los campamentos fue a usar un pelapapas sin rebanarme un dedo (a fuerza de prueba y error, tristemente). Estoy segura de que algún pobre desgraciado habrá ingerido mi sangre diluida en el puré.

Lola se acaba de meter en la ducha y se siente monótono pelar verduras sin nadie hablándome de fondo, entonces me enjuago las manos y voy a buscar mi celular a mi cuarto. Ya escuché el noventa y nueve por ciento de los *podcasts* disponibles, pero en ese uno por ciento que todavía no seguro consigo algo tolerable.

Antes de irme, lo dejé con la pantalla hacia abajo sobre la mesa de luz. Lo agarro y lo prendo. Se toma su tiempo: después de tres años sería estúpido pedirle que haga algo más que simplemente funcionar con los requisitos mínimos. Espero a que arranque y estoy por abrir Spotify, cuando veo que tengo una llamada perdida de Joa, correo de voz incluido.

Mi mandíbula se desencaja y el corazón me empieza a latir con tanta fuerza de los nervios que siento que me voy a desmayar.

Esto puede ser algo muy bueno o algo muy malo. Estoy al tanto de que odia con todo su ser las llamadas telefónicas, así que no tiene ningún sentido que me haya llamado, podría haberme enviado un audio. Bueno, quizá lo haya hecho por error. Se me hace un nudo en el estómago, como si mi cuerpo no pudiera estar aún más en alerta. Tardo unos segundos en reaccionar hasta que finalmente toco reproducir con la mano temblando. Tarda unos segundos en empezar. No, no es eso. Es que hay, literalmente, diez segundos de silencio en el correo de voz. Y cuando finalmente habla, se nota que está prácticamente haciendo un esfuerzo sobrehumano para hilar frases coherentes y modular. Lo cual me indica que está, muy, muy en pedo. Sospechoso, considerando que la llamada es de las seis y media de la tarde.

Seguro te estás preguntando por qué estoy llamando y la verdad no sé. No sé dónde estoy. Creo que es mi casa, pero… Bueno, como no atendiste supongo que estás enojada porque dejé de contestarte los mensajes. Quería escuchar tu voz porque es bonita. A mí me gusta. ¿Estás enojada conmigo? Lo entiendo, en serio. Pero no sé qué hacer. Cada vez que nos vemos puede terminar en un desastre por mi culpa. Y no quiero eso. Quiero volver a verte porque sos una persona interesante, pero no sé cómo hacerlo de una manera que no termine así. Siento que voy a lastimarte. No puedo controlarlo. Dijiste que no ibas a juzgarme, pero tarde o temprano vas a terminar haciéndolo, como todos. El tema es cuándo. No sé si soy una buena persona. No sé quién soy a veces. No quiero cagarla, de verdad. No quiero…

El mensaje se corta, dejándome con más preguntas que respuestas. Me tiro en la cama y todo lo que se me ocurre es tipear:

Tranqui. Escribime cuando te sientas mejor, ¿ok?

¿Por qué tengo la sensación de que no soy la única de los dos que está un poco rota?

27. Joa

Siempre me dijeron que yo rompía todo lo que tocaba. Que solo servía para hacer desastres. Y sí, es totalmente cierto. Aunque también descubrí que a millones de personas les gusta verme hacerlos. Una falla que podía usar a mi favor.

Al principio no era intencional: me olvidaba de las cosas, me quedaba tildado cuando me entrevistaban… Lo de siempre. La prensa no tardó en tener varios de esos momentos grabados en cámara y difundirlos por todos los lugares posibles. Sí, querían dejarme como un imbécil que no sabía ni la letra de las canciones que él mismo, en teoría, escribía. Dicen que no sos realmente exitoso hasta que podés congregar un grupo entero que te odie encarnizadamente solo por el hecho de existir. O que te acusen de copiarte de alguien que haya sido famoso antes que vos. O ambas cosas a la vez. De hecho, uno de los comentarios más recurrentes que recibimos cuando sacamos nuestro primer video fue: "¿Quiénes son estos pelotudos y por qué se copian de Tan Biónica?".

Al menos no podían acusarnos de robarle el nombre a nadie, porque pusimos el más básico que se nos ocurrió: Gris. Ni siquiera me acuerdo por qué. Seguro fue porque nos dimos cuenta de que la idea de ir al cementerio a robarle el apellido a algún fallecido del 1940 estaba un poco quemada.

Pero a la prensa le salió el tiro por la culata: a la gente le parecía un pelotudo, sí, pero uno que los entretenía y ganaba más plata de la que podía llegar a gastar. Esos siempre son los favoritos del público. Y yo, honestamente, empecé a sentir que tampoco estaba tan mal, si eso nos ayudaba a ser visibles.

No llegué al extremo de apuñalar a nadie, ni que me dispararan y perdiera varios órganos (ambas son, extrañamente, historias reales). Pero sí es cierto que cuando me convertí en la imagen reconocible de la banda, sin querer redoblé la apuesta. Era incluso más estúpido y conflictivo de lo que había sido en toda mi vida junta. Me convertí en todas las cosas horribles que me dijeron que iba a ser.

Y medio mundo me aplaudió por eso. Es tan contradictorio que sigo sin entenderlo.

De todas maneras ¿de qué me sirve la aprobación de diez millones de desconocidos si soy incapaz de sostener cualquier tipo de vínculo real? Valdría la pena si por lo menos hubiera ayudado en algo. Tenía una buena intención detrás de lo que sí elegí hacer. Ni eso me salió bien.

Miro el reloj de mi teléfono y veo que son las cuatro y veinte de la mañana. ¿A qué hora me habré dormido? Reviso mis notificaciones (tengo activas hasta las del Clash Of Clans, por lo que mi pantalla siempre está colapsada). Varias llamadas perdidas y mensajes de Damián. Y de mi primo. Y de nuestro mánager. Incluso, veo un mensaje de Julia.

Tranqui. Escribime cuando te sientas mejor, ¿ok?

Entro a nuestro chat y noto que no le escribí nada en estos días. Cuatro y medio para ser exactos. ¿Tanto pasó? De a poco, voy reconstruyendo los últimos sucesos. Pasé la mayor parte del tiempo en el departamento, creo. Uno de esos días almorcé con Damián. ¿El resto? ¿Pedí *delivery*? Puede ser. Estuve despierto, usualmente durante la noche.

Prendo la televisión y recuerdo que hice maratón de videos de Samanta Luque, la *youtuber* de juegos con la que todo el mundo parece estar obsesionado. Por lo entumecido que siento mi cuerpo, las cajas de cartón esparcidas por el piso y las latas y botellas vacías adornando mi mesa de luz, confirmo que casi no salí de mi cuarto salvo para ir al baño (que, de hecho, hay un baño *dentro* de mi cuarto, la puerta justo al lado del vestidor, así que no sé si cuenta como salir). Me asalta un recuerdo borroso de estar tirado en el piso llorando y alguien acariciándome la mejilla y susurrándome que todo va a estar bien. Probablemente lo imaginé.

Y en medio de todo eso, aparentemente llamé a Julia. Y no estoy seguro de querer saber exactamente qué es lo que le dije. Revoleo el celular a la otra punta de la cama.

Siento que mi cabeza va a explotar. Me cuesta levantarme y mantenerme parado. Enseguida me mareo y siento unas ganas terribles de vomitar, así que corro hacia el baño y lo hago. Sigo teniendo arcadas incluso cuando ya no me queda nada que escupir. Tiro la cadena, me paro como puedo y apoyo mis brazos sobre el lavamanos. Me espanta la imagen que el espejo me devuelve.

Ojeras profundas, resaltadas por el hecho de que cada día estoy más pálido. Necesidad urgente de afeitarme. Pelo grasoso. Ropa de hace vaya a saber cuántos días. Arañazos en mi cuello, mis brazos y mis manos. Sé instantáneamente que fui yo el responsable. Otro vago recuerdo de un ataque de odio hacia mí mismo. Cada vez son más frecuentes.

Y en estos momentos me siento peor que nunca. Porque soy incapaz de recordar absolutamente nada, y tengo la desgracia de despertarme y estar consciente de todo, con el cuerpo dolorido como si me hubiera pasado un camión por encima.

Ya empecé a llorar cuando toco el piso y envuelvo mis rodillas con los brazos. Es en estos momentos de breve conciencia que una voz me susurra que me estoy matando de a poco. Me culpabiliza, lo que hace el sentimiento todavía peor. Saber que probablemente nadie que me conozca me extrañaría, de hecho, estarían mejor sin mí.

Sí, bueno, los millones de desconocidos y blablá. Pero lo que llorarían es una versión de mí que no existe. Nadie haría acto de presencia en el velorio del verdadero Joaquín.

Mi padre me dijo que no esperaba nada bueno de mí. Mi madre recalcaba que lo único que sabía hacer era distraer a mi hermano.

Yo ya fui juzgado y sentenciado. Es solo una cuestión de esperar que todo decante por su propio peso. ¿Para qué nadar a contracorriente?

Por eso mismo no entiendo por qué, de la nada, tengo un mensaje de una persona diciéndome que, aun así, le escriba. No siento que le haya dado las suficientes razones como para que me tenga un mínimo de fe. Al contrario: se vio afectada varias veces por mi culpa. No tiene sentido. A veces siento que ya nada lo tiene.

Lloro durante un largo rato hasta que escucho que alguien entra a mi cuarto, suelta un quejido de asco y abre las ventanas, levanta un par de latas y las mete en una bolsa de plástico.

—Es bueno saber que no estás muerto —dice arrojando la bolsa a un costado—. Muy bueno —se acerca a mí y se agacha para quedar a mi altura—. Como si no te hubiera estado llamando, o tratando de sacarte de este cuarto de mierda donde te encerraste porque sí. Como si pudieras desaparecer y a nadie le importara —me agarra de la remera, me sacude y me grita—. ¡Como si pudieras matarte y hacer de cuenta que no me afecta que lo hagas! —no respondo—. ¡Decí algo, mierda!

Me quedo callado. Sus ojos se ponen llorosos al ver mis brazos. Apoya la cabeza en mi hombro y me abraza.

—Te odio, te odio tanto… —susurra entre sollozos—. Por favor, no te mueras. No quiero que te mueras. No quiero.

Se separa, me besa la frente y acaricia mi pelo con suavidad. Yo estoy demasiado agotado como para corresponder cualquier muestra de cariño que no merezco. Bajo la mirada. Las lágrimas vuelven a caer por mi cara, ya sin saber por qué razón, pero soy incapaz de moverme. De hablar. De sentir más nada.

Llega un punto en que el dolor es tan fuerte que pasa a convertirse en una tajante indiferencia.

Mi estómago se revuelve y vuelvo a asomarme al inodoro para vomitar, o al menos intentarlo. Estoy vacío. Damián me sostiene el pelo igualmente. Cuando me calmo, corre la mampara de la ducha y abre la canilla. Apenas se entibia, me ayuda a desvestirme lo mejor que puede y me arrastra dentro. El efecto del agua contra mi piel es relajante, excepto por el leve ardor que me provocan los arañazos. Un poco de vapor empieza a invadir el baño. Sentado así, podría fácilmente quedarme dormido.

Damián agarra una botella de champú, pone un poco sobre su mano y me lava el pelo. Esto me trae recuerdos: yo también lo hice por él, hace muchos años ya. Principalmente, cuando volvíamos a mi casa después de salir y su estado era tan deplorable que apenas podía mantenerse parado. Hubiera sido incapaz de mandarlo a dormir así. A veces, llegaba dormido directamente. Y parte de esto que se llama ser amigos implica ayudarnos en nuestros peores momentos. Por eso, nunca lo dejé solo. Aunque yo sé que no soy lo suficientemente buen amigo como para que me devuelva el gesto.

¿Por qué no puede aceptar que lo voy a terminar decepcionando, como a todos? Ya lo hice, en realidad, solo que él es demasiado terco como para aceptarlo y rendirse. Es imposible que abandone a una persona de la noche a la mañana, y por eso lo quiero y a la vez lo detesto por lastimarse a sí mismo en el proceso y me detesto aún más a mí mismo por hacerle daño.

¿Cuánto tiempo faltará para que me abandone?

Me deja solo con mis pensamientos y se va a buscarme ropa limpia. Yo me enjabono. Todavía tengo los músculos demasiado entumecidos como para hacerlo bien, aunque trato de hacer mi mejor esfuerzo. Dejo que el chorro de la ducha me enjuague. Por momentos sale un poco más

caliente pero no la regulo. Me quema la espalda.

Damián regresa y cierra la canilla. Escurre mi pelo y me envuelve con la toalla. Me dejo levantar, intentando no trastabillar en el proceso. Termino de secarme y empiezo a vestirme con el pijama que me trajo. Tiene olor a perfume de ropa. Me apoyo en el lavamanos y él me extiende mi cepillo de dientes ya con pasta encima. Cuando termino de cepillarme, salgo y noto que las persianas y ventanas de mi cuarto están completamente abiertas, y que los primeros indicios de luz se marcan en el cielo. ¿Cuánto tiempo pasó?

Dejo que Damián me guíe hasta su cuarto.

—Tu cuarto es un chiquero. No podés dormir acá.

Y quizá tenga razón. El suyo está, también, desordenado. En eso nos parecemos. Pero por lo menos está limpio. Y las sábanas, recién colocadas, como noto cuando dejo caer mi cuerpo sobre ellas. Él me tapa con el acolchado y yo acomodo una almohada debajo de mi cabeza.

Se queda quieto, mirándome.

—¿Qué? —pregunto.

—No te odio —dice, arrepentido.

—Deberías.

—No digas eso.

—Es la verdad. Damián, yo…

—Callate —me interrumpe—. No quiero escuchar las mismas idioteces de siempre sobre lo mucho que te merecés lo malo que te pasa y lo mejor que estaríamos sin vos. Me importa un carajo lo que pienses. Dormite —da la vuelta y se tira sobre el otro extremo de la cama —. Me quedo si prometés no vomitarme encima.

Asiento, aunque de forma tan imperceptible que dudo que él lo haya notado. Entro en ese vaivén de contradicción entre mis ganas de quedarme y dejar que alguien me cuide y salir corriendo sin mirar atrás. La segunda opción ganaría si mi cuerpo fuera capaz de responderme. La culpa reaparece y me genera un nudo en la garganta. No quiero llorar, pero antes de darme cuenta de que quiero lagrimear en silencio estoy sollozando y soy incapaz de parar. Damián lo nota y me abraza, lo cual me hace llorar aún más.

Duele tanto que quema saber que lo lastimo por esto. A veces pienso que ya ni siquiera me importa. La única persona que me hacía sentir en casa incluso con el mundo entero en mi contra decidió que ya no valía la pena. Y así como él se fue, Damián se va a ir. San se va a ir. Julia se va a ir. Tarde o temprano, lo van a hacer.

No tengo nada para dar, aunque me rodee de personas tercas empecinadas en creer que sí, como un manotazo de ahogado por parte de mí mismo.

28. Julia

Tan pronto como bajo del ascensor, me quedo paralizada.

—Estás pálida —dice.

Pálida como si hubiera visto un fantasma. Porque efectivamente, lo hice. Un fantasma de mi pasado, de todo lo que no quiero ser. Mi mamá está parada en la puerta de mi departamento, con los brazos cruzados sobre el cárdigan marrón que siempre usó.

—¿Cómo entraste? —pregunto con la voz temblando, sin acercarme ni un centímetro.

—Me dejó pasar una vecina —explica. El sonido de su voz no cambió en absoluto en estos años —. Le dije tu nombre y me dijo que te conocía.

—Eso no significa que puedas aparecerte en mi casa como si nada.

El olor a perfume barato y crema de catálogo inunda el pasillo. Otra de las muchas cosas que al parecer no cambiaron. Sigue vistiéndose de la misma manera, con tres capas de ropa incluso cuando el clima claramente no lo amerita. Chalina de gasa color pastel con la que juega incansablemente cuando está nerviosa. Uñas cortas. Pelo recogido. Lentes de color apagado. Un culto a la definición de modestia.

—No sé qué pretendés de mí y me importa tres carajos quién te dejó entrar —continúo—. Pero esta es mi casa y si no te vas ahora voy a llamar a la policía.

Las palabras salen de mi boca de forma cortante, agresiva. Y lo peor de todo es que no era mi intención que salieran de esa forma, porque quisiera poder mantener la calma. La incomodidad al verla por primera vez en tanto tiempo, después de no hablarnos, hace que ni siquiera pueda pensar con claridad.

—Seguís teniendo la misma personalidad de siempre —sonríe con tristeza en un gesto de resignación—. ¿Podrías dejar que te salude al menos? No vine hasta acá solo para molestarte.

Tal vez sea el tono en el que lo dice, pero una punzada entre pena, culpa y dolor se hace presente en mi pecho. Y me enojo conmigo misma por sentirlo de esa manera. Quisiera que fuera fácil odiarla.

Después de unos segundos, asiento ante su propuesta. Y aunque no puedo evitar dar un instintivo paso atrás cuando se acerca, tengo el cuerpo tan entumecido por los nervios que ni siquiera la empujo cuando me rodea con sus brazos. No correspondo su gesto, pero tampoco la alejo.

Al sentir su perfume aún más cerca me invaden unas repentinas ganas de llorar.

Sin embargo, me contengo, porque lo último que quiero es que piense que soy débil. Cuando nos separamos, vuelvo a alejarme un poco y pregunto:

—¿Por qué viniste?

—No me contestabas el teléfono. —Pongo los ojos en blanco, por la pelotudez que acaba de decir, y agrega—. Y necesitaba hablar con vos. Sobre algo.

Suspiro con fuerza.

—No tengo mucho tiempo, así que por favor hablá rápido —miento.

Paso caminando por su lado y me apoyo de espaldas contra la puerta de mi departamento, con los brazos cruzados y llaves en mano, dispuesta a desaparecer a la mínima cosa que ocurra. Sin embargo, espero atenta lo que me va a decir.

—Las cosas cambiaron mucho en casa después de que te fuiste —comienza—. Ya nunca fue lo mismo.

Entonces no tendrían que haberme tratado como me trataron por no ser como ustedes querían, pienso y me lo guardo.

—Tu papá… bueno, él siguió siendo de la misma manera —se encoge de hombros y a mí me da un escalofrío de solo recordarlo—, pero para mí… no sé. No sé cómo explicarlo, hija —se acomoda el cárdigan por enésima vez—. Te extraño mucho.

Sus últimas palabras tienen mucho más efecto en mí de lo que me gustaría. Me duelen de una forma que no puedo ni siquiera empezar a explicar. Y ese dolor choca otra vez con todo el resentimiento que tengo acumulado y se convierten en una catarata de emociones confusas que no sé cómo controlar.

Mi enojo hacia ella jamás desapareció, lo que no explica por qué sigo queriendo que esté bien, a pesar de todo. ¿Por qué, si mi cabeza piensa las cosas de forma lineal, mi corazón tiene que ser una maraña de contradicciones? ¿Se puede odiar a alguien y amarlo a la vez? ¿Es posible querer que se aleje y necesitar desesperadamente que se quede?

—¿Viniste hasta acá solo para decir eso? —pregunto enojada. Porque el enojo es la única emoción que puedo sentir de forma pura.

—Me gustaría volver a verte —agrega.

Y en este preciso momento siento que voy a colapsar.

—Así, tan fácil —digo con ironía—. Porque es totalmente normal que, a pesar de que nunca, jamás, te contesté el teléfono ni te di a entender en absoluto que me interesa volver a tener contacto con vos, te aparezcas en la puerta de mi casa.

—No sabía de qué otra forma encontrarte.

—¿Por qué querrías eso? —sacudo la cabeza, empezando a levantar la voz—. ¿No era que estabas del lado de papá? ¿O esperabas que me olvidara de eso también?

—Nunca estuve de su lado.

—Claro —comento—. Por eso te acordaste hace solo seis meses de que yo todavía existía. Cuando pasaron más de dos años desde que me fui.

Apenas menciono el hiato temporal en el que ni siquiera se dignó a hacer acto de presencia, ni mandar al menos un mensaje, se pone incómoda. Como si supiera que fue enteramente culpa suya, pero se negara a admitirlo.

Y yo sigo esperando sus disculpas.

—Ju —dice y el uso del apodo hace que se me haga un nudo en la garganta—, cuando pasó todo yo intenté…

—Si hubieras querido ayudarme, lo hubieras hecho —la interrumpo—. Tenías una chance y la desperdiciaste.

—Estoy intentando remediar las cosas.

—¿Con qué cara? —pregunto ya completamente desencajada—. ¿Con qué cara te atrevés después de dos años a venir a decirme esto? ¿No tenés un puto código o alguien que te diga que no da?

—Esperaba que lo entendieras —reconoce—. Justamente porque sé que no fui la única —traga saliva y baja la cabeza antes de responder—. Vos también tenías miedo.

Clava el puñal. Como si supiera exactamente qué decir para tratar de quebrarme y que me ponga de su lado de la historia. Aunque yo me prometí a mí misma que eso nunca iba a pasar.

—Está bien, tenía miedo —respondo con lágrimas en los ojos—, y por esa misma razón tendrías que haber estado conmigo —bajo la cabeza—. Nunca voy a perdonarte. Nunca voy a perdonarte por dejarme sola.

Entonces giro, abro la puerta lo más rápido que puedo y después cierro de un portazo, dejándola en el pasillo. Quiero salir corriendo. Quiero escaparme. Quiero darme la cabeza contra la pared hasta que me dé amnesia. Siento que me voy a ahogar en cualquier momento, como si todo el aire a mi alrededor careciera de oxígeno. Consigo caer sentada en el sillón y envolver las rodillas con los brazos. En mis oídos se hace presente un pitido que me impide escuchar si sigue parada afuera, si se fue… tampoco estoy segura de querer saberlo.

Solo puedo llorar.

El dolor se apodera de cada fibra de mi corazón. Jamás conseguí lo que quería: olvidarme de que alguna vez todos existieron. Que aún existen, de hecho, y siguieron sus vidas como si nada hubiera pasado. Como si *yo* no hubiera pasado. En algún punto, creí que si lo encapsulaba lo suficiente, iba a hacerlo desaparecer del todo.

La presencia de mi mamá actúa como un detonante. Recuerdo las veces que me pasaba comida

por la ventana a escondidas cuando mi papá me encerraba en mi cuarto sin cenar. O cuando me sacaba a pasear a cualquier lado cuando se ponía más agresivo de lo normal. Pero también esas veces en las que mi papá me arrastraba del brazo hasta dejarme moretones cuando hacía un comentario que no le gustaba, y ella miraba y no hacía nada. Las noches en las que lloraba por lo atrapada que me sentía y ni siquiera intentaba consolarme si alguien más estaba presente.

Las veces que estuvo ahí y las veces en las que eligió pretender que yo no existía.

Y me enojo aún más. Porque no tiene ningún derecho a aparecerse y desenterrar todas las cosas que había pretendido olvidar.

29. Joa

—¿Qué es esto? —pregunto desconcertado.

—Comida —me responde Damián, cortante.

—Ya sé que es comida —pongo los ojos en blanco—. Pero es verde y no sé si lo que tiene arriba es queso o qué —revuelvo el plato con la cuchara, tratando de descubrirlo—. Sabés que no tenés que tenerme a dieta, ¿verdad?

—Tenés que cuidar tu estómago, que ya bastante mal lo trataste —apunta el plato con su tenedor —. Comé.

Nuestros almuerzos y cenas fueron así los últimos días. Damián prácticamente me está obligando a convertirme en una persona sana. Eso me parece un gesto tierno de su parte y a la vez me fastidia. Como lo que sea que cocine porque me daría demasiada pena rechazar su comida, pero ya es el tercer día que almuerzo algo con verduras y creo que voy a desfallecer. Nunca fui un chico que come brócoli, no voy a serlo ahora.

Me llevo un pedazo a la boca y, debo admitir, no está mal. No es un mal cocinero, eso está claro. Estoy seguro de que Ian le enseñó alguna vez. Al rato, me explica que son zapallitos rellenos y me describe paso a paso cómo fue que los hizo. Hago de cuenta que lo estoy escuchando, pero me distraigo con el reflejo de la cuchara. Es gracioso verme así de distorsionado.

—Como sea —me dice después de un rato—, funcionó. Tenés mejor cara y dejaste de vomitar.

Las ojeras, lentamente, van desapareciendo de mi cara, aunque sospecho que son tan parte de mí que nunca me van a abandonar del todo. Y sí, dejé de tener arcadas. Según Damián (y mi primo, y el médico al que me obligaron a ver), comer tan mal y tomar tanto durante días me provocó una especie de gastritis. Yo no estoy de acuerdo, y me parece una manera exagerada de ver las cosas, pero me harté de discutir. Simplemente, no tengo energía.

Terminamos de comer y levanto mi plato para meterlo en el lavaplatos. Damián me sigue y me pone un vaso lleno enfrente, haciéndome una seña para que me lo tome. Porque sí, también quiere que me mantenga hidratado. Con agua, claro. Lo tomo entero enfrente de él imaginando que es un vaso de vino, para hacerme las cosas más fáciles.

Me tiro en el sillón, pensando en si debería escribirle a Julia o no. Ya pasaron varios días. Ella dijo “cuando te sientas mejor”, ¿no? Se supone que lo estoy ahora (en contra de mi voluntad). A pesar de eso, me preocupa no saber en respuesta a qué me lo dijo. Deberían inventar una función que grabe automáticamente las llamadas que hagas para poder escucharlas más tarde. Me ayudaría en más de una situación.

Una parte de mí tiene miedo de haber dicho algo muy, muy estúpido. Tengo arranques de sinceridad cuando tomo de los que nunca recuerdo una palabra. Sé por experiencia propia que no

tener filtro trae quilombos la mayoría de las veces. Mientras mi yo alcoholizado haya decidido omitir mis pensamientos más físicos, lo único que puede haber ocurrido es que haya perdido un poco de dignidad.

Escribo y borro. Vuelvo a escribir y vuelvo a borrar. No tengo ni la menor idea de cómo empezar el mensaje.

“Hola. Perdón por desaparecer y por decirte lo que sea que te haya dicho, aunque no lo recuerde. Estuve un par de días revolcándome en mi propia infelicidad, pero ahora me obligan a comer saludable y se supone que estoy mejor”.

Qué imbécil me siento. Evidentemente, no presiono enviar.

Suena el timbre. ¿Estábamos esperando visitas?

—Intentá ser una persona civilizada por diez minutos —me pide Damián mientras se acerca a la puerta.

Levanto una ceja y apenas si llego a balbucear una interrogación, cuando veo a mi hermano y a mi primo entrar. Literalmente, las últimas personas que tengo ganas de ver en este momento, así que pretendo que estoy concentrado en mi teléfono. Si pudiera, de hecho, preferiría estar completamente solo, pero con mi compañero de piso no tengo opción.

—Ah —suelto sin moverme del lugar donde estoy—. No sabía que venían.

—Así que seguís vivo —comenta San acercándose a mí, ignorando abiertamente mi cara de mala leche—. Qué suerte.

Me toca una mejilla con el índice varias veces, como asegurándose de que soy yo, y me hace reír. Recuerdo que no le contesté un solo mensaje (bueno, a nadie en realidad) y me siento un poco mal. Parece… ¿contento de que yo esté bien? No sé. Me incorporo para sentarme y le sacudo el pelo como siempre hacía cuando era chico. Solía fastidiarle muchísimo, pero se terminó acostumbrando. Creo que es parte de crecer y que se hayan dejado de notar tanto los tres años que le llevo.

Ian es una estatua parada en el medio del comedor, y puedo sentir que desvía la mirada cuando levanto la cabeza y miro en su dirección. Se muerde una uña como si le fuera la vida en ello. Presto atención a su otra mano, que todavía sigue vendada. Me enteré por San que su recuperación va a ser más rápida de lo que esperaban en un principio y me alegré mucho cuando lo supe. Aunque no voy a decírselo, claro.

Sin embargo, no me olvidé de quién fue el responsable y eso también prefiero callármelo hasta que tenga una mejor oportunidad.

Voy a la cocina, ignorando su presencia lo mejor que puedo. Damián se encargó de tirar por el desagüe hasta la última gota de alcohol que teníamos. Creo que ni siquiera dejó alcohol etílico en el botiquín. Pero estoy seguro de que por lo menos puedo encontrar algo para masticar en la heladera que me ayude a mantenerme ocupado hasta que se vayan.

—Dejé las hojas arriba —escucho que dice Damián a la distancia—. Acompañame a buscarlas.

Oigo el sonido de la puerta corrediza del balcón que se abre y se cierra. Me doy vuelta e Ian está apoyado en el marco de la cocina, de brazos cruzados, mirándome.

No estoy seguro de poder lidiar con esto ahora.

—¿Qué hacés acá? —pregunto intentando fingir desinterés.

—Vinimos a buscar unas hojas del álbum que quedaron arriba —responde y después aclara—. De cuando lo habíamos empezado.

—Ah.

No era la respuesta que esperaba, porque no es eso lo que le pregunté. Quiero saber qué hace acá, en la cocina, en vez de haber subido con los demás. No tengo ganas de que venga a recriminarme nada ahora y es el único motivo por el que alguna vez me habla. Me desligué completamente de todo por algo. Un silencio tenso se impone entre nosotros.

También quisiera preguntarle directamente si su mano le duele y no enterarme por otros. Si sigue intentando aprender a tocar algún instrumento de viento. Si se aceptó por fin como persona asexual. Si encontró ya una manera de hacer bizcochuelo en el microondas sin que le quede crudo. Pero esas conversaciones ya no existen entre nosotros.

Por favor, dejame solo.

—Pasé por acá el otro día —empieza a decir sin mirarme a los ojos—. Pensé que esta vez no la contabas.

—Perdón por frustrar tu sueño —digo encogiéndome de hombros—. Eso se lo tenés que reclamar a Damián, que me mantiene sobrio a la fuerza—suelto una risa forzada.

—No vine a reclamarte nada —sacude la cabeza.

—¿Entonces? Ya te podés ir —sonrío irónicamente e intento salir por la puerta, pero me frena y con su brazo sano me empuja y me sostiene contra la mesada. O yo soy particularmente débil físicamente (lo cual sería totalmente lógico, porque jamás en mi vida pisé un gimnasio) o mi hermano estuvo entrenando—. ¿Qué?

—Podés ser bastante imbécil a veces, pero estoy seguro de que eso ya lo sabías —dice—. El trato de que dejaras de componer con la banda no era para que pudieras matarte tranquilo, ¿sabés?

—Soltame —intento zafarme de su agarre, pero no lo consigo.

—No, no te voy a soltar.

—No es tu problema lo que hago o dejo de hacer.

—Sí que lo es —afirma—. ¿O pretendés que las cosas apliquen solo de tu parte? Cómo era que dijiste… Ah, sí —recuerda—: “Si pensás que voy a dejar de defenderte solo porque me odies, tenés un concepto muy equivocado de la persona que verdaderamente soy”.

Su capacidad de memoria nunca deja de sorprenderme.

—¿Entonces te vas a pelear conmigo para defenderme de mí mismo? —dejo ir una risa que se parece más a un bufido—. Qué coherente tu manera de razonar. Pensé que eras más inteligente.

—Sabés a qué me refiero —replica—. Te lo estoy diciendo por tu bien.

—Dejá de hablar como si lo entendieras, señor perfecto —me burlo—. No porque te levantes todos los días a la misma hora y desayunes tostadas con palta significa que el resto estamos a tu altura —hago una pausa, saboreando mis próximas palabras—. Mamá estaría orgullosa de que su hijo preferido salió igual a ella.

Golpe bajo. Inmediatamente siento la punzada de culpa, pero no retrocedo.

—Yo no soy como mamá —responde claramente herido.

—¿Entonces por qué siempre le diste la razón? —pregunto.

—Siempre te defendí.

—Mentira: dejaste de hacerlo hace rato —suelto—. Dejaste de hacerlo desde que empezaste a tener miedo de que arruinara la banda. *Tu* banda. Si creés que no tengo arreglo, ¿por qué no me dejás en paz de una puta vez? —bajo la cabeza—. Conseguiste lo que querías. Me fui y no tenés que verme más que lo justo y necesario para mantener las apariencias. No creo que me vayan a invitar a la cena de Navidad de todas maneras.

Las palabras se me escapan como una catarata sin que yo lo quiera. Ian me suelta. De nuevo, un silencio nos separa. El mismo silencio que, de a poco, nos terminó rompiendo.

Odiame. Odiame de una vez, que me lo merezco. Era inevitable, ¿verdad?

Él se queda parado frente a mí, como si quisiera decirme algo y no pudiera.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día? Tengo cosas que hacer —lo apuro.

Ian no se mueve. Yo salgo de la cocina y me encierro en mi cuarto, que ahora está en una condición lo suficientemente decente como para que yo pueda habitarlo. Me tiro en la cama y al rato escucho el ruido de la puerta de entrada. Intento dormir una siesta, pero es completamente imposible. Paso un buen rato revolviéndome entre las sábanas. Aunque termino rindiéndome y levantándome, para después ponerme a investigar dentro del vestidor de mi cuarto, que a estas alturas ya no solo guarda ropa, sino todas las otras cosas que no tengo ni idea dónde poner. Lo que estoy buscando está todavía en alguna parte de todo el desorden.

En una caja medio escondida encuentro una consola portátil.

La enciendo y me sorprendo al ver que todavía funciona. Siete años y un golpe de furia contra una pared después. Admiro al ingeniero que la diseñó, porque cualquier otro dispositivo no hubiera sobrevivido a lo segundo. En especial, porque Ian tenía toda la intención de destruirla cuando lo hizo.

Teníamos 14 años y era Navidad. Aunque ya no creíamos en Papá Noel, la familia seguía haciéndonos regalos como si aún lo hiciéramos. Ese año, el colegio me resultó muy difícil. Los profesores habían dejado de copiar en el pizarrón para que nos acostumbremos a tomar apuntes. Y de más está decir que fui incapaz de seguirles el hilo. Simplemente, no podía, por más que lo intentara. No sabía cómo explicarlo e incluso hoy no puedo hacerle entender a la gente que si los dejo de escuchar o me distraigo no lo hago a propósito. Tampoco nadie consideró que yo necesitara ayuda. Como consecuencia, me llevé hasta el recreo. La única materia que pude salvar fue música, porque mi hermano hizo las tareas por mí.

Mi papá estaba más convencido que nunca de que era una cuestión de disciplina. Mi paso de la primaria a la secundaria también fue mi paso de la categoría de "tonto" (que no tiene solución), a la categoría de "vago" (que, según él, sí la tenía si era lo suficientemente firme). Y una de sus maneras favoritas de castigarme era la humillación pública en las fiestas.

Mi hermano y yo teníamos la misma edad, la misma cara y hasta casi la misma altura, pero él siempre recibía los mejores regalos. Esa Navidad fue más desparejo que nunca. Yo recibí ropa y dos cuadernos que ni siquiera iba a usar. Él, la consola portátil. Para establecer el contexto, en ese momento era como recibir una ofrenda divina. Era lo que todo adolescente soñaba. Y claramente Ian, por supuesto, era el que se la merecía de los dos.

Mi mamá me dio una palmada en el hombro y me dijo que, el próximo año, si me esforzaba de verdad quizá me tocaría a mí también. Yo solo asentí, porque no sabía de qué manera explicarle que sí, que lo había intentado de verdad. Sin embargo, por alguna razón, no era capaz de mejorar.

Esa Navidad mi teoría sobre mí mismo terminó de formularse del todo. Así que solo esperé a que terminaran de abrir el pan dulce, saludé a mis papás, a mis tíos y a mis primos, y me fui a mi cuarto.

Ya estaba llorando mientras subía las escaleras. Me sentía un imbécil. Un fracasado. ¿Por qué todo me resultaba el doble de difícil? ¿Qué tenían los demás que yo no? ¿Por qué no podía simplemente cambiar? Lo había intentado todo. Había algo que estaba mal conmigo. Si mi almohada hubiera sido de cualquier otro material, hubiera quedado completamente triturada de todo lo que la golpeé.

Quince minutos más tarde, Ian entró a mi cuarto sin golpear la puerta. Yo estaba hecho un bollito a un costado de mi cama, envuelto con el acolchado, aunque hiciera casi treinta grados. Se sentó a mi lado y me extendió la consola portátil.

—Podemos compartirla —me dijo—. Es de los dos.

—Te la regalaron a vos. Es tuya.

—Pero yo quiero que sea de los dos —tiró del acolchado para sacármelo de encima—. Dale,

probala.

Durante varios meses, la compartimos sin ningún problema. A escondidas, en realidad, porque se suponía que yo no tenía que usarla. Iba más allá del hecho de que no me la hubieran regalado a mí: tenía terminantemente prohibido tocarla hasta que mis notas mejoraran.

Era tan sencillo como cerrar la puerta de mi cuarto y bajarle el volumen. Hasta que, un día, mientras se suponía que yo tenía que estar estudiando para rendir las materias que me quedaban, mi papá entró en mi cuarto a revisar. Había estado tratando de estudiar hasta diez minutos antes, pero ya me ardían tanto los ojos que había dejado todas las hojas en el piso y me había puesto a jugar.

—¿Qué hacés con eso? —dijo a los gritos—. Es de tu hermano.

—Me la prestó —respondí restándole importancia—. Estuve estudiando hasta recién —señalé la pila de hojas, aunque tendría que haber sabido que no serviría de nada para convencerlo.

—Devolvésela —me ordenó.

—No le molesta que la use.

—No es tuya —dijo en un tono que en realidad implicaba algo más.

—Si está tan desesperado, que venga y me la pida él —respondí sin medir las consecuencias.

Yo entendía perfectamente que Ian no era el problema, pero mi rebeldía adolescente impulsó esa respuesta. Lo que no me imaginé es que mi papá, efectivamente, iba a ir a buscar a mi hermano y arrastrarlo hasta mi habitación, tirándole del pelo, como siempre hacía cuando se enojaba con él. De alguna forma, creía que era él quien avalaba mi comportamiento. Tal vez, hasta lo culpaba un poco. Lo empujó con fuerza para dejarlo frente a mí, porque sabía que él era mi punto débil. La única manera de hacerme ceder en circunstancias como esas era usándolo.

—Pedile que te la devuelva —le dijo casi gritándole.

—Yo no… —intentó balbucear Ian, temblando como una hoja.

—Si yo te digo que hagas algo, lo vas a hacer porque soy tu padre —se acercó hasta quedar a la altura de su oído—. Tu hermano no se la merece y por eso no tiene una. Así que dejá de seguirle el jueguito y pedile que te la devuelva.

Él bajó la cabeza, asustado. Nuestro padre siempre le dio miedo. Todavía recuerdo su expresión cuando me miró. Tristeza. Vergüenza. Yo sabía lo mucho que le angustiaba que me trataran de forma diferente. Que me quisieran menos. Que en realidad hubieran querido tener un hijo único. No quise alargar la situación así que se la di sin que él tuviera la necesidad de decirme nada. No era su culpa. La agarró y, por primera vez desde que lo conocía, lo escuché gritar.

—¡Te odio! —soltó en la cara de mi papá y se fue corriendo de la habitación.

Fue la primera (y única) vez que lo vi enfrentarlo.

Bajé la cabeza y me senté en mi intento de escritorio, prometiendo que iba a ponerme a releer, hasta que finalmente me quedé solo. Era mejor no discutir más y hacerle creer que había ganado. Amaba ver a las personas doblegarse ante su autoridad, así que eso fue lo que le di. Y una vez que escuché los pasos fuertes bajar la escalera, me escabullí al cuarto de mi hermano.

Justo antes de entrar, escuché un ruido fuerte contra una de las paredes.

Abrí la puerta, asustado, pensando que quizá se había lastimado. Había revoleado la consola portátil con tanta fuerza que le rompió parte del plástico de la carcasa y le dejó una rajadura en la pantalla. Él estaba sentado en su cama, llorando desconsoladamente con la cara escondida entre sus manos. Me senté a su lado y pasé un brazo por sus hombros para abrazarlo.

—No llores —le dije—. No tiene nada que ver con vos.

—Sí —respondió entre sollozos—. Si yo no fuera…

—Dejá de culparte por ser como sos, ¿ok? —le corrí las manos de la cara para mirarlo a los ojos —. Estamos juntos en esto.

Odiábamos a nuestros padres, más de lo que normalmente lo hacen todos los adolescentes de 14 años. Odiábamos las comparaciones entre nosotros. Odiábamos que todo el mundo nos hiciera competir. Porque éramos un equipo y la constante presión solo hizo nuestro vínculo aún más fuerte. Alguna vez llegué a pensar que sería irrompible.

Si lo hubiera sido, jamás habríamos llegado a esto que somos ahora.

No fue una cosa ni hubo un único motivo. Quizá fueron todas las palabras que no deberíamos haber dicho y todas las que sí deberíamos haber dicho, juntas. Todas las veces que le mentí, por mil razones. Todas las veces que él eligió ya no estar de mi lado. Cuatro años de ir sumando gotas de agua. De rechazos sutiles. De ocultamientos. De dolores nunca sanados. De miedos. Hasta que, en algún punto, el vaso rebalsó y fue muy tarde para vaciarlo.

Me tiro en la cama y la enciendo. Un poco por nostalgia. Otro poco porque quiero llorar de nuevo, pero estoy harto de hacerlo mirando a la pared. Reviso los personajes del juego y elijo el que él elegiría: el mago de capa violeta. Todavía sé de memoria todas las combinaciones de botones para activar los poderes secretos. Me acuerdo de lo contento que estaba cuando se los enseñé y pudo pasar ese nivel imposible. Me sentí tan orgulloso de mí mismo por haber sido útil…

Juego por más de una hora hasta que finalmente la apago y la vuelvo a dejar donde estaba. Entonces, agarro el celular y le escribo a Julia un simple “hola”, porque no tengo nada más que decir. Simplemente, necesito hablar con alguien que sea completamente ajeno a todo este desastre.

30. Julia

Su mensaje me llegó cuando todavía estaba trabajando y el pobre cliente potencial que tenía al teléfono tuvo que esperar, porque a mí casi se me paró el corazón con ese simple “hola”. Hasta Valeria se dio cuenta de que era un mensaje importante, pero se conformó cuando le dije que era mi ex. Total, no tiene manera de chequearlo. No puedo ni siquiera considerar a Joa un “algo”, y no necesita saber los detalles. Estuve bastante tiempo pensando qué debería contestarle, y sesión de coaching con Lola de por medio cuando volví a casa, decidí que lo mejor era devolverle exactamente el mismo mensaje.

Recibí su respuesta enseguida. Se disculpaba por haber desaparecido. Me contó que tuvo unos días difíciles, aunque no especificó por qué. Le comenté que yo también, sin darle explicaciones. Además, me pidió perdón por lo que sea que me hubiera dicho en su mensaje, porque ni por casualidad lo recordaba. Yo no le conté lo que dijo. Solo le mencioné que no había sido nada terrible, pero que nos podíamos ver para hablarlo. Él accedió a mi petición.

Quiero preguntarle por qué desapareció y tratar de entender si su hábito de tomar hasta perder todo tipo de conciencia es algo que debería preocuparme.

Hoy carezco de motivación para ponerme ropa decente, así que agarro lo primero que encuentro en el placard. Apenas si encuentro la fuerza para peinarme y lavarme la cara. Esta semana fue particularmente complicada.

Las noches son la parte más difícil, porque las pesadillas me despiertan más de una vez. En la mayoría, vuelvo a ver a mi mamá y a gritarle todo lo que quiero decirle. Y siempre me levanto con un nudo en la garganta que me resulta muy difícil deshacer. Aun así, no le escribo. Sin embargo, empiezo a pensar, solo superficialmente, que tal vez debería. Me enoja demasiado sentirme así. Como si no tuviera ningún tipo de control sobre el hecho de que su simple existencia me sigue lastimando.

—¿Debería decirle que estoy enojada con él? —le pregunto a Lola, intentando pensar en el encuentro que vamos a tener hoy con Joa. Evité contarle sobre lo que pasó el otro día con mi mamá, porque prefiero no hablarlo con nadie más que con mi propia cabeza. Se siente como volver a repasar una misma escena una y otra vez sin que llegue a ningún lado. Lola, obviamente, se dio cuenta de que me pasaba algo. Pero las respuestas evasivas funcionaron bastante bien.

—No sé —responde demasiado concentrada en el bordado que está haciendo.

El hecho de que cada vez se acerca la fecha de la renovación del alquiler y seguimos sin tener el dinero hizo que se dedicara a bordar de forma obsesiva. Es su manera de afrontarlo. Yo solo decidí esconder el tema debajo de la alfombra y esperar que me explote en la cara.

—Qué respuesta útil.

Pongo los ojos en blanco. La verdad es que no estoy lo que se dice “enojada” con él. Bueno, un poco sí. Aunque “un poco” tampoco alcanza. Bastante enojada. Porque odio que la gente desaparezca de repente sin razón. Ese tema es definitivamente un factor decisivo a la hora de determinar si seguir viéndonos vale la pena o no. Pero no se lo advertí a Joa, así que sería injusto culparlo por eso.

Nuestra conversación desde que reapareció de las sombras fue bastante… básica, así que tampoco tuve oportunidad de planteárselo. Y sé que, después de la seguidilla de eventos bizarros que componen nuestro vínculo, deberíamos tener una conversación de verdad, cara a cara.

Después de casi un mes y medio, me encantaría saber dónde estamos parados.

Estoy volviéndome a acomodar el pelo por quinta vez cuando mi teléfono suena: un mensaje de él anunciando que ya está abajo. Se me cae el cepillo de las manos. Quedamos en que me pasaría a buscar y después… yo qué sé. Hasta ahí llegó la planificación. Es viernes, algo se nos va a ocurrir. O dejaré que él maneje hasta el infinito.

Tampoco sé qué puede llegar a pasar en nuestro encuentro de hoy. Quizá sea el último. Quién sabe. Estoy mentalmente preparada para esa posibilidad y para todas las demás. Especialmente, las negativas.

Me despido de Lola, que me desea suerte, y cuando bajo y salgo por la puerta de entrada del edificio, no encuentro a Joa por ninguna parte. Camino de una punta a la otra de la calle y nada. Le estoy por escribir (previo planteo de si debería bloquearlo y eliminar su número de todo registro) cuando, de repente, alguien me hace señas desde un auto desconocido estacionado justo enfrente. Enseguida caigo en la cuenta de que es él.

—Este no es tu auto —digo, extrañada, una vez dentro.

—Me compré otro —responde levantándose los lentes de sol y acomodándolos sobre su cabeza —. Necesitaba uno para ir de incógnito, el otro es demasiado llamativo.

—Así que fuiste y te compraste otro, como si nada.

Él asiente. Recuerdo vagamente una conversación en la que dijo que le serviría hacerlo, pero jamás pensé que, efectivamente, concretara semejante cosa. A la mierda con el nene rico.

Ninguno de los dos dice nada mientras Joa avanza sin rumbo. Tengo la vista clavada en la ventanilla para evitar mirarlo. Porque ahora sí, el enojo que pretendía suprimir para que podamos conversar civilizadamente sube por mi cuerpo. Lo dejo acumularse, hasta que, al cabo de unas cuadras de silencio incómodo, abro la boca.

—Me *ghosteaste*. Completamente. Por una semana.

Mis palabras suenan mucho más duras comparadas con la conversación imaginaria que practiqué en la ducha antes de venir. Las dejo fluir.

—Tenés razón. Pero estaba vivo —sacude la cabeza—. Podrías haberme *googleado* o algo para

saberlo.

—Ya sé que estabas vivo. Y no quiero enterarme lo que pasa en tu vida a través de Google. Creí que habíamos quedado en que *no* tenía que hacerlo.

Frena en un semáforo en rojo bruscamente, apoya la cabeza en el volante y suspira.

—También tenés razón en eso —concede—. Perdón. Mi vida es un quilombo últimamente.

Su sinceridad hace que me suavice un poco y el enojo se mezcla con la compasión, pero sigo sin permitirme ceder demasiado.

—Igual la mía. Pero la próxima vez que te vayas a esfumar de la faz de la Tierra preferiría que al menos me avisaras —digo—. Pensé que estabas enojado conmigo por algo.

—¿Por qué me enojaría con vos? —pregunta confundido—. No hiciste nada.

—¿Y cómo voy a saberlo si no me lo decís? —pregunto—. Odio cuando la gente… desaparece. Solo para que lo sepas.

—Tomo nota.

Inspiro profundamente.

—¿Cómo puedo saber que no vas a volver a hacerlo de nuevo? —pregunto.

Se toma unos segundos antes de contestar.

—Te prometo que no voy a desaparecer de nuevo sin avisarte.

Apenas termina de decirlo, frena en otro semáforo y me extiende el dedo meñique, mirándome a los ojos. Al principio, le devuelvo la mirada totalmente desconcertada. Es una manera infantil de prometer algo. Pero en lugar de enojarme más, como esperaba que ocurriera, me causa ternura. No sé si es la manera inocente en la que me mira o la rotunda honestidad que implica hacer una promesa de esta forma, sin anteponer ninguna excusa. Tal vez, es solo el hecho de que estoy agotada de estar enojada con todo el mundo a todas horas y termina convenciéndome.

Entonces, enredo mi meñique con el suyo.

—Prometido —decimos al unísono.

Me sonríe al escucharnos. Coincidencias.

—Entonces —trato de seguir con la conversación—. ¿Qué te pasó? ¿Por qué tu vida es un quilombo?

Quiero saber si al menos tiene alguna razón real para haber desaparecido o es tan solo una excusa para salir del paso.

—¿Por qué lo es la tuya? —repregunta.

—Yo pregunté primero.

—Está bien. —El semáforo se pone en verde y arranca el auto—. Me fui de la banda.

—¿¡Qué!? —grito.

Joa se sobresalta. La noticia me cae como un baldazo de agua fría. Porque es lo último que esperaba que dijera. Estaba preparada para una excusa mucho más básica. Una persona tan importante, que forma parte de un grupo más importante todavía, no puede...

—A ver, no *públicamente* —aclara ante mi reacción, implicando a su vez que tampoco piensa comunicárselo a sus millones de fans. Tampoco filtraría jamás una cosa así, aunque no me lo pidiera explícitamente—. En los papeles sigo estando, pero a efectos prácticos yo ya no compongo ni decido nada más.

—¿Y eso a qué vino? —pregunto.

Reflexiona sus palabras antes de responder.

—Digamos que era insostenible que yo siguiera estando en el medio —explica—. Ya no hablo con mi hermano y cada vez que nos cruzamos es para bardo. Así que hicimos un acuerdo y me corrí —se encoge de hombros—. La discográfica nos puso un plazo. Nunca íbamos a llegar si yo seguía ahí.

Sacudo la cabeza, tratando de entender lo que me está diciendo.

—Pensé que ya no podía componer —digo—. Por lo de su accidente.

—Ian podría hacer música hasta por telepatía. Creeme, una mano vendada no lo va a frenar —se ríe—. Además, le dieron un pronóstico decente y deberían sacarle las vendas dentro de poco.

—Qué bueno —suelto con sinceridad—. Es algo bueno, ¿no? —agrego dándome vuelta para buscar su confirmación.

—Sí, lo es. Aunque me odie tampoco le quiero frustrar su carrera —se ríe—. Como sea, ya no es mi responsabilidad. Tu turno.

Empiezo a ponerme y sacarme los anillos que tengo en la mano izquierda. Todavía quiero preguntarle sobre su mensaje. Y particularmente, sobre el estado en el que estaba cuando me lo envió. Es nuestro elefante en la habitación. Pero es una regla no escrita que, si él comparte algo de su vida personal, más aún con una cosa que el público no puede saber, yo debería hacerlo también. Por unos segundos, me cuestiono si debería inventar una historia sobre mi ex, o sobre mis viejos compañeros de colegio. Cualquier cosa que me ahorre tener que hablar del tema. Aunque, para qué engañarme, sería terriblemente deshonesto.

—¿Viste que te dije que no hablaba mucho con mi familia? —empiezo.

—Sí —responde—. Que no te llevabas muy bien por… algunos temas, ¿no?

—Bueno —me acomodo en el asiento—. Apareció mi mamá el otro día en la puerta de mi casa, sin avisarme.

Joa se da vuelta para mirarme, tan desconcertado como estaba yo hace cinco minutos.

—Esperá, ¿de la nada? —pregunta, y yo asiento en respuesta—. ¿Y qué quería?

Suspiro.

—Que la perdone.

Él levanta una ceja, aún más confundido.

—Creo que me estoy perdiendo una parte de la historia.

—Lo peor es que me falta tanto contexto como a vos —digo riéndome para no llorar—. Volvió de la nada, después de no tener contacto durante años. Como si fuera tan fácil…

Me arrepiento instantáneamente de haber soltado esa información. Joa parece notar mi incomodidad, por lo que pregunta, apoyando una mano sobre mi hombro después de pasar un cambio.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes —contesto tratando de sacudir la sensación de agobio que empiezo a sentir —. Ya me recuperé.

Él, a pesar de mi clara evasiva, no insiste y yo respiro, agradecida por haber podido zanjar el tema. No es el hecho en sí lo que me preocupa que sepa, sino que sé que eso puede destapar más de una cosa que haría que nunca vuelva a hablarme.

Ni yo me hablaría a mí misma, si eso fuera posible. Prefiero seguir escondiéndome.

—Hay… algo más de lo que me gustaría hablar con vos —suelto intentando que el cambio de rumbo de la conversación no parezca tan forzado por mi parte.

—Ok —responde con recelo—. Te escucho entonces.

Joa empieza a manejar un poco más lento, expectante. Y eso hace que me ponga más nerviosa todavía.

Medito cuidadosamente las palabras que quiero decir a continuación para tratar de acomodar mis pensamientos lo mejor que puedo. Son muchas las cosas que quisiera preguntarle. En particular, todo lo que siento que podría ser un factor para que lo nuestro no funcione, pero empiezo por lo más reciente.

—¿Te acordás del mensaje de voz que me dejaste el otro día? —pregunto.

—Eh… solo de lo que me dijiste después —responde—. ¿Daba tanta vergüenza ajena?

—No —niego con la cabeza—. Bueno, un poco sí, pero no importa eso. Mi punto es que… —tomo aire—. Joa, no es la primera vez que te escucho en una situación como esa.

Él se remueve incómodo en el asiento.

—Creo que no te estoy entendiendo…

—¿Tenés un problema con el alcohol?

Las palabras salen sin filtro alguno, por más que me haya esforzado para encontrar una manera más sutil de decirlo. Lo que espero instantáneamente es que se enoje, que me diga que cómo voy a pensar eso de él. O que lo admita y me cuente que está en un proceso de rehabilitación secreto como la mitad de Hollywood. En su lugar, suelta una carcajada.

Como si le acabara de contar el chiste del año.

—¿En serio me lo estás preguntando?

—Solo quiero saber si es algo de lo que debería preocuparme de ahora en adelante —digo.

—Pensé que habíamos acordado no guiarnos por lo que decía Google —replica.

—No te lo estoy preguntando porque lo haya googleado, sino porque lo vi yo misma.

Joa deja ir un bufido de fastidio y pone los ojos en blanco, lo cual me hace sospechar que no soy la primera persona que se lo dice.

—Mirá, todo el mundo tiene una especie de obsesión rara con que soy adicto a algo. Pero es mentira —sentencia—. Ojo, lo entiendo, en parte —concede—. Sé que la prensa y los medios y los *haters* y otros tantos se esfuerzan en hacerme quedar mal por algo que todo el mundo hace.

—Hay una diferencia entre hacerlo una vez al mes para divertirte y usarlo para escapar de otras cosas —explico—. Y yo no quiero tener nada que ver con ningún alcohólico.

—¿Y por qué estaría "escapando" de algo? —sacude la cabeza—. Julia, estoy bien. Ok, sí, me viste en un par de situaciones un poco raras. Pero eso no significa que sea alcohólico.

Trago saliva.

—¿Podés prometerlo también? —pregunto.

Al frenar en otro semáforo, extiende el meñique en señal de promesa y me mira a los ojos, por segunda vez en el viaje.

Su respuesta evasiva me causa desconfianza porque puedo sentir que me está mintiendo, aunque probablemente no sea a propósito: algo me dice que se está engañando a sí mismo también. Y eso hace las cosas más difíciles todavía, porque si pudiera evitar a toda costa a cualquier persona

con cualquier tipo de problemática lo haría, pero a la vez me siento una basura por estar juzgándolo. Mi parte racional me grita que corra, porque nada me asegura que esto no va a llegar a un punto que yo no pueda controlar y se convierta en un patrón. Mi corazón, en cambio, me culpa por querer irme y no darle un voto de confianza. Y no quiero escuchar a ninguna de las dos partes, porque sé que ni un lado ni el otro tienen completa razón.

Voy a hacer lo que siento que en este momento es lo correcto: creer en su promesa hasta que me demuestre lo contrario.

—Gracias por creerme —dice Joa en voz baja y agrega—. ¿Puedo preguntarte algo más?

Asiento.

—¿Qué te dije en el mensaje de voz?

Recapitulo las palabras en mi cabeza. Por más que lo haya escuchado una sola vez, me las acuerdo de memoria.

—Que tenías miedo de ser una mala persona y arruinarlo todo —contesto.

El silencio se hace presente, otra vez. Este ida y vuelta de cosas, por más necesario que sea, se está volviendo terriblemente incómodo. Difícil de llevar. Joa traga saliva y saca una mano del volante para acomodarse el pelo. Se ve que el tema es complicado para él y reacciona como si lo hubiera agarrado con la guardia baja.

—Es verdad —dice finalmente—. Siento que voy a cagarla todo el tiempo y por eso a veces no hago nada.

Siento una ráfaga de empatía. Al parecer, es una emoción que Joa me genera con demasiada facilidad. Apoyo una mano en su hombro, tratando de demostrarle que lo comprendo.

—No creo que sea *tan* así.

—¿Cómo podés estar segura de eso? —dice—. ¿Qué razones te di para que no pienses que soy una mala persona?

Suspiro.

—Porque las malas personas no hacen promesas con el meñique.

Lo digo con sinceridad. Puede tener un par de cosas extrañas, pero no creo que sea una mala persona. Vuelven a mí los resabios de las palabras de todos los encuentros a los que me obligaron a ir. Tal vez mi familia, mi entorno cercano, hayan entendido todo al revés. Pero tal como yo lo recuerdo, el anciano sacerdote del colegio (que a estas alturas ya debe haber pasado a mejor vida) siempre hacía énfasis en una cosa: no somos nadie para juzgar a los demás. Y esa es una de las pocas cosas que elijo rescatar.

No soy nadie para juzgar los motivos de Joa, en ningún aspecto.

Me digo a mí misma que no creo en nada, pero elijo creer en él.

Me mira y se ríe ante mi respuesta. Su sonrisa relaja todo el ambiente tenso que se había creado.

A los pocos segundos, frena en una calle lateral y empieza a mirar alrededor, confundido.

—¿Dónde estamos? —pregunta.

—Pará —digo—. ¿No estabas yendo a ningún lugar específico?

Niega con la cabeza.

—No sirvo para manejar sin GPS —saca su teléfono—. Pensé que sabías.

—¿Y yo cómo voy a saber? —me río—. Sos vos el que está manejando.

—Bueno —dice y mira alrededor para luego volver a revisar su teléfono—, al menos no estamos en medio del campo.

Miro por la ventanilla y si bien tiene razón en que seguimos en alguna parte de la ciudad, me es imposible ubicar la zona.

—¿Alguna vez fuiste a un lugar de jueguitos?

—Obviamente —respondo—. ¿Qué clase de persona nunca fue a un lugar de jueguitos?

—Yo hace un tiempo que no voy —dice—. Y estamos a tres cuadras de uno. Acá lo dice.

Me muestra su teléfono y reconozco el nombre, debido a que solía venir bastante seguido cuando era chica.

—Ok —acepto—. Entonces me siento en la obligación de avisarte que soy campeona invicta de las carreras de caballos.

—Eso —me señala con el dedo— está por verse.

31. Julia

Joa deja el auto en el estacionamiento del shopping y entra en “modo monja de clausura”, como me gusta llamarlo. Es como un superhéroe resguardando su identidad secreta. Se asegura de estar protegido completamente antes de bajar, y yo lo sigo. Se hace bastante más fácil que otras veces, ya que absolutamente nadie repara en nosotros, ni siquiera con una mirada de sospecha. Digamos que el cambio de auto lo hace considerablemente menos llamativo.

Atravesamos los pasillos, sin detenernos demasiado en los locales. Caminamos derecho, ya que el lugar se encuentra en la otra punta. Y cuando llegamos, el amarillo chillón de las paredes junto a los sonidos electrónicos me dan una intensa ráfaga de alegría. Está bastante lleno de gente. Lógicamente, es viernes. Y es todo griterío, música, nenes corriendo y cola para comprar fichas. Podría afirmar que es el lugar más puro del universo.

Joa me agarra con suavidad de la muñeca y me guía hacia el puesto de fichas. Las luces de colores se reflejan en sus lentes espejados y yo sigo recorriendo todo con la vista. Una escalera gigantesca lleva hasta el segundo piso, que también está, por lo que parece, completamente lleno de máquinas de arcade.

Esto es el paraíso. Uno completamente terrenal. La clase de lugar que te hace olvidar de tu madre sociópata.

Joa se pone a hablar con la chica de la caja, falseando un poco su voz solo por si acaso. Mientras tanto, una nena sentada en un cochecito me saluda, y yo le sonrío y le devuelvo el saludo. Se parece mucho a mí con dieciocho años menos. Esa versión de mí que no tenía que preocuparse por absolutamente nada me da un poco de nostalgia.

¿Cuánto daría por volver a ser así de nuevo?

—Listo —dice Joa sacudiendo la bolsa de fichas frente a mi cara—. ¿Qué era lo que habías dicho sobre las carreras de caballos? ¿Que eras la *segunda* mejor?

—Ese vendrías siendo vos —le sonrío, divertida, y le guiño el ojo. ¿Me veré interesante o patética?

Las carreras de caballos son lo más adictivo de todo este local de juegos. Hasta podría decirse que sería una buena manera de detectar la ludopatía en sus estadios más tempranos. El mecanismo es extremadamente simple: doce personas sentadas en cubículos, en los que tienen que tirar una pelota de goma y embocarla en ciertos agujeros. Hay seis de un lado y seis enfrente, separados por una pista con doce caballos en fila. Cada agujero te da una determinada cantidad de puntos que hace avanzar a tu caballo de metal más o menos. Y cuanto más rápido avance, más chances hay de llegar primero a la meta. Si a eso le sumás que los moderadores del juego, a quienes sé de primera mano que les pagan bastante poco, están tan aburridos que se ponen a relatarlo como si fuera una carrera real, es lo más divertido que podés llegar a hacer en toda tu vida.

Tan pronto como Joa se sienta en el cubículo justo frente al mío y se baja la mascarilla para sonreírme, yo sé que va a ser una carrera igualada.

El moderador hace una seña para que todos pongan una ficha y cuando la bocina suena, las pelotas de goma caen frente a nosotros. Desarrollé una técnica que consiste en lanzar la pelota levemente hacia un costado para que rebote contra la pared y caiga dentro de algún agujero con más fluidez. Entre lanzamientos, levanto la vista para ver a Joa completamente concentrado y las posiciones de nuestros caballos. Tengo el pulso acelerado por la adrenalina. Y no levanto la vista hasta que oigo el sonido de la música final y veo las luces de colores que anuncian al ganador.

Joa me ganó. Por un punto.

Es llamativo ver, de todas maneras, cómo estamos, solo los dos, a tanta distancia de todo el resto de los caballos. Probablemente, porque ninguna otra persona se lo toma tan en serio como nosotros. Lo cual lo hace el doble de divertido.

—Solo tuviste suerte —digo—. Revancha.

—Revancha aceptada.

Nos sumamos a la siguiente ronda donde los únicos jugadores que quedan de la anterior somos nosotros. De nuevo, dan la voz de inicio y esta vez deposito todas mis energías en, como diría Troy Bolton, mantener la mente en el juego. No levanto la cabeza ni dejo de lanzar hasta que se anuncia el final y veo que, esta vez, fui yo la que quedó primera.

Miro a Joa y le sonrío.

—¿Mejor de tres? —pregunta haciendo el gesto con los dedos.

—Me parece justo —respondo.

La gente alrededor ya nos empieza a mirar raro, pero no nos importa. La tercera carrera da inicio. Tener a todos a nuestro alrededor pendientes (y por una razón que no tiene absolutamente nada que ver con quién es Joa, por suerte) despierta todavía más mi sentimiento de adrenalina. De alguna manera, se hace más corta que las partidas anteriores. Y al final soy yo la que, por un punto, termina ganando.

Levanto los brazos y festejo parándome del asiento. Joa cruza, se acerca a mí y me extiende la mano.

—Perdí contra la mejor —dice, y yo estrecho su mano—. No va a ser el caso en el Pacman.

—¿Ese es otro desafío? —pregunto.

—Por supuesto.

No suelta y comienza a llevarme hacia otro lado, cuando la voz del moderador nos frena.

—¡Se olvidan los tickets! —avisa y volvemos a buscarlos.

Es una cantidad que puede parecer exagerada, en comparación con lo que suelen dar los demás juegos. Me había olvidado de que este tiene un mayor premio. Y que ganamos, entre los dos, tres carreras seguidas. Los metemos en una bolsa que nos dan y la atamos lo mejor que podemos.

—Deberíamos pensar por qué los vamos a cambiar —digo.

—Lo dejo a tu elección —responde sacándose el cubrebocas y guardándoselo en un bolsillo—. No creo que haga falta. Me parece que con la capucha y los lentes está bien. ¿Qué opinás?

Dudo un segundo, antes de responder.

—Sí, lo mismo digo —me encojo de hombros—. ¿Qué es la vida sin un poquito de riesgo?

Pasamos un largo rato recorriendo toda la planta baja de punta a punta, pasando de una máquina a la otra. Joa, efectivamente, me destruyó en el Pacman. Aunque tengo que reconocer que me importó bastante poco, ya que estaba más concentrada en el momento en que él se agarró de mi brazo y apoyó su cabeza contra mi hombro derecho como para pensar en otra cosa.

Algo más que noté de él (porque sí, mi nuevo hobbie es sobreanalizar cada mínima interacción suya) es que es muy difícil hacer que se quede quieto. Siempre necesita estar tocando algo. Pasando su foco de una cosa a otra. Pero no en el sentido de que nada le importa. Sino que todo le importa. Al mismo tiempo. Y a la vez, nada consigue del todo su atención. Aunque jamás sacó el tema y yo no pienso mencionarlo. No hay una manera correcta y lo suficientemente contextualizada de preguntarle al respecto, y hay tantas cosas que todavía me intrigan de él que tampoco me parece lo más importante.

Después de avanzar tres niveles en el simulador de apocalipsis y morir devorados por una horda de zombies pixelados, nos dirigimos a una cabina de fotos con la intención de entrar, pero la fila está colapsada.

—Parece que todos se pusieron de acuerdo para sacarse fotos en tiras —digo con ironía.

—Quizá en un rato se vacíe —responde Joa encogiéndose de hombros.

Con sutileza, aprovecho el momento para apoyar una mano detrás de su cuello.

—¿Alguna idea? —pregunto.

Piensa por unos segundos antes de contestarme.

—De hecho, sí —contesta—. Pero tenés que decir que sí primero.

Lo miro, confundida.

—¿Qué es?

—No te puedo decir.

—Eso no tiene sentido —replico—. ¿Cómo voy a decir que sí a algo que ni siquiera sé qué es?

—Vas a tener que arriesgarte —me desafía.

Desafiarme parece haberse convertido en su nuevo pasatiempo. Debato contra mi voz interna que me obliga a permanecer inmutable, hasta que finalmente suelto.

—Está bien. Sí. A lo que sea que tengas en mente.

Él toma mi mano, entrelazando sus dedos con los míos y me lleva. Doblamos detrás de las escaleras y seguimos caminando hasta casi el fondo, donde no hay ya prácticamente luces ni ruido. Nos topamos con una puerta entreabierta, con un cartel que dice “solo personal autorizado”. Joa la abre un poco más, se asoma y busca a alguien con la mirada, hasta que finalmente lo localiza.

—¡Pst! ¡Carlitos!

El Carlitos en cuestión es una persona de probablemente más de 60 años con una remera de Atari. levanta la mirada con un poco de duda, pero Joa se encarga de disiparla al sacarse los lentes. El hombre lo reconoce.

—¡Joaquín! —contesta. Enseguida se para y se acerca a nosotros para abrirnos la puerta e invitarnos a pasar. Tan pronto como la cierra, Joa se baja la capucha y se acomoda el pelo. Carlitos lo abraza—. Tiempo sin verte. ¿Cómo están tus amigos?

—Ocupados, con la vida —responde encogiéndose de hombros—. Me dijeron que te mande saludos.

Algo me dice que es una verdad a medias.

—Ya, claro. Me imagino. Otro para ellos —dice e inclina la cabeza para señalarme—. ¿No me vas a presentar a tu nueva amiga?

—Ah, sí, seguro —Joa sacude la cabeza—. Carlitos, ella es Julia. Julia, Carlitos.

—Un gusto —digo.

El señor me abraza a mí también como si me conociera de toda la vida. Sin embargo, eso no es suficiente para ocultar la expresión de sorpresa que apareció en su cara al verme.

—Decime que todavía funciona la máquina del Space Invaders —dice Joa.

—¡Por supuesto! —responde Carlitos a la vez que nos hace una seña para que lo sigamos—. Es nuestra estrella. Nunca la descuidaríamos.

Cruzamos la pequeña oficina, esquivando un escritorio que tiene una máquina que todavía corre con Windows XP, y nos dirigimos hacia una puerta lateral.

El lugar al que lleva es, en esencia, un depósito gigante con tres o cuatro luces colgadas de forma aleatoria. Pero sin ninguna duda, lo que más luminosidad le da son las máquinas de arcade, incluso aunque no todas estén encendidas. Algunas de ellas las reconozco por haberlas visto en

Stranger Things, lo cual es un indicio de lo viejas que deben ser. Apenas un par de personas las están ocupando, todas demasiado concentradas en sus propios juegos como para prestarnos atención.

Carlitos nos apoya una mano en cada hombro.

—Los dejo para que se acomoden —dice y luego se va.

Joa se queda en silencio unos segundos, admirando el paisaje.

—Es como una dimensión paralela —comenta abstraído.

Y no puedo negar que tiene un poco de razón. Hay algo en la tranquilidad, en la oscuridad, en la falta de ruidos excesivamente fuertes y gente corriendo de un lado a otro que transmite una sensación cálida. Una atmósfera casi familiar.

—¿Cómo sabías de este lugar? —pregunto.

—Con Damián solíamos venir todo el tiempo cuando éramos chicos —comienza a explicarme Joa—. Una vez, vimos que una de las máquinas del segundo piso en la que jugábamos siempre ya no estaba y le preguntamos al encargado qué había pasado. O sea, Carlitos —hace un gesto con el pulgar señalando el lugar por donde el hombre se fue—. Entonces, como de tanto tiempo que pasábamos jugando ya era como si nos conociera de toda la vida, nos mostró este lugar —señala el espacio con los brazos—. Es donde dejan todas las máquinas que están en reparación. O las que son demasiado viejas como para que a la gente le sigan llamando la atención.

—Es decir, los clásicos —comento.

—Podría decirse, sí —asiente—. En mi opinión, algunas de las mejores. Y además —agrega—, podés quedarte todo lo que quieras. Las que están destinadas a quedarse acá no consumen fichas. Por eso no dejan entrar a cualquiera: Carlitos tiene que invitarte. Aunque si tengo que ser honesto, la mayoría se aburriría a los diez minutos en este lugar. No es precisamente… común.

—Pero a Damián y a vos les gusta —replico.

—Era nuestro pasatiempo favorito —continúa mientras caminamos entre los pasillos de máquinas. Joa saluda a un par de personas con la mano, que me dirigen a mí una mirada de curiosidad—. Después, con las giras y eso dejamos de tener tiempo.

Puedo intuir un poco de tristeza en su voz, sumado al hecho de que decidió responder en pasado una pregunta que yo le hice en presente, por lo que decido no seguir indagando en el tema.

—Tengo una duda —digo para desviar la conversación—. ¿Por qué Carlitos me estaba mirando como si fuera un extraterrestre?

Joa sacude los hombros, con un poco de incomodidad.

—Es que… yo nunca había invitado a nadie más.

Y ahí está. La ráfaga de ternura que Joa consigue causarme cada vez con más facilidad.

Seguimos caminando un poco más hasta que nos sentamos en una de Space Invaders. Que, aparentemente, es su favorita.

—Esta es de las más divertidas —explica.

—La conozco, es famosísima —respondo—. Y eso que no tengo idea de estas cosas.

Él se inclina un poco y pasa su mano por uno de los laterales, admirándola. La pintura ya está bastante descolorida, probablemente por los años. Sin embargo, sigue siendo visible el dibujo de la superficie de un planeta desconocido, con aliens de un lado y una nave del otro.

—A mí siempre me gustaron —me cuenta—. Es más —agrega—: cuando era chico, quería aprender a construir una.

—¿En serio? —pregunto.

—Sí —continúa—. Pero enseguida me di cuenta de que la mecánica no era lo mío. Y en realidad quería aprender a hacer que los personajes… se movieran. Planear sus movimientos… ¿Tiene sentido lo que estoy explicando?

—Creo que te sigo.

—Ok. Lo cierto que para hacer eso, tenés que saber de animación. Al principio es un quilombo —se ríe—. Pero hay mil formas de hacerlo. Y ver cómo de un montón de números y líneas en una computadora salen cosas como estas —señala todas las máquinas— o estas —desbloquea su celular y me muestra su fondo de pantalla: un dragón animado en 3D dando vueltas en círculos, persiguiendo su propia cola—, se siente como magia.

Los ojos le brillan. Es poco común ver de primera mano a alguien hablando tan abiertamente de sus pasiones.

Es hermoso ver a una persona tan feliz.

—Perdón si te estoy aburriendo —dice interrumpiéndose abruptamente—. Ya sé que, entre que te traje acá, y que te estoy contando un montón de datos que no me preguntaste…

—Nunca dije eso —lo corto apoyando una mano sobre su brazo—. Me parece interesante lo que me estás contando y… me gusta escucharte.

Baja la mirada, ruborizado. Después, sonríe.

Tiene una sonrisa preciosa.

Me invita a jugar la primera ronda, pero, obviamente, soy pésima y mi pobre nave es derrotada enseguida. Él se ofrece a explicarme cómo mover mejor los controles, para lo cual pasa sus brazos por detrás y pone sus manos sobre las mías. Y cuando vuelvo a intentar jugar otra partida, no se aleja. Deja su mano izquierda cuidadosamente agarrada de mi cintura. Y como, debido a su

gesto, en lo último que puedo pensar es en el juego, vuelvo a perder. Pero esta vez al menos hago más puntos que la anterior.

Joa, igualmente, me felicita. Entonces, le toca a él, para lo cual tiene que usar los dos brazos y me molesta un poco porque significa que no puede apoyarlos en mí. Me limito a mirarlo. El reflejo de la máquina en sus ojos marrones, su boca entreabierta en señal de concentración. Por momentos se muerde el labio. Vuelvo a mirar la pantalla y no me sorprende ver que hizo más puntos en diez segundos que los que yo hice en mis dos intentos juntos. Y su nave sigue intacta.

Tomo el riesgo y ahora soy yo la que lo abraza desde atrás. Intento hacerlo lento, para no arruinar su concentración. Puedo sentir que se pone un poco tenso, pero enseguida se relaja. Aunque empieza a cometer errores y en cuestión de un minuto, pierde la partida. ¿Lo habré puesto nervioso?

—Sos bueno en esto —digo mirándolo a los ojos. Sin soltarlo, claro.

—Gracias.

Puedo ver que sonríe de nuevo y se sonroja tanto como hace un rato. Me abraza por encima del hombro y me atrae más cerca de él. Nos quedamos así, abrazados, por una cantidad de tiempo que no sé si son diez segundos o cuatro horas. Tan de cerca, puedo sentir su olor. No es ese olor agobiante a perfume que suelen tener algunos hombres. Es… no sé cómo explicarlo. Una mezcla de un olor particular y suavizante de ropa. Apoyo la cabeza un poco de costado sobre su hombro y él ladea la suya para mi lado en respuesta. Estoy tan cómoda que, si pudiera quedarme en esta posición eternamente, por mí estaría bien.

Aunque enseguida empiezo a sentir que Joa se pone incómodo. Su respiración se vuelve tensa e irregular. Lo escucho tragar saliva con fuerza. Entonces, se aleja de mí.

—Eh, yo… —empieza a decir tartamudeando.

—¿Estás bien? —pregunto un poco desconcertada.

—Sí, sí. En realidad… —hace una pausa— ¿Me esperás un segundo?

—Seguro.

Se va caminando rápidamente. Lo pierdo de vista cuando dobla al final del pasillo. Frustrada, dejo caer mi mano y prácticamente araño el tablero de juego. Ni siquiera pienso en que podría estar rallando una reliquia.

¿Y ahora qué hice para que salga corriendo de repente?

Creo que debería desistir de tratar de entenderlo, de saber qué espera de mí, de nosotros, exactamente. Porque, o yo estoy entendiendo todo mal o Joa me está dando todas las señales equivocadas.

Pasan los minutos y sigue sin regresar. Reviso la hora en mi celular. Me planteo si debería

escribirle o ir a buscarlo para ver si efectivamente está bien, pero no hago ninguna de las dos cosas. Solo subo los pies arriba del banco y me abrazo las rodillas, escondiendo mi cara entre ellas.

Quizá de esta manera se pase el tiempo más rápido hasta que tenga que irme sola a casa.

—Pst —escucho que alguien susurra, pero no respondo—. ¡Pst! —lo hace más fuerte y ahora sí levanto la vista, para encontrarme con un… ¿hombre? ¿Adolescente? Que está sentado en la fila de máquinas de enfrente y me estaba chistando a mí. Está vestido con una remera celeste que le queda demasiado chica, y podría tener entre 15 y 35 años tranquilamente—. ¿Puedo darte un consejo? Porque veo que estás un poco en crisis —pregunta mientras se acomoda los lentes.

—¿Un consejo sobre qué? —repregunto—, porque si es sobre el juego, desde ya te aviso que probablemente sea toda la vida igual de mala.

—No, no —niega—. Sobre el chico ese —señala en la dirección hacia donde fue Joa, mientras se da vuelta en el banco para que quedemos frente a frente—. ¿Es tu amigo?

Suspiro.

—No tengo idea —respondo con honestidad—. Todavía no sé qué quiere conmigo.

Se siente extraño estar contándole mi problema a un completo desconocido, pero dado que mi situación podría calificarse como “desesperada”, es mejor que nada.

—¿Cuántas veces se vieron?

Hago la cuenta mentalmente antes de responder.

—¿Seis, supongo? Aunque podría decir que “salimos” cuatro —aclaro—. Hablamos mucho por WhatsApp…

—Dejame decirte una cosa —clava sus codos sobre sus piernas y apoya la barbilla en sus manos —. Conozco esa reacción que tuvo, porque la vi muchas veces acá: se llama entrar en pánico. Le gustas, piba —afirma—. Se le nota demasiado. No sabe cómo gestionarlo porque probablemente no le dan bola tan seguido, y por eso —vuelve a señalar la dirección por donde Joa se fue—, sale corriendo.

—Lo dudo —respondo mientras juego con el cordón de la capucha de mi buzo—. Hasta donde sé, le va muy bien con las minas. Es solo que… no tiene sentido que reaccione así conmigo.

—A ninguno que traiga a una chica a un lugar como *este* le va bien. Sin ofenderlo —levanta una mano—. Así que mi consejo es que, si realmente te interesa, vayas a buscarlo y lo encares vos. Porque él está demasiado asustado para hacerlo.

—Claro. Como si yo no fuera a entrar en pánico también —río.

—Tenés cara de ser inteligente —dice—. Y las mujeres inteligentes también son valientes —me

guiña un ojo—. Correlo, dale. Antes de que al pobre le dé un ataque de algo.

Ok, creo que voy a hacerle caso al desconocido. Supongo que no tengo nada que perder, ¿verdad? Voy a perseguir al chico que me gusta, como la mujer empoderada que soy. Juro que no lo estoy diciendo solo para autoconvencerme. Bajo las piernas del banco y me paro. Hago un puño y lo choco con el suyo.

—¿Cómo te llamás? —pregunto.

—Dylan —responde.

—Gracias, Dylan.

Él asiente y murmura un "de nada" en intercambio, para después seguir con sus asuntos en la máquina donde está sentado. Yo empiezo a caminar, acentuando la decisión en mis pasos. Como si ese sencillo gesto generase una respuesta psicológica que me hiciera sentirme automáticamente más confiada. Atravieso así el largo pasillo. Giro hacia donde Joa se había ido en primer lugar, pero no hay casi nada de ese lado y tampoco lo veo. Giro hacia el otro, completamente enfocada en mi misión.

Llego al final y me encuentro de frente con una escalera que, según los carteles, lleva hacia los baños. Y veo a Joa bajando.

Se queda congelado en el último escalón cuando me ve.

Yo freno un poco la marcha, pero sigo avanzando a paso constante hasta que quedamos frente a frente. Intento que no se note demasiado que estoy temblando. Con él parado en el escalón, estamos exactamente a la misma altura.

Entonces, agarro suavemente su cara con mis manos y lo beso.

Fue impulsivo. Un poco demasiado, tal vez. Por un segundo, ninguno de los dos se mueve, y yo empiezo a separarme lentamente. Ya estoy empezando a arrepentirme cuando, por suerte para mí, me sonríe y me agarra de la cintura para devolverme el beso. Y siento que mi corazón late con tanta fuerza que en cualquier momento se va a salir de mi pecho. Es un beso suave, tranquilo. Agradable, pausado. Cruzo mis brazos por detrás de su cabeza para estar más cerca. Tal vez sea cursi decir que siento que sus labios se complementan perfectamente con los míos. Bueno, definitivamente *es* cursi, pero es exactamente la manera en que lo percibo.

Cuando finalmente nos separamos, él me abraza con fuerza. Si pudiera congelar este momento en este preciso instante, lo haría sin pensarlo. Veo pasar a Dylan, quien hace una seña de pulgar arriba y me sonríe. Yo le sonrío de vuelta. Definitivamente, le debo una.

32. Joa

Cuando llevo a Julia de nuevo hasta su casa, esta vez soy yo el que toma la iniciativa y la besa. Sí, no voy a quedar como un lento por quinta vez. Además, ya nos besamos una vez. Bueno, dos. Tuvimos un segundo beso cuando casi nos estábamos yendo y yo me estaba poniendo mi traje de superespía encubierto. Aunque fue más corto, solo un roce de labios diría. Por eso me aseguro de que este dure más tiempo. En parte, para compensar. En parte, porque no quiero separarme de ella.

Se despide y se baja del auto. La ausencia repentina de su perfume me pega un poco mal. Y empiezo a pensar que hay una ligera posibilidad de que me esté enganchando en serio. Aunque no estoy seguro de si eso es algo bueno o malo. Espero a que entre al edificio y cierre la puerta antes de volver a arrancar el auto. Unos segundos más de lo necesario. Me cuesta irme, porque no quiero hacerlo.

No quiero volver a casa.

Para colmo, el viaje se hace más lento de lo que esperaba. Hay un tráfico infernal en una de las avenidas y tardo casi quince minutos en recorrer tres metros. Tengo el impulso de bajarme del auto e irme caminando, porque probablemente llegue más rápido de esa manera. Y a la mierda los que están atrás.

El tráfico se normaliza antes que tenga la posibilidad de considerarlo seriamente. Por suerte, lo último que necesito es otro escándalo. Pasó tantas veces que hasta puedo hacerme una idea general de lo que dirían los titulares de las revistas que más nos aman (o nos odian, dependiendo del día).

Llego a casa después de casi una hora y media, y dejo el auto estacionado en la cochera. Subo al ascensor y apenas bajo en mi piso escucho desde el pasillo el ruido de la batería.

Como todo buen músico, Damián ahoga lo que le pasa maltratando un poco su instrumento. Una vez traté de convencerlo de que le enseñara a mi hermano a tocar la batería: golpear algo que no sean macetas, o puertas, o mesas, o personas, aunque sea con palillos, parece una buena terapia para manejar la frustración. Lógicamente, no prosperó. Pero no pueden decir que no lo intenté.

Damián no me escucha entrar. Camino por el pasillo hasta nuestra sala de música. Su batería está pegada a la esquina de la derecha, por lo que lo veo de espaldas. Apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, me quedo observándolo un rato. Normalmente, es más suave para tocar. Más delicado. Al menos, todo lo que puede ser un baterista. Pero por la violencia que emplea, por su manera de moverse, por lo atípicamente desorganizado de su melodía, puedo sentir su bronca.

Ojalá yo tuviera esa capacidad. La de canalizar mis emociones en algo medianamente artístico, pero yo solo sé gritarle al micrófono para cualquiera que aguante escucharme. Hasta ahí llegan mis dotes musicales.

Deja de tocar después de un rato, apoya los codos en las rodillas y respira agitado, tratando de recuperar el aire. Yo golpeo la puerta abierta, solo para que sepa que estoy acá y no sobresaltarlo. Se da vuelta y me mira. Inmediatamente, su cara de enojo se reemplaza con su cara de "estoy perfectamente bien". Cualquier persona se la creería.

—¿Cómo te fue? —pregunta.

—Bien —respondo.

—¿Y qué sería "bien"?

—Eh… —hago una pausa—. Hablamos. Fuimos al lugar de jueguitos del shopping. Chapamos —enumero—. Está todo bien ahora.

Damián apoya las baquetas a un costado y se para.

—¿Y por qué no empezaste por ahí? —sonríe y empieza a dar saltitos de alegría, acercándose para abrazarme—. ¿Cómo fue? —pregunta—. Quiero todos los detalles. ¿Por qué no me mandaste un mensaje?

Quiero preguntarle por qué de la nada parece haberse olvidado de que estaba enojado. Por qué me lo está ocultando de una manera tan evidente. Pero no tengo ganas de discutir con él ahora.

—El tráfico —respondo poniendo los ojos en blanco—. Creo que cortaron la autopista…

—Qué paja. Pero lo importante —continúa— es que… ¡por fin te animaste a encararla! Hay que celebrarlo.

—Nunca dije que *yo* la encaré.

Damián entrecierra los ojos

—¿En serio?

—¿Qué? ¿Pensaste que de repente me volví un chabón valiente?

Suelta una carcajada.

—No te la puedo creer —dice todavía riéndose—. Esa chica se merece un monumento. Igualmente… ¡estoy tan feliz por vos!

Me abraza con fuerza. Sé que realmente se alegra por mí, pero que sea capaz de cambiar de ánimo tan rápido, solapando todo lo que le pasa como si yo no me fuera a dar cuenta, me genera más dudas que otra cosa.

—¿Vemos una película? —propongo.

—La de más bajo presupuesto que puedas encontrar —sonríe.

Podría decir que realmente no me está matando la necesidad de saber qué es lo que está mal, aunque sería una mentira descarada. Quiero entender por qué no me dice nada. Necesito saber en qué momento pasamos de contarnos todo a que yo tenga que adivinarlo por mi cuenta.

¿Qué puede ser tan grave?

Tal vez el tema en sí no sea el problema. Quizá simplemente dejó de confiar en mí. Dejó de considerarme un buen amigo. Y eso duele diez veces más que su evasiva. Aunque tampoco puedo ser hipócrita y decir que no me merezco que se harte de mí.

Vamos a la cocina y trato de sacudir mis pensamientos, mientras prendemos la máquina de hacer pochoclo: la mejor compra que hicimos desde que nos mudamos.

—¿Y cómo fue? —pregunta.

—Ya te dije. Bien.

—Pero no me contaste nada más —replica.

Entonces, por ahí porque el tráfico me estresó demasiado o porque estoy muy dolido por saber que me está escondiendo algo, digo:

—No pensé que te importara saberlo.

Frente a mi comentario, su expresión se vuelve seria e inmediatamente me arrepiento de haber sido brutalmente honesto, porque solo puede significar una cosa: vamos a terminar discutiendo.

—¿Y eso? —pregunta con un leve signo de ofensa en su voz, alejándose un poco de mí—. ¿Pensás que no me importa saber lo que te pasa?

—Fue solo un comentario.

Trato de no darle importancia al tema. De desviar la conversación hacia otra cosa. Imposible, porque en solo quince segundos lo hice enojar y nada de lo que diga va a cambiarlo. Genial, Joaquín. Siempre con las palabras adecuadas en el momento oportuno.

—No fue solo un comentario —replica—. Pensás que no me interesa que me cuentes cosas.

—Sos el menos indicado para hablar de “no contar cosas” en este momento —replico.

Golpe bajo. Las palabras salen de mi boca con bastante más enojo del que pretendía.

—¿Ah, sí?

—Sí —digo ya sin poder frenarme—. Porque hace meses estás rarísimo y me lo estás escondiendo. Parece que todo el mundo está más al tanto de tu vida que yo. ¡Y se supone que soy tu mejor amigo!

Traga saliva antes de responder.

—Esto no tiene nada que ver conmigo —contesta.

—Por supuesto que tiene que ver con vos. Porque de los dos sos el único que tiene secretos con el otro.

—Mentira —responde—. Me escondés cosas todo el tiempo y nunca te lo reclamé.

—¿Como qué? —pregunto.

Ya para este punto, los dos estamos empezando a elevar la voz.

—Como todas las veces que te vas de acá o de cualquier lado sin avisarme —me reclama—. Y después tengo que salir a buscarte como si…

—Yo casi nunca te pido que vayas a buscarme.

—¿Y qué esperás que haga? —pregunta—. ¿Que me quede acá sentado mirando Netflix a ver si en algún momento me llama la policía para avisarme que te apuñalaron en la calle o algo así?

—Damián, estás haciendo un drama de una estupidez —me cruzo de brazos—. Además, ¿por qué debería importarte a estas alturas? —pregunto—. Últimamente solo te traigo quilombos y te dejo en medio de situaciones de mierda. No espero que encima tengas ganas de escucharme hablar cada vez que me siento mal y quiero estar solo —explico—. Por eso no te lo digo.

Damián resopla, mientras retrocede y se apoya con las manos sobre la mesa.

—Odio cuando hacés eso —suelta.

—¿Hacer qué?

—Hablar de vos mismo como si a todos nos importara tres carajos tu existencia —se da vuelta para mirarme—. Porque sabés que no es cierto.

—Es cierto, en parte —admito—. Todos estarían mejor sin mí.

La frase sale de mi boca con rapidez, sin que pueda evitarlo, y se hace silencio. Necesitaba decirla, de tanto que estuvo dando vueltas en mi cabeza. En especial, en este último tiempo. De tantas veces que resonó dentro de mí, escupirla es alivio y es dolor. Es dolor, porque decir las cosas las hace reales. En tu cabeza, al menos podés pretender que no existen, que solo son pensamientos que podés controlar, que no te controlan. Pero al dejarlos ir, dejan de pertenecerte por completo, para pasar a formar parte también de quienes los escuchen. Con todas las reacciones que eso implica. Porque muchas veces, algunos elegirían no escucharlos nunca.

—¿Cómo te atrevés? —dice casi en un susurro—. Después de todo lo que hice por vos. De todas las veces que te acompañé y te escuché y te ayudé —habla sin mirarme—. De estar a tu lado cada puto día, y asegurarme hasta de que comieras y tomaras agua. ¿Cómo te atrevés a decir que no me importás?

—Me fui de la banda para que ya no tuvieran que soportarme, Damián.

—¡No te “soporto”, Joaquín! —grita—. ¡Te quiero! Son dos cosas completamente diferentes.

—Yo también te quiero, pero no es lo mismo —explico.

—¿Cómo? —se da vuelta y se acerca a mí, para después agarrarme de la remera y hablarme a centímetros de mi cara—. ¿Cómo no es lo mismo? Y quiero una explicación coherente.

Respiro profundo antes de procesar las palabras que voy a decir a continuación.

—Porque vos nunca fuiste una carga para mí.

Y en este preciso momento puedo ver cómo su cara cambia de expresión para pasar a ser de bronca, tristeza, ambas a la vez.

—¿Yo te hago sentir que sos una carga? —pregunta.

—No hace falta que lo digas directamente.

Otro silencio más. Me suelta y retrocede unos pasos, sin sostenerme la mirada. Procesando lo que acaba de escuchar.

—De todas las cosas que podrías haberme dicho, esta es por mucho la más fea —una lágrima cae por su mejilla.

—Si no soy una carga, ¿por qué me escondés cosas? ¿Por qué todo el mundo se aleja de mí?

—La gente no se aleja de vos —dice—. Vos sos el que los echa. Como me estás echando a mí ahora.

—Te vas a ir de todas maneras.

—¿En serio pensás eso de mí?

Asiento lentamente.

—Está bien —responde con la voz quebrada—. Si ya tenés una opinión sobre mí, si ya sabés lo que piensa y siente todo el mundo en todo momento, no puedo hacer nada para cambiarlo —silencio—. Por ahí tu hermano tenía razón después de todo. Sos egoísta, insensible y una persona de mierda.

Dice lo último bajando el volumen, como si se avergonzara de decirlo. Y por el tono de su voz, puedo intuir que se arrepintió de haberlo dicho. No respondo a ninguna de sus acusaciones. Solo me dirijo al pasillo, dando por finalizada la discusión. Camino hasta mi cuarto y cierro la puerta. Reviso debajo de mi cama para encontrar la botella que escondí, en caso de emergencia. Me tiro en la cama, la abro y empiezo a tomar. Necesito calmarme de alguna manera.

Enojate. Peleame. Gritame. Golpeame. Porque esto iba a darse tarde o temprano.

Porque me lo merezco.

Pasa un rato hasta que siento que alguien toca la puerta. El alcohol ya empezó a hacer efecto y me mareo un poco al tratar de incorporarme. Llego a murmurar un “pasá” que al principio siento que es inaudible, pero Damián entra luego de que lo digo. La expresión en su cara cuando me ve es de pura resignación. Su mirada es intermitente entre mi cara y la botella que tengo en la mano. No intenta sacármela. Solo se queda apoyado contra uno de los muebles.

—¿Por qué cada vez que algo bueno te pasa tenés que buscar una excusa para sentirte mal de nuevo? —pregunta.

Me encojo de hombros. Es más fácil que explicarlo todo otra vez. Él se acerca y se sienta. Entonces, en un gesto completamente inesperado por su parte, me abraza. Me abraza con fuerza. Con honestidad. Al principio me cuesta reaccionar, tanto por la sorpresa como por el vodka ralentizando mi capacidad de razonamiento, pero termino apoyando mi cabeza en su hombro y devolviéndole el abrazo. Dejo la botella a un costado.

—No te lo cuento porque tengo miedo de que me odies —dice—. No porque no confíe en vos.

—Sea lo que sea, no voy a odiarte.

Damián no responde. Siento que está batallando con su propia respiración, hasta que finalmente me doy cuenta de que está tratando de no llorar. Enredo mis dedos en su pelo y, con el otro brazo, lo abrazo con más fuerza.

—Perdón —suelta.

—¿Por qué?

—Por lo que te dije —explica—. Sé que a veces cuando me enojo…

—Está bien —lo corto—. No pasa nada. No tenés que explicarme nada —me separo un poco de él para poder mirarlo a los ojos—. Estoy acá. Sin condiciones, ¿ok?

Quiero que sepa que, a pesar de todo, aunque me duela saber que estoy excluido de esto por razones que sigo sin explicarme, no voy a dejarlo solo. Que puede llorar en mi hombro todas las veces que lo necesite sin que le pida nada a cambio.

Dejo que sus lágrimas manchen mi buzo. Para eso son los amigos, ¿no?

33. Julia

—Hola, mi nombre es Julia y me comunico desde SeguroCar…

Quien sea que esté del otro lado, corta la llamada inmediatamente. Agradezco por dentro, porque cada llamada que se corta es una persona menos con la que me veo obligada a reutilizar el *speech*. También pienso que es una persona menos que puedo contar para la lista de ventas, que se va haciendo cada vez más corta, lo cual significa que estoy un paso más cerca de que me echen. Y de repente, ya no parece tan agradable y me empieza a invadir el pánico de nuevo. Porque todavía seguimos sin resolver el tema del alquiler, pero trato de seguir haciendo de cuenta que ese problema no existe y que mi única preocupación es verme con Joa.

Aunque siempre se puede encontrar a una persona que sea aún más desdichada y en este caso le tocó ocupar ese lugar a mi vecina de cubículo. Valeria lleva tres días enteros sin concretar ninguna venta. Y no porque sea mala en lo que hace, al contrario. Solo estuvo teniendo una suerte desastrosa con los números que le tocaron. Las listas se conforman al azar y en ese azar podés encontrar tanto un montón de gente con intención de contratar un seguro, como un montón de gente a la que le importa tres carajos. Y en este caso, se las tuvo que arreglar con lo segundo.

La jefa la increpa en el horario del almuerzo.

—Veo que tus planillas están un poco… bajas.

—Tuve mala suerte —responde Valeria atragantándose con su ensalada de arroz y arvejas.

La jefa sigue mirando las planillas, pasando de una a otra de la forma más sonora posible, como para que toda la oficina se entere. Llevando sus ojos de estas a Valeria de forma intermitente. Acomodándose el rodete mal hecho para darle un extra de efecto dramático.

—¿Y cómo pensás elevarlas? —pregunta levantando una ceja, con un tono bastante filoso.

—Espero tener mejor suerte la próxima vez —tratando de sacarle importancia al asunto, ignora completamente el contacto visual.

La jefa no queda conforme con la respuesta monocorde. Si alguien pudiera meterse en su cabeza en este preciso momento, probablemente podría percibir sus profundos deseos de ver correr sangre. Y se le presentó la oportunidad perfecta.

—Así no es cómo hacemos las cosas acá —dice en un tono amenazante, pero con una sonrisa en la cara—. Somos como una familia —eleva el tono para que todos alrededor la escuchen—. Todos tenemos que hacer un esfuerzo.

Valeria, que siempre es bastante más mandada que yo para contestar, esta vez no tiene nada para decir. Sabe que está jugando con fuego y que, de todas las causales posibles de despido, la baja de ventas es la más determinante.

Se me viene a la mente una conversación que tuve con Joa el domingo a la tarde, cuando hicimos una videollamada porque tenía ganas de hablar conmigo. Sí, retierno. Aunque hubiera preferido que viniera hasta mi departamento y chapáramos furiosamente contra la mesada de la cocina, pero algo es algo.

Hablando de la vida y de mi cotidianidad, llegamos a hablar del trabajo. A veces todavía me olvido de que es algo que tengo que explicarle, porque él forma parte de ese 0,01% de la población que ya tenía la vida resuelta al momento de cumplir dieciocho años. Le expliqué cómo funcionaba el trabajo, en detalle, porque estaba interesado en saberlo por genuina curiosidad, y se me escapó decir cuánto ganaba. Levantó las cejas sorprendido y le pregunté qué era lo que le resultaba tan llamativo de trabajar por el salario mínimo. Me respondió que eso era lo que él podía gastarse tranquilamente en una sola noche. Creo que le di un cachetazo de realidad sin darme cuenta.

También le hablé de la dictadora opresiva de la oficina. Y cuando le conté una anécdota de la semana anterior en la que no me atreví a decir nada, él me dijo, textualmente: "¿Entonces podés golpear al guitarrista más famoso del planeta sin sentir ni un poco de culpa, pero te da miedo pedirle un día de vacaciones a tu jefa?". No supe qué responderle, porque era un planteo totalmente lógico. Esa pregunta me retumba en este momento.

—Y si somos "una familia" —intervengo mirando a la jefa—. ¿No deberías apoyarla para que le vaya mejor en vez de presionarla más?

Así es cómo se logra que la oficina entera haga silencio y todos se den vuelta para mirar, incluso los que no estaban prestando atención en un principio. Algunos de ellos, boquiabiertos, con sus mates en la mano a medio llenar. A nadie se le mueve un pelo ni se le escapa una respiración de más. Porque jamás escucharon que una persona en un puesto inferior contradijera a su superior, de ninguna manera.

Hoy voy a romper la tradición.

—No estoy entendiendo tu planteo, querida —responde la jefa acomodándose un aro con nerviosismo.

—Creo que fui clara —me encojo de hombros—. Como somos familia, deberías ayudarla en vez de enojarte. Y, además —redoblo la apuesta—, vos fuiste la que nos capacitó. Quizá no lo hiciste de la manera más… —hago una pausa para buscar la palabra adecuada en sus propios términos — óptima.

Suelto todo mi discurso lo más calmada y neutral posible. De esa forma duele más que decirlo a los gritos.

El calor le sube por las mejillas y puedo notar que detrás de la sonrisa cínica está intentando ocultar una expresión de vergüenza. Estoy tan satisfecha con mi contestación que hasta casi me olvido de que de ella depende que siga trabajando.

Me animé a patear un tablero, y no me importa.

La jefa se para y se lleva sus carpetas, ahora hecha una furia. Ni siquiera es capaz de articular una respuesta o un grito al menos. Con la vista encuentro a Micaela, nuestra declarada enemiga, dirigiéndome una mirada de desaprobación. Hoy no voy a dejar que me importe.

Quizá la jefa nunca fue tan poderosa después de todo, solo nosotros le dábamos demasiado poder. ¿Qué pasaría si se pusieran todos de acuerdo para impedir que nos siga pisoteando a su antojo? ¿Podría echarnos a todos a la calle? Preguntas y más preguntas que me vienen a la cabeza, pero que no tengo los medios para contestar ahora. Así que me conformo con mi pequeña victoria.

—Gracias —susurra Valeria a mi lado.

—Alguien tenía que decirle algo, ¿no? —respondo cruzándome de brazos y recostándome contra la silla. Todas las miradas están fijas en mí—. ¿Qué miran? —pregunto y todos vuelven a sus tareas y conversaciones como si nada hubiera pasado.

Las miradas de sorpresa disimuladas me siguen por el resto del día. Sentirme observada me incomoda, porque siento el impulso de esconderme debajo de un escritorio hasta que todo el mundo desaparezca. Por otro lado, me hacen sentir… ¿orgullosa de mí misma?

Cuando vuelvo a casa, hago aquello que se volvió un hábito para no pensar en ninguno de los otros temas que recuerdo cuando me quedo en silencio: le escribo a Joa.

34. Julia

Una ventaja de venir siempre a pasear con Lola a la misma zona de la costanera es que terminás conociendo todos sus recovecos. Incluidos aquellos aislados desde donde podés mirar el río sin que nadie te preste atención. Y en uno de esos rincones es donde me encuentro en este momento con Joa.

El lugar perfecto para tirar una manta y chapar con alguien. El momento perfecto. O al menos lo sería si…

—Tenés aliento a alcohol —digo.

—¿Qué? —me pregunta como si lo que le dije lo sorprendiera—. Debe ser el enjuague bucal.

—El enjuague bucal no dura tanto tiempo. Y tiene más olor a menta que a alcohol.

Él pone los ojos en blanco.

—Tampoco es para tanto —responde.

—Entonces sí estuviste tomando —señalo—. Por eso no viniste manejando.

—Claro. Es ilegal tomar y manejar, ¿sabías? Podés matar a alguien.

Lo dice en un tono que pretende desviar el tema completamente.

—En eso estamos de acuerdo, pero no es el punto. Joa: son las seis de la tarde.

—¿Y qué?

—¿Por qué motivo te emborracharías a las seis de la tarde? Y no solo eso, ¿por qué me mentirías al respecto?

Él se queda en silencio, midiendo las palabras.

—No quiero sonar demasiado directo —dice—. Pero estás particularmente irritable últimamente.

Me quedo con la boca abierta.

Sé que es muy probable que su arrebato de honestidad sea producto del alcohol y no porque realmente crea que soy una persona irritable, pero eso no impide que me enoje.

Agarro mi mochila rápidamente y empiezo a caminar.

—¿Por qué te vas? —me grita mientras me alejo.

—¡Porque me lo prometiste! —me giro para responderle—. Dijiste que no tenías un problema

con esto.

—¿Y quién dice que tengo un problema?

A este punto, estamos hablando tan fuerte que agradezco que estemos en un lugar donde no hay nadie que se dé vuelta a mirarnos.

—Está clarísimo —respondo—. Y tengo cosas más importantes de las que ocuparme en este momento que…

—Es lo que siempre decís —me interrumpe tomándome del brazo—. Que tenés cosas más importantes. Que tenés problemas más importantes. Pero hace casi dos meses que te conozco y ni siquiera llego a entender cuáles son esos supuestos "problemas". Hablás como si lo supieras todo de mí, pero yo no tengo derecho a saber absolutamente nada de tu vida. ¿No te parece injusto?

Esa pregunta mueve algo dentro de mí. Como si hubiera accionado un interruptor.

—¿Querés saber algo injusto? —suelto una risa enojada—. Injusto es haber nacido en una familia que prácticamente conforma una secta religiosa y que durante toda tu vida te hayan prohibido cosas tan normales como salir a caminar sola. Injusto es que hayan decidido sobre todas tus relaciones y prácticamente te hayan arreglado un matrimonio desde que tenías 15 años. Injusto es que te hayan criado para ser una persona de mierda que juzga a todo el mundo y que incluso años después todavía te cueste confiar en la gente. Injusto es tener una madre que casi nunca te defendió de tu padre abusivo, ni siquiera cuando te dejó en la calle por no comportarte como él esperaba. Y que aun así, ella se crea con derecho a rastrearte y aparecerse en la puerta de la casa que compartís con la única persona que te ayudó, exigir que la perdones y que hagas de cuenta que nada pasó —hago una pausa—. Eso es injusto, Joa.

Aunque yo probablemente me merezca muchas de esas cosas.

No sé en qué momento de toda esa explicación empecé a llorar. Lo único que sé es que lo estoy haciendo ahora, que Joa me está abrazando y ni siquiera tengo la fuerza para seguir enojada con él. No me responde nada, solo me deja llorar en su hombro. Y lo agradezco, porque no hay nada que necesite más en este momento.

Hay cosas que no necesita saber de mí. O que al menos espero poder ocultar el suficiente tiempo como para poder ser medianamente feliz hasta que se termine enterando y me deje. Porque ni yo misma sería capaz de estar con alguien como yo.

Hay situaciones de las que no se vuelve. Por ejemplo, haberle arruinado la vida a una persona.

***

Joa me acompaña hasta mi casa cuando se hace de noche. Me tiro en la cama y me quedo mirando el techo unos segundos.

No sé si es el impulso, o la necesidad de descargar todo lo que tengo dentro de mí, pero

finalmente, tomo mi teléfono, le escribo a mi mamá un simple “hola”. Y apenas figura como mensaje enviado, apago el teléfono y lo tiro al otro lado de la habitación.

35. Joa

Si existe algo en esta vida que odie por sobre todo lo demás, son definitivamente las reuniones de negocios.

Nunca consideré siquiera la posibilidad de trabajar en algo que requiriera pasar por este calvario. Aunque, para ser sincero, tampoco consideré jamás como opción de carrera ser vocalista de ninguna banda. Yo quería ser dibujante. O director de cine. O actor. O *gamer*. Mil opciones antes que esto.

Yo quería hacer muchas cosas que nada tienen que ver con el lugar donde estoy parado hoy.

Si las reuniones incluyen a nuestro mánager, suben un poco en la escala de sufrimiento que me causan. A veces, sospecho que en realidad el español no es su primer idioma y a duras penas sabe hablarlo, por lo que evita usarlo cada vez que puede. Me desespera casi tanto como los dos señores de 70 años que son dueños de la discográfica que nos contrató. O el de prensa. O la agente de marketing a la que le entiendo la mitad de las cosas que dice. Me resulta el doble de difícil seguirles el hilo. Por suerte para mí solo tengo que limitarme a escuchar y asentir a todo lo que digan. A todos los plazos. A todas las ideas. Sin abrir en ningún momento la boca para opinar, más que para soltar un "sí, claro". Porque esta gente no puede saber que técnicamente ya no compongo. Ya no tomo responsabilidades. Solo pongo la cara acá para que todos reciban su parte del cheque y se acabó.

Si tengo suerte, esto no va a durar muchos años más.

—¿Nos podrían mostrar lo que trajeron para presentar? —pregunta mirándome a mí uno de los señores mayores, acomodándose el bigote.

Creo que mi cara de pánico es indisimulable porque enseguida mi hermano salta a salvar el asunto. Saca de su mochila un demo con la música de los nuevos temas y un cuaderno con las letras. No pasó casi nada de tiempo desde que recayó sobre él la responsabilidad de armar un concepto de álbum, pero tampoco me sorprende que haya tenido algo preparado tan rápido: en lo que a la música respecta, siempre estuvo un poco más allá de este planeta.

—Tenemos esto —dice apoyando todo sobre la mesa.

El hombre de bigotes reproduce el demo y lo escucha con auriculares, como si nosotros no estuviéramos en la sala.

Unos minutos después deja de escuchar y revisa el cuaderno.

—Esto —señala la hoja, pero ni siquiera se toma el tiempo de leer el resto—, no nos sirve para nada.

Silencio. Mi hermano se queda con la boca abierta. Nuestro mánager se acomoda los lentes sin

decir una palabra. Al parecer, hasta a él lo tomó desprevenido semejante desprecio.

—¿Qué? —pregunta Ian.

—Eso mismo que dije —continúa el hombre—. No es vendible. No nos sirve. Tienen que presentar otra cosa.

Miro a todos lados, completamente confundido.

—Pero es exactamente el estilo de música que tenemos desde siempre —interviene Damián—. Lo repasamos varias veces.

—Comprendo a lo que se refiere el señor Martínez —se mete la asistente de marketing—. Su estilo de música pisó fuerte porque se salía de lo que ya todo el mundo hacía. Era auténtico —explica—. Ahora, hay al menos treinta bandas iguales compitiendo en el mercado y deberían empezar a buscar un diferencial.

—¿O sea que tenemos que cambiar completamente nuestro trabajo solo porque tres grupos que nadie conoce nos quieren imitar? —dice Ian comenzando a enojarse.

—Podrían incursionar en otros géneros. Hoy lo que más mueve es el trap —comenta el de prensa, pero frente a la cara de odio de mi hermano empieza a retractarse—. No tiene que ser específicamente eso. Pero sí… adaptarse para asegurar que van a seguir vendiendo como ahora.

—O sea, vendernos —agrega San.

—No utilizaría precisamente esos términos —explica la chica de marketing—. Ni diría que los quieren “copiar” —agrega dirigiéndose a Ian—. Pero nos gustaría poder avanzar en una dirección favorable para asegurarnos que sigamos teniendo resultados que…

—Ahorrate las palabras lindas —la corta el otro dueño de la discográfica, de una forma bastante maleducada—, si quieren seguir estando arriba no pueden vivir para siempre jugando a ser una banda de los 80. Así son las cosas. Y si no les gusta, se van a caer a pedazos como todas las demás bandas mediocres.

Golpe bajo.

Incluso contando todas las situaciones a lo largo de los años en las que este tipo sumó puntos para caerme para la mierda, no alcanzaría para igualar lo que nos acaba de decir. A pesar de que me prometí no intervenir, y hasta hace diez minutos no tenía ninguna intención de hacerlo tampoco, el odio se acumula en mi pecho y se escapa sin que pueda (o quiera) evitarlo.

—¿Entonces por qué nosotros sí vendemos y no todas esas “bandas mediocres’’? —pregunto.

Las miradas de todos se clavan en mí

—¿Disculpame? —dice el hombre.

—Digo, si solo estamos “jugando a ser una banda de los 80” —hago las comillas con los dedos

—. ¿Por qué no se consiguen a otra que pueda llenar seis estadios seguidos? Ya que es tan fácil…

—Joaquín —suelta Damián en señal de que retroceda.

Lo ignoro.

—Nene —continúa el dueño dirigiéndose a mí—. Tengo muchos más años de experiencia que vos en esto…

—¿Podés reemplazarnos entonces?

—Cómo…

—¿Podés?

La pregunta hace que se quede callado y se acomode el cuello de la camisa con nerviosismo. Su cara se tiñe de rojo. Hasta que finalmente dice, en voz baja:

—No, no puedo.

—Perfecto —digo—. Entonces vamos a terminar esta reunión por hoy, te vas a llevar las todo el material para revisarlo tranquilo en la comodidad de tu casa y nos vas a dar una devolución en base a la calidad del trabajo, no si a tus amiguitos de marketing les parecen más o menos lindos los números —me paro de la silla y agarro mis cosas para irme—. Y tratalo con respeto: no vas a encontrar tanto talento junto dos veces en tu vida.

La sala se queda en silencio. O al menos eso es lo que yo puedo percibir una vez que la dejo atrás. Bajo las escaleras apurado para llegar al estacionamiento lo antes posible.

Soy consciente de que se me va a venir el mundo encima después de esto.

Entro al auto y cierro la puerta con fuerza. Dejo caer mi cabeza sobre el volante para tratar de tranquilizarme, sin conseguirlo, porque no solo estoy enojado porque trataron así el trabajo de mi hermano, sino porque no tengo el suficiente autocontrol para quedarme callado mientras lo hacen.

No sirvo ni para cumplir mis propias promesas.

Antes de que pueda evitarlo, me estoy clavando las uñas en los brazos. Aprieto más fuerte, aunque me duela, para intentar calmar mi frustración. A veces, hacer esto consigue que pueda contener mi furia, o mis ganas de llorar. Otras, solo me hace sentir peor. Esta es una de esas veces. Mi respiración es tan irregular que siento que mis pulmones se están cerrando. A duras penas puedo tomar aire. Siento que voy a ahogarme.

El ruido de la puerta del acompañante abriéndose me sobresalta y me saca de mi estado. Mi primo entra al auto y se acomoda sin inmutarse. Eso acaba de arruinar la única chance que tenía de desaparecer de este lugar sin verle la cara a nadie.

—¿Qué hacés acá? —logro preguntar.

—Vine a ver tu auto por dentro —me responde—. Quería chequear el material de las manijas.

—Qué gracioso que sos.

San ignora mi comentario, y baja el espejito del techo para reacomodarse el pelo y aplicarse protector labial.

—La banda no te chupa un huevo —afirma—. Aunque nos quieras convencer.

—¿Ellos te mandaron a buscarme? —pregunto con fastidio.

—Te recuerdo que tengo criterio propio —dice mientras baja la ventanilla y se prende un cigarrillo. Saca el brazo hacia afuera para evitar que entre el humo—. ¿En qué momento se te ocurrió que era una buena idea irte?

Me incorporo y apoyo mi cabeza contra el respaldo. Dejo salir todo el aire que tenía en los pulmones y vuelvo a inhalar. El hecho de que a veces parece que vive en otro planeta y no registra en absoluto lo que pasa a su alrededor casi siempre consigue desesperarme. Tamborileo sobre el volante.

—¿Y qué querías que hiciera?

—Escuchame: sé que les da igual lo que yo opine. Y nada me garantiza que va a ser distinto ahora, sin embargo… —Siento una punzada de culpa por sus palabras. Le da una calada a su cigarrillo y suelta el humo por la ventana, dejando su brazo colgando hacia afuera—. ¿Puedo darte un consejo?

Asiento en respuesta.

—Creo que te estás haciendo cargo de mucho más de lo que te corresponde.

Sacudo la cabeza.

—No entiendo a qué te referís.

—Me refiero a que —se vuelve a acomodar—, hay cosas que son tu responsabilidad. Sí, obviamente. Pero somos cuatro. No podés echarte la culpa cada vez que Ian se enoja con algo. O cada vez que Damián se frustra por no saber por qué tu hermano está enojado. O por las presiones de la prensa. Mi punto con esto es que… —hace una pausa intentando acomodar sus ideas— que te hagas a un costado no va a solucionar todos los problemas por arte de magia.

—¿Y cuál sería la solución entonces?

Se encoge de hombros.

—No tengo idea —responde—. Pero sé que esta no es.

El tono ingenuo en que lo dice me provoca risa.

—¿Entonces?

—Podrías volver —suelta.

—San —digo—. Ya tengo una postura tomada: me fui.

—Se nota. Por eso le saltaste a la yugular a la primera persona que osó criticar nuestro trabajo. —No puedo argumentar nada contra esa lógica. Evito responderle y lo nota, por lo que agrega, en voz baja—. Extraño verte en el estudio.

Su última frase remueve algo dentro de mí. En mi corazón, más específicamente. Santiago es mi familia. Más que eso: es la columna vertebral de la banda. A veces siento que todo se habría venido abajo hace mucho si él no estuviera para sostenernos.

Una lástima que todos los otros órganos del cuerpo estén fallando en simultáneo. Ni la espalda más fuerte es capaz de cargar con tanto peso sin derrumbarse.

Trago saliva y me quedo callado.

—¿Al menos podrías venir a la fiesta? —pregunta.

—¿Qué fiesta? —repregunto.

—La del sábado. En La Torre.

Empiezo a enroscar uno de mis dedos en un mechón de mi pelo. Tengo recuerdos de que alguien me lo dijo, pero hasta ahora lo había anulado completamente de mi cabeza. La Torre es el típico último piso de un rascacielos donde una vez por mes reúnen a toda la gente famosa del país. Es como ir a un boliche cualquiera, pero veinte veces más exclusivo. Empezaron a invitarnos después de que ganamos nuestro primer Grammy. Pero en realidad, la “invitación” es más bien una obligación de presencia. La mayoría la usa para hacerse de todos los contactos que pueda en la industria y asegurarse de que va a tener otros artistas de los cuales colgarse si su carrera se viene a pique en algún momento.

Para mí, nunca fue más que una excusa extra para alcoholizarme sin que nadie me rompa las pelotas.

—Dudo que Ian esté contento con la idea —digo.

—Solo para que sepas —responde—: está el doble de insoportable desde que te fuiste. Es como que tu presencia lo pone de mal humor, pero cuando no estás es incluso peor —se ríe—. De todas formas, creo que ni siquiera tiene planeado ir. Podrías invitar a Julia. Va a ser divertido.

—¿Puedo confirmarte en estos días?

—Como quieras. Pero tratá de no tardar mucho: tengo que reservar la mesa —gira la cabeza para mirarme—. Por favor, solo vení.

Me aferro al volante.

—¿San?

—¿Qué?

—Te quiero.

Lo digo para desviar el tema y no tener que darle una respuesta inmediata, aunque también porque es todo lo que me nace decirle en este momento. Él sonríe.

—Aw —me contesta, para después tirar el cigarrillo por la ventana y sacudirme el pelo, como yo solía hacer con él—. Yo también te quiero.

—Y perdón si te hago sentir ignorado —agrego con una expresión de culpa—. Las cosas no serían lo mismo sin vos.

Él hace un gesto con la mano restándole importancia.

—No te preocupes: ya me acostumbré —sonríe, para después comentarme—. Por cierto, cuando invites a Julia, decile que traiga a su amiga: así podés demostrarme lo mucho que me apreciás.

Acto seguido, se despide y sale del auto. No me da tiempo a preguntarle por los demás y lo que están pensando. Ni sobre lo que probablemente vaya a decirme Damián cuando vuelva a casa. En parte, es un alivio. Tampoco estoy seguro de tener ganas de saberlo.

Miro mis brazos y me cuesta creer que hace menos de diez minutos me costaba hasta respirar. San acaba de distraerme completamente de mis propios pensamientos autodestructivos. Es más inteligente de lo que parece.

36. Julia

El mensaje de respuesta, obviamente, no tarda en llegar. Un “hola” casi tan escueto como el que yo envié.

El corazón me late tan rápido y con tanta fuerza que siento que se me va a salir del pecho. Me tiemblan tanto las manos que apenas soy capaz de tocar la notificación para abrir el chat. Un chat que, exceptuando los últimos dos mensajes, está vacío. Testigo de que el cierre de nuestro asunto nunca existió. Y por eso, me sigue atormentando.

¿Tenés un minuto?

Hago la pregunta, sin querer alargar demasiado la conversación.

Ella me responde que sí. Entonces, toco el ícono de la parte superior de la pantalla para llamarla.

Me arrepiento casi al instante. Esto puede ser la mejor o la peor decisión que vaya a tomar en mi vida.

—¡Raquel! —responde mi mamá al otro lado del teléfono—. Estaba esperando que llamaras. ¿Cómo estás?

—¿Raquel? —pregunto confundida.

—Sí, sí. ¿Lo de los arreglos florales? —se frena y yo no agrego más nada—. No te escucho muy bien. Esperame que acá no tengo muy buena señal.

Escucho lo que ocurre al otro lado de la línea. El ruido de la televisión de fondo me hace suponer que está pasando por el comedor. Mi papá le dice algo que no llego a entender y mi mamá se excusa con que soy la supuesta Raquel. El ruido se aleja. Una puerta se cierra. Ahora sí hay silencio.

Entender por qué acaba de fingir una conversación totalmente distinta hace que me recorra un escalofrío.

—Perdón —digo en un susurro—. No quería meterte en un quilombo.

—Está bien —responde ella susurrando también—. Esto es fácil de maquillar.

Tengo que sentarme en la cama y apoyarme contra el respaldo.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien —respondo—. Igual que siempre, supongo.

Se me dificulta hablar. Ni siquiera pude planear qué era lo que quería decir. Porque simplemente

no lo sé.

Solo espero que los minutos de llamada me den mágicamente las respuestas.

—¿Cómo está Lola? —pregunta para evitar el silencio.

—Sigue siendo ella —respondo—. Ya la conocés.

—Me imagino —se ríe con disimulo, manteniendo baja la voz—. ¿Todavía llena todos los ambientes de olor a sahumerio?

—Más que antes, incluso. No te das una idea —comento casi automáticamente.

Otro bache en nuestra comunicación. Al parecer, ninguna de las dos tiene las palabras exactas.

—No te llamé para hablar de Lola. Tengo demasiadas cosas para preguntarte y no sé por cuál empezar —suelto sin ningún tipo de filtro.

—Te escucho.

Su respuesta me sorprende porque, por lo general, en una situación así intentaría llenar el silencio hablando de cualquier cosa o evadiría el tema con cualquier excusa. Porque nunca fue su estilo sentarse y escuchar a que el otro diga lo que tiene para decir. Tal vez no soy la única que tiene miedo. Quizá ella también está atrapada y no sabe cómo salir. ¿Será posible que de verdad le importe qué es de mi vida?

—Cuando dijiste que me extrañabas —digo, después de un rato, yendo directo al punto—. ¿Lo decías en serio?

—Sí —responde—. Te extraño todos los días, hija.

La última palabra hace que se me escape una lágrima.

—Entonces, ¿por qué tardaste tanto? ¿Por qué no viniste a buscarme? ¿Por qué no me defendiste?

Se hace un silencio del otro lado del teléfono. Me quedo esperando su respuesta, hasta que de repente escucho un golpe que se asemeja a un portazo. Un grito: “¡Carmen! ¿Con quién carajo hablás tanto?”. Un “¡Ya voy!” de mi madre en respuesta.

—Perdón. Tengo que cortar —dice ella—. Chau, te quiero.

Corta la llamada sin darme tiempo a responder. Un corte tan abrupto que casi me deja sin respiración. Me quedo unos segundos con el celular en la mano, sin saber qué hacer. Sin tener idea de cómo manejarlo. Sin respuestas, una vez más.

Dejo apoyado mi teléfono en la mesa de luz. Salgo de mi cuarto y camino hasta la cocina con toda la intención de prepararme un té o cualquier cosa caliente que ayude a deshacer el nudo que tengo en la garganta. Me siento mucho peor que antes.

—¡Por fin hablaste con ella! —dice Lola entrando por la puerta.

Del susto casi se me cae la taza que acabo de agarrar.

—¿De dónde saliste? —le pregunto.

—Llegué hace como diez minutos. ¿No me escuchaste entrar? —Niego con la cabeza—. En fin…

—¿Cómo sabés que hablé con ella?

—Ya sé que te lo dijeron muchas veces, pero hablás demasiado alto. Incluso con la puerta cerrada —señala la que tenemos más cerca para ejemplificar—. Y las paredes tampoco son tan gruesas.

—Está bien —pongo los ojos en blanco—. Sí, hablé con ella.

—¿Y?

Tamborileo sobre la taza vacía.

—Soy una persona horrible.

Y sin quererlo, empiezo a llorar.

—Ey, Ju, mirame —dice Lola acercándose para tomar mi cara entre sus manos y limpiar mis lágrimas—. No es tu culpa…

—Sí que lo es —respondo entre sollozos—. Si yo hubiera hecho las cosas de otra forma…

—Aun así, no hubieras evitado nada de lo que pasó —me interrumpe—. No sos una mala persona por hacer lo que pudiste con las pocas herramientas que tenías.

Y me duele. Me duele tanto que me quema por dentro sentir tanta impotencia. Tanto odio hacia mí misma porque siento que no me gané su amor y, paradójicamente, resentimiento contra ella porque es mi mamá y se supone que debería haberme querido a pesar de mi rebeldía y ante cualquier circunstancia, pero no lo hizo. Permitió que me fuera, no se preocupó por lo que pudo haberme pasado durante estos dos años y ahora vuelve a remover una herida que yo dejé sin tocar para que no volviera a doler.

—Vos solo querías vivir una vida normal y escapar de un padre maltratador. No tenías muchas alternativas. Era eso o quién sabe…—Lola sacude la cabeza para evitar los pensamientos trágicos—. Nadie sabe mejor que yo por todo lo que pasaste, pero… vas a tener que hablar con ella y sacarte todas tus dudas para sanar, cerrar ese capítulo y abrirte a lo que la vida te dé.

—Me gustaría, pero ni siquiera pudo seguir hablando. Los gritos de mi papá la obligaron a cortar —respondo y mientras me escucho mi resentimiento se transforma en temor a que por mi culpa mi papá se violente con ella.

—Tal vez ella también tiene miedo, no te anticipes, esperá sus explicaciones y después decidirás lo que creas mejor.

La abrazo con fuerza y vuelvo a llorar.

De repente nos interrumpe el sonido de una llamada y corro a buscar mi teléfono. Veo el número de mi mamá y respondo inmediatamente. Atiendo y es evidente que está en la calle, se pueden escuchar los ruidos alrededor y algún bocinazo perdido.

—Hola, hija. No quería dejar de responderte, pero en casa es complicado… Ya sabés… —titubea—. Prefiero que tu padre no se entere. Me preguntaste si era verdad que te extraño. Claro que sí, te extraño y te quiero más que a mi vida, y no podía protegerte, entonces preferí dejarte ir para que al menos una de las dos pudiera escapar. Sabía que si estabas con Lola ibas a estar bien, pero duele no tenerte y quiero volver a hablarte, aunque sea de vez en cuando. Me costó encontrarte, hasta que de casualidad vi a Lola en la calle y la seguí sin que me viera. Ahora tengo que volver, hablamos pronto. Te quiero, hija.

¿Cómo fui tan necia? ¿Cómo dejé que mi propio enojo me impidiera ver la realidad?

Mi mamá nunca fue mi enemiga. Y una llamada de menos de cinco minutos fue suficiente para confirmarlo.

37. Julia

Los días pasan horriblemente lentos. Y lo único que más o menos me motiva para seguir sobreviviendo a la semana es saber que el sábado voy a ver a Joa. Me invitó a una fiesta. Y mi primera reacción fue contestarle “ni en pedo”. Pero dada su situación dudosa no me pareció la expresión más sensata, así que pensé en optar por un “ni de casualidad”. Sin embargo, me lo preguntó con tanta buena onda que me daba pena contestarle de una forma tan ortiba, así que me limité a decirle que lo iba a pensar. Aunque hoy por la mañana tuve que terminar diciéndole que sí.

Durante los días anteriores, frente a mi duda él siguió insistiendo en que iba a ser divertido y bla. También mencionó que Lola seguramente iba a ir también, lo cual me sorprendió porque… ¿Cómo Lola va a saber de una fiesta exclusiva solo por lista en no-sé-dónde de la que yo me acababa de enterar?

Y es ahí cuando salió a la luz el dato de que mi amiga ni lenta ni perezosa ya se estaba chamuyando al bajista a mis espaldas. Razón por la cual la pienso confrontar más tarde.

Pensé mil y una excusas para evitar ir, y claro está que no encontré ninguna que me sirviera. Así que ahora solo trato de convencerme de que tampoco es tan terrible. Porque no lo es, ¿verdad? Estuve en un par de lugares con demasiada gente y música fuerte antes. Los suficientes, creo yo, para saber que no son en absoluto mi lugar en el mundo.

Pero la idea de tener una excusa para ver a Joa termina prevaleciendo ante mi inseguridad.

Cada cinco minutos desbloqueo el celular para ver si me escribió, aunque en lugar de leer algo suyo veo que mi mamá me envió un *sticker*.

De vez en cuando, puede escribirme a escondidas. Siempre que me tenga agendada como “Raquel arreglos florales”.

Hay otro tema que me preocupa de toda la situación de Joa y la fiesta. Y es que también hay una ligera, ligerísima posibilidad de que se le junte el ganado. Y sí, estoy asumiendo que tiene ganado porque él es él, y cómo alguien como él no va a tenerlo. Incluso aunque eso se contradiga con el hecho de que literalmente entró en pánico la última vez que estuvimos demasiado cerca y fui yo la que tuvo que encararlo. ¿Esa clase de chabones puede sostener un ganado?

Soy consciente de que nuestro acuerdo, o algo así, implicaba no asumir cosas del otro solo por las apariencias. Y ya hace bastante tiempo que hablamos como para poder intuir que no es esa clase de persona. Siento que lo conozco bastante, pero tampoco lo suficiente como para pedir ningún tipo de contrato de exclusividad. Más aún cuando mis sentimientos hacia él son todavía de lo más indefinidos (al menos en la parte racional de mi cerebro).

Armo una escena en mi cabeza solo para testearme a mí misma. Y llego a la conclusión de que sí: me jodería que de repente esté ahí y le coma la boca a una modelo delante de mí. ¿Debería

joderme? No estoy segura.

***

Como cada vez que me siento insegura, estoy casi dos horas tratando de elegir qué carajo ponerme de mi limitado armario. Y cuando finalmente me “decido” y me miro al espejo, lo primero que se me ocurre es que parezco una versión muy venida a menos de Lindsay Lohan en los 2000.

Mi pelo tuvo días mejores y hoy la planchita no lo está ayudando particularmente. Aunque debo reconocer que el delineado no está mal. Y a pesar de que el top blanco y el pantalón de cuero no fueron utilizados por ningún ser humano desde 1930, tampoco siento que me queden mal. Eso sí: planeo ponerme zapatillas, ya que prefiero evitar que me duelan los pies a las doce de la noche (y porque en realidad no tengo ningún zapato de plataforma que ponerme).

Le pregunté a Joa si había algún tipo de código de vestimenta o algo así, si es esa clase de lugares donde no te dejan pasar si la campera no te combina con la cartera y las medias. Él me dijo que nada que ver. Que mientras estés en la lista, podrías caer en jogging y nadie iba a mirarte raro. Así que bien por mí.

Me quedo un buen rato después de terminar mi maquillaje y de mirarme mil veces al espejo. Entonces, hago una cosa que hace mucho tiempo que no hacía: sacarme una foto.

Casi en ese mismo momento, vibra el celu con un mensaje de mi mamá.

¿A dónde vas hoy?

En ese intento de conversación habitual que estamos empezando a desarrollar le conté que tenía planes a la noche. No especifiqué demasiado, más que el hecho de que iba a salir con Lola.

Una fiesta de un amigo de Lola.

Respondo y aclaro, para dejarla tranquila, como si a estas alturas debiera importarle.

Es una verdad completamente a medias y ligeramente alterada, pero verdad a fin de cuentas.

¿Qué te vas a ponerte? Hace frío.

Ella siempre tan maternal.

Quiero responderle que me voy a poner campera, que no se haga drama. Pero otra idea se me cruza por la cabeza y gana el impulso. Abro la galería y le mando la foto que me acabo de sacar.

Inmediatamente pienso que la cagué. Ella no responde inmediatamente y siento que debe estar escribiendo un párrafo entero sobre lo terrible que es que esté usando un top tan corto. O que el pantalón sea tan ajustado. O que…

Estás muy linda, hija.

Se me hace un nudo en el pecho. Sonrío de pura felicidad. Le respondo con un corazón amarillo. Lola toca la puerta de mi cuarto. De forma simbólica, claro, porque la dejé abierta.

—¿Estás? —me pregunta asomándose.

—Casi —le respondo—. Mi pelo no me convence tanto…

—Estás bien así —pone los ojos en blanco. Nunca fue la clase de personas que se preocupa demasiado por tener la apariencia "perfecta"—. ¿Te avisaron si ya salieron?

Joa me dijo hoy temprano que no me preocupara por ir, porque ellos nos pasaban a buscar. O bueno, su chofer nos pasaba a buscar. Y cuando quisiéramos irnos, nos traía de vuelta. Punto para el muchacho que se preocupa por la seguridad en las noches de la Capital. Porque la fiesta, obviamente, es en el SUM de un edificio en pleno centro, de esos donde un monoambiente te sale tres riñones. Exactamente algo que Joa frecuenta seguido.

Empiezo a reacomodar toda la ropa que dejé tirada en mi cama. Enseguida, mi teléfono vibra de nuevo y en la pantalla sin desbloquearlo llego a leer el mensaje que dice "abajo". Le hago una seña a Lola. Meto todo lo básico en mi cartera antes de irnos, incluidos tres tonos de labial que compré el otro día de oferta, solo por si acaso.

—No creo que te sirva llevarlos —dice—. Vas a tener que reaplicártelos toda la noche.

—Qué graciosa —respondo—. Como si vos no fueras a estar colgada de ya-sabés-quién.

—Somos amigos, ya te lo dije —explica—. Es de las pocas personas que conozco que entiende de cristales…

—Ser amigos, le dicen ahora —río y ella se contagia—. Todavía no puedo creer que no me lo hayas contado.

—¿Todavía seguís con eso? Tampoco era información tan relevante —se encoge de hombros—. Solo hablamos por Instagram. Pensé que me iba a aburrir a la semana.

No sería una actitud extraña de su parte. Se aburre de las personas con las que sale casi tanto como del color de las mechas de su pelo.

—Aun así —digo—, te lo voy a recordar toda tu vida.

Bajamos y apenas cruzamos la puerta del edificio vemos la camioneta esperándonos. Una puerta trasera se abre para que podamos entrar, y cualquiera que nos estuviera viendo pensaría que nos están secuestrando o que nos vamos a prostituir en algún bar en el medio de la nada. Cualquiera de esas opciones es más creíble que la verdad.

Entro primero y Lola me sigue. Nos acomodamos en los asientos, conformados frente a frente como todo vehículo de lujo, Lola y yo de un lado, San a un costado, Ian y Damián enfrente de nosotras. Saludamos a todos, pero Ian es el único que se limita solo a levantar la mano, en un gesto que está justo al límite de la cortesía. Me sorprende no ver a Joa, pero cuando se da vuelta

y me saluda noto que es porque está sentado en el asiento del acompañante. Al principio me parece que no tiene sentido, porque acá sobra espacio, pero después sumo dos más dos y llego a la conclusión de que se debe a la presencia de su hermano. Sin embargo, no deja de asombrarme que la situación entre ellos esté tan tensa como para no poder ni siquiera compartir un viaje en un mismo espacio.

Después de unos minutos, en los que la conversación de San y Lola toma todo el protagonismo y yo solo me limito a escuchar y asentir, al igual que Ian y Damián, como si alguno entendiera una sola palabra de lo que están hablando, San pregunta:

—¿Es muy tarde para volver a casa?

—¿Qué te olvidaste? —responde Damián en tono comprensivo.

—De regar las plantas.

—Solo decile a tu mamá que las riegue y ya —interviene Ian, cortante—No jodas.

Damián le dirige una mirada de reproche. Ian simplemente levanta las cejas como si no entendiera cuál es el problema. Después de que Joa me hablara, mucho, *mucho* de él, y en base a la poca interacción que tuve (que no fue de lo más positiva, si voy a hacer honesta), puedo suponer que es así porque está enojado. Con algo. Con alguien. Con la vida. Quién sabe. Tal vez sea un enojo reprimido que no puede controlar. Lo que causa que se muerda las uñas constantemente y se acomode el pelo mil veces, incluso cuando está perfectamente peinado. Tal vez a simple vista, en una foto, no pensarías inmediatamente que un chico millonario, famoso, talentosísimo, con dos botones abiertos de la camisa parece una olla a presión, pero basta con estar cinco minutos cerca de él para darte cuenta de que lo rodea una atmósfera densa.

—Pero no puedo decirle a mi mamá que riegue las plantas, al menos no todas… —San hace una pausa—, las va a ahogar.

—Qué pena —ironiza Ian.

San ignora el comentario. De hecho, todos lo hacen. Es como si se hubieran puesto todos de acuerdo para definir que esa forma de ser es normal. Así como todos pretenden que Joa toma como una persona normal. Pero se ve que simplemente se acostumbraron a ignorar las evidentes banderas rojas que ambos hermanos llevan como estandarte.

Yo misma a veces siento que estoy ignorando la bandera roja de Joa.

—Podrías no ser *tan* amargado cuando tenemos invitadas —dice Damián hablándole a Ian bastante cerca de la cara y no precisamente porque estén sentados uno al lado del otro.

—Sabés que estoy acá en contra de mi voluntad —contesta de brazos cruzados sin mirarlo siquiera.

—Igual podés intentarlo.

De repente, siento que estoy siendo testigo de una interacción demasiado íntima y miro a Lola, que por la forma en que levanta las cejas opina lo mismo y decide fijar la vista en su teléfono, pretendiendo que está muy interesada *scrolleando* en Instagram. San continúa ignorándolos categóricamente. Y no puedo evitar percibir en que hay algo, ¿raro? Damián, luego de decirle lo último, levanta un brazo y parece que va a pasárselo por los hombros, pero se detiene a medio camino y le apoya la mano en la nuca para empezar a hacerle mimos.

Contrario a lo que hubiera pensado que ocurriría, la expresión de Ian se suaviza con el contacto y si bien no emite ningún comentario, tampoco le rompe la nariz a Damián de una trompada. Solo se queda quieto.

Joa se da vuelta para decir algo y Damián inmediatamente saca la mano. Ian vuelve a tener su cara de odio característica.

Asumo que lo mejor es hacer de cuenta que yo no vi nada.

—Primo, ¿tenés un encendedor? —pregunta Joa.

San revuelve en su bolsillo y le arroja uno. Escucho que Joa lo enciende y a través del reflejo puedo ver que lo está usando para quemar el hilo de una pulsera de hilo encerado que tiene en la mano derecha. Su cara de concentración, que descubrí que es bastante efímera en él, me causa ternura. Si no estuviéramos separados por un límite físico, definitivamente me le tiraría encima y le llenaría la cara de besos.

Sí, soy así de intensa a veces.

Llegamos pocos minutos después y el chofer deja la camioneta en un estacionamiento subterráneo. Las puertas se abren y bajamos. El espacio no está muy iluminado, pero sí lo suficiente como para que pueda ver a Joa de arriba a abajo antes de que se acerque a saludarme de verdad.

Lleva puesta una remera estampada con una rotura en el medio (evidentemente, a propósito por cuestiones de diseño y no por razones desconocidas como la primera vez que lo vi), jeans negros, ajustados y bastante rotos también. Delineador negro bajo los ojos y glitter plateado cuidadosamente pegado en las mejillas. Y a todo eso, hay que sumarle los borcegos negros con plataformas de diez centímetros que yo ni de casualidad podría usar sin tropezarme veinte veces cada tres pasos.

Modo de respiración automática: desactivado.

—Te convencí de que vinieras —dice mientras se acerca a abrazarme.

—Fuiste… convincente.

Me abofeteo mentalmente por el hecho de que simplemente verlo me haya dejado tan lenta y sin palabras. Pero es que… por favor. Estoy segura de que cualquiera en mi situación lo entendería.

—Ahora estoy a tu altura —agrega sonriendo mientras se separa de mí, dejando una mano sobre

mi hombro.

—Así parece —sonrío de vuelta.

Se queda mirándome y por un segundo pienso que va a besarme. Más bien, ruego internamente que lo haga. Pero se limita a darme un apretón en el brazo con cariño y se da vuelta para decir:

—¿Subimos?

Hace una seña para que lo sigamos y nos dirigimos todos juntos hacia un ascensor más grande que cualquier otro que haya visto. Tanto, que entramos los seis sin problemas. Joa deja que nos adelantemos un poco y se queda atrás. A través del reflejo de otro auto estacionado, puedo ver por qué. Saca silenciosamente una petaca que tenía disimulada detrás del cinturón de su pantalón, la abre y toma un trago. Enseguida, la vuelve a guardar y se ubica a la cabeza del grupo como si nada pasara.

Él y su hermano, inconscientemente, se apoyan en los costados opuestos del ascensor, que se cierra lentamente. El viaje hasta arriba es silencioso. Trato de distraerme sin mirar a ninguno de los espejos que nos rodean, sin éxito. Termino sobreanalizando cómo cada uno está vestido y me doy cuenta de que, de los cuatro chicos, Ian es el único que no tiene glitter pegado en la cara. Lo que me hace suponer que es el único que no hizo la previa con todos los demás.

No tengo ni la menor idea de a dónde estamos yendo ni qué tan cerca o lejos está de ser un lugar normal. Las puertas se abren en el último piso y Lola y yo los seguimos, porque saben a dónde ir. La vibración de la música me hace intuir que estamos cerca y se hace aún más fuerte cuando subimos por una escalera lateral. Nos espera un señor de traje con una *tablet* en la mano. Ni siquiera revisa la lista porque enseguida reconoce a los chicos y abre la puerta.

Entramos y todo el mundo se da vuelta a mirarlos.

Bueno, no. A mirarnos a nosotras. Porque, claro, acá todo el mundo es famoso o importante. Lo raro es ver a alguien que no lo sea. La sorpresa no es que llegue la banda completa de Gris, sino que hayan venido con dos chicas de las que nadie tiene ni pista de quiénes son. Pero por suerte para mí enseguida todos tienen algo más importante de qué preocuparse o algo más interesante que contarle a la persona con la que están intentando hablar a través de la música retumbando en el espacio. Y dejamos de ser el centro de atención tan rápidamente como lo fuimos en primer lugar.

Recorro el lugar con la mirada y me sorprendo al encontrar caras conocidas para mí, al menos. Actores, actrices, cantantes. Toda esa clase de personas que ves en la tele o te aparecen cada tanto en el *feed* de Instagram.

El lugar parece completamente normal. Gigantesco, eso sí, con una barra enorme y bellísima, que seguramente sirva los tragos de autor más refinados, mesas y sillas ocupadas en los costados y una pista gigante en el centro, llena de gente bailando medio cegada por la intensidad de las luces.

Un boliche como cualquier otro.

A mi lado, escucho que San le grita para hacerse escuchar a mi amiga algo así como “vamos a saludar a Tini”, algo que no tiene ningún tipo de sentido, hasta que me acuerdo dónde estoy y lo tiene.

—¿Y esa quién es? —pregunta Ian mientras Lola se aleja con San, dejándome completamente sola con los demás en pos de perseguir a la cantante de la mano de su nuevo “amigo”.

—¿No sabés quién es Tini? —repregunta Damián asombrado—. Bueno, obvio que no. Me olvidé de que vivís en un frasco —pone los ojos en blanco—. Puedo hacerte escuchar algunas canciones.

—Paso —responde cortante mientras se empieza a hacer una pequeña trenza en el pelo. Supongo yo que para mantener las manos ocupadas.

Ian hace el amague de irse, pero una chica se acerca a saludar a los chicos con toda la confianza del mundo, y se lo impide.

—¡Celes! —saluda Damián cuando ella prácticamente se le tira encima para abrazarlo.

Si fuera físicamente posible, diría que la cara de mala leche de Ian se acaba de poner todavía más intensa.

—¿Cómo estás? —le pregunta ella a Damián sin sacarle los ojos de encima—. Hace tanto que no te veo…

—¡Es verdad! Yo bien, ¿y vos? —responde él.

Y por primera vez desde que los conozco, presencio una situación de la que jamás pensé que iba a ser testigo: Joa y su hermano comparten una mirada cómplice de rechazo.

La tal Celes no parece darse cuenta de la tensión que acaba de generar, porque los saluda como si nada, sonriendo ampliamente. El pelo colorado le llega prácticamente hasta la cintura y sus botas rosas, muy extravagantes, casi hasta las rodillas. El maquillaje colorido y las pestañas postizas, pese a que es bastante temprano, ya no están en su mejor estado. Se nota que la muchacha es todo un personaje.

—Y vos sos… —dice dirigiéndose a mí.

—Julia —la saludo—. Lindas vibras —agrego, porque no sé qué más decir sin que suene totalmente incómodo.

—Un placer —me guiña un ojo—. Estamos con el grupo en las mesas de aquel lado —señala un punto en la distancia, dirigiéndose solo a Damián—. ¿Te veo en un rato? —le pregunta.

—Seguro —responde.

La chica se pierde entre la multitud y descubro que Ian también desapareció. Damián recorre el lugar con la mirada, sin encontrarlo.

—Andá a buscarlo —dice Joa al ver su expresión preocupada—. Después te alcanzamos.

—Ok —contesta y se pierde en la pista.

Quedo yo sola con Joa, que me sonríe.

—¿Querés un chicle? —pregunta sacando un paquete. Agarro uno, él se queda con otro y vuelve a guardarlo —. Te pongo en contexto, porque me imagino que no entendiste nada de lo que acaba de pasar: Celeste es la ex de Damián.

—¿La ex? —pregunto sorprendida—. ¿Y se llevan así de bien?

—Damián es incapaz de llevarse mal con alguien —pone los ojos en blanco—. Ya lo conocés —Joa da por cerrado el tema—. Lo que sí —me dice—: no te confíes demasiado si alguien parece muy buena onda.

—¿A qué te referís?

—Es muy probable que algunas personas se acerquen a hablarte —explica—. Pero aunque parezcan las más copadas del mundo, no les aceptes más de un trago: van a tratar de buscarle la vuelta para sacarte alguna información que les convenga.

—¿Estás seguro? —pregunto—. Suena un poco… exagerado. Ni siquiera me conocen.

—Creeme, sé de lo que hablo —dice—. Acá todo el mundo se lleva bien con los demás solo cuando alguien los está mirando. Te hacen creer que estás en confianza. Y cuando te das vuelta… bueno. Ya te imaginarás —inclina la cabeza hacia un costado—. Lamentablemente, solo te das cuenta cuando ya te clavaron el cuchillo tres veces.

Lo que me dice me resuena. Alguna vez pensé en mi familia y en mi vieja vida de la misma manera. Yo también confiaba en ellos. Ellos también me traicionaron por la espalda.

Tal vez Joa y yo no seamos tan distintos después de todo.

—Está bien —digo apoyando una mano en su brazo para acercarme a él—, te entiendo —susurro.

Apoyo la cabeza en su hombro y lo abrazo, gesto que él me devuelve apoyando con cuidado sus manos en mi cintura. Nos quedamos así por un rato. Su perfume, suave, me invade las fosas nasales. En cierto momento, corro una mano de lugar para entrelazar mis dedos con los suyos. Puedo sentir que algunas personas se dan vuelta para mirarnos. Me da igual.

—¿Querés bailar? —pregunta hablándome cerca del oído para que pueda escucharlo.

—Soy bastante mala bailando —respondo.

Lo que le digo es verdad, pero no toda la verdad. Es cierto que soy mala bailando, porque mis experiencias saliendo de noche se pueden contar con los dedos de una mano. Y todas se reducen a momentos después de que me fui de mi casa.

También está el hecho de que pensar en bailar con él todavía me hace sentir un poco culpable, porque de alguna forma, por cómo estoy vestida y el contexto en el que nos encontramos, lo estaría provocando. Y es algo a lo que aún no me acostumbro del todo. Incluso después de haberme tirado sin remera a una pileta con él, hay algo que hace que me resista a bailar. Tal vez sea lo poco familiar que esta situación es para mí. O la ropa que me puse, que me causa una repentina inseguridad. O la voz de mi papá que, cada tanto, se sigue haciendo presente.

Parecés una puta así vestida.

—Yo también, pero no pasa nada —dice Joa y luego señala la pista con el brazo—. En el fondo, nadie sabe bailar.

Inhalo, exhalo. Trato de encontrar alguna excusa que me sirva para evitar hacerlo. Entonces lo miro y el hecho de que me guste tanto hace que me empiece a parecer un poco estúpido desaprovechar la oportunidad de estar cerca, de divertirme. Porque no puede ser tan terrible, ¿verdad?

Este chico, sin quererlo, está pateando todos mis esquemas.

Finalmente asiento y él, antes de separarse un poco, me besa en la comisura del labio. Yo sonrío y lo vuelve a hacer. Mi sonrisa se hace más grande. Esta vez yo le devuelvo el beso, tan suave y casto como los que él me dio. Parecemos dos quinceañeros. Suena “Sin Culpa” de Duki, como si el DJ estuviera leyéndome la mente para saber qué necesito escuchar, qué canción acompañaría perfectamente este momento.

Entonces Joa, sin soltarme la mano, me lleva y nos metemos entre la gente.

38. Joa

Es la primera vez en mucho tiempo que al estar en un lugar así, rodeado de gente que está acostumbrada a ser observada, me siento observado.

Sé que, en realidad, se debe a la presencia de Julia y no a la mía. Porque a pesar de que las personas presentes sean objeto de los chismes de todo el mundo por el reconocimiento mediático, eso no hace que les saquen las ganas de escuchar chisme sobre los demás. Y si no los tienen, los inventan. Están acostumbrados a verme la cara, pero Julia es un bicho nuevo. Alguien que nadie conoce y no tienen interés en conocer genuinamente: solo saber por qué estoy con ella, o más bien, por qué está conmigo. Aunque en mi humilde opinión deberían hablar de lo linda que está.

No puedo dejar de mirarla. Punto.

Bailar con ella es la cosa más entretenida que hice jamás, a pesar de que soy pésimo y solo me limito a moverme de la forma más básica que la música me permite. O bueno, a lo que se le pueda llamar “bailar” en un espacio donde estamos rodeados de gente por los cuatro costados y hay que andar mirando que nadie te tire su trago encima, aunque esa es la excusa perfecta para tenerla más cerca, lo cual no me molesta para nada.

Algo positivo a mi favor es que conozco absolutamente toda la música. Se encargaron de seleccionar al menos un tema de todos los presentes (mi primo debe estar acosando a Tini para pedirle un autógrafo en este preciso momento, si es que la encontró por fin, apuesto la vida). Aunque nuestros temas los dejan siempre para el final: nadie te va a bailar una canción de rock a la una y media de la mañana hoy en día. Al menos, yo no la bailaría. Y eso que soy cantante de rock.

Mi hermano estaría completamente en desacuerdo con mi afirmación. Es más, probablemente esté apoyado en alguna pared con un gin tonic en la mano (porque en las contadas ocasiones en las que toma, siempre se pide el mismo trago), mirando a todo el mundo con cara de que va a asesinar a cualquiera de los presentes en cualquier momento. Lo entiendo, en parte: jamás vendría a un lugar de estos si no estuviera contractualmente obligado por las relaciones públicas. Y probablemente también Damián está colgado al lado suyo tratando de subirle al menos un poco el ánimo, misión en la que suele fracasar estrepitosamente, porque mi hermano es una piedra con patas y cuando se le mete en la cabeza no cambia de opinión por nada.

Pero no significa que Damián se vaya a rendir porque le tiene más paciencia de la que tiene conmigo. Nunca lo entendí del todo, porque Ian es capaz de sacar de quicio hasta a las personas más centradas. Igualmente, prefiero que esté tratando de hablar con él en vez de estar compartiendo una mesa con Celeste.

A veces no entiendo por qué le gusta tanto sufrir.

Le digo a Julia que me espere diez minutos que tengo que ir al baño, lo cual es una verdad a

medias. Porque sí, tengo que ir al baño. Lo malo del vodka es que se procesa demasiado rápido. Y también tengo que terminar de vaciar la botella que tengo escondida. Nunca se lo admitiría, porque no quiero iniciar una discusión después de los planteos que me hizo en la costanera, creo que no lo entendería. Estoy demasiado sobrio para la hora que es y ni por casualidad pienso comprar un trago en la barra. Porque si bien es un contexto en el que se supone que es "normal" alcoholizarse, Damián sería capaz de tirármelo al piso apenas me vea con uno en la mano. Y los vasos en los que los sirven son demasiado lindos como para romperlos de esa manera. Tal vez debería comprarle uno a Julia igualmente, porque hay que ser un caballero. Aunque no parece ser lo suyo. Le susurro al oído que no se vaya muy lejos, le doy un beso en la mejilla y empiezo a empujar para salir del mar de gente.

No tardo en ubicar los baños y me dirijo hacia allí con rapidez. Cruzo el mínimo pasillo que lleva hasta la puerta, completamente ocupado por parejitas siendo felices, y entro. La luz está baja, lo cual agradezco porque una cien por ciento blanca después de estar en medio de la pista me hubiera dejado ciego. Está, también, vacío. Voy a uno de los cubículos del fondo (sí, un baño para hombres con cubículos con puerta, también se agradece) y cierro con traba. Tengo unas ganas desesperadas de vaciar mi vejiga, pero primero, la botella.

La destapo en el mayor silencio posible y tomo todo lo que queda casi de un trago. Al principio, me costaba acostumbrarme al ardor que produce en mi garganta, pero lo acepto con tal de sentir la liviandad que viene después. Trago y suspiro un poco aliviado. Tengo el estómago semivacío, por lo que no tardo en sentir el calor envolviéndome.

Lo necesitaba.

Limpio los restos que me quedaron en los labios con la remera, tapo la botella y la apoyo en el piso con cuidado para guardarla después. Me dispongo a desabrocharme el pantalón. Apenas termino de orinar, muevo la traba corrediza, pero algo me frena antes de salir. Una discusión. Dos voces conocidas resuenan muy cerca. Dejo de moverme (y hasta de respirar) cuando las identifico.

—Deberías estar vigilando a mi hermano, no a mí —suelta Ian.

—Joa está con Julia. Está bien —responde Damián—. No voy a ir a interrumpirlo.

—Sí, seguro —afirma con ironía—. Seguro que Guzmán va a ser muy considerado si ve que está con su noviecita. O si ve que está borracho, como siempre —enfatiza esto último con un desprecio que se siente en el aire. Hasta me puedo imaginar su cara de tantas veces que lo escuché.

Me había olvidado completamente de que existe la ligera posibilidad de que le tenga que ver la cara a ese tipo.

—Guzmán no va a hacer nada enfrente de tanta gente.

—Si vos decís… —concluye.

Escucho el ruido de la canilla abrirse. Mi hermano no agrega ni una palabra más. Es de las cosas

más irritantes que suele hacer cuando discutís con él: hacer de cuenta que te da la razón e ignorarte para dejarte gritándole al aire. Me causa tanta rabia que la última vez que lo hizo casi le rompo la nariz. Fue hace varios meses, pero al parecer la reacción física que generó de mi parte no hizo que dejara de hacerlo. Tal vez, le dieron más ganas.

Y sé, por su reacción, que a Damián le fastidia tanto como a mí.

—Estoy harto de esto —bufa exasperado.

—¿Harto de qué? —contesta Ian con tono monocorde.

—De que siempre hagas lo mismo —suelta—. Decís que te da igual todo, que no te importa lo que hagan los demás, pero de alguna manera siempre estás en el medio rompiendo las pelotas —eleva el tono de voz, pero enseguida lo vuelve a bajar—. Si te diera igual, no estarías literalmente aplicándome la ley del hielo solo porque saludé a alguien que te cae mal.

—Nunca te pedí que me siguieras —responde—. Me da igual si estás acá, fumándote un porro en el patio o cogiéndote a tu ex, Damián. Es tu problema si volvés con la que…

—¿Ves? —Lo escucho acercarse—. Te importa. Y lo sé porque podrías haber decidido no venir. Y no me vengas con que Martin te trajo arrastrado porque sabés perfectamente que no tiene tanto poder sobre vos. Sabés que te tiene pánico y va a hacer cualquier cosa para conformarte. Además ¡sos Ian Keuler! —grita—. En este preciso momento, vendemos tanto como banda que ninguna persona te va a cuestionar que decidas no venir a una fiesta donde absolutamente nadie te supera ni en ventas, ni en talento —enumera—. Pero acá estás, parado con tu cara de orto vigilando que no hagamos nada que a vos no te guste.

—Estás delirando —le contesta Ian, nervioso.

—No lo estoy, ¿verdad? —se acerca aún más y por el ruido intuyo que lo agarró del cuello de la camisa—. Estás acá para… ¿cuidar a tu hermano? Lo dudo, siempre me termino encargando yo —reprocha—. ¿Tu primo? Nah, está más allá del bien y del mal —hace una pausa y pregunta—. ¿Qué nos queda?

Silencio. Tengo miedo de olvidarme cómo se respiraba.

—No entiendo cuál es tu punto.

—En la fiesta donde Joa desapareció —empieza—, te dio igual que no estuviera, aunque yo estaba tan asustado que casi llamo a la policía. Sin embargo, cuando un modelo me ofreció un trago, de la nada te empezó a importar tanto el paradero de tu hermano que insististe hasta que nos fuimos. También —continúa—, cuando te enteraste de que cierta bailarina me estaba escribiendo por DM casi no me dirigiste la palabra hasta que supiste que dejé de hablarle. Y recién —agrega—, estabas lo más tranquilo hasta que me quedé hablando con Celeste en una mesa. ¿Qué es esto? ¿Acaso discriminás a la gente pelirroja y por eso te molesta que me hablen o qué? —pregunta riéndose con ironía.

—Punto uno: Celeste no es pelirroja, está teñida de naranja. Y esos son conceptos totalmente

diferentes —explica—. Punto dos: tengo mil y un motivos para no soportarla que no tienen que ver con vos. Punto tres: ¿se puede saber qué estás insinuando con todo esto?

—Que estás celoso.

No puedo evitar abrir la boca, sorprendido.

—Damián, por Dios —dice—. Sabés que soy asexual.

—¿Ah, sí? —pregunta—, porque conmigo no se te nota. Nunca se te notó, de hecho. ¿Hace falta que empiece a enumerar?

Lo dice tan bajo que apenas llego a escucharlo. Suelta a mi hermano, que se aleja, se queda quieto unos segundos y sale hecho una furia, golpeando el secador de manos a su paso (espero que no con la mano entablillada).

Estoy paralizado, completamente. Damián abre una canilla y escucho que se lava las manos y la cara. Su respiración agitada me hace suponer que está enojado como pocas veces lo vi. Me pregunto si debería salir o quedarme encerrado hasta que se vaya. Pero recuerdo que Julia me está esperando, probablemente en el mismo lugar donde la dejé, y sería muy maleducado de mi parte hacerla esperar.

Si salir justo en este momento, delatando el hecho de que escuché toda la conversación, es una idea terrible, el vodka está haciendo que no lo parezca. Muevo la traba lentamente y, botella en mano, abro la puerta y salgo.

Damián gira, sobresaltado. A pasos lentos, me voy acercando hasta él. Tiene la cara empapada y los ojos rojos. Como si estuviera a punto de llorar. Y al verme, no hace más que empeorar. Estoy casi cien por ciento seguro de que soy la última persona que quiere ver en este momento. Me apoyo contra la cerámica de la pared y quedamos frente a frente. Más tarde que temprano, noto que hasta me olvidé de cerrar la boca.

Me siento como cuando enganchás una novela en la tele, pero después de perderte diez capítulos, y no entendés absolutamente nada de cómo es que los personajes llegaron a esta situación.

Sí, exactamente así.

—La puta madre, Joaquín —suelta y se apoya contra la mesada, ya no me mira directamente, sino a través del espejo—. ¿Qué mierda hacés acá?

—Tenía que ir al baño —me encojo de hombros—. No tenía manera de saber que en el proceso se iba a desatar la tercera guerra.

Me tiro el pelo hacia atrás con nerviosismo. Porque no tengo ni la más puta idea de cómo reaccionar frente a todo lo que acabo de escuchar. Trato de regularizar mi respiración, pero no lo consigo. Es demasiada información como para procesarla en este momento y en este estado.

—¿Cuánto escuchaste? —pregunta sin poder mirarme, ni siquiera a través del espejo.

—Todo —confieso—. Yo… —me toma un tiempo encontrar las palabras y articularlas correctamente—. Me falta contexto. Ustedes dos están…

—Si tu pregunta es si estamos saliendo, la respuesta es no.

—¿Entonces?

Hace una pausa, pensando en lo que va a decir a continuación. Traga saliva con fuerza. Mira hacia arriba y parpadea, intentando contener las lágrimas, sin éxito. Se limpia con la manga de la remera, aún sin mirarme.

—Perdón —empieza a sollozar—. No sé qué me pasa. A veces siento que no entiendo ni la mitad de las cosas. No quería complicar las cosas —dice—. Sé que entre ustedes está todo demasiado tenso y…

Por cómo se tambalea cuando da un par de pasos hacia atrás y cómo arrastra las últimas palabras, puedo intuir que también estuvo tomando. Quizá no tanto como yo, pero lo suficiente como para decirle de frente a Ian todas esas cosas que al parecer nunca se atrevería.

—Ey, no estoy enojado —trato de calmarlo acercándome a él y agarrándole el brazo con cariño —. Creo que voy a necesitar tiempo para procesarlo, pero está bien. ¿Era esto lo que no podías contarme?

Damián asiente. Y por su expresión, puedo intuir que estaba esperando una reacción totalmente distinta de mi parte.

—¿Estás seguro de que no estás enojado? —pregunta—. Lo entiendo si lo estás, en serio. Ya sé que rompí todos los códigos de amistad con esto.

—Damián, en serio: está bien —me acerco más a él, para pasarle un brazo por los hombros—. ¿Cómo me voy a enojar porque te guste alguien?

—No es solo “alguien”: es tu hermano.

—Sí, bueno. Por ahí me tome un tiempo asimilarlo —admito—. Pero no por los motivos que vos pensás. Es solo que…

—¿Qué?

—No pensé que tuvieras tan mal gusto.

En medio de su llanto, se le escapa una risa y de repente es como si nos olvidáramos de lo que acaba de pasar porque nos empezamos a reír a carcajadas. Quizá se deba a que el alcohol ya nos pegó a los dos y en otro momento mi intento de chiste no daría tanta risa. Lo abrazo con fuerza.

—Dami —digo sin soltarlo.

—¿Qué pasa?

—Por favor, nunca sientas que voy a juzgarte por nada —me alejo un poco para mirarlo a los ojos—. Estoy de tu lado, pase lo que pase.

Él apoya su cabeza en mi hombro.

—Te quiero, Joa —susurra.

—Yo también te quiero —respondo.

Nos separamos y el mareo que siento por haber movido la cabeza muy rápido me revela lo mucho que ya me está costando mantenerme erguido. Me apoyo sobre la cerámica, intentando recomponerme.

Alguien a quien no reconozco entra al baño y nos ve, pero más allá de una mirada de extrañeza no emite ningún comentario y se dirige hacia los cubículos. El ruido de la música viniendo desde afuera, antes reducido por la puerta cerrada, es una súbita ráfaga de conciencia que me trae de vuelta.

—Puta madre —suelto—. Me olvidé de Julia.

Damián se acerca y abre una canilla.

—Mojate la cara —dice.

Es sorprendente como este chico hasta hace treinta segundos o algo así estaba llorando por un corazón roto y ahora es capaz de preocuparse porque yo me vea decente para volver a buscar a la chica con la que estoy saliendo después de haber desaparecido por vaya a saber cuánto tiempo.

Descubro un poco tarde que mojarse la cara teniendo glitter y delineador en los ojos es una pésima idea y quedo igual que un mapache. Estoy seguro de que Damián tampoco lo pensó. Frente al evidente desastre, saca un par de toallas de papel, las moja y empieza a limpiar las manchas negras que se formaron bajo mis ojos. Por suerte, mi delineador no es resistente al agua y sale con facilidad. Por último, saca un frasquito de glitter de un bolsillo y se acerca para volver a ponerme en reemplazo del que se me salió.

—Perfecto —dice. Mientras vuelvo a guardar la botella en mi pantalón—. ¿Joa?

—¿Qué?

—Tené cuidado —suelta—. Escuché que Guzmán iba a venir. Hasta ahora no lo vi, pero tengo miedo de que te lo cruces y…

—Eu —lo corto—, no hace falta que te preocupes por mí. ¿Qué me va a hacer? No le veo la cara desde hace meses.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro —aprieto su hombro—. Vos hacé la tuya. Dejá de pensar en los demás por un segundo y divertite.

Le sonrío y me devuelve el gesto.

—Está bien —dice—. Ahora corré, que Julia te debe estar esperando.

Entonces sí, salgo para volver a chocarme con la multitud. Me cuesta recordar el lugar donde le dije a Julia que me esperara y ni siquiera estoy seguro de que siga ahí de todas maneras. Ok, Joaquín, tratá de pensar. Empiezo a meterme entre la gente, dirigiéndome al límite entre la pista y las mesas. Paso por al lado de varias personas que me saludan y me invitan a sentarme, pero a todas les respondo que estoy buscando a alguien, que quizá más tarde me una (ni por casualidad). Camino bordeando la pista, sin dejar de recorrer con la mirada todo el lugar a ver si consigo identificarla.

Escucho que alguien me llama. Trato de evadirlo (ya sin disimulo) mientras sigo en mi misión. Sin embargo, el chabón no se rinde y me toca el hombro para llamar mi atención. Me giro, dispuesto a decirle de una manera muy poco agradable que me deje en paz, hasta que veo que me está extendiendo mi billetera.

—Se te cayó, amigo —dice.

Mientras tomo la billetera analizo su cara hasta que, finalmente, consigo reconocerlo.

—¿Vos sos Manu Spinetti? —pregunto—. ¿El escritor?

—El mismísimo —responde riéndose.

—No sabía que invitaran a escritores a estas fiestas —suelto y enseguida me retracto—. Perdón, eso sonó mal. No quería…

—No te preocupes —me interrumpe restándole importancia—. Es cierto que no invitan a escritores muy seguido. Solo si vendemos más de cien mil copias y firmamos contrato para una adaptación en Netflix.

—¿O sea que vos…?

Enseguida alguien lo llama y se va. No llego ni siquiera a agradecerle.

Continúo mi camino hasta que, finalmente, logro divisar a Julia. Está apoyada contra una pared, lata de Coca-Cola light en mano, hablando con un grupo de chicas que reconozco de una banda indie. Me pongo un poco nervioso, pero algo me dice que escuchó mi consejo. Antes de acercarme a ella, saco un chicle del paquete que tenía guardado y me lo meto en la boca, porque no tengo idea de qué pasó con el anterior. Julia, enseguida, se da vuelta para mirarme, pero no me sonríe. Solo levanta las cejas, como buscando una explicación.

—Perdón —le digo cuando quedo frente a frente con ella—. Lo puedo explicar. Ah y hola —saludo dirigiéndome al grupo de chicas—. ¿Nos dan un segundo?

Ellas asienten y se van para un costado, diciéndole a Julia que cuando quiera se puede sentar con ellas, y quedamos solos.

—Desapareciste casi treinta minutos. Para ir al baño. Que está a veinte pasos de donde estamos ahora —me reclama—. Estas chicas me rodearon y no sabía dónde meterme.

Cierro los ojos, tratando de encontrar un argumento que suene coherente, pero sin revelar cada pequeño detalle de todo lo que me acabo de enterar. Porque dudo que le importe. Recapitulo mentalmente todas las veces en las que me mandé alguna cagada con ella y tuve que terminar dando explicaciones, y a esta altura del partido ya suman más de veinte. Tengo la sensación de que mis explicaciones suenan cada vez más a excusa, que es precisamente lo que no quiero que pase.

—Ya sé, ya sé. Fue mala mía —me empiezo a disculpar levantando las manos en señal de rendición—. Pero no fue a propósito. Resulta que cuando entré al baño, me encontré con Damián, que se estaba peleando con mi hermano y… —no sé qué tanto más contar para que tenga sentido, pero sigo explicando—. Bueno, tuve que quedarme a hablar con él. Estaba llorando y no podía irme…

No sé qué más agregar. *No aclares que oscurece, Joaquín*, me digo. Julia se queda unos segundos mirando a la nada, pensativa, como reflexionando sobre si creer o no lo que le acabo de contar. Por un momento, estoy casi completamente seguro de que me va a mandar a la mierda. Y de repente, al parecer recuerda algo, porque su expresión se suaviza con un gesto de comprensión que no llego a entender del todo, pero tampoco cuestiono.

—Está bien, no me tenés que explicar nada —dice cortando el tema y le da un sorbo a su gaseosa —. ¿Está mejor ahora?

—Sí, eso creo —respondo, dubitativo, porque tampoco podría afirmarlo con completa seguridad.

—Genial —sonríe de una forma un poco forzada—. Por cierto, ¿hasta qué hora dura esto? —pregunta.

—Hasta la hora que quieras que dure. Podemos irnos cuando quieras —levanto una ceja.

Me abofeteo mentalmente porque eso sonó veinte veces más sexual de lo que pretendía.

—Ok. Porque estoy aburridísima —pone los ojos en blanco.

—Sé que no es muy tu ambiente —comento.

—Sabés que soy más de planes tranquilos. Aunque tampoco está mal, eh —aclara—. Es divertido cada tanto. Siempre y cuando tu amiga no haya desaparecido con su chongo.

—No la estoy defendiendo —digo—, pero estoy casi seguro de que se fue para que estuvieras sola conmigo.

—Hubiera servido —hace una mueca—. Si no hubieras desaparecido también.

Lo dice con un subtono de reproche que me recuerda lo estúpido que soy por haberla dejado sola cuando el punto es que la invité para estar con ella. Otra más a la lista de cosas que hago mal.

Tengo que pensar alguna manera de remontar esto si no quiero que me corte definitivamente.

—Claro —suelto sin saber más que decir—. ¿Hay algo que pueda hacer para arreglarlo?

Me apoyo en la pared con una mano porque el mareo está haciendo que me cueste más mantenerme en pie. Y tampoco quiero que piense que estoy completamente en otro planeta.

—Quizá —concluye dándole otro sorbo a su Coca-Cola—. ¿Ves a esa chica de allá?

Señala a una rubia, a quien reconozco como la actriz de la nueva novela de la tele, sentada arriba de una de las mesas, con el cuerpo orientado hacia donde estamos nosotros, sin despegar la vista de su teléfono, pero en un gesto que enseguida reconozco como el típico que usás cuando 1: no querés hablar con gente o 2: estás mirando disimuladamente otra cosa.

—Sí. ¿Qué tiene?

—No paró de mirarte desde que llegamos.

—Puede ser… no le presté atención —digo un poco desconcertado—. ¿A qué vas con esto?

—Bueno —arruga la lata vacía y la tira para embocarla en uno de los tachos de basura de una esquina con mucha agilidad. Después, se acerca y me habla a pocos centímetros de mi cara—. Quiero ponerla celosa.

Y eso me provoca un poco más de lo que creo que debería. Siento el calor subirme por el cuerpo y en menos de un segundo me olvido de que me estaba empezando a sentir mareado. Porque ahora tengo un solo pensamiento: ella. Casi sin pensar, la acorralo contra la pared y la empiezo a besar. Normalmente, no me atrevería, aunque me muriera de ganas. Pero es otro de los beneficios de no estar sobrio. Julia pasa los brazos por detrás de mi cuello y yo aprovecho para agarrarla de la cintura con todavía más fuerza.

Y aunque lo intento, soy incapaz de ponerle un freno a mi cabeza. Pido internamente que mi cuerpo no me traicione. Me va a resultar difícil, porque tampoco tengo ningún interés en alejarme ni un centímetro de ella. Estoy seguro de que la chica rubia se está queriendo morir en este momento. Nunca nos habíamos besado de esta manera tan… ¿desesperada? Tal vez sea la manera de definirlo. Una manera que borra en un segundo cualquier idea racional que se me pueda cruzar. Si no estuviéramos rodeados de gente, le arrancaría el top en este preciso momento. Bueno, en realidad nunca me animaría, aunque si sigo imaginándomelo, mi cuerpo definitivamente me va a traicionar.

Nos separamos un segundo para recuperar aire y cuando la miro no puedo evitar sonreír y sentirme el chabón con más suerte de todo el puto mundo. Que esta chica me dé bola me sigue pareciendo un montón. Que siga acá conmigo después de todo lo que vio de mí. Que no haya salido corriendo después de conocerme de verdad. Elijo creer que es una buena señal.

Esto es una variable que jamás habría esperado.

—¿Me acompañás a buscar algo a la camioneta? —pregunto.

Lo hago esperando que no se lo tome literal, pero tampoco como una indirecta. Porque sí, quiero estar con ella sin gente mirándonos. Pero no de *esa* manera. O sí, porque quiero, pero… En fin. Sé que la gente se suele sorprender cuando se entera: ¿cómo Joa Keuler va a entrar en pánico cuando está cerca de tener intimidad con alguien? Buenas noches, me presento, ese soy yo. Las pocas mujeres con las que estuve prácticamente hicieron todo el trabajo por mí, por lo que probablemente soy un desastre en el sexo, pero nadie jamás se atrevió a decírmelo a la cara.

—Ok —sonríe de nuevo, me da un beso rápido y me agarra la mano para que nos vayamos.

De reojo, miro a la chica a la que Julia se refería y compruebo que efectivamente tiene una cara de orto monumental. Me causa gracia la situación: ni que yo fuera la gran cosa.

Otra presencia que noto es la de mi hermano. Si bien apenas dirijo la mirada hacia donde está, desvió la suya, es imposible disimular que me estaba vigilando.

Como si yo no pudiera cuidarme solo.

Me dejo llevar por Julia y en poco tiempo atravesamos todo el lugar hasta llegar a la puerta de salida. La cruzamos y le hago una seña al guardia de que en un rato volvemos. No le da mucha importancia. Probablemente somos la veinteava pareja que ve salir. Nos metemos en el ascensor y el ruido de la música se amortigua cuando la puerta se cierra y empezamos a bajar. En el trayecto, me aseguro de mantenerla cerca de mí. No nos besamos, pero estamos cara a cara, ella jugando con mi pelo, yo acariciándole la piel descubierta que deja ver lo que lleva puesto. Y es diez veces más provocador que cualquier cosa que haya hecho jamás. Ella se muerde el labio inferior con suavidad y estoy convencido de que eso acaba de aniquilar la última neurona racional que me quedaba.

La puerta se abre diez pisos más abajo y salimos al estacionamiento. Yo me tambaleo un poco sin querer y Julia me ayuda a incorporarme. Aprovecho para rodearla con un brazo y apoyar mis labios en su mejilla. Avanzamos y bajamos los dos escalones que separan la entrada que lleva al ascensor de donde están estacionados los autos. Entonces, ella frena y me pregunta:

—¿Hay algún baño por acá? Me olvidé de ir cuando bajamos.

—Creo que sí —recorro el lugar con la vista—. Allá —señalo un cartel a la derecha cuando lo identifico—. ¿Te acompaño?

—No te preocupes, vuelvo enseguida —me responde—. Si querés, andá yendo. A buscar la camioneta, digo.

Asiento y se va caminando. El ruido de sus pasos se pierde en la distancia después de algunos segundos. Entonces, me siento en la escalera y la adrenalina causada por la música fuerte, el amontonamiento, las luces y Julia desaparece. Todo es silencio.

Y, en consecuencia, la sensación que más odio cae de golpe sobre mí.

Tan rápidamente como llega la paz, siempre llega el mareo intenso. Las náuseas. El cansancio del cuerpo. El dolor de cabeza. La conciencia. Me masajeo la sien con las manos para tratar de

apaciguarlo, lo cual no sirve de absolutamente nada. Porque tengo sueño y frío. De repente, deja de ser divertido y todos los sentimientos que detesto vuelven con aún más fuerza que cuando empecé a tomar para olvidar que estaban ahí. Me siento sin propósito. Me odio más que de costumbre. Y lo único que quiero es irme a mi casa y meterme en la ducha hasta quedarme dormido de tanto llorar.

La única manera de calmarlo, según descubrí en mi experiencia, es seguir tomando. Hasta que en algún punto que siempre olvido caigo inconsciente.

Pero no tengo nada con qué atragantarme. A mi izquierda, hay una botella de Jack Daniels edición limitada, aunque noto cuando la agarro que está completamente vacía. Ni una gota. No juzgo a quien sea que se la haya terminado: yo también lo haría. La vuelvo a apoyar y me dispongo a sacarme los zapatos. Que sí, que los borcegos con plataforma son muy estéticos y todo eso, pero las ampollas que me van a salir después de haberlos tenido puestos durante tantas horas me van a dejar sin caminar una semana. Y no estoy seguro de que valga la pena torturarme de esa manera intentando que me hagan una mejor figura. Los dejo a un costado, al lado de la botella. Me incorporo como puedo y no me los llevo, porque estoy cansado y pesan demasiado. Ya los usé mucho tiempo: podría decirse que cumplieron su ciclo. Tal vez alguien mañana por la mañana los encuentre y les pueda dar una mejor vida.

Camino a tientas, en la oscuridad. Hay todavía menos luces encendidas que cuando llegamos, lo que le da al lugar un aspecto de lo más terrorífico. Me muero de ganas de abrir la puerta de la camioneta, prender la calefacción y taparme con la frazada que dejé guardada una vez en el baúl, por motivos que ahora no recuerdo. Y con Julia abajo de la frazada conmigo, de ser posible. Trato de recapitular mentalmente en cuál de todos estos lugares la estacionamos, pero no lo consigo. Termino parado, en el medio del lugar, completamente perdido. Hasta que unos pasos detrás de mí me llaman la atención. Pienso que es Julia, pero enseguida me doy cuenta de que no podría estar más equivocado.

—Es bueno verte —dice Guzmán sonriendo mientras juega con sus uñas pintadas de negro—. Lo estaba esperando, de hecho.

De todas las personas en el planeta Tierra que me podría encontrar solo, en un lugar oscuro, sin cámaras ni seguridad de ningún tipo, me tengo que cruzar con el violento drogadicto a quien amenacé por televisión nacional. Reiteradas veces.

La reputísima madre que me parió.

—Ey —lo saludo levantando una mano, intentando que no se note que estoy temblando—. No te escuché llegar.

Inmediatamente, empiezo a pensar en maneras para escapar. Mi corazón comienza a latir desbocado. Salir corriendo queda descartado: mide bastante más que yo y me alcanzaría enseguida. ¿Gritar? Dudo que sirva de algo. Al parecer solo somos Julia y yo acá abajo de momento y lo último que quiero es que salga. Dios, que sea realidad ese estereotipo de que las mujeres tardan diez años en el baño. Porque si sale, probablemente está todavía más en peligro que mi propia integridad. Enfrentarlo… ¿tal vez? Que yo sepa, se hace el malo, pero tampoco levantó una pesa en su vida. Pelearíamos por quién está más intoxicado (una expresión tan típica

de mi hermano que me causa *cringe* de solo pensarla).

—Me imaginé —dice articulando las palabras con dificultad—. Estabas muy distraído con tu noviecita.

Todas las opciones de escape que podría llegar a pensar se van al carajo cuando saca una navaja brillante del bolsillo. Trago saliva con dificultad. La adrenalina me hizo olvidar las ganas que tenía de dormir y que me estaba muriendo de frío. Porque si no se me ocurre algo, me voy a morir. Literalmente.

—No es mi novia —aclaro en un intento desesperado por dejarla afuera de la ecuación y, por ende, fuera del punto de mira de este loco.

—Me dan igual los detalles —dice—. Vos y yo tenemos algo pendiente, ¿no te parece?

Avanza dando pasos lentos y poco coordinados, frente a los que yo retrocedo a igual velocidad. No me saca los ojos de encima y sus pupilas están tan dilatadas que parecen los ojos de un gato. Uno muy enojado.

—¿Creés que podés amenazarme así como si nada? ¿A *mí*? —continúa.

—Podemos resolver esto como personas civilizadas —respondo ahora con ambas manos en alto en señal de rendición.

Mi comentario, lógicamente, no suscita ninguna reacción a mi favor. Si causa algo, es aún más ganas de asesinarme.

—Estamos solos, vos y yo —y cuando dice esto se le forma una sonrisa completamente desquiciada—. ¿Dónde está esa no-novia tuya? —pregunta—. Debería ir a saludarla también.

De solo pensar en que le pueda llegar a poner una mano encima a Julia me atacan de nuevo unas desesperadas ganas de vomitar. Por favor, que no salga. Escucho el ruido del ascensor a lo lejos y, por más que es totalmente improbable, deseo con todas mis fuerzas que sea ella subiendo de vuelta. No podría soportar que la lastime. Tampoco puedo decirle a este tipo “ey, no te metas con ella”, porque no va a servir de nada. Cuando te encontrás a alguien en este estado, la frase “todo lo que digas puede ser usado en tu contra” es llevada a un nuevo extremo.

Retrocedo despacio tratando de no trastabillar. Si bien el saber que estoy, literalmente, al borde de la muerte hizo que mi cuerpo se despertara de golpe, tampoco es que caminar de espaldas mientras un loco me amenaza con una navaja me sea una tarea fácil. Tratar de hablar con él está completamente más allá de mis posibilidades. Está demasiado fuera de sus cabales. Puedo sentir que está disfrutando cada segundo. Sabe que tiene la ventaja. Sabe que nadie que pueda frenarlo va a encontrarnos. Sabe que por más que grite, cuando puedan localizarme, va a ser demasiado tarde.

Termino acorralado contra una de las columnas del estacionamiento. Está tan oscuro que no me doy cuenta de su existencia hasta que choco la cabeza con ella. Guzmán me mira fijamente, como decidiendo cuál va a ser el preciso momento en que va a atacarme. Se pasa la navaja de

una mano a la otra y se ríe de mí mientras tanto. No puedo creer que fui tan imbécil de meterme con él en primer lugar. Aún peor: amenazarlo enfrente de miles de personas. Si esto no es la consecuencia de mis propios actos…

El silbido que hace retumba en el espacio vacío.

—Parece que nos está ignorando —dice—. ¿Qué opinás? —vuelve a reírse—. ¡Julia! Así se llama, ¿verdad? ¿O me la estoy confundiendo con alguna otra? Mis fuentes no siempre están actualizadas.

Veo a lo lejos la sombra de una figura escondiéndose detrás de un auto. Rezo, aunque no sea creyente, para que el extraño llame a seguridad, a la policía o haga cualquier cosa que me salve de esto.

Guzmán finalmente ataca, sin mediar palabra. Da dos pasos rápidos y me cubro por acto reflejo. Veo pasar frente a mis ojos escenas inconexas de mi vida. No tengo lugar para dónde correr: de esto no puedo escaparme. Me resigno a morir y a que la chica con la que estoy saliendo sea la primera en encontrar mi cadáver. Si es que a ella no la asesina brutalmente también.

Y es entonces cuando escucho el golpe, los vidrios y el cuerpo desplomándose sobre el suelo. No siento dolor, lo cual me toma por sorpresa. Por un segundo pienso que, efectivamente, ya estoy muerto y todo esto es solo una alucinación. Pero cuando abro los ojos, se adaptan a la oscuridad de nuevo y presencio la escena frente a mí, caigo en la cuenta de que milagrosamente sigo con vida.

Guzmán está tirado en el piso, inconsciente. La sangre brota despacio de la herida en su cabeza. No puedo estar seguro de que respira y tampoco sé si me importa del todo. No siento que sea una pérdida significativa para la sociedad. Perdón, ya sé que suena mal. Por ahí solo lo estoy pensando porque acabo de salvarme de morir… No, mejor dicho, *acaban* de salvarme de morir apuñalado por un drogadicto.

La figura del atacante, a quien poco a poco comienzo a identificar, sigue con lo que queda de la botella en la mano. Enseguida reconozco el Jack Daniels que dejé tirado en la escalera. Es una pena: pensaba agarrarla después y quedármela para mi colección. Pero muerto tampoco podría coleccionar nada, así que puedo perdonar a mi salvador místico por esto. Puedo perdonarle muchas cosas después de esto. De hecho, voy a estar en deuda toda la vida que ahora voy a tener la posibilidad de vivir. Tengo que empezar a maquinar ideas desde ya. Fijo mis ojos en esta persona, la enviada del destino, que se queda inmóvil, como si estuviera reflexionando sobre lo que acaba de hacer.

Recuerdo que, según me contaron, no es la primera vez que me salva la vida. Aunque tampoco es completamente inesperado. De alguna manera, me esperaba que Julia pudiera ser un poco salvaje.

39. Julia

Yo solo quería coger. No partirle la cabeza de un botellazo a un tipo drogado para salvarle la vida a mi chongo. Por segunda vez desde que nos conocemos.

Y acá estoy, otra noche más que termina de manera completamente desastrosa para mí. En una situación que no tengo ni la más puta idea de cómo manejar. A nada de volver a estar metida en un patrullero, otra vez.

A mí nadie me advirtió que Joa Keuler te llevaba a hacer tantos desastres.

—¿Está…? —pregunto.

—No tengo ni idea —responde Joa.

Tengo que admitir que lo que acabo de hacer fue meramente por impulso. Y recién ahora empiezo a caer en la cuenta de que no solo esto me va a traer unos problemas terribles, sino que además podría haberme muerto en el intento. O Joa se podría haber muerto. Pero ¿qué se suponía que hiciera? ¿Dejar que lo apuñalara y esperar pacientemente que venga por mí? El tipo estaba desquiciado. Si no lo frenaba yo, nadie más iba a hacerlo.

Inhalo. Exhalo. Trato de no salir corriendo sin mirar atrás.

—¿Qué hacemos? —pregunto casi en un susurro.

—Eh… —Joa se queda pensando—. Bueno, probablemente es una idea pésima, pero…

—¿Qué?

Me extiende su teléfono desbloqueado, con un número abierto en la lista de contactos.

—Llamá a mi hermano.

Lo miro con la boca abierta.

—¿Estás loco? —le recrimino—. Estoy segura de que me odia. Además, ¿por qué tengo que llamarlo yo?

—Si ve que soy yo, va a cortar la llamada —explica—. Si llamo a Damián, va a entrar en pánico. Si llamo a San, también va a entrar en pánico. Y no… —hace una pausa, para luego concluir en voz baja—. No tengo a nadie más en quien confiar.

Dudo unos segundos, hasta que finalmente dejo el pedazo de botella en el piso y agarro mi teléfono para marcar el número. Sin querer, mancho la pantalla con la sangre que no me pertenece. Trato de no pensarlo demasiado, aunque los dedos me tiemblen al tocar el teclado.

Me pongo el celular en la oreja. Ian contesta al segundo timbrazo.

—¿Hola? —dice del otro lado.

—Hola —respondo—. Soy Julia. Yo, nosotros… —me tropiezo con mis propias palabras—. Estoy con Joa. Tenemos un problema.

Suspira con un dejo de resignación. Por el silencio de fondo, puedo intuir que ya no está en el medio de la fiesta.

—¿Y ahora qué hizo?

—¿Joa? Nada. Está bien —aclaro—. Es solo que… por Dios, podría terminar presa por esto —suelto sin filtro—. Por favor, estamos en el estacionamiento. Ala —busco el cartel con la mirada — 8B. Y vení solo.

Del otro lado no recibo respuesta. Solo corta la llamada. Y tengo unas ganas tremendas de darme la cabeza contra la pared.

—¿Qué te dijo? —pregunta Joa

—Nada.

Dejo mi celular en mi cartera y me apoyo contra la pared. Tal vez el shock sea la única razón por la que todavía puedo mantenerme parada y articular palabras medianamente coherentes.

Me limpio las manos en el pantalón, aunque por la tela engomada no es precisamente efectivo. Termino frustrándome y abandonando la tarea. Me cruzo de brazos, porque encima me estoy muriendo de frío, y miro hacia arriba. Quizá, y solo quizá, tengamos una intervención divina que nos saque de esta.

—Joaquín —escucho enseguida la voz de Ian detrás nuestro—. ¿Te dejamos solo diez segundos y tu novia ya mató a alguien?

Me doy vuelta lentamente y lo encuentro parado, con los borcegos de Joa en su mano sana, con una expresión que no consigo identificar. Sé que le caigo mal y siento que el hecho de que (posiblemente) acabo de asesinar a alguien no va a elevar su concepto sobre mi persona. Además, si realmente lo maté, significa que Ian es un testigo. Un testigo que no va a dudar en inculparme.

Pienso que tal vez no tendría que haberle hecho caso a Joa.

Con una calma que asusta, se acerca hasta donde estamos, deja los borcegos en el piso y se arrodilla al lado de Guzmán. Mueve su cabeza hacia un costado para revisar su herida y le toma el pulso. Miro a Joa que está todavía apoyado inmóvil, pegado a mí, después a Ian buscando respuestas.

—No está muerto —afirma Ian—. Ni se va a morir tampoco. Le pegaste bien —me dice—.

Probablemente se despierte mareado y le tengan que dar un par de puntos, pero la cocaína le va a hacer peor a la larga —se levanta y saca un pañuelo descartable para limpiarse la mano, que también se le manchó con sangre—. Tuviste suerte —dice dirigiéndose a su hermano.

Joa asiente, sin decir una palabra, pero se despega de la pared para acercarse. Inspecciona la escena y después vuelve hacia donde estoy.

Entonces, me abraza.

—Gracias —susurra—. Y perdón por meterte en esto.

No me sale nada para responderle. Me quedo abrazada a él, como si concentrándome solo en esto pudiera alejarme del quilombo en el que me metí. Me agarro con fuerza de un pedazo de la tela de su remera, en un intento desesperado por contener las lágrimas.

—Muchachos, no les quiero cortar la inspiración, pero —dice Ian señalando con ambos brazos a Guzmán— tenemos que encargarnos de esto.

Y cuando lo señala, Joa se separa de mí y yo, al mirarlo a él, a Guzmán, a Ian y a la situación… no puede ser. Casi acabo de matar a una persona. A una persona asquerosamente famosa. Que sí, que es un tipo bastante desagradable y todo, aunque… La puta madre. No tendríamos que estar acá parados: tendríamos que llamar a una ambulancia, pero no se me ocurre ni una forma de explicar esta situación sin que incrimine a nadie. Tal vez podría pasarlo por defensa propia, ¿no? Digo, él fue el que estaba amenazando a Joa en primer lugar. Es una historia creíble, siempre y cuando haya pruebas que puedan corroborarlo. Una cámara de seguridad mostraría el panorama completo. ¿Habrá cámaras acá? Tengo entendido que no. Si no… ¿Ian se pondría de mi lado? ¿O será que ahora me odia el doble por haber impedido que este psicópata asesine a su hermano por él? Tampoco sé si importa siquiera. Guzmán debe tener un equipo de abogados que lo salven de cualquier cosa, y si no pueden por la vía legal, estoy segura de que se encargarían de que mi cara, la cara de una loca casi-asesina, esté en primer plano de todas las revistas, canales y redes sociales habidas y por haber. Y lo más probable es que también intenten arrastrar a Joa y su banda (o exbanda, pero a efectos públicos…) conmigo.

La sola idea de que pueda terminar teniendo problemas legales, o peor todavía, expuesta en el ojo público, o peor todavía, con problemas legales, y encima arruinar la carrera de cuatro músicos, hace que empiece a hiperventilar.

La sensación de ahogo se hace cada vez más fuerte. Tiemblo tanto que tengo que dejarme caer de espaldas, porque soy incapaz de mantenerme parada. Veo que Joa se da vuelta hacia donde estoy y se agacha enfrente mío, preocupado, pero me resulta imposible enfocar la vista. Me pregunta varias veces si estoy bien, si me pasa algo, si necesito agua, y no puedo articular las palabras para contestarle. Es como si el peso del mundo entero me hubiera caído encima y por un segundo siento que realmente podría morirme en ese preciso momento. Lágrimas involuntarias, ya ni sé por qué, mojan mi cara y mis respiraciones se mezclan con sollozos. Agarro mi pelo y lo tiro suavemente como si eso fuera capaz de calmarme. Apenas si consigue bajarme a la tierra. En todo en lo que puedo pensar es en que no puedo dejar de llorar, y me estoy ahogando.

Me estoy ahogando.

—Julia —escucho la voz de Ian, que corrió a Joa y se sentó frente a mí en algún momento que no llegué a captar—, esto va a pasar, ¿ok? Es normal que te sientas así en este momento.

Nunca lo escuché hablar de esa manera, tan pausada, tan comprensiva, pero no estoy en condiciones de ponerme a reflexionar sobre nada de eso.

—Me estoy ahogando —consigo soltar, de forma entrecortada, luego de repetírmelo mil veces en la cabeza. Porque el sentimiento me está matando.

—No te estás ahogando. Ey, mirame —continúa—. Vas a sobrevivir a esto. Llorá si lo necesitás. Sé que estás asustada. Está bien llorar. Es solo un sentimiento más.

—No sé si…

Empieza a revolver en su mochila y saca una botella de agua. Entonces la apoya en mi nuca.

—¿Podés sentir el frio? —me pregunta.

—S-sí.

—Enfocate en eso —dice, yo cierro los ojos y luego toma mi mano y la apoya sobre mi rodilla —. ¿Podés hacer esto?

Apoya su propia mano sobre mi rodilla y empieza a dar golpes suaves con los dedos. Luego, se detiene y me invita a que lo haga. Le hago caso y repito el movimiento sobre mi pierna.

—Ahora —continúa—. Tratá de inhalar durante cuatro segundos, ¿ok? Uno, dos… —le hago caso—. Bien, ahora sostené el aire y… —espera un poco—. Dejalo salir, despacio, ¿si? Uno, dos…

Lo hacemos varias veces hasta que empiezo a sentir que mis pulmones pueden retener más aire que antes. Entonces, noto que ya no estoy llorando como antes y mi visión ya no está borrosa. Veo a Joa sentado a un costado que me extiende una mano. Yo la acepto.

Ian saca la botella de mi cuello, me extiende un pañuelo y me seco la cara con él para después sonarme la nariz. Dejo el papel a un costado y me refriego los ojos para calmar el dolor de cabeza que siempre aparece luego de llorar con tanta intensidad.

Ahora, si bien tengo un poco de dolor de cabeza, al menos puedo pensar.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Joa dirigiéndose a su hermano.

—Lo mejor es llevarlo nosotros al hospital —dice Ian—. O más bien, cerca del hospital. Dejarlo en alguna calle vacía o algo así, cosa que alguien lo encuentre y avise a la policía. Pero tenemos que apurarnos, porque dudo que esté inconsciente mucho más tiempo.

Tanto Joa como yo asentimos y nos paramos. A él le cuesta incorporarse más que a mí. Sé que es porque todavía sigue alcoholizado. No hizo falta que me lo contara para darme cuenta. Cuando desapareció, no fue solo para ir al baño, sino para terminar de vaciar la botella que tenía

escondida. Aunque no me parece buena idea sacar el tema a colación ahora cuando tenemos cosas más urgentes de las cuales preocuparnos.

Ian, que al parecer tiene más fuerza de lo que aparenta, se agacha para agarrar a Guzmán, pasa uno de los brazos por encima de su hombro y lo levanta con facilidad. Joa enseguida se une para sostenerlo por el otro lado y me hace una seña con la cabeza para que los siga. Pregunto si necesitan ayuda e Ian me responde que no, pero que vigile, entonces lo hago. Afortunadamente para nosotros no hay nadie alrededor. Escucho el ruido de un auto a lo lejos, pero ni por casualidad se percataron de nuestra presencia.

Ian me pide que abra la camioneta.

—¿Y las llaves? —pregunto confundida.

—Está abierta —explica Ian—. El chofer la deja así por si alguno se aburre y quiere esconderse acá. Él se va a cenar y deja las llaves en la guantera.

—¿Y los demás? —insisto con mis dudas.

—Julia, tranquila. Una cosa a la vez, después me ocupo —responde Ian con dificultad por el esfuerzo de cargar el peso de Guzmán todavía inconsciente.

—¿Cómo llegaste tan rápido? —cuestiona Joa.

—Abrí la puerta —me indica Ian cuando nos acercamos a la camioneta, para después agregar algo respondiéndole a su hermano—. Te estaba siguiendo.

Empujo la puerta hacia un costado y les dejo lugar para que puedan entrar a nuestro atacante y voy a buscar las llaves en la guantera.

—¿Y eso por qué? —insiste Joa

—Porque supuse que Guzmán iba a ir a buscarte —responde—. Y, como siempre, tenía razón.

Entre los dos logran meter al desmayado dentro, empujándolo hasta el fondo para que quede lo más lejos posible de nosotros. Lo acomodan hasta que permanece en una posición medianamente decente.

—¿Podés manejar así? —pregunta Joa haciendo referencia a la mano entablillada de Ian.

—Julia, ¿sabés manejar? —me pregunta Ian ignorando la pregunta anterior. Niego con la cabeza —. Entonces, soy el que está en mejores condiciones.

Ninguno dice nada y nos limitamos a acomodarnos en la camioneta, manteniendo una distancia prudencial de Guzmán. Ian se sienta en el lugar del conductor, le paso las llaves y arranca. Joa y yo quedamos sentados uno al lado del otro y lo único que me sale hacer es agarrarle la mano, de nuevo, gesto que él devuelve en completo silencio. El vaivén de la camioneta parece marearlo. Supongo que va a vomitar, pero no lo hace. En su lugar, se mueve un poco del asiento sin

soltarme para abrir una especie de compartimiento que hay debajo, y saca una frazada.

—Tengo frío —aclara.

La verdad es que yo también, entonces estiramos la frazada para que nos cubra a los dos. Me acurruco con él y me da un beso suave en la frente. Como casi siempre, respira por la boca y enseguida siento el olor a alcohol.

Viajamos así hasta que Ian estaciona en algún lugar.

—Llegamos —indica y se baja con rapidez.

Nosotros dos dejamos la frazada a un lado y abrimos la puerta para bajar. Es ahí donde me doy cuenta de que el vehículo estaba calefaccionado y el cobertor estaba haciendo un muy buen trabajo resguardando el calor, porque el viento frío de la calle hace que enseguida se me ponga la piel de gallina. Joa baja primero y me ayuda para que no me tropiece, aunque tal vez no soy yo la que necesita ayuda en este preciso momento.

El lugar donde estacionamos está oscuro y bastante aislado, pero no tanto como para que ninguna persona vaya a pasar por acá. La luz de la calle no está encendida, probablemente porque se quemó y todavía nadie vino a arreglarla. *Es una ventaja y una desventaja*, pienso. Ventaja porque nadie puede vernos. Desventaja, porque al no poder vernos, más probabilidades hay de que se nos acerque un ladrón, o algo parecido.

Como sea, Ian camina hasta un alambrado que hay a un costado y busca un hueco para que podamos pasar. Regresa mientras mira a ambos lados de la calle, saca a Guzmán y Joa casi corre a ayudarlo. Entre los dos, logran sacarlo y yo cierro la puerta después. Lo arrastran hasta el alambrado roto y se agachan para poder pasarlo. Ellos se meten primero y después lo pasan por debajo. Del otro lado, hay un terreno baldío, lleno de basura y pasto pisoteado en partes iguales. En el medio, es pura tierra; y a un costado, se eleva un arco de fútbol con una pelota medio desinflada. Probablemente de día los nenes se reúnen a jugar.

También lo atravieso para seguirlos hasta que lo dejan sentado contra una pared.

—Problema resuelto —dice Ian mientras se limpia las manos con la ropa en clara señal de asco —. Aunque voy a tener que incinerar esta ropa mañana. Seguro en un par de horas —agrega mirando su teléfono—, cuando se llene el potrero van a llamar a la policía. Igual hay una salita médica a tres cuadras —explica mirándome, evidentemente para dejarme tranquila—, así que creo que lo mejor es llamar nosotros una ambulancia y dejar que se encarguen —me hace una seña—. Vamos antes que se despierte.

Empieza a caminar de regreso, mientras llama a la ambulancia desde su teléfono avisando de la persona que aparentemente “encontramos”, sin revelar detalles sobre nuestra identidad. Un pequeño dato del que me había olvidado hasta ahora: no es ético dejar tirada a una persona desmayada, por más violenta que sea. Yo empiezo a seguir a Ian, pero me freno cuando veo que Joa no se mueve. Está callado, mirando al chabón que acabamos de dejar sentado, en completo silencio.

—¿Vamos? —pregunto para tratar de sacarlo de su trance, sin resultado—. Ey, Joa —digo agarrándolo del brazo, lo cual hace que se dé vuelta para mirarme—. Vamos.

Él se queda inmóvil por unos segundos, hasta que parpadea un par de veces y reacciona. Asiente con lentitud y me empieza a seguir para irnos. Aunque no tengo ni la menor idea de lo que debe estar pasando por su cabeza.

40. Joa

—¿Fue así? —le pregunto cuando ya estamos dentro de la camioneta, arrancando para irnos.

—¿Qué cosa? —me repregunta Julia

—Cuando me encontraste, la primera vez —explico—. ¿Yo estaba así? ¿En un lugar como este?

No estoy seguro de querer saber la respuesta.

—Algo parecido —responde—. Estabas más sucio, porque te habías metido entre las bolsas de basura. Y obviamente nadie te había dado un botellazo. Pero… sí, más o menos.

Una súbita ráfaga de vergüenza me invade y solo tengo ganas de esconderme. Nunca me había parado a pensar seriamente en cuáles fueron las condiciones en las que Julia me vio por primera vez. O en qué condiciones estoy cada vez que alguien me salva la vida. Nunca me cuestioné cómo fue la primera vez que Damián me encontró desmayado en nuestro departamento, aunque me lo hayan contado. No sé qué tan terrible haya sido, porque no estaba consciente como para recordarlo al otro día.

Ver a Guzmán en este estado no solo me genera vergüenza, sino culpa. Muchísima culpa. No puedo ni imaginar cómo sería ver a alguien que quiero en esa situación, como si fuera una persona sin ningún propósito en la vida, sin ningún valor. Un intoxicado más.

¿Acaso, al final de cuentas, yo estoy a medio paso de ser igual que él?

El viaje de regreso se hace más corto de lo que había esperado y enseguida me doy cuenta por qué: no volvimos a la fiesta. Igual, bueno, con qué cara volveríamos, ¿no? Pero el tema es que la camioneta era el medio de transporte de todos. ¿Cómo se van a volver si nosotros no estamos?

De nuevo, la imagen de mí mismo, desaparecido, y con Damián entrando en pánico porque no sabe dónde estoy, invade mi cabeza. Así que saco el celular de mi bolsillo delantero, abro WhatsApp y le escribo un mensaje:

Estoy con Ian y Julia. Estamos todos vivos.

Mañana te explico.

Y lo vuelvo a guardar. Una vez que estoy consciente, no me cuesta nada ser considerado con mi mejor amigo. Por primera vez en mucho tiempo.

Ian estaciona después de unos segundos, justo enfrente del edificio donde vive. No sería raro, si no fuera porque hace más de un año que no lo piso.

—¿Dónde estamos? —pregunta Julia al no identificar el lugar.

—¿Por qué paramos acá? —pregunto yo.

Mi hermano saca las llaves y se las guarda en el bolsillo, para luego volver a rebuscar y encontrar las de su casa.

—Porque todos necesitamos una ducha. Y ropa nueva —y aclara—. Mi casa era la que quedaba más cerca y necesitamos un lugar para que el chofer vuelva a buscar la camioneta.

Julia asiente y a mí simplemente me toma por sorpresa. Porque hasta este momento pensé que mi hermano me había prohibido terminantemente que pisara siquiera la puerta de su casa. Aunque no cuestiono su repentino cambio de opinión, porque tiene razón: me vendría genial un baño de agua caliente. Bajamos y seguimos a Ian hasta la puerta del edificio. Entramos y noto que todo está casi exactamente igual, solo que esta vez, el encargado ya no está y fue reemplazado por una enorme pantalla con una persona saludándonos del otro lado. Me parece la cosa más rara que vi en mi vida, pero al mismo tiempo me acuerdo de que se está volviendo una especie de tendencia en los edificios caros, así que no emito comentario al respecto.

Subimos por escalera y no por ascensor (cosa que agradezco un poco: aún siguen sin apasionarme) porque mi hermano vive en el piso uno y sería una total pérdida de tiempo. Cuando llegamos a su departamento y entramos, me preparo para lo que se avecina: que una golden retriever grande y torpe se me tire encima.

Salta primero sobre Ian, por supuesto, que se agacha para acariciarle la cabeza y abrazarla. Creo que le demuestra más afecto a esa perra que lo que le demostró a cualquier ser humano en su vida. Enseguida, se acerca para saludarnos a mí y a Julia. A Julia y a mí, casi con desesperación.

—¡Kaira! —dice mi hermano—. Perdón, es un poco intensa —le explica a Julia.

—No me molesta —responde ella sonriendo. Se agacha para acariciarla también y Kaira enseguida se pone panza arriba. Nunca entendí cómo puede entrar en confianza tan rápido con la gente que ni conoce. Me recuerda, vagamente, a alguien.

Julia sigue riéndose mientras juega con la perra y yo me quedo parado casi en el límite de la puerta de entrada. Ian me mira y yo, con los ojos, le pregunto si me va a dejar entrar. Él asiente y me hace un gesto con la cabeza para que pase.

Recorro el lugar con la vista y no me asombra ver que está todo casi igual que la última vez que vine: mismo sillón, misma mesa, misma ausencia de decoración. Hay cosas que nunca cambian, y la obsesión de mi hermano con el minimalismo y la organización es una de ellas. Miro a un costado para encontrarme con el mueble donde suele guardar los CD y los vinilos, ordenados por banda y año de lanzamiento. Antes, cuando pasaba seguido por acá, siempre me quedaba un buen rato mirándolos. Hasta me dejaba abrirlos y poner alguno que me gustara (lo cual sé que era difícil para él, porque siempre fue extremadamente receloso con sus cosas). Yo, en retribución por su confianza, los trataba con absoluto cariño y nunca rompí ni rayé ninguno sin querer.

—Julia —dice Ian—, el baño está al fondo. Quedate con el honor de ser la primera en ducharte. Agarrá lo que necesites del organizador.

—Qué caballero —responde ella agradecida.

Ian se encoje de hombros mientras abre la puerta corrediza del balcón. Seguramente, para salir a fumar. Kaira corre detrás de él y mi hermano cierra la puerta apenas sale.

Julia y yo nos quedamos solos.

—¿Estás bien? —le pregunto. Ella no responde—. ¿Necesitás que nos sentemos?

Asiente y la agarro de la muñeca para guiarla hacia los sillones. Supongo que parte de la tregua que mi hermano me dio a entender que iniciamos también incluye poder sentarme en algún sillón.

—Joa —me dice después de un rato—. ¿Por qué no podemos simplemente tener un momento normal?

—Quedate tranquila —respondo—. El estacionamiento no tiene cámaras, menos todavía el lugar donde lo dejamos. Nadie va a darse cuenta.

—¿Y eso lo hace menos importante? —replica—. Joa, casi acabo de matar a una persona.

—Fue en defensa propia. Y vas a estar bien.

—Seguís minimizándolo —me corta y se aleja un poco—. Estas situaciones no son normales para mí. No estoy acostumbrada a estos ambientes ni a tener que estar pendiente de que nadie trate de matarte.

Sacudo la cabeza, confundido.

—¿Entonces preferís que dejemos de vernos? —pregunto.

—¡No! —me responde enojada—. Joa, en serio me gustás. No quiero dejar de verte. Es solo que… yo también tengo un millón de cosas de las cuales preocuparme. Todavía ni siquiera sé si voy a terminar presa por lo que acabo de hacer o durmiendo en una pieza alquilada a fin de mes.

—Puedo ayudarte con eso si lo necesitás.

—No te lo estoy diciendo para que me ayudes —y después agrega—. ¡Solo te estoy pidiendo que te pongas en mi lugar! ¿Podrías al menos intentarlo?

—Pero no puedo ponerme en tu lugar si a duras penas me hablás de vos —respondo—. Que sí, que sé de qué trabajás y sé que te escapaste de una especie de secta, y que tu mamá apareció de abajo de las piedras y bla. Pero a veces siento que, para hablar de ciertas cosas, de tus… sentimientos, ponés una barrera entre nosotros que no puedo cruzar. Y así no puedo ayudarte ni tratar de entenderte, porque no sé qué te pasa.

Ella baja la cabeza, apenada. Me causa culpa haberla hecho sentir mal, porque en el fondo sé que tiene razón: me cuesta mucho ponerme en su lugar. Porque nuestras vidas son tan diametralmente opuestas que ni siquiera se me ocurre cómo empezar siquiera. Cómo acercarme.

Hago lo único que se me ocurre hacer en este momento: abrazarla.

Julia deja que lo haga y apoya la cabeza en mi pecho.

—Hay muchas cosas que no puedo contarte —empieza a explicar entre lágrimas—. Que no puedo contarle a nadie, porque no estoy lista —continúa—. Solo… necesito no sumar nada más que pueda hacerme sentir peor. Y… —hace una pausa— sentirme acompañada, Joa.

Empiezo a acariciarle el pelo.

—Está bien, no te sientas presionada —susurro—. Podés confiar en mí —le doy un beso en la frente—. Y prometo no meterme en más quilombos que puedan involucrarte.

Julia levanta la cabeza para mirarme a los ojos. Entonces, me inclino para besarla, despacio. Cierro los ojos y dejo que el tacto de sus labios me relaje.

Hasta que mi hermano vuelve a entrar, interrumpiendo totalmente el momento. Ella se separa de mí y yo la ayudo a limpiarse los restos de lágrimas.

—Tendría que avisarle a Lola que estoy bien —dice—. Debe estar preocupada.

—Podés hacerlo desde el baño, si necesitás estar sola —respondo—. Es enorme.

—Está bien —asiente y me sonríe, para después hacerme una caricia y levantarse. Le indico dónde está y se va caminando. Escucho que abre la puerta y masculla algo que suena a “la puta, es grande en serio”.

Ahora, somos Ian y yo quienes estamos solos.

Él se escabulle a la cocina, separada de este ambiente por una barra americana, y busca algo en la heladera. Cuando lo encuentra, me lo arroja y yo hago uso de todos mis reflejos para agarrarla: una botella de agua.

—¿Y esto? —pregunto.

—Asumo que debés tener sed —responde—. Y tampoco tengo nada más que ofrecerte.

—Seguís estando en contra de las bebidas azucaradas, entonces —agrego por lo bajo.

Él no responde y se limita a sentarse en otro de los sillones. Apoya otra botella de agua en la mesita ratona después de tomar un poco y desbloquea la pantalla de su celular. Veo que tipea algunos mensajes. Yo aún no quise revisar el mío, aunque lo escuché vibrar. No sé si tengo ganas de saber qué me respondió Damián después de enterarse de que desaparecí por motivos que no puedo explicarle. Y ni sé si vamos a explicarle. Porque, literalmente, los dejamos tirados sin nada con qué volverse. Bueno, supongo que Ian ya se está encargando de eso.

—Por cierto —digo—, perdón. No te pregunté si me podía sentar.

—Joa, se sobreentiende que, si tu novia está usando mi ducha, también te podés sentar en mi

sillón

—No es mi novia —contesto y después admito—. Y dudo que jamás lo sea, a este paso.

Aunque en el fondo, muy, muy en el fondo, tengo la esperanza de que las cosas se den de forma diferente. Esperanza vacía, a fin de cuentas. Ya estoy haciendo un hábito repasar en mi cabeza las palabras exactas que quiero decirle cuando finalmente se harte y me diga que no quiere tener nada más que ver conmigo. Tal como está predestinado a ocurrir.

—Te tiene mucha paciencia —afirma Ian—. Si a estas alturas todavía no te dejó, dudo que lo haga.

—Seguro estarías contento si pasara.

Sé que no es la mejor idea empezar una pelea a esta hora, pero me siento tan mal que no puedo evitar ser un poco agresivo. Me quedo mirando a la nada y abro la botella de agua para tomar un poco. Mi hermano tenía razón en eso: tengo bastante sed. Oigo el ruido de la ducha abrirse a lo lejos.

Quiero y no quiero pensar en Julia. Porque hacerlo implica también recordar el hecho de que probablemente hoy vio lo mismo que yo: que entre alguien como Guzmán y yo no hay mucha diferencia. Solo es un reflejo de en lo que me voy a convertir.

Pero Julia también me dijo que yo le gustaba. Lo cual es completamente contradictorio.

—Yo nunca dije eso —replica.

—Seguro lo pensaste.

—No. Estás poniendo palabras en mi boca que yo no dije.

—¿Desde cuándo te importa, igualmente? —pregunto enojándome un poco más—. Vos hubieras dejado que Guzmán me matara. Te habría ahorrado el trabajo de hacerlo vos mismo, de hecho. No vengas a hacerte el que te importa mi vida amorosa de la nada: no queda bien.

Él bufa, exasperado.

—¿Qué clase de persona creés que soy? —responde.

Kaira, al ver que empezamos a levantar la voz, se acerca, un poco alterada, y salta para sentarse encima de Ian. Empieza a apoyarle las patas encima y lamerle la cara, para distraerlo. Él la envuelve con sus brazos y le hace una caricia en el lomo, para después apoyar su cara contra su pelaje. Muy sutilmente, veo que se le escapa una sonrisa. Y se calma.

Un perro tiene más efectos emocionales en mi hermano que cualquier ser humano existente.

—Dejá, ya fue —termino la conversación negando con la cabeza.

El silencio se vuelve a apoderar del lugar y después de unos minutos, me atrevo a agarrar el

teléfono. Lo primero que veo, en el mar de notificaciones innecesarias, es el mensaje de Damián agradeciéndome por haberle avisado. Ian no le contestaba el teléfono, por obvias razones.

Entonces recuerdo, de golpe, la conversación que, sin querer, escuché entre ellos y empiezo a sentirme incómodo de repente. Sé que no es de mi incumbencia: literalmente acabo de decirle a la cara que no es su problema mi vida amorosa, así que no tengo ningún derecho a preguntarle por la suya. Aunque dudo que reciba una respuesta de todas maneras. Lo más probable es que ni él mismo la tenga: hablamos mucho sobre el tema, cuando todavía nos hablábamos. Sé lo difícil que fue para él no comprender lo que le pasaba: no saber por qué no sentía atracción por absolutamente nadie. En cierto punto, creo que llegó a aceptarse. ¿Habrá cambiado eso ahora? La sexualidad es fluida, así que tal vez simplemente… su manera de sentir cambió.

En otro momento, se lo hubiera preguntado directo, igualmente me hubiera costado horrores sacarle una respuesta. Ahora, eso está completamente descartado. Aunque me preocupe que termine lastimando a Damián: es mi mejor amigo después de todo y tampoco quiero que le rompa el corazón. ¿Será inevitable que ocurra?

La puerta del baño se abre al rato. Julia sale y viene hasta el living, con el pelo mojado. No puedo dejar de pensar que está preciosa.

—El baño ya está libre —avisa—. Y… debería volver a casa, pero no tengo batería para chequear la ruta en el Google Maps.

—¿Te pido un Uber? —pregunto.

—Joa, yo… —hace una pausa—. No tengo plata para pagarlo.

—Yo lo pago —digo—. Es peligroso que te vuelvas en colectivo a esta hora.

—No quiero que pienses que me estoy aprovechando por…

—Es solo un Uber —la interrumpe enseguida mi hermano y le da su teléfono luego de abrir la aplicación—. Chequeá bien la dirección, a veces te manda a cualquier lado.

Ella duda unos segundos y me mira buscando confirmación. Asiento.

—Gracias —susurra y después agarra el celular para escribir la dirección de su casa.

Yo quisiera agregar algo. Preguntarle si necesita algo más. Pero no se me ocurre qué podría decirle. El dolor de cabeza se volvió más intenso que antes.

—Mierda que llega rápido —suelta—. Está a diez minutos.

—Te acompaño hasta abajo —digo.

Estamos a punto de salir por la puerta cuando mi hermano me chista y me doy vuelta. Era para darme las llaves: me las estaba olvidando.

—Ian —dice Julia—. ¿Puedo preguntarte algo?

Me toma por sorpresa.

—Te escucho —responde.

—Cuando estábamos en el estacionamiento y yo estaba… teniendo un ataque de pánico —lo admite como si le fuera difícil hacerlo—. ¿Cómo supiste qué hacer?

Ian se toma unos segundos para pensar las palabras, aunque yo ya sé la respuesta.

—Porque sé lo que se siente.

Julia le sonríe en agradecimiento y lo saluda con la mano, gesto que él devuelve. Bajamos, recuerdo que hace frío y que probablemente se termine resfriando si sale con el pelo mojado. Esta vez, no tengo ninguna campera para prestarle. Llegamos al hall de entrada y esperamos junto al portero en pantalla. Me sigue pareciendo un poco extraña esta versión virtual.

Silencio. Saco la billetera del bolsillo y le extiendo los billetes.

—No tengo para darte el cambio justo —aclaro ante su mirada de “me estás dando plata de más”—. Después me lo devolvés.

Me da igual si lo hace. De hecho, probablemente mañana va a olvidarme. Pero prefiero decirlo igualmente para que no se sienta incómoda.

—Gracias —responde.

La agarro de la mano.

—Perdón por haberte metido en otra situación de mierda, Ju.

Ella suspira.

—Me metí yo sola, diría —hace una mueca—. Que yo sepa, yo fui la que hizo… bueno, ya sabés.

—De verdad, no se suponía que terminara así. Ni esta noche, ni ninguna —continúo—. Lo único que hago es meterte en quilombos y siempre terminás sufriendo por algo. Ya desaparecí una vez hoy y encima después con todo lo que pasó…

—Ey —me frena poniendo las manos en mis mejillas—. En serio, ya está. Ya te dije: me metí yo sola en esto. Lo único que hiciste fue ayudarme —y agrega—. Y tu hermano no parece una persona tan horrible después de todo.

—Si me vas a dejar no vas a encontrar un mejor momento que este.

—Bueno, todas las señales me están indicando que te deje —dice—. Con carteles de neón y todo.

—¿Entonces?

—No voy a hacerlo, porque a mí nadie me dice qué hacer —se ríe de su propio chiste.

—Mirá, de verdad lo entiendo. Si te parece que es lo mejor…

—Joa, estoy empezando a pensar que sos vos el que está cortando conmigo.

—¿Qué? ¡No! No es eso lo que quiero decir.

—Entonces —dice—, dejá de justificarte cuando no te pedí que te justificaras. Ya hablamos de esto, ¿ok?

Apoyo mi frente en la suya.

—Vos también me gustás. Mucho —digo porque recuerdo que nunca le respondí eso—. Perdón si a veces soy un caos con piernas. Prometo hacer las cosas mejor.

—Decís perdón demasiadas veces —dice y acto seguido me besa—. Ahora necesito dormir y… bueno, asimilar todo esto. Mañana hablamos, ¿ok?

Me besa de nuevo y el roce de sus labios hace que me tranquilice de repente.

—Me quedaría, de hecho, pero tampoco quiero tentar a la muerte —agrega—. Tengo miedo de que tu hermano nos asesine mientras dormimos o algo así.

Me río al imaginarme la escena de nosotros dos durmiendo en un sillón y a mi hermano parado en la oscuridad con un cuchillo de carnicero, listo para descuartizarnos y darle de comer nuestros restos a Kaira. Me llevo mal con Ian, pero de verdad es una escena muy ridícula.

La abrazo, pero no nos quedamos mucho tiempo así porque enseguida vemos a través del cristal de la puerta que el Uber ya llegó. Me acerco a abrirle, nos despedimos y ella chequea que coincida la patente con lo que decía la app antes de subirse, y me hace un gesto con la mano. Yo le pido que me avise cuando llegue y ella me responde que no se va a olvidar, para después cerrar la puerta.

Si hay algún ángel guardián vigilando y asegurándose de que las cosas me salgan bien, espero que le estén pagando un buen sueldo.

***

El agua caliente contra mi piel relaja mis músculos, no sabía que lo necesitaba con tanta urgencia hasta ahora.

Intento no tardar demasiado en la ducha: no quiero abusar del buen humor de mi hermano. Salgo y me aseguro de dejar todo ordenado, seco y en las mismas condiciones en las que estaba cuando entré. Vuelvo a secarme el pelo con la toalla una vez más antes de colgarla y me visto. La ropa está hecha un asco y me molesta un poco, pero no tengo otra cosa que ponerme.

—Ya se lo llevaron —suelta Ian apenas entro al living.

—¿A quién?

—¿Cómo “a quién”? —responde—, al drogadicto al que dejamos tirado.

—¿Está bien? —pregunto, aunque obviamente no por un interés genuino, por su estado de salud.

—Al parecer —se encoge de hombros—. Si sacás el hecho de que le hicieron un test de drogas y tenía al menos cinco diferentes en el organismo —me mira—. ¿Vas a dormir con eso puesto?

—Tengo más ropa en casa —comento como si fuera una obviedad—. Debería llamar a Damián para que me busque.

—Dejalo descansar, por una vez en tu vida —replica.

—Sabés que es un riesgo para nosotros tomar un Uber, si nos reconocen, es para quilombo —le explico—. ¿Cómo querés que me vuelva? ¿Caminando?

—Joa, son las cuatro de la mañana —dice mientras baja a Kaira del sillón, se para y abre de nuevo la puerta del balcón—. Dejá tranquila a la gente y cuando sea una hora decente, llamás al chofer para que te pase a buscar.

Lo miro, confundido.

—¿Y qué querés que haga mientras tanto?

—Una cosa muy mágica y mística —saca un cigarrillo de un paquete que había en la mesa y lo enciende—, llamada “dormir”.

Me quedo un momento recalculando sobre lo que acaba de decir. Me dijo que duerma. En su casa. Después de casi un año teniendo prohibido pisarla.

—No tengo ropa.

Mi hermano se da vuelta, deja el cigarrillo encendido en un cenicero y se va a su habitación. Enseguida regresa con un bollo de ropa en la mano. Me lo arroja.

—Ahora no tenés excusas.

Un asomo de sonrisa sarcástica en su cara me sorprende y vuelve a salir al balcón, cigarrillo en mano. Cierra la puerta y se queda fumando, apoyado en la baranda.

No sé exactamente cómo debería reaccionar frente a esto, así que simplemente vuelvo al baño para cambiarme. Mi hermano me dejó un jogging y una remera blanca vieja que me queda grande, pero sirve para el propósito. También un par de medias, blancas y lisas, claramente. Me siento considerablemente más cómodo con esto puesto. Doblo mi ropa anterior de la manera más prolija que puedo y antes de salir me doy vuelta para mirarme en el espejo. A pesar de que me duché, todavía tengo un poco de delineador en los ojos. No tengo nada para lavarme los dientes así que solo agarro un poco de dentífrico (es un asco, porque está hecho a base de arcilla de no sé qué cosa, típico de Ian) y me hago un buche con eso. Peor es nada. Vuelvo a lavarme la cara con

agua tibia y salgo, llevando conmigo la ropa sucia.

Mi hermano ya volvió a entrar al departamento y al parecer me estaba esperando, porque apenas salgo noto que está apoyado contra la pared del pasillo.

Cuando éramos chicos, también compartíamos un baño y siempre nos queríamos duchar a la misma hora, así que nos turnábamos y uno de nosotros esperaba en la puerta, con otra toalla en la mano, a que el otro saliera. Más de una vez me puteó en chino porque yo me gastaba toda el agua caliente y se tenía que duchar con agua casi fría. En venganza, él hacía lo mismo al otro día.

Terminaba siendo gracioso.

—Te dejé otra frazada en el cuarto de invitados —dice antes de entrar.

Yo me voy al cuarto, y al prender la luz de la mesita no me sorprende ver que está igual de ordenado y limpio que todo el resto de la casa. Apenas me tiro en la cama, sumerjo la cara en la almohada para sentir el olor a suavizante de ropa. Siempre pensé que la obsesión de mi hermano con la limpieza era una pérdida de tiempo, pero en momentos como este, donde me toca dormir en un lugar así, lo empiezo a valorar un poco. Dejo mi teléfono en la mesa de luz, agarro la frazada y me tapo con ella, para luego apagar la luz.

Me revuelvo en la cama hasta encontrar una posición cómoda. Y quedo sumido en un profundo silencio, solo invadido por el ruido del agua corriendo a lo lejos. Rara vez cierro la puerta antes de dormir, apenas si la entorno, porque no me hace sentir del todo bien estar encerrado.

El sentimiento de soledad que me ataca apenas intento conciliar el sueño es muy fuerte. No es como que no esté acostumbrado a sentirme así: cada noche, antes de quedarme dormido, me pasa exactamente lo mismo. Las únicas excepciones son los días donde duermo en un avión. O me quedo con Damián jugando al FIFA. O cuando tomo tanto que termino inconsciente hasta el otro día. Todas maneras de evitar esto. Por un momento se me ocurre la idea de levantarme e ir a buscar algo de comer, pero no estoy en mi casa. Y dudo que mi hermano guarde algo que no tenga una etiqueta que diga “orgánico” en ella. Así que eso queda completamente descartado. Agarro el teléfono y, con la poca batería que me queda, me pongo a mantener mi aldea de Clash Of Clans hasta que la pantalla finalmente se apaga.

El estómago se me revuelve. Haberme bajado toda la botella con el estómago casi vacío tal vez no fue la mejor idea.

Pero me contengo, tratando de enfocar mi atención en otra cosa. Enseguida, escucho que el agua se apaga e Ian prende el secador de pelo. Se toma casi veinte minutos entre que se lo seca, peina y anuda en un rodete alto para que no se le dañe mientras duerme. Otra cosa más en la que es obsesivo. Aunque debo admitir que le sirve: más de una vez lo pusieron de ejemplo en revistas de peluquería (en contra de su voluntad).

Al rato, sale del baño y se dirige a su cuarto luego de apagar la lámpara del pasillo. Sin embargo, continúa entrando luz por la abertura de mi puerta. Al parecer, sigue durmiendo con el velador encendido.

Intento dormir, de nuevo, sin éxito alguno. No sé cuánto tiempo pasa porque no tengo reloj, pero sí sé que el suficiente como para que me den ganas de llorar. Porque me siento solo. Siempre termino durmiendo solo. Despertándome solo. Pasando todas las fechas importantes solo. ¿Cuándo fue la última vez que pasé Año Nuevo con mi familia? No lo recuerdo. La última vez que cumplí años, ni siquiera quise festejarlo. Llegó un punto en el que no sé si tendría sentido. Porque es más de lo mismo.

Es irónico que lo único que hace que me olvide por un rato de todo esto también sea lo que hace que vuelva con el doble de intensidad después, cuando el efecto ya se me pasó y solo queda el estómago revuelto y el dolor de cabeza. Y solo quiero llorar, así que eso hago, tratando de no hacer ruido. Meto aún más la cabeza en la almohada para ahogar mis sollozos. Solo quiero que esto pase. Que sea de día y de noche de nuevo, para poder volver a lo de siempre y dejar de pensar. Flashes de todos los momentos en los que hice algo o dije algo que no debería haber dicho pasan por mi mente. Quizá estoy solo como consecuencia de que nunca pude aprender a ser alguien útil. Alguien bueno. Alguien que pueda ser válido para los demás.

Alguien que valga la pena.

Sentir que, ahora más que nunca, estoy tan cerca de convertirme en alguien como Guzmán me asusta. Y que yo sepa, solo tenemos una cosa en común: que ambos consumimos más alcohol que lo que nuestro cuerpo puede soportar. ¿Acaso lo que estoy haciendo es solo el primer paso? ¿Será que terminaré inyectándome cualquier cosa que pueda conseguir solo por olvidarme de lo que me pasa? ¿Terminaré siendo yo quien intente apuñalar personas que apenas conoce?

Estoy casi seguro de que, en ese instante en el que lo dejamos apoyado contra una pared y lo miré, en realidad estaba viendo una versión futura de mí mismo.

A veces siento que sería capaz de cualquier cosa con tal de frenar el dolor. Y me aterroriza no ser capaz de ponerle un freno a esa urgencia.

En el silencio, escucho que Ian desbloquea su teléfono y eso me indica que sigue despierto. Se me pasa por la cabeza una idea, pero la descarto casi de forma inmediata. Es imposible. El pasado es el pasado. Difícilmente, aunque lo preguntara, me vaya a decir que sí.

Cuando éramos chicos, teníamos cuartos separados. Bueno, en realidad, era un único cuarto separado en dos por una pared que mi papá construyó cuando se enteró de que mi mamá estaba embarazada de gemelos. Ese no era en absoluto el plan original: querían un único hijo. Pero era tarde para dar marcha atrás, así que no pudieron hacer más que buscar formas de adaptarse a la situación. Sin embargo, hasta que cumplimos dos años, nuestras cunas estaban una al lado de la otra. Por una cuestión de comodidad, supongo yo.

Según me contaron, tomaron la decisión de separarnos de forma definitiva cuando empezaron a identificar a través del monitor de bebés que estábamos creando un idioma propio. Lo *googleé* y juro que es más común de lo que parece con los gemelos y no tan extraño como suena, aunque sí es sorprendente pensarlo ahora.

Incluso después de que nos separaran, seguíamos confiando en el otro cuando uno tenía miedo. Nuestros papás nunca nos dejaron quedarnos en su cuarto de noche (incluso aunque lloráramos),

así que la única solución cada vez que parecía que iba a salir un monstruo del placard semiabierto era correr hacia el otro cuarto arrastrando el colchón, intentando que ninguna serpiente te mordiera en el camino.

Cada vez que Ian tenía una presentación del conservatorio al día siguiente sabía que iba a terminar durmiendo en mi lado de la pared, porque la ansiedad le impedía siquiera cerrar los ojos. A veces le hablaba y le contaba cosas que no tenían absolutamente nada que ver solo para que se durmiera de puro aburrimiento. Y cada vez que yo tenía alguna discusión muy fea con mis papás, o algún problema en la escuela (lo que pasaba bastante seguido), terminaba durmiendo en su lado. Mi hermano era mi lugar seguro. Yo sabía que no iba a hacer preguntas. Se quedaba callado, haciéndome compañía. Y si lloraba, estiraba la mano desde su cama para que yo pudiera agarrarla desde el colchón en el piso.

Con gestos tan simples, me hacía sentir que no estaba solo.

Intentarlo ahora sería una estupidez. Ya es un milagro que me haya dejado quedarme en su departamento como para que encima vaya a molestarlo. Tampoco es que le importe cómo yo me sienta: se aseguró de dejarlo bastante claro durante todas las discusiones que tuvimos en los últimos dos años. Yo solo me tragué todo lo que tenía para decirle. A veces pienso que tendría que haber sido más hijo de puta: no callarme nada y echarle la culpa por lo que perdí por él. Pero sería estúpido recriminarle por una decisión que yo tomé, sin que nadie lo supiera. Y no soy así.

Me prometí a mí mismo nunca cruzar ciertas líneas, por mucho que intente lastimarme.

Respiro, me doy vuelta en la cama por enésima vez y pienso que las cosas no pueden estar peor de lo que están ahora. No puede odiarme más. No podemos estar aún más alejados el uno del otro. Y por eso, no pierdo absolutamente nada con intentarlo.

Salgo del cuarto. Camino por el pasillo hasta llegar. Mi hermano está apoyado boca abajo de su lado de la cama. Que yo sepa, nunca nadie ocupó el otro, aunque dadas las revelaciones recientes empiezo a tener mis dudas. Solo está Kaira acostada, a los pies de la cama, tapada con otra manta. Ian respira con lentitud, pero no está dormido. No puede verme y tampoco sé si me escuchó entrar o me está ignorando, así que me limito a decir:

—Ian, no puedo dormir.

Su respuesta tarda unos segundos en llegar.

—Contá ovejitas —suelta sin despegar la cara de la almohada ni darse vuelta.

Yo no le contesto y me quedo parado, apoyado contra el marco de la puerta, esperando.

—Joa, es bastante perturbador que te quedes ahí parado como si fueras un asesino serial —ahora sí se da vuelta para mirarme—. ¿Qué querés? —pregunta con un tono fastidiado.

¿En qué momento se me cruzó que esto era una buena idea? ¿Cómo esperaba que reaccionara?

—Dejá, no importa —digo sacudiendo la cabeza y girándome para volver.

—Joaquín —escucho que me llama cuando estoy a medio camino, lo cual me hace regresar—. Solo… no patees a Kaira, ¿sí? Ocupa bastante espacio.

—Un perro no puede ocupar tanto espacio en una cama king size donde dormís solo.

—Mañana no digas que no te avisé —concluye y mueve un poco el acolchado de la otra punta de donde está para que me pueda acostar debajo.

Me acerco y me acomodo, para después taparme con la frazada. Y de repente, aunque estemos de espaldas, me siento un poco más tranquilo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice mi hermano después de un rato, rompiendo el silencio.

—Sí —respondo dubitativo.

—No querés terminar así, ¿verdad?

No hace falta que lo explicite para que yo sepa que se refiere a Guzmán. Sigue conociéndome. Sigue pudiéndome sacar la ficha de lo que me pasa por la cabeza cada vez que me quedo tildado con algo.

—Sabés que no —respondo en voz baja.

—Entonces tomá una decisión de una vez —sentencia—. Entiendo que es difícil, no estoy juzgando eso. Pero nadie puede hacerlo por vos.

—¿Pero qué sentido tiene? —pregunto—. Estoy solo. No puedo estar incluso más solo. Ya me lo dijiste vos mil veces: todo el mundo se aleja de mí porque soy una persona de mierda. ¿Por qué dejar de hacer lo único que hace que deje de acordarme? —y agrego—. Ni que me fuera a morir por esto.

Decirlo es más una manera de convencerme a mí mismo. Un manotazo de ahogado frente a una situación que, por momentos, empiezo a pensar que se sale de mi control.

—Podrías morirte —dice—. Estuviste cerca, más de una vez, solo que no lo recordás. Y… —hace una pausa antes de continuar, como si le costara pronunciar las palabras—, no creo que seas una persona de mierda.

Su revelación me toma por sorpresa.

—¿Entonces por qué no te cansás de repetirlo?

—Porque a veces sos egoísta. En especial cuando tomás, siempre estás buscando pelearte con alguien y me enoja. Me enoja muchísimo —suspira—. Me da bronca porque hacés sufrir a todo el mundo que se preocupa por vos y después actuás como si a nadie le importara lo que hagas o dejes de hacer. Me da ganas de pegarte. Porque todos hicimos muchísimo por la banda y por estar donde estamos ahora. Y cuando tendrías que ser feliz, lo único que hacés es sabotearte y sabotear a todo lo que tenés alrededor —hace una pausa para tomar aire profundamente, tal vez

porque se está alterando—. Pero supongo que se necesita más que eso para ser una mala persona.

Cuando termina, mis mejillas ya están húmedas por las lágrimas. Trago saliva. Y con la voz temblorosa y sin estar seguro de querer que me responda, logro articular la pregunta:

—¿Me odiás?

Él respira sonoramente. Puedo imaginarme los gestos de su cara, aunque estemos de espaldas. Un poco, porque son exactamente iguales a los míos. Otro poco, porque lo conozco demasiado bien.

—A veces sí, siento que te odio —explica—. Quizá… Me hacés enojar demasiado a veces. Pero no se puede odiar a una persona sin amarla con todo tu corazón primero. Y eso… —traga saliva —, eso siempre gana, Joa.

41. Julia

La pregunta de “por qué todavía no dejé a Joa” tiene varias respuestas posibles.

Es cierto que motivos no me faltan. La primera vez que lo vi… bueno, no hace falta explicación. Después, en nuestra primera cita, terminé con el labio roto e hinchado por una semana. La tercera vez comimos bizcochuelo quemado, en el piso. La cuarta, comimos con sus amigos, lo cual no estuvo particularmente mal, pero hay planes mejores. La vez que preparó una tremenda merienda en su terraza hubiera estado mejor si después de eso no hubiera desaparecido por dos semanas. Ah, y la foto esa que se filtró. Aunque diría que la cita en el lugar de jueguitos lo compensó bastante. Claro que después, en nuestra próxima salida terminamos discutiendo y yo prácticamente le conté más de mi vida en cinco minutos de lo que cualquier persona sabe. Y en la fiesta del sábado pasado le partí una botella en la cabeza a un drogadicto para defenderlo. Y no lo maté de milagro.

Llegué a la conclusión de que solo hay dos posibilidades: o me encanta sufrir y complicarme aún más la vida, o el flaco me gusta demasiado. Y yo ya le dije a él que era la segunda. Así que ahora no puedo dar marcha atrás.

Hoy estuve a punto de pedirme el día en el trabajo. Es lunes y, pese a que solo es comienzo de semana, estoy agotada. Los días de descanso son un derecho, ¿no?

Hace unos meses atrás ni siquiera se me habría pasado por la cabeza. Tampoco enfrentarme a mi jefa como lo hice el otro día. Otro de los efectos que salir con Joa Keuler está teniendo en mí.

Desde que volví a casa el sábado a la madrugada estuve chequeando las noticias de forma obsesiva. Necesitaba saber si habían dicho algo. Si habían sospechado algo. Si había ocurrido algo más. Pero al parecer el hermano de Joa tenía razón: nadie iba a sospechar que un chabón con más de cinco tipos de drogas en su sistema fue atacado por alguien de forma injusta. Como mucho, un “se lo buscó”. Alguno que otro portal conjetura sobre la posibilidad de que haya sido un vagabundo. Pero absolutamente ninguno apuntaba de manera concluyente a Joa o a mí. Incluso teniendo en cuenta que él lo amenazó públicamente, lo cual creo que hasta es un delito en sí mismo.

Se evidencia entonces que nadie se acuerda de las cosas que pasan luego de un mes. Incluso, las que lo involucran a él.

—Estás rara últimamente —me dice Valeria mientras me agacho frente al dispenser de la oficina común para poner el termo debajo y cargarlo.

Su comentario es inesperado, ya que roza el límite de lo personal que nadie quiere cruzar acá. Pero tal vez yo misma lo haya cruzado cuando la defendí directamente. Así que no puedo culparla por simplemente devolver el gesto.

Es cierto, estoy “rara” respecto de cómo solía actuar. Y planeo echarle a Joaquín el cien por

ciento de la culpa de mi repentino cambio de actitud.

—¿Hay un hombre involucrado? —continúa—. Conozco las señales.

—Podría decirse, sí —digo evadiendo el tema.

—¿Cómo se llama? —pregunta.

—Joaquín.

—¡Ah! Como Joa Keuler.

La inmediata asociación me pone incómoda.

—Exactamente como Joa Keuler —pongo los ojos en blanco—. Hasta se parecen y todo.

—Exijo pruebas de eso —responde divertida.

Yo le respondo que después le muestro alguna. Ambas nos estamos sentando en nuestros cubículos, así que no podemos distraernos demasiado. Y, por otra parte, enseguida me doy cuenta de que no tendría ni una sola foto que mostrarle a Valeria: Joa y yo jamás nos sacamos una. Para ser honesta, siempre me olvido de sacar fotos. Él tampoco lo sugirió. Pienso que es lógico por ser quien es, cualquiera se aprovecharía de tener una foto con él en cualquier circunstancia.

Pero bueno, sería lindo tener al menos una.

***

—No, no voy a ir a comprar hoy —sentencia Lola—. Podemos sobrevivir a base de sopa hasta el lunes. Además —agrega—, sigo ofendida.

—Ya pasó un montón de tiempo y tampoco es para tanto —digo—. Ya te expliqué por qué no te lo conté antes.

Ella cierra la heladera, frustrada.

—Julia, estoy harta de que me ocultes cosas, ¿ok?

—¿Qué sentido tenía? —pregunto—. Ya sabías que estaba hablando con ella.

—Sí, pero no que había venido hasta la puerta de casa —replica—. No es un dato menor. Yo siempre fui transparente con la situación de mi familia. Encima, en la fiesta desapareciste con Joa, me llamaste mil años después, me contaste una historia bizarra y no me quedó nada claro.

En parte, ahora me siento culpable de haberle omitido ese detalle sobre mi madre y por no haberle dado explicaciones de lo que pasó la noche de la fiesta. Aunque sigo creyendo que es mejor así, no puedo negar que tiene razón: ella siempre fue honesta conmigo.

—Está bien, tenés razón —me acerco un poco a Lola—. Y sé que esto no es una excusa, pero… lo de Joa siempre es inexplicable y ni siquiera yo sabía qué hacer con mi mamá.

Lola me mira y suspira.

—¿Qué sabés de allá? —pregunta.

—Las cosas siguen igual que siempre —explico.

Por momentos me digo a mí misma que seguir pensando en el tema es una estupidez: nunca tuve el poder, ni la valentía de enfrentar la situación. Menos lo voy a hacer ahora. Creía que había llegado a una conclusión sobre todos ellos, pero… ¿y si me equivoqué?

Apenas si puedo mantener la compostura cada vez que hablo con mi mamá. Y eso me enoja. Me enoja muchísimo porque quisiera que fuera fácil odiarla, hacer de cuenta que no existe. Sin embargo, no soy capaz de echarla yo misma de mis propios pensamientos. Le hablo, porque la quiero. Y estoy cansada de quererla porque admitir eso significa que una persona que quiero me dejó sola en el peor momento de mi vida. ¿Y cómo se vuelve de una situación así? Ella dice que me quiere y que le importo, y quiero creerle, pero todavía me cuesta.

Desearía ser capaz de quemar todo lo que deje atrás.

—Hablé con mi tía —confiesa—. Me dijo que no le molesta darme la plata para la renovación. Siempre y cuando —toma aire—, empiece a almorzar los domingos con ella.

Su revelación me cae como un baldazo de agua fría. Porque pensé que, después de todo lo que había pasado, había tomado una posición tan tajante como la mía. Incluso aunque siempre fue considerablemente menos resentida que yo. Y mi propia posición terminó no siendo tan tajante como la creí en un principio.

Nunca pensé que la desesperación la llevaría a volver a acercarse.

—¿Estás segura de esto? —pregunto—. Podemos buscar otras maneras.

—Puedo hacer ese sacrificio —y agrega—, por las dos. Además —continúa—, puedo soportar la cháchara religiosa una vez por semana. Tampoco puede ser tan terrible, ¿no? Solo ocho horas mensuales de ella diciéndome lo importante que es Dios en mi vida y cómo ella misma es una salvadora enviada por él, y por eso estoy en deuda hasta que me muera por haberme adoptado.

La abrazo.

—De verdad, Lola. Podemos encontrar una alternativa.

—Tranquila: tengo un plan —explica—. Planeo mantener perfil bajo hasta que piense que hay confianza y de repente… ¡zas! —hace un gesto con la cuchara como si estuviera empuñando una espada—. Empiezo a hablarle del poder de los cristales y las fragancias de hierbas. Estoy segura de que al tercer almuerzo va a dejar de soportarme.

De todas maneras, es lo que la hace única.

—Gracias —susurro y aprieto su mano con cariño. Ella me sonríe.

Bajo un frasco de mermelada y la ayudo a preparar las tostadas para la merienda a medida que las vamos sacando.

—Cambiando de tema —dice sin darme lugar a que vuelva a agradecerle—. Sigo sin entender cómo desapareciste con Joa en mitad de la noche, lo defendiste de un loco y terminaste duchándote en casa de su hermano —sacude la cabeza—. Es como… demasiada información, ¿no?

—Perdón por haberte dejado colgada —respondo—. Posta, no me imaginé que las cosas iban a terminar así.

—Tranquila. Solo me alegro de que estés bien —hace un gesto con la mano, restándole importancia—. Además, de alguna forma me hiciste un favor al irte con Joa.

Levanto una ceja con curiosidad.

—¿Y eso? —pregunto.

Ella sonríe.

—Puedo contarte la historia con detalles o sin detalles.

Suelto una carcajada y dejo que me relate todos los eventos de su noche. Que, por lejos, fue mucho más exitosa que la mía.

—Pensé que me iba a aburrir más rápido de él —admite—. Pero bueno, es lindo. Y siento que tenemos cosas en común.

—Estoy casi segura de que te pasa algo más —agrego—. Siempre que hablás con San se te ilumina la cara.

Una de las ventajas de convivir con tu mejor amiga por casi dos años es que aprendés a descifrarle las expresiones. Incluso aunque no diga una palabra al respecto.

—Ok —cede—. El tema es que… ¿nunca conociste a alguien que te entiende de una forma que nadie más lo hace? —suspira—. Porque es lo que me pasa con él. Me entiende, Julia —explica —. Incluso aunque no nos hayamos visto tanto. Es como que… siento una chispa. Es el primer chico con el que hablo al que no le parece estúpido que suba fotos de mis plantas o que no crea en la monogamia. Ah, y que tampoco me haya propuesto hacer un trío cuando le dije que soy bisexual —se ríe—. Ya sé: es tener la vara muy baja.

—Lo entiendo —pongo los ojos en blanco.

—Y de alguna forma ya me acostumbré a él, ¿sabés? Todas las mañanas espero que me mande una foto de cuánto crecieron las flores que tiene en su patio. También ama la jardinería. Y eso es

tan… único. Es como que las cosas fluyen con él. Es raro en parte, porque es tres años más chico que yo y esperaba que sea más ¿inmaduro tal vez? No sé —se sirve un poco de té—. Me trata bien y siento que me escucha y no solo me contesta cuando le hablo —deja la taza en la mesada y se cruza de brazos—. Hasta me da un poco de miedo.

—¿Miedo por qué? —pregunto.

—Porque es demasiado bueno para ser verdad.

Termino de ponerle mermelada a las últimas tostadas recién sacadas de la tostadora. Sé también que sus miedos son totalmente fundados. Pero eso no puede impedirle sentir.

—Mirame —atraigo su atención apoyando mis manos sobre sus hombros—. Creo que te estás poniendo una excusa para no engancharte con él.

—¿Vos decís?

—Sí, eso digo —sonrío—. No creo que sea “demasiado bueno para ser verdad” —hago el gesto de las comillas con los dedos—. Solo que conociste a alguien con quien conectás en serio. Y eso te da miedo.

—¿Y si es todo una fachada? ¿Y si en realidad no es una persona tan piola como parece?

—Dudo que sea perfecto: nadie lo es. Pero tenés que darte la oportunidad de conocerlo, Lola. Si no ¿cómo vas a saberlo? —le pregunto—. Ey, ya sé que da miedo, amiga. Decímelo a mí, yo soy la primera que está a punto de salir espantada siempre que alguien me presta atención —mi comentario la hace reír y lo tomo como un punto a favor—. Pero sos una piba increíble. Te merecés estar con alguien que te valore. Y si por alguna razón del destino sale todo mal, mirá el lado bueno: Por lo menos te comiste a un bajista famoso. ¡Sos la envidia de medio planeta! ¡Felicitaciones!

Lola suelta una carcajada.

—¿Alguna vez te dije que sos una buena amiga?

—Eso dicen todas —bromeo.

42. Julia

Se me hizo costumbre hacer casi todo con el celular en el bolsillo.

Me preocupa estar haciéndome dependiente. Antes de Joa, no le prestaba demasiada atención. Pero hablar con él se convirtió en parte de mi rutina diaria. Aunque si me preguntan, prefiero verlo antes que mandarle memes. Es por eso por lo que cuando me dijo que iban a tocar en no-se-dónde y me quería invitar al *backstage*, como la buena *groupie* en la que me convertí, enseguida le dije que sí.

En parte entiendo a Lola cuando dice que lo suyo con San es demasiado bueno para ser real. Porque yo también me siento un poco así, a veces. El tema es que San, bueno, no es Joa. No parece (por lo poco que lo conozco) una persona que no puede ponerle un freno a su propio consumo.

A veces tengo miedo de que ese sea uno de los motivos por los que lo nuestro se vaya a la mierda. Pero intento no pensarlo demasiado. Quiero creer que lo que pasó el otro día le sirvió para pensar… al menos un poco. Y con mucha suerte, buscar ayuda.

Él es mucho más que eso. Y yo creo en él.

El hecho de que estoy todo el día colgada del teléfono también implica que leo los mensajes de mi mamá tan pronto como me llegan. Por lo tanto, no puedo pretender que nunca me pidió que nos volvamos a ver. En persona.

Simplemente, quedé en confirmarle y decidí archivar ese mensaje en específico.

Cada tanto me manda cadenas de oración, a las que yo solo respondo con un emoji de pulgar arriba. Eventualmente, un corazón, si me agarra sensible. Esas respuestas casi automáticas me ahorran el tener que dar más explicaciones. Porque no estoy lista. No sé si alguna vez voy a estar lista. Tal vez mis sentimientos hacia ella sean de lo más contradictorios y esté tratando de perdonarla. Pero sigo sin estar preparada para enfrentar todas esas otras cosas que elegí esconder debajo de la alfombra con la esperanza de que desaparezcan con el tiempo. Tal vez nunca lo esté.

No es tan fácil borrar el hecho de que soy mucho mejor que aquellos a los que siempre critiqué. Si acaso, soy aún peor.

A este mensaje que me envió recién le respondo con una carita con corazones, porque es un gatito deseando un buen fin de semana y me causa mucha ternura.

Un fin de semana conformado por un sábado en que no voy a ir a trabajar.

Cuando Joa me invitó al concierto, automáticamente le iba a decir que no. ¿Quién me levantaría al otro día si me pasé despierta toda la noche del viernes? Pero después pensé en que en los dos años en los que trabajé ahí, nunca, jamás, me enfermé. ¿Por qué sería un mal momento para

fingirlo?

Entonces le escribí a Valeria hace un rato (durante el transcurso de esta semana, por primera vez desde que nos conocemos, intercambiamos números) y le dije que estaba con una fiebre repentina que ni me dejaba moverme de la cama. Una vil mentira, pero que pienso apoyar con el certificado médico que Lola me va a ayudar a falsificar. No hay manera de que salga mal.

Y con eso puedo enfocarme al 100% en lo que quiero en este momento: ver a Joa.

Me meto en la ducha. Una de las ventajas de vivir en un edificio construido hace mil millones de años es que no tiene esa cosa del infierno llamada termotanque que raciona el agua caliente como si su vida dependiera de ello. En su lugar, tiene calefón, que nunca se cansa de calentar. Hay muchas más posibilidades de que haya una explosión de gas y muramos de forma trágica, pero puedo correr ese riesgo por el placer momentáneo de no tener que esperar para darme una ducha.

Aprovecho la ducha para no pensar, al contrario de lo que hace el resto de la humanidad. Cuando salgo, le pongo un esfuerzo particular a mi pelo. Me lo seco y lo peino con más cuidado de lo que solía hacer. Me cansé de tenerlo siempre atado o "así nomás". También incorporé una rutina de cuidado de piel (que por ahora solo consiste en lavarme la cara y ponerme crema hidratante, pero es un progreso).

Salgo del baño envuelta en una toalla y me dirijo a mi habitación. Abro mi placard y saco la ropa que me compré el otro día: pollera negra por arriba de las rodillas y un top rojo. Cuando me las probé, me sentí una diva empoderada. Y por esa razón me los terminé comprando. El contraste con el resto de mi guardarropa es más que evidente y me fascina justamente por eso. Hasta pensé en comprarme medias de red, pero me parecía chocante todavía: me estoy rebelando contra mí misma, pero de a pasitos. También le pedí a Lola que me enseñara a delinearme, porque siempre que ella lo hace por mí. Descubrí que el maquillaje me hace sentir linda. Una sensación que muy pocas veces antes me permití experimentar.

No hay nada de malo en quererme y mostrarme como me hace feliz, sin pensar en si los demás van a creer que es "adecuado" o no. Y de a poco lo estoy aprendiendo.

Apenas termino de vestirme y maquillarme (me toma más tiempo que todo lo demás junto, porque tengo que hacerme el delineado siete veces hasta que me queda decente), me pongo las zapatillas y agarro una campera. Ya casi son las ocho y para llegar bien tendríamos que salir ocho y cuarto. Mi celular vibra y veo que es un mensaje de Joa preguntándome qué me voy a poner. Le digo que es una sorpresa y responde con un emoji de carita llorando. Seguramente habrá visto chicas mucho mejor vestidas que yo, pero me autoconvenzo de que al menos va a saber apreciar mi esfuerzo.

Me tiro en el sillón a hacer test de "qué clase de hamburguesa sos según tu signo" hasta que se hace la hora. Le aviso a Lola, que sale de su habitación y me pide ayuda para abrocharse la parte de atrás del vestido a cuadros que se va a poner. Y después de eso, nos vamos.

Apenas abro la puerta del edificio me arrepiento de haberme puesto unas medias de color piel tan finas. En ningún momento se me cruzó por la cabeza que estamos en junio. Pero el frío es psicológico en casos como este, ¿no?

Caminamos hasta la parada del colectivo y nos asombra darnos cuenta de que está llena un viernes a esta hora. Por suerte, llega rápido, así que, aunque estemos viajando paradas y apretadas, tampoco es tan terrible. Lo llamativo es que dobla una cuadra antes de donde se supone que tenía que pasar y todo el mundo se baja. Como no estamos tan lejos bajamos también, siguiendo a la manada.

Enseguida entiendo el porqué del desvío.

La calle de entrada está cortada, así como todas las de alrededor del estadio. Porque hay una cantidad monstruosa de personas con remeras de la banda y palitos luminosos. Me había olvidado de que Gris movía esta cantidad de gente (y eso que ya fuimos a un concierto de ellos). Al parecer, perdí la dimensión de lo importantes que son al empezar a verlos como personas normales. Agarro a Lola con fuerza del brazo, para no perdernos en el tumulto, y empezamos a avanzar. Joa nos dijo que entráramos por la puerta oeste y le avisáramos a la seguridad, y me dio vergüenza decirle que no sé exactamente para dónde queda el Oeste. Vuelvo a escribirle y para mi sorpresa me contesta con rapidez. Me indica exactamente cuál es la calle, la altura y cómo es la puerta, así que nos basamos en el sagrado Google Maps y caminamos hasta ahí. Tardamos casi media hora en cruzar dos cuadras, pero lo logramos a fin de cuentas. Distinguimos una entrada no abierta al público, pero que está custodiada y es exactamente igual a la que Joa me describió.

Nos acercamos para hablarle a la mujer de seguridad.

—Hola —dice Lola—. Buenas tardes. Nos indicaron que pasáramos por acá.

Me dan ganas de golpear a mi amiga por ser tan directa, porque enseguida la guardia nos pone una cara que ni siquiera califica como de pocos amigos.

—La fila es por el otro lado —suelta en tono monocorde, como si ya fuera la decimoquinta vez que dice lo mismo.

Lola niega con la cabeza.

—Es que tenemos que pasar al *backstage* —agrega mi amiga—. Estamos invitadas.

La mujer suelta una sincera carcajada y cuando se recompone, dice:

—Sí, seguro. Como todas esas personas que están allá —señala con la mano el amontonamiento que acabamos de cruzar—. Consejo de amiga: si se apuran, quizá consigan una reventa que no esté tan cara.

—Lola, después soy yo la que vive en un frasco —le susurro para después dirigirme a la señora —. Lo que mi amiga quiso decir es que somos amigas de los chicos y nos invitaron a pasar al *backstage* con ellos. Mire.

Le muestro mi teléfono y el chat con Joa. Levanta una ceja, pero no se inmuta demasiado.

—Querida, no es la primera vez que intentan esto —explica—. Ese número podría ser de cualquiera. Probablemente si lo llamo, ni siquiera exista. Insisto: debe haber varios revendedores

cerca.

—¿Piensa que le estoy mintiendo? —pregunto aunque ya sé la respuesta.

—¿Querés que llame a San? —pregunta Lola—. Seguro lo soluciona.

—No te preocupes —le respondo—, Joa está en línea.

Presiono llamar y me atiende al segundo timbrazo. Ya para este punto, atrajimos un par de miradas curiosas de las personas que están haciendo la fila, pero nada de qué preocuparse.

—¿Hola? —dice Joa del otro lado de la línea—. Julia, ¿pudieron entrar?

—Piensan que nos estamos tratando de colar —suelto.

—Ah, claro —se ríe—. ¿Están en la puerta que te mandé?

—Sí, hay una guardia —le indico.

—Eh… —hace una pausa, como tratando de recordar algo—, debe ser Grisel. Sí, seguro. Preguntale si se llama así.

—¿Usted es Grisel? —le pregunto a la señora tapando el micrófono con la mano, frente a lo que ella asiente, un poco sorprendida.

—Pasámela

Le extiendo mi teléfono a la guardia, que me mira con desconcierto, pero lo toma de todas maneras. Su expresión pasa a ser de sorpresa cuando escucha la voz de Joa del otro lado. Intercambian un par de palabras y a la señora no le queda otra opción que creer lo que está viendo y acceder a dejarnos pasar. Nos pregunta nuestros nombres y apellidos, igualmente, para confirmarlo, y después me devuelve el teléfono. Nos extiende una planilla que tenemos que firmar con nuestros datos y DNI. Por último, nos revisa para asegurarse de que no estemos metiendo nada extraño.

Desconfían hasta de las invitadas de la propia banda.

—Es la primera vez que me pasa una cosa así —dice abriendo la puerta con una llave de un llavero que tenía escondido en su cinturón.

Ya en este punto las pocas miradas curiosas se convierten en bastantes más, cuando aparentemente más gente se acercó a escuchar lo que estaba pasando. Nos miran entre extrañadas e intrigadas, como si no pudieran creer que realmente tengamos un privilegio tan grande. Casi todas son mujeres de nuestra edad, que se quedan con la boca abierta al ver que Grisel nos deja pasar.

—Siempre hay una primera vez para todo —agrega Lola sonriéndole mientras entramos.

—Sigan por esta escalera. Si alguien más les pregunta algo les dicen nombre y apellido —aclara

—. El *backstage* está al fondo del pasillo 2.

—Gracias —le decimos Lola y yo al unísono, pero no estoy segura de que nos haya escuchado ya que cierra rápidamente la puerta.

Desde el silencio de acá adentro, podemos escuchar cómo varias personas empiezan a preguntarle a Grisel por qué nos dejó pasar, si esta es una entrada exclusiva… En fin, problema de otro. Vemos el número de pasillo que nos indicó y empezamos a caminar hasta el fondo. Un poco antes de llegar a la puerta, Damián la abre, nos sonríe y nos hace una seña para que nos acerquemos. Cuando llegamos, abre la puerta del todo y nos da un abrazo a cada una.

—Gracias por venir —dice.

—A ustedes por la invitación —le guiño un ojo y le doy un golpe muy suave en el brazo.

—Joa y San se están arreglando —explica—. Allá atrás —señala una división del camarín que se encuentra detrás de otra puerta—. Pasen tranquilas, solo están con la maquilladora.

Pasamos y lo primero que veo es a San sentado en un tocador, haciéndose ondas en el pelo con una buclera. Por su altura, tiene que agacharse un poco para verse bien en el espejo. Enseguida nota que llegamos y suelta lo que tiene en la mano para venir a saludarnos. A mí me da un cortés beso en la mejilla y con Lola… Bueno, se toma un poco más de tiempo. Festejo por ella. Busco a Joa con la mirada y lo encuentro sentado en un sillón en la otra punta, con la que supongo es la maquilladora frente a él sentada en una banqueta, pegándole gemas de colores en las mejillas. Apenas me ve, me sonríe, y yo me acerco para sentarme en un banco junto a él.

—¿Me das dos minutos, Ju? —pregunta tratando de gesticular y moverse lo menos posible—. Estamos hace dos horas tratando de que los brillitos se queden pegados —pone los ojos en blanco en señal de cansancio.

Yo asiento y me quedo observándolo en silencio. La mujer está haciendo un trabajo minucioso en poner cada brillo en su lugar, para que formen un camino a lo largo de sus pómulos. Casi diría que está siguiendo la línea de sus pecas. Al parecer, es lo último que le falta a Joa para estar listo para el escenario, porque tiene el pelo arreglado y lleva un traje rojo, casi bordó, con bordados de rosas. No puedo evitar pensar que combinamos colores, aunque yo no me lo haya propuesto.

Al finalizar, la chica saca un abanico pequeño de su costado y empieza a tirarle un poco de aire durante algunos segundos.

—A ver, hablá —le pide.

—¿Hola? —responde él, de nuevo casi sin gesticular.

—Pero como una persona normal. Como si no tuvieras nada en la cara —explica ella—. Tenemos que chequear que no se te van a salir cuando cantes.

—Está bien —responde riéndose—. ¿Algo así, entonces? —pregunta.

—Yo creo que ya estás bien —asiente la maquilladora—. Cualquier cosa, avisame. Te dejo porque tengo que ayudar a tu amigo —dice para luego revolverle un poco el pelo con cuidado de no despeinarlo. Al parecer, ya se conocen. Joa le guiña un ojo y ella se levanta para ir a buscar a Damián. Miro alrededor y no logro ver a San ni a Lola por ningún lado. No estoy segura de querer saber su ubicación exacta. Ian tampoco está. Aunque seguramente eso tiene alguna otra explicación muchísimo menos sexual.

—¿Cómo estoy? —me pregunta Joa parándose y mostrándome el traje que lleva puesto.

—Divino —yo sonrío al mirarlo de arriba a abajo y eso parece alegrarlo.

—Hasta combinamos —agrega mirando mi top. Se queda unos segundos más de la cuenta con la vista fija antes de moverla rápidamente, mirando algo que sospecho poco y nada tiene que ver con mi ropa. Después, prácticamente se vuelve a tirar sobre el sillón y tira la cabeza hacia atrás completamente relajado, frente a lo cual comenta—. Tranquila, no me voy a despeinar.

—Incluso aunque te despeinaras —digo mientras me levanto de donde me senté para poner mis piernas a los costados de las suyas y quedar sentada encima de él—, seguirías siendo el chabón más lindo que vi en mi vida.

Me sorprendo hasta yo misma de lo suelta que estoy hoy, pero tener la sensación de que soy una diosa empoderada me está ayudando bastante. Joa me agarra de la cintura y se acerca para besarme. Apoyo mis manos en su pecho, con cuidado de no arruinarle el pelo, ni el maquillaje, ni nada. No quiero ser brutalmente asesinada por ninguna asesora de vestuario hoy. Mi lengua se entrelaza con la suya y no puedo evitar agarrarle la ropa un poco más fuerte. Él no protesta, sino que baja una de sus manos para apoyarla en mi cadera. Nos separamos unos segundos para tomar aire y al parecer acaba de notar que hoy me puse una pollera, frente a lo cual deja fluir una sonrisa ladeada que hace que se me aflojen un poco las piernas.

—Estás preciosa —me susurra con sus labios pegados a los míos antes de volver a besarme.

No sé cuánto tiempo pasamos así, pero no nos despegamos hasta que Damián nos interrumpe. Primero, tocando la puerta semiabierta con cortesía. Pero al ver que Joa no tiene ninguna intención de abrirle, prácticamente termina gritando su nombre.

—¿Qué? —pregunta al escucharlo.

—Salimos en 10 —dice Damián desde el otro lado.

—¿Pero no arrancábamos a las nueve y media?

—Son las nueve y veinte —comenta, desde el otro lado.

—Ok —bufa Joa—. ¿Me alcanzás mi teléfono? Lo dejé ahí al costado de la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunta Damián sin moverse.

—Damián, la puta madre, no soy tan desconsiderado —responde—. Obviamente que podés

pasar.

Él entonces le hace caso, aunque abriendo la puerta lentamente por si las dudas. ¿Joa habrá hecho esto antes muchas veces? ¿Alguna vez habrá avanzado más con otra chica en esta misma situación en la que estamos ahora? Me guardo las preguntas porque realmente no me interesa saber la respuesta. Damián agarra el teléfono que está justo al lado de la puerta, apoyado en una mesa (para ser justa, entre lo grande que es y la funda que tiene puesta es bastante visible) y se acerca para dárselo. Joa lo agarra y yo aprovecho el momento para salirme de encima de él y sentarme a un costado. Él desbloquea el celular y se inclina hacia adelante, revisando las notificaciones.

—¿Ian está bien? —pregunta.

—Normal —Damián se encoje de hombros—. Va a salir a último momento: como siempre.

—Espero que no se ahogue con su propia saliva —suelta Joa.

—¿Te sorprendería si pasara? —pregunta Damián. Ambos se ríen, en una clara señal negativa—. Vamos.

Hace una seña y Joa se para.

—Ya voy. Dame dos minutos —le sonríe y Damián sale.

Yo también me paro y Joa se da vuelta para mirarme. Lo agarro de la mano.

—Suerte —digo.

—Gracias —sonríe con nerviosismo y baja la cabeza. Traga saliva en un claro gesto de incomodidad, aunque no logro identificar bien a qué se debe.

—¿Estás bien? —pregunto.

—A mi hermano siempre le dio un poco de pánico salir al escenario. Pero no puedo criticarlo, porque me pasa exactamente lo mismo —explica todavía sin mirarme—. Supongo que nunca me acostumbré.

—Ey —apoyo una mano en su cara y levanto su rostro para que me mire a los ojos—. Va a estar todo bien. Es solo un show más.

—¿Como la serie? —pregunta—. Porque me falta un jefe gritándome que si no limpio el desastre que hice estoy despedido —se ríe de su propio chiste, pero yo no lo entiendo y lo demuestro levantando las cejas—. No me digas que nunca viste esa serie: es una obra maestra. Es cultura general —dice sorprendido y se queda con la boca abierta—. No puedo creerlo.

—Nunca. Ni siquiera la conozco —niego con la cabeza.

—Tengo que hacer algo para solucionarlo.

—Se me ocurre una idea —le digo, y si bien lo que voy a decir se puede interpretar de múltiples maneras según la connotación que le quiera dar, me parece lo más adecuado para hacer que piense en otra cosa y no se quede congelado en pleno concierto—. ¿Hacés algo después del show? —él niega con la cabeza—. Bien: podríamos juntarnos a verla. Vos cumplís tu objetivo y yo me culturizo. ¿Qué te parece?

Su sonrisa me indica que está de acuerdo con el plan.

—Me parece perfecto —me guiña un ojo y se muerde el labio, y mis piernas se aflojan un poco de nuevo.

Se acerca para besarme y otra voz que reconozco como la de su mánager, por el tono desagradable, grita que salen en *five*. Nos separamos y antes de que se vaya le repito:

—Podés con esto.

—Espero que tengas razón

Y desaparece detrás de la puerta.

43. Joa

Estoy casi completamente seguro de que no voy a poder con esto. Al menos, no así de sobrio.

Damián estuvo encima mío casi todo el día. No me dejó solo ni un milisegundo. Poco más y se ponía a espiar mis conversaciones de WhatsApp. Y sé que lo hizo completamente a propósito: está haciendo lo imposible para que no tome absolutamente nada antes del show, como suelo hacer. Bravo, amigo, lo conseguiste: estoy sobrio ¿no?, lo siguiente. Pero también estoy convencido de que no voy a poder subirme al escenario sin desmayarme.

Me trueno los dedos por quinta vez en una hora (ya ni pienso en la artritis que me va a agarrar a los cuarenta) y me apoyo contra la pared del pasillo lateral por el que vamos a entrar. Desde el *backstage* todo es bastante silencioso. Pero desde acá, podés escuchar cada grito, cada aplauso, absolutamente todo. En cada momento en que la gente grita algo, o se pone a aplaudir, las paredes retumban, lo cual está haciendo que mi sensación de pánico aumente aún más.

No puedo hacer esto. No debería haber llegado hasta acá en primer lugar.

—Pasan en 2 —dice un hombre con un walkie talkie en la mano, y los cuatro asentimos.

Damián salta y sacude las manos para aflojarse, junto con mi primo. A veces, cuando ya es el cuarto show que hacemos en una semana y se relajaron lo suficiente, se ponen a imitar a Sharpay de *High School Musical*. Parecen dos payasos, pero a ellos les divierte. Mi hermano es un caso aparte: se apoya contra una pared, cruzado de brazos, mirando a la nada de forma inexpresiva. Aunque sé que, internamente, tiene miedo.

Si supiera lo mucho que lo entiendo, aunque por razones totalmente diferentes…

Porque no sé cómo es que colectivamente se aceptó que yo tenía el talento suficiente como para estar parado enfrente de diez mil personas.

—No entres en pánico —dice Damián apoyando una mano en mi hombro—. Son las canciones que tocamos siempre. No agregamos nada… nuevo —explica.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —le respondo, enojado, dejando salir toda la bronca y el miedo que tengo adentro—. No me mires con esa cara: sé que me vigilaste todo el día a propósito.

—Joa…

—No. Joa nada —me suelto de su agarre—. Damián, me voy a morir allá arriba.

—No te vas a morir —continúa—. Si podés hacerlo en pedo, podés hacerlo sobrio.

Reprimo el impulso de contestarle algo porque el mismo señor de antes nos hace una seña para que empecemos a subir. Los gritos del estadio me ensordecen aún más cuando me acerco a la escalera de salida. Mi primo pasa primero y desde la abertura veo que se acerca a su posición,

agarra el bajo y se acomoda. La gente se vuelve loca. Lo de hacernos pasar de a uno es justamente para eso. Martin lo explicó una vez y ninguno tuvo ganas de discutirlo como para hacérselo cambiar. Aunque para mí sea una forma nueva de torturarme.

Damián lo sigue y pasa lo mismo. La presión que siento en el pecho desde que nos trajeron acá se hace aún más intensa. Así como mis ganas de salir corriendo sin mirar atrás. De buscar a Julia y decirle que nos vayamos, que necesito alejarme de todo esto. Pero no puedo hacerlo. No ahora. No así. No puedo decepcionar a toda esta gente aún más de lo que ya voy a hacerlo.

Mi hermano bufa con fuerza y me mira. Descruza los brazos y sube sin decir una palabra. Tampoco esperaba que dijera nada. Hasta parece que lo está manejando veinte veces mejor que yo.

Mismo resultado que con los demás. Y ahora, es mi turno.

En este momento donde ya ni siquiera formo parte de la banda más que en papeles, me siento más ajeno que nunca a todo esto.

Me quedo petrificado y solo la tercera vez que el organizador me dice que tengo que subir, y después de agarrarme del brazo por temor a que me haya quedado sordo de repente, logro reaccionar. Empiezo a subir los escalones de a uno y con muchísima lentitud.

La gente grita mi nombre al ver que no aparezco.

Joa. Joa. Joa.

Pongo un pie arriba del escenario y el griterío me ensordece antes de que me ponga el auricular que siempre nos dan para no escucharlo tanto. Pero yo sé que está ahí. Sé que está presente, incluso cuando trato de despersonalizarlo. Camino lentamente hasta pararme en mi lugar, frente al micrófono. Está desacomodado y demasiado alto como para que me quede bien. Maldigo internamente: alguien de producción lo debe haber movido, a pesar de que tuvimos tiempo de ajustarlo nosotros mismos más temprano. Hago todo lo posible para no mirar al público, pero llega un cierto momento donde me es imposible no levantar la vista.

Diez mil cabezas, una al lado de la otra, es mucha cantidad de gente. Me quedo petrificado de nuevo y trago saliva intentando deshacer el nudo en mi garganta que no se va con nada. De fondo, escucho que Damián empieza a golpear uno de los tambores de la batería. Pero sé, ya que lo está haciendo a destiempo, que no es por probar el sonido o meter emoción: está tratando de hacer que reaccione.

Sigo batallando con el sostén de este micrófono de mierda que al parecer está completamente trabado. Entonces me harto, y simplemente saco el micrófono y pateo el sostén con violencia. Veo que se cae del escenario hacia la separación que hay antes del público. La seguridad que está ahí me mira y no dice nada.

Todo el mundo se emociona. Creen que es parte del show.

Las luces cambian y se hacen tan intensas encima nuestro, y particularmente encima mío, que me

ciegan completamente. De pronto, no puedo distinguir nada más que un reflejo blanco. No veo mucho más allá de mis propios zapatos, lo cual en parte me tranquiliza.

Porque me hace olvidar de lo poco que me merezco que diez mil personas paguen no sé cuánto de entrada para venir a escucharnos. Para venir a escucharme.

Doy un par de saltos y sacudo la cabeza. No me importa que se me salgan los brillos pegados, ni si me despeino, ni si el traje se deshace y me quedo en pelotas. La adrenalina me disocia un poco de la situación. Me acerco al micrófono y pregunto:

—¿Están listos para decepcionarse del espectáculo que van a ver?

La gente vitorea de nuevo y yo no puedo evitar reírme y a la vez tener ganas de llorar de que crean que es una actuación. Si tan solo supieran que es lo más honesto que dije en cualquier show… ¿Se decepcionarían así? ¿O seguirían creyendo que es divertido? ¿Se reirían de mi propia miseria como si fuera parte también del circo?

Miro hacia atrás y le hago una seña a mi primo para que empiece con el bajo. Cierro los ojos e intento no pensar en dónde estoy. Trato de enfocar mi pensamiento en el hecho de que voy a ver a Julia, de que voy a estar con ella cuando todo esto termine. No mucho después de que San empieza, mi hermano se une con los acordes de *Humo negro*, nuestra canción más conocida.

Yo pego mi grito inicial característico, que aprendí a soltar en el punto justo como para que no me lastime las cuerdas vocales. La canción empieza.

Y que sea lo que Dios quiera.

44. Julia

—Estuvieron increíbles —le digo a Joa cuando veo que se acerca, con casi toda la banda detrás de él, y mientras lo rodeo con mis brazos.

Él me abraza con fuerza.

—Creo que sobreviví —me dice al oído y puedo sentir que está temblando un poco.

—No solo sobreviviste —respondo separándome de él un poco para mirarlo—: la rompiste.

Joa apoya sus labios sobre los míos sin mediar palabra. Y yo no podría estar más orgullosa de él, aunque no se lo diga. Porque no hizo falta que lo explicitara para que yo notara que superó todo el show completamente sobrio. Quizá, por primera vez desde el inicio de todo.

—Perdón por interrumpirlos —dice Damián refiriéndose a Joa y a mí—, pero me están pidiendo que confirme qué vamos a hacer cuando nos vayamos.

—Queríamos ir a este bar… —empieza San a explicar—. Es bastante tranquilo. Pasan buena música y —agrega dirigiéndose a Lola—, tiene opciones veganas. ¿Les copa?

Joa me mira con una expresión de disculpa, porque aparentemente se había olvidado de que ya habían organizado algo antes entre ellos. Por un momento, pienso que mi plan de proponerle ver Netflix los dos solos se va a ir a la mierda, pero enseguida aclara:

—Nosotros… —dice— Tenemos planes.

Veo que Lola me guiña un ojo sin que Joa se dé cuenta. Tuve tiempo de ponerla al día con los detalles en las dos horas que estuvimos tiradas en el sillón del camarín viendo memes hasta que los chicos terminaron.

—Está bien —asiente San—. Entonces solo somos nosotros, ¿no?

Damián asiente, un poco abatido. Supongo yo que el “nosotros” se referirá a Ian también, pero no lo veo por ningún lado. Lo cual junto con la cara de “me quiero morir en este preciso momento” de Damián me hace pensar que se deben haber peleado. De nuevo. Antes de que llegara yo, claro, porque no los escuché. De hecho, ni siquiera me crucé con Ian en ningún momento. Si no lo hubiera escuchado tocar, hasta pensaría que ni siquiera se dignó en aparecer. Tal vez ya se fue, solo.

A ver, después de lo de la otra vez dejé de considerarlo una persona de mierda para pasar a considerarlo una persona extremadamente difícil de manejar con breves momentos de raciocinio. Pero ni en un millón de vidas saldría con él, por más parecido a Joa que sea. Y si mis sospechas son ciertas, Damián no podría haberse enganchado con alguien peor. Pobrecito. Con lo dulce que es…

Joa me suelta para acercarse a él, que se está alejando para ir a cambiarse y buscar sus cosas. San y Lola caminan hacia otra puerta y me saludan antes de salir. Mi amiga me desea suerte y le guiño un ojo en respuesta, para después prometerle que le voy a contar todo mañana y desearle suerte también. Cuando se van, me apoyo de espaldas contra la pared para esperar y llego a distinguir parte de la conversación de Damián y Joa, ya que no hacen ningún esfuerzo en mantener el tono bajo.

—Perdón, otra vez —dice Joa—. Literal, se nos ocurrió antes de subir al escenario y… me olvidé —escucho que se apoya en uno de los tocadores—. ¿Podés soportarlo sin mí?

—Ni siquiera va a ir —responde Damián—. Hace una semana que no me habla.

—Dami, ya se le va a pasar. Sabés cómo es.

—Lo dudo —bufa—. ¿Pero sabés qué? Mejor que no esté. Sería la primera vez en mucho tiempo que me deja tranquilo —se ríe—. Y, por cierto, felicitaciones.

—¿Por qué? —pregunta Joa con tono sorprendido por el repentino cambio de tema.

—Por no morirte.

Entonces Damián se carga la mochila al hombro y sale del camarín vestido con ropa normal. Al pasar, me saluda con un beso en la mejilla y se va por donde salieron San y Lola. Joa se asoma tras él, también ya cambiado.

—¿Vamos? —me pregunta y yo asiento.

En el camino al auto, Joa se encarga de explicarme con detalle lo importante y compleja que es *Un Show Más* y por qué la considera la mejor serie animada de todos los tiempos incluso por encima de *Los Simpsons* y *Las Chicas Superpoderosas*. Reprimo el impulso breve de decirle que lo último que espero es que, efectivamente, le prestemos atención a lo que vayamos a ver. Lo veo tan entusiasmado que tampoco tengo ganas de cortarle el momento de inspiración. Ver cómo la cara se le ilumina es todo un espectáculo en sí mismo. Sí, bueno, está bien. Pasaría toda la noche escuchándolo hablar, aunque no entienda la mitad de las cosas, solo para ser testigo del brillo en sus ojos.

Esta vez sí vino con su auto normal (es decir, el que probablemente cueste dos riñones) y lo dejó estacionado en un lugar separado y exclusivo para artistas y staff. Gracias a Dios, está iluminado y no hay ningún loco dando vueltas. Sin embargo, no perdemos tiempo y nos subimos rápidamente.

—Voy a dar un par de vueltas —explica luego de encender el auto—. Nosotros tenemos que salir por una puerta lateral que está un poco escondida. No pienses que es nada raro —se ríe.

—Tranquilo, me imagino —respondo. Recuerdo la cantidad de gente que había y probablemente muchos se queden ahí afuera por un buen rato.

Tal como me avisó, da mil vueltas antes de salir y solo puede hacerlo después de que lo llaman

de seguridad para avisarle que ya es “seguro”.

—No sabés cómo nos miraron hoy cuando nos vieron entrar —comento en referencia al público —. Creo que hasta querían tirar la puerta abajo.

—¿Había gente de ese lado? —pregunta—. Pensé que las puertas de ingreso para el público estaban en la otra punta.

—Y estás en lo cierto —concedo—. Pero la fila de esas puertas ocupaba tres manzanas así que…

—Claro —sacude la cabeza—. A veces me olvido.

—¿De que sos famoso?

—Sí, algo así —dice—. No lo llego a entender del todo, pero bueno…

Noto su intento por zanjar la conversación y decido no presionarlo. Lo dejo ser a su manera y cambiar de tema cuando suena una canción de no sé quién en la radio. Él me cuenta un dato gracioso de la persona que la escribió y yo me río. En algún momento del camino apoyo la mano en su pierna y él sonríe por mi gesto. Y permito que nuestra charla sea completamente banal hasta que llegamos a su casa.

—Si te parece bien —empieza a decir Joa mientras deja sus cosas en la entrada—, podemos pedir pizza. Nunca te pregunté cuál te gustaba, así que elegí vos.

—Mientras no tenga ananá…

—¿Qué clase de persona come pizza con ananá? —pregunta indignado.

—Te sorprenderías.

Acto seguido, me acerco para darle un beso en la mejilla sin ninguna razón, lo cual hace que se sonroje. Descubrí que me gusta causar eso en él, así que planeo seguir haciéndolo. El rojo de su cara hace que resalten aún más las piedritas brillantes que todavía tiene pegadas. No se las llegó a sacar después del concierto y tengo que reconocer que la maquilladora hizo un excelente trabajo, porque están intactas.

—Debería sacarme esto —dice señalándolas—. No quedan tan bien con la ropa casual —sonríe.

—Te ayudo —ofrezco, y él asiente y murmura un “ok”.

Después de que Joa vaya al baño y traiga algodón y desmaquillante, nos sentamos en el sillón frente a frente. Agarro un poco de algodón de la bolsa y lo humedezco con el líquido, para luego pasarlo con suavidad por su cara. Me sorprendo al darme cuenta de que sus pecas, hasta ese momento casi imperceptibles, vuelven a aparecer debajo después de sacar parte de la base.

—Siempre las tapan —explica.

—¿Por qué? —pregunto.

—Estética, creo.

—Ahora ya no me cae tan bien tu estilista.

Mi comentario lo hace reír y yo continúo con mi trabajo. Joa se queda con los ojos cerrados y la boca entreabierta, intentando no moverse. Una vez que terminé con todo lo superficial, uso otro algodón para apoyarlo encima de las piedras de colores y disolver el pegamento. Una por una, las voy sacando y apoyando arriba de la mesa ratona, porque no sé si va a querer volver a usarlas en otro momento. Siempre hay que economizar.

—Terminé —digo cuando saco la última y dejo el otro algodón arriba de la mesa para tirarlo después—. Ahora tendrías que enjuagarte con agua tibia, para que se te vayan los restos de limpiador

Vuelvo a apoyar mi mano sobre su cara para moverla lentamente hacia los costados y chequear que no haya pasado por alto nada de maquillaje. Joa aprovecha ese momento para recargar su rostro contra mi palma y permitir que lo acaricie suavemente con el pulgar. Después, toma mi mano y la besa. Eso hace que tenga ganas de abrazarlo y tirarme encima de él, así que lo hago. Cuando entierro mi cara en su cuello, el olor sutil de su perfume, todavía presente, me invade. Él se arroja hacia atrás, arrastrándome, y terminamos acostados a lo largo del sillón, conmigo encima, con la cabeza sobre su pecho. Puedo sentir el latido de su corazón. Y en el momento en el que empieza a pasar sus dedos por mi pelo, cierro los ojos.

Creo que me estoy enamorando.

—Puedo lavarme la cara después —dice—. Estoy cansado.

—¿Por el concierto? —pregunto.

—No te das una idea de lo mal que te quedan las piernas después de estar dos horas parado y saltando.

En respuesta, levanto la cabeza y muevo mi cuerpo para quedar cara a cara con él, apoyándome sobre el sillón con los codos. Entonces, le hago una caricia en el pelo, que todavía tiene los rulos perfectamente armados con el gel, y le doy un beso en la frente.

—¿Pedimos la pizza? —digo para luego depositar otro breve beso en la punta de su nariz—. Seguro te da un poco de energía. Además —agrego—. Me muero de hambre

—Yo también.

Joa agarra su teléfono, sin levantarse, y abre la aplicación de *delivery*. Dejo que elija el lugar a cambio de que yo elija el sabor de la pizza. Y así acostados como estamos, pedimos una de muzzarella y tomate, que en mi humilde opinión es la mejor combinación jamás creada, aplicable a cualquier tipo de comida.

Apenas llega el pedido, el encargado avisa y yo me ofrezco para bajar a buscarla. Cuando regreso, caja en mano, él ya prendió la televisión y está buscando la serie que íbamos a ver en el

catálogo de Netflix.

—Me sorprende que siga estando —dice—. Siempre sacan todas las series buenas.

—No podría estar más de acuerdo —respondo, dejando la caja de pizza sobre la mesa ratona—. Sigo enojada porque cancelaron *Anne With an E*.

—Esa no la vi —comenta—. Pero sí vi la de los hermanos con superpoderes.

—*The Umbrella Academy* —explico—. Y es malísima. No sé por qué la siguen renovando.

—¡Ey! Es divertida.

—La trama no tiene sentido.

—Pero los efectos son buenísimos —me contradice.

—Hacen falta más que poderes y monos que hablan para que una serie sea buena —pongo los ojos en blanco—. Y por eso tenés que ver *Anne With an E*. Esa sí que tiene buen guion.

—Podemos verla la próxima vez —propone.

Yo asiento y él se levanta del sillón para ir a buscar vasos y algo para tomar a la cocina. Me empiezo a sacarle los hilos al cartón que cubre la pizza, tiene una pinta tremenda y el olor que delata que está recién hecha no se queda atrás.

—No me mates —escucho que me habla desde la cocina—, pero solamente tengo agua. Hace como una semana que no mandamos a alguien al supermercado.

—Podríamos haber pedido una gaseosa junto con la pizza —respondo.

—Ya sé, ya sé —se disculpa—. No me di cuenta.

Se asoma por el marco de la puerta con una cara de perrito mojado que me hace olvidar completamente de lo terrible que es comer pizza con agua.

—Podemos sobrevivir a esto —concedo—. Creo. Pero vas a tener que compensarlo.

—Puedo con eso —se acerca con dos vasos en una mano y una botella de agua en la otra, y deja todo sobre la mesa, para después levantar el meñique y engancharlo con el mío en señal de promesa. Luego, los dos nos sacamos los zapatos y nos sentamos en el sillón.

La primera media hora se pasa casi volando. Debo reconocer que la serie está a la altura de las expectativas que Joa se encargó de sembrar. Es divertida y bizarra en la medida justa, y él se encargó de explicarme cualquier cosa que no entendiera en la espera entre capítulo y capítulo, o contarme algún dato que yo no supiera. Mientras tanto, me comí un cuarto de la pizza y él parece estar en camino a terminarse los otros tres cuartos completamente por su cuenta, pero frena al llegar a la mitad. Sigo preguntándome a dónde le entra tanta comida.

—¿La cerramos ya? Así no se enfría, por si nos da hambre más tarde —digo apoyando una mano sobre su pierna izquierda, gesto que si bien ya hice hace un rato, ahora parece ponerlo nervioso de repente. Asiente y entre los dos la tapamos y la dejamos a un costado.

Al comenzar el cuarto capítulo, ya que no vamos a comer más, aprovecho para acercarme a Joa y abrazarlo para seguir mirando. Él pasa un brazo por mis hombros en respuesta. Y si bien el capítulo está interesante, esto está haciendo que pierda un poco el hilo. Los ojos se me cierran de manera involuntaria por estar relajada. Podría tranquilamente quedarme dormida así.

Joaquín, en cambio, parece más concentrado que nunca, casi de una forma… ¿forzada? No sabría explicarlo para que tenga sentido. Me doy cuenta cuando siento que traga saliva con nerviosismo y su cuerpo se pone rígido al mínimo movimiento que hago. Se nota que está incómodo. ¿Debería preguntarle si está bien? No, bueno, quizá eso lo ponga todavía más incómodo. Trato de moverme hacia adelante para alcanzar mi teléfono, por pura inercia, y eso parece sobresaltarlo. Su respiración se entrecorta, aunque esté tratando de disimularlo.

Tal vez lo mejor sea dejarle su espacio.

—¿Le ponés pausa? —pido—. Tengo que ir al baño.

—Ok —responde.

No es que necesite realmente ir al baño, pero no se me ocurre otra cosa en ese momento. Me cuesta entender su reacción, ya que no estamos haciendo absolutamente nada más que abrazarnos. Ni siquiera nos besamos. Camino por el pasillo y con cuidado cierro la puerta.

Me apoyo en la tapa del inodoro, sintiéndome terriblemente mal. Intento recapitular todas mis acciones para encontrar la que causó que de la nada sea un manojo de nervios, pero no encuentro una precisa. No quiero que se sienta presionado. Ni siquiera pensaba intentar nada si él no lo hacía primero: me conformaba con pasar un rato juntos y quizá dormir en el sillón.

Pero, literalmente, pasó de estar totalmente relajado a ser una piedra. Y tampoco creo que haya sido porque lo abracé: estuvimos en situaciones mucho más cercanas hoy y ni siquiera se inmutó.

¿Por qué de la nada parece que no quisiera ni tocarme?

45. Joa

Cuando Julia se aleja para ir al baño, inmediatamente siento alivio y puedo respirar un poco más tranquilo de nuevo. Y no porque me agrade que se haya alejado, sino porque el solo hecho de pensar en intentar algo más con ella (o que ella lo haga conmigo) activa todas mis alarmas de deseo, pero principalmente, las de pánico.

Se supone que este es el momento en el que alguno de los dos tiene que tomar la iniciativa.

En realidad, debería hacerlo yo, ¿no? Es lo que seguro espera de mí. Yo tendría que saber qué hacer. Pero no lo sé. De hecho, no tengo ni la más puta idea. No recuerdo cuándo fue la última vez que estuve sobrio, solo en casa, con una chica que me interesara. Es más: estoy casi seguro de que eso nunca pasó. Lo único que conozco son los cuartos de hotel improvisados y los recuerdos borrosos al día siguiente. Y antes de eso, cuando era adolescente… En fin, nadie se fijaba demasiado en mí.

Hace cinco minutos que Julia se fue al baño y todavía no regresó, eso solo puede significar una cosa: está evitando volver. Apoyo los codos sobre la mesa y entierro la cabeza entre mis manos. Estar solo con ella hace que sea incapaz de acercarme. Era más fácil hoy, en el *backstage*, cuando sabía que no íbamos a avanzar más de eso. Que no iba a esperar más de mí. Que no iba a correr riesgos.

Diez minutos y sigo solo. Tengo miedo de que piense que ella no me gusta lo suficiente, lo cual es una estupidez. Pero más miedo tengo de avanzar y que salga todo mal.

El solo hecho de pensar en decepcionarla hace que me paralice por completo.

Sacudo la cabeza, tratando de recomponerme. Respiro profundamente, para que mis pulmones recuperen un poco del aire que me falta. Me preocupa un poco que aún no haya salido ni haya escuchado siquiera un ruido, así que me paro para ir a buscarla. Me toma unos segundos desentumecer mis piernas y empezar a avanzar. Y cuando finalmente llego, pregunto desde el pasillo, en voz baja:

—Ju, ¿estás bien?

Al escucharme, ella abre la puerta. Su cara tiene una expresión que no puedo descifrar.

—Perdón —dice inmediatamente—. No quise hacerte sentir incómodo. En serio, yo… creo que lo mejor es que me vaya.

Ella sale del baño para intentar dirigirse hacia el comedor, pero la freno agarrándola del brazo a mitad de camino.

—Eu —suelto—. No hiciste nada. No sos vos. Es que…

—Joa —me interrumpe—, no quiero que pienses que te propuse este plan para que te sientas

obligado a nada.

—De verdad, no es eso —respondo frustrado conmigo mismo por haberle dado a entender que fue ella la que hizo algo mal. Por haberle dado todas las señales equivocadas.

—¿Entonces por qué estás tan raro de repente?

Me resulta difícil articular las palabras, porque el hecho de que me da tanto miedo estar solo con ella no me deja mucho mejor parado. Si no digo nada, Julia va a pensar que hizo algo mal y que todo es su culpa. Si le miento, y le digo que está todo bien, se va a dar cuenta porque soy pésimo mintiendo. Y si le digo la verdad, probablemente crea que soy demasiado virgo para tener casi 22 años.

Por más bochornosa que sea la última opción, sigue siendo la más coherente.

—Tengo miedo de decepcionarte —consigo susurrar.

El corazón me late a mil por hora.

—¿Por qué? —pregunta.

—Porque soy terrible en el sexo —admito—. Y sé que probablemente estás esperando que sea esa clase de chabón que la tiene re clara con todo y que tuvo un millón de experiencias, pero no es así. La única razón por la que dejé de ser virgen es porque la fama hace que las personas se me acerquen —me abofeteo mentalmente por decir un dato tan innecesario y que no aporta en absoluto a que Julia tenga una imagen elevada de mí, pero es un poco tarde para deshacerlo—. Nunca me animé a encarar a ninguna chica porque cuando estoy demasiado cerca me asusto. No tengo ni idea de lo que se supone que tengo que hacer para hacerlo bien y sé que pase lo que pase voy a hacerte sentir incómoda o… yo qué sé —bajo la cabeza, avergonzado—. Sé que no estoy a la altura.

Entonces el silencio llega. Y lo único que estoy esperando es que se vaya. Que me deje solo y nunca jamás vuelva a hablarme. Va a alejarse de mí tarde o temprano. A lo único a lo que puedo aspirar es a que sea rápido. Un poco menos doloroso. Que no llegue a enamorarme perdidamente de ella antes de que me abandone.

Tal vez sea pedir demasiado.

Lo que hace a continuación es completamente inesperado, al menos después de dar un discurso tan lamentable. Julia no se ríe, ni me mira con la cara de pena que cualquiera pondría en su lugar. Solo se acerca un poco a mí y me agarra de la mano.

—No estoy esperando que seas perfecto, en nada —dice—. Puede ser que tengas una reputación, sí, estoy al tanto y lo sabés. Pero no voy a compararte con ninguna clase de estándar irreal —se acerca un poco más—. Las cosas… nunca van a salir perfectas. Nada es perfecto y siempre podemos aprender de eso. Lo que quiero decir es que… —sacude la cabeza—. No quiero que te sientas juzgado. No voy a juzgarte, Joa. Aprendí a no hacerlo desde que te conocí y no voy a cambiarlo ahora —se acerca hasta quedar cara a cara conmigo y me habla con un susurro dulce,

casi pegada a mis labios—. Pero tampoco quiero que te sientas obligado a nada. Si querés que nos quedemos acostados en el sillón toda la noche y ya, por mí está bien. Está bien si no querés llegar a otra cosa.

—Pero yo sí quiero —suelto con rapidez, como si mis palabras se escaparan de mi boca en un ataque de sinceridad, desesperación, deseo, todo a la vez.

—¿Estás seguro? —pregunta.

—Sí —digo afirmando con la cabeza, mirándola a los ojos—. Confío en vos.

Entonces, Julia se inclina para besarme con suavidad y poco a poco me va a haciendo olvidar de cada una de mis inseguridades. El beso se hace más intenso cuando tomo su cara entre mis manos y ella se agarra con firmeza de mi cintura. Y aún más todavía cuando una de sus manos se aferra a mi remera como si quisiera arrancármela, lo cual causa que empiece a calentarme y termine apoyándola de espaldas contra la pared del pasillo.

Acaricio su pierna con los dedos lentamente y nos separamos por unos segundos para recuperar el aire.

Es innecesario que alguno de los dos diga nada porque solo con la mirada sabemos qué hacer a continuación. Caminamos hacia mi cuarto y yo cierro la puerta tras de mí, más por costumbre que por otra cosa, ya que estamos completamente solos y probablemente lo vamos a estar hasta mañana. La agarro de la mano y me siento en el borde de mi cama, para que ella se sienta encima de mí, exactamente de la misma manera que como estábamos hoy en el *backstage*. Mi corazón está tan acelerado que prácticamente me olvidé de lo que era respirar como una persona normal.

Julia apoya una de sus palmas sobre mi cara para acariciarme, un gesto que se le está haciendo costumbre y que me encanta, y deposita un beso en la comisura de mis labios, y después en mi mejilla, para seguir bajando por mi mentón y mi cuello. Se acomoda para no caerse y estar más cómoda, pero el roce hace que una electricidad suba desde mi parte baja y se expanda por todo mi cuerpo.

Esto está aniquilando los únicos pensamientos racionales que me quedaban.

Apenas se separa un poco, la guío para que quede acostada sobre la cama y me coloco encima de ella. Toma el borde de mi camiseta y me la saca. Siento una ráfaga de vergüenza: jamás en mi vida puse un pie en un gimnasio y eso se ve a simple vista. Y las pecas, que se extienden por todo mi cuerpo, siempre me acomplejaron. A Julia no parece importarle, porque me mira de arriba a abajo y lo único que dice es:

—Estás muy bueno.

Después sonríe y se muerde el labio. Eso me provoca y vuelvo a besarla, para seguir por su cuello. Un gemido involuntario se le escapa, así que lo sigo haciendo. Intento bajar por su clavícula y la ropa es un impedimento. Ella lo nota. Se eleva lentamente para sacarse la remera y arrojarla a un costado. El espectáculo que tengo enfrente hace que me quede con la boca entreabierta, eso parece hacerla sentir complacida. ¿Era ese su objetivo? ¿Dejarme con la boca

abierta? Claramente no necesita desnudarse para hacerlo, pero esta es la mejor manera. Simplemente, soy físicamente incapaz de dejar de mirarla. Me inclino para acercarme a su oreja y susurrar:

—Estás preciosa.

Muerdo levemente el lóbulo de su oreja y me separo un poco más para mirarla a los ojos. Entonces, pregunto con timidez.

—¿Puedo tocarte?

Julia asiente y comienzo a bajar mis manos por su pecho, frenando en sus pezones. Pellizco uno con mucha suavidad, lo cual hace que se le escape otro gemido. No puedo estar haciéndolo tan mal, ¿no? Sin dejar de acariciarla, empiezo a recorrer todo su cuerpo con mi boca, deteniéndome, de nuevo, en sus pezones, para luego seguir por sus costillas, su panza, el límite entre la parte baja de su panza y…

—Esperá —me dice.

Estoy a punto de preguntar si la hice sentir incómoda, pero me detengo cuando veo lo que intenta hacer. La dejo actuar. Julia empieza a desabrochar el botón de mi pantalón y baja el cierre. Entonces, baja su mano y empieza a frotarla contra la tela de mi bóxer. Suspiro con fuerza porque siento que mis piernas se vuelven débiles y dejo salir los gemidos de placer que me provoca.

Nos movemos para que ahora ella quede encima de mí. Se apoya, con las rodillas a los costados de mi cuerpo.

—¿Te estás sintiendo cómodo? —pregunta.

Yo asiento con la cabeza para después preguntar:

—¿Y vos?

Ella también asiente y se aleja hacia atrás para empezar a sacarme el pantalón. Yo la ayudo y después lo tiro a un costado de la cama. Julia se acerca de nuevo. Antes de volver a apoyar mis labios sobre los suyos, cuando quedamos cara a cara, acomodo un mechón de su pelo detrás de su oreja y paso mi mano por su nuca para acercarla más y que el beso sea tan intenso como el que nos dimos en el pasillo. Probablemente, ahora lo sea aún más. Es intenso, pero lento, sintiéndonos el uno al otro. Consigo bajar mi mano hasta su muslo derecho para apretarlo. Eso hace que se le escape una sonrisa, lo cual tomo como una buena señal. Sigo subiendo para cruzar el límite que marcaba el borde de su pollera y tomarla de la cadera por debajo de la ropa. Tanteo el inicio de la media que lleva puesta y paso unos dedos por debajo, sin seguir mucho más, probando el terreno. Cuando veo que es seguro, empiezo a bajarla. Ella me ayuda hasta que finalmente corre el mismo destino que mi pantalón.

Julia, entonces, se levanta un poco para sacarse también la pollera, por lo que lo único que le queda es su ropa interior. Ya no sé a dónde mirar. Porque quiero mirarla entera, en todo

momento. Ella comienza a dejar un camino de besos por mi pecho, bajando lentamente tal como hice con ella hace un minuto. Pero yo no tengo ninguna intención de que se detenga, por lo que cuando llega a mi miembro y apoya su boca sobre la tela, no hago ningún intento de frenarla. Levanta la cabeza y me mira, en señal de pregunta, y mi sonrisa ladeada y mis ojos hablan por sí mismos, por lo que continúa. Toma el elástico de su tanga y juega despacio con él, tentándome (como si pudiera estar aún más excitado en este preciso momento).

Antes de seguir, me pregunta:

—¿Podés decirme si lo hago bien? No sé exactamente… qué te gusta.

—Sí —respondo—. Yo te digo.

Si se suponía que tenía que darle alguna indicación, se me escapa de la mente tan pronto como siento su lengua sobre mi miembro. Lo introduce en su boca y se mueve lentamente, pero con ritmo. Enredo mis dedos en su pelo para guiarla, asegurándome de que no la estoy haciendo sentir demasiado incómoda. Lo hace bien, demasiado bien. Tanto que…

—Ju —suelto como puedo—, no quiero terminar tan rápido.

Inmediatamente cuando lo digo, se me viene a la cabeza alguna de las posibles respuestas que podrían aparecer por su parte. Todas aquellas cosas negativas que alguna vez me han dicho cuando expresaba algo que sentía. Pero Julia no es esa clase de persona, porque simplemente me sonríe y se detiene. No me cuestiona. Me respeta.

Confío en ella.

La tomo de la mano para acercarla hacia mí y besarla de nuevo. Con la otra mano, empiezo a bajar su ropa interior y ella me ayuda a quitársela por completo. Ahora los dos estamos totalmente desnudos, casi tan cerca como podríamos estar. Con la mano que tengo libre, acaricio suavemente su panza con el dorso de mis dedos, para luego bajar y empezar a tocarla. Lo primero que noto es que está mojada.

¿Soy capaz de causar esto? Mierda.

Comienzo a mover mis dedos de arriba a abajo. Ella cierra los ojos y gime en respuesta. Después, toma mi brazo y me indica dónde le gusta más.

—Así —me explica.

Yo le hago caso y empiezo a frotar mis dedos tal como ella me lo pide. Su respiración entrecortada me indica que lo debo estar haciendo bien. Sus piernas parecen hacerse débiles y le cuesta mantenerse erguida, lo cual no debe ser muy cómodo. Se me ocurre una idea que (creo) es un poco mejor.

—Acostate. Para que estés más cómoda.

Julia me hace caso y se acuesta boca arriba, acomodándose con las almohadas de la cama. Yo me

ubico enfrente de ella y me inclino para depositar un beso en la parte interior de su muslo derecho. Luego, del izquierdo, un poco más abajo, un poco más cerca. Hasta que finalmente, empiezo a lamerla.

—La puta madre —suelta mientras enreda sus dedos en mi pelo y me invita a que siga.

El solo hecho de saber que le estoy causando placer me hace sentir increíblemente bien. Intento mantener un ritmo estable, pero lentamente comienzo a ir más rápido, para después frenar de nuevo. Podría hacer esto toda la vida solo por el simple placer de escucharla.

—Por favor, no pares —dice en un momento, así que yo sigo hasta que sus piernas tiemblan con más fuerza y su cuerpo se arquea hacia atrás mientras ella suelta un profundo gemido.

Entonces, me alejo para volver a acercarme a su cara.

—¿Estuvo bien? —pregunto.

—Estuvo más que bien —responde.

Nos miramos unos segundos, hasta que finalmente digo:

—Tengo forros en el cajón

—Ok.

Me inclino hacia mi mesa de luz para abrir el cajón y revolverlo en búsqueda de los preservativos. Que si bien hasta hoy estaban ahí casi de decoración, al final resulta que van a tener uso. El cajón está bastante desordenado, por su innegable función de “lugar para acumular cosas que no tienen lugar”, pero consigo localizar lo que busco con relativa facilidad. Saco uno de la caja y cierro. Lo abro y lo saco del envoltorio, para colocármelo. Me sorprende lo poco que tardo para lo mucho que me están temblando las manos.

Me coloco encima de Julia y, con la mirada, le pregunto si está lista. Ella asiente, por lo que me acomodo y la penetro. Lo hago lentamente, no quiero ser demasiado brusco. Entonces, empiezo a moverme. Y si esta no es una de las mejores sensaciones que sentí en toda mi vida, definitivamente está peleando el top 3. Inicio despacio y solo ver la cara de Julia ya es un espectáculo en sí mismo. Agarra una de mis manos con fuerza y la aprieta un poco más cada vez que me muevo.

Casi sin darme cuenta empiezo a tomar ritmo y moverme más rápido, hasta que finalmente llego al orgasmo y el estallido de placer hace que mi cuerpo se sienta débil de repente. Nos quedamos quietos unos segundos, tratando de recuperar el aire. Y en el momento en el que finalmente lo conseguimos, salgo para sacarme el preservativo. Reviso que esté bien antes de atarlo y pararme con dificultad para tirarlo en el tacho de basura que tengo en la otra esquina del cuarto. Después, vuelvo y me acuesto boca arriba, intentando recuperarme de la intensidad de lo que acaba de pasar. Julia, en respuesta, me abraza y apoya mi cabeza sobre mi pecho. Me inclino para darle un beso en la frente.

—¿Te acordás que me dijiste que tenías miedo de decepcionarme? —comienza a decir—. Bueno, fue de todo excepto eso.

—¿En serio?

—Sí, en serio —afirma con la cabeza—. Es más, estoy empezando a dudar de si realmente tenés tan “poca experiencia” como decís que tenés —se ríe y me contagia un poco la risa—. Espero que haya sido igual de bueno para vos también.

—Creo que no es necesario que te lo aclare, ya sabés la respuesta.

Julia se levanta para volver a ponerse la ropa interior y luego me abraza más fuerte. Y yo no quiero soltarla por nada del mundo. Estiro el brazo para agarrar un cobertor que tengo doblado en una de las esquinas de la cama, porque está empezando a hacer un poco de frío. Entre los dos lo estiramos para taparnos y nos dormimos acariciándonos.

Duermo profundamente, como hacía mucho que no lo hacía.

46. Julia

Cuando me despierto, me doy cuenta de lo bien que dormí por lo poco que me duele la espalda. Tener un colchón que no se hunde es un privilegio infravalorado.

Me estiro y giro sobre la cama para encontrar a Joa a mi lado, todavía dormido. Reviso la hora en mi teléfono: las 10. Para mí, es mucho más tarde de lo que suelo despertarme. Para él, mucho más temprano.

—Buen día —susurro sin ninguna esperanza de que me vaya a escuchar.

Sin embargo, él empieza a moverse y al cabo de unos segundos sus ojos están haciendo el intento de abrirse.

—¿Qué hora es? —pregunta.

—Temprano.

—Definí “temprano”.

—Las 10.

—Ah, lo decías en serio —Joa se acerca a mí para abrazarme— .¿A qué hora te tenés que ir?

—Me pedí el día en el trabajo así que… —digo mientras me acomodo para apoyar mi cabeza sobre su pecho.

Él levanta una ceja, sorprendido.

—¿Así que la chica hiperresponsable de repente tuvo su primer momento de rebeldía?

—Es más —aclaro—: voy a inventar un certificado médico.

Joa se ríe.

—Ya sé que no tendría que decir esto, pero… estoy muy orgulloso de vos.

Me elevo un poco para darle un beso en la mejilla.

—En la vida hay prioridades.

Nos quedamos un rato en silencio, simplemente existiendo. Hasta que decido hablar de nuevo.

—¿Sabés en qué pensaba el otro día? —digo.

—¿En qué?

—En que nunca nos sacamos una foto.

—No puede ser —suelta.

Se levanta para buscar su teléfono y, sentado en la cama, se pone a revisar su galería. Me levanto para sentarme a su lado, tapando mi pecho con el acolchado. Apoyo mi mentón en su hombro mientras lo veo buscar. Hasta que después de la foto número tres mil, se rinde.

—Es verdad —dice—. No tenemos ninguna. Deberíamos arreglar eso.

—¿Cuándo?

—¿Ahora? —propone.

—Joa, estoy literalmente en pelotas.

—En realidad —explica—, tenés ropa interior y estás tapada con el acolchado. Estoy bastante más desnudo que vos.

Él no tiene absolutamente nada puesto. No puedo argumentar nada contra esa lógica.

—Está bien —digo—. Saquémonos una.

Yo subo un poco más el acolchado para que nos tape casi del todo a los dos mientras él abre la cámara de su teléfono.

—¿La saco con la cámara de atrás? —pregunta—. Salen mejor.

Yo asiento y me acerco para que pueda sacar la foto. Da vuelta su teléfono y se asegura de tocar un botón del otro lado. Cuando termina, abrimos la galería para verla y notamos que salió mal: ni siquiera se ven nuestras caras.

—Bueno —digo—. Tampoco está tan terrible: parece una foto *aesthetic* de Pinterest.

—¿Una qué? —pregunta confundido.

—¿Nunca entraste a Pinterest?

Él niega con la cabeza, por lo que procedo a tratar de explicarlo de una forma que tenga sentido.

—O sea que —comienza a decir después de que finalizo mi explicación, con ejemplos y todo— . ¿Me estás diciendo que si subiéramos esto a esa app con un filtro blanco y negro habría gente que se lo pondría de fondo de pantalla?

Asiento.

—Reloco, ¿no?

—No sé si tanto —dice—. Si lo subiera a Instagram definitivamente la gente se lo podría de

fondo. Peor todavía: habría mucha gente pegando su cara sobre tu lado de la foto para usarlo de portada en *fanfics* —se ríe—. Ya sé, es raro.

—Tranquilo, lo entiendo —aclaro—. Yo también pasé por esa etapa cuando One Direction todavía existía —me da un poco de vergüenza admitir que también tuve una etapa fan de algo a los doce años, pero a Joa no parece importarle—. Probablemente, si alguno de ellos hubiera subido una foto así con alguien me hubiera dado un paro cardíaco.

De repente, la idea de ser yo la que causa que el *fandom* de Joa Keuler se prenda fuego me hace sentir un poco bien conmigo misma. No voy a engañarme: probablemente sería la envidia de toda una nación.

—Mi mánager se pondría como loco —dice—. Según él, todos tenemos que aparentar que estamos solteros para mantener la esperanza en el resto del mundo.

—¿Querés hacer enojar a tu mánager?

Por la forma en que me mira, sé que se dio cuenta de que lo estoy desafiando.

—Ju, ¿estás segura de esto? —pregunta—. Podrían reconocerte.

—Nadie se dio cuenta de que era yo cuando un fotógrafo nos esperó en la puerta la otra vez —me encojo de hombros—. Además, apenas se me ve un pedazo de la cara. Y quiero ver el mundo arder.

Joa me sonríe, divertido y abre Instagram. Desliza hacia el costado para abrir las historias y toca la foto para agregarla.

—Ponele un filtro —digo y me da su celular para que pueda elegir entre todos los que tiene guardados. Cuando finalmente me decido por una de las veintisiete variaciones del blanco y negro, se lo devuelvo—. Listo.

—Sabés que esto va a desatar la tercera guerra mundial, ¿no?

—Serán las consecuencias de mis propios actos.

Entonces, me sonríe y aprieta el botón de “publicar”. Casi inmediatamente, su estómago empieza a rugir.

—¿Desayunamos? —pregunta.

Yo también me estoy muriendo de hambre así que me levanto a buscar mi ropa. Quedó, en su mayoría, a la izquierda de la cama. Me cuesta encontrarla entre todo el desorden que ya estaba ahí antes de que yo llegara. Aún así, logro identificarla rápido. Pero no me da tiempo a ponerme nada porque Joa me arroja una remera desde la otra punta.

—La ropa que tenías ayer parece incómoda para desayunar —dice—. Usá esta, te va a quedar bien.

No puedo evitar sonreír ante la idea de que él quiera que use una remera suya. Además, coincido con él, preferiría mil veces un pijama antes que volver a ponerme el top de ayer.

La cocina está casi vacía, como Joa ya me aclaró ayer, eso dificulta encontrar algo para desayunar. Las primeras alacenas que abro solo tienen cajas de té saborizado, pero sigo revolviendo hasta que encuentro una lata de café instantáneo por la mitad y leche en polvo en la otra punta. Joa, por su parte, saca un paquete de oreos sin abrir.

Mientras prendo la pava eléctrica, me agarra de la cintura para abrazarme, gesto que yo devuelvo. Y después de separarnos, ambos nos sentamos en la mesa y le alcanzo una azucarera. Joa le pone cuatro cucharadas a su taza.

—Ju —dice—, no llegué a decírtelo anoche, pero… quería darte las gracias.

—¿Por qué? —pregunto extrañada.

—Porque… uf, no sé cómo decir esto sin que suene raro —sacude la cabeza—. Porque me sentí… cómodo. Me hiciste sentir cómodo y nunca me había pasado eso —confiesa—. No apresuraste las cosas ni me hiciste sentir mal por no tener ni idea de lo que estaba haciendo por momentos. Me preguntaste cosas, no solo asumiste lo que me gustaba y lo que no. Y eso… hizo todo mil veces mejor.

Quiero responderle que yo siento exactamente lo mismo. Que me sentí cómoda. Que me sentí escuchada. Pero también siento el impulso (que me agarra cada vez más seguido) de tirarme sobre él y llenarlo de besos cada vez que abre la boca para decir algo así y no creo que tenga algún tipo de sentido reprimirlo. Supongo que ya estamos en el estadio de “algo” en el que nos podemos dar esos lujos, así que lo hago. Me paro de la silla y me acerco para sentarme en su regazo. Entonces, agarro su cara y empiezo a dejarle besos por todos lados.

—Sos muy dulce, ¿sabías? —digo entre medio de mi ataque de cariño, que hace que se empiece a reír.

Aparentemente el estar medio enamorándote de alguien hace que se te disminuya levemente el sentido del oído, porque ni me entero de que entró alguien al departamento hasta que lo escucho hablar.

—No se come adelante de los pobres, primo —dice San mientras pasa caminando para bajar una caja de té de la alacena—. Y por pobres no me refiero a mí, me refiero a tu amigo.

—¡Ey! —replica Damián detrás de él—. Chicos, ¿todo bien?

—Todo bien —respondemos al unísono.

El momento se vuelve ligeramente incómodo (no precisamente por San, que nos está ignorando categóricamente), así que me paro, asegurándome de que la remera no se levanta demasiado, y vuelvo a sentarme donde estaba para terminar de desayunar.

El ruido de la pava eléctrica se apodera, de nuevo, del ambiente.

—¿Sabés algo de Ian? —le pregunta Damián a Joa mientras mete un saquito del té en una taza.

—No entiendo por qué soy la persona adecuada para responder esa pregunta —responde él.

—Porque si no nos dio señales de vida a ninguno de nosotros dos, sos el único integrante de la banda que queda.

—Debe estar en su casa. Seguro se le rompió el teléfono o algo así —comenta Joa restándole importancia, en clara señal de "no tengo ganas de pensar en eso en este momento".

—Es probable. Tiene más o menos el mismo teléfono desde el 2012 —comenta San—. Me sorprende que todavía funcione.

Cuando Joa y yo terminamos, San y Damián ya se fueron al comedor llevándose sus tazas.

—Volvieron temprano —comento—. ¿Tendría que irme?

—Podés quedarte un rato más, si querés. El tiempo que quieras —me ofrece—. No les molesta que estés.

Sonrío en respuesta y, después de dejar las tazas en el lavaplatos, me acompaña a buscar mis cosas al cuarto. En un momento, me miro al espejo que está apoyado en un costado y me doy cuenta de que necesito un cepillo con urgencia. Intento acomodarme el pelo como puedo y me hago un rodete, para que al menos aguante un rato más.

El resto de la tarde transcurre con total normalidad. Continuamos viendo la serie de ayer, ahora en el cuarto de Joa. Aunque cada tanto tenemos que hacer alguna pausa. Solo que ahora, hay que ser un poco más silenciosos que ayer, porque ya no estamos solos. De alguna forma, lo hace divertido.

Recién cuando llego a casa le presto atención a mi celular de nuevo. No lo saco en el colectivo porque mi batería está al límite, sino que espero hasta poder enchufarlo al cargador. Ahí sí, abro WhatsApp. Tengo dos chats esperándome. El primero es de Joa, obviamente.

¿Llegaste bien?

Respondo que sí, y me toma casi un minuto enviar lo otro que quiero enviar. Un minuto en el que escribo, borro, vuelvo a escribir y vuelvo a borrar. Momento de crisis del que él está siendo testigo, porque vio el mensaje anterior y sigue en línea, así que no lo prolongo más y me animo por fin a mandar el segundo mensaje:

Te quiero.

Cierro el chat inmediatamente.

Abro el otro, que es de mi mamá. Es un gif de un Jesús dibujado de manera muy tierna deseando un lindo día. Abajo de eso, vuelve a retomar el tema: que deberíamos juntarnos para hablar. En parte, una de las razones por las que me da miedo decirle que sí es porque sé que va a tener que

escaparse de mi antigua casa para hacerlo, con el riesgo de que mi papá la descubra. Sin embargo, no puedo negar que mis propias dudas son un factor de peso.

Pero a la mierda con mis inseguridades: es un tema que no puedo seguir pateando. Por lo que opto por preguntarle qué tardes tiene libres en la semana. ¿Qué tanto puedo perder solo por intentar tener una conversación cara a cara con ella? Si me animé a hacer tantas cosas… También cierro el chat.

***

No es hasta varios días después que veo las noticias.

Tan pronto como abro el navegador de mi computadora, me salen recomendadas varias notas periodísticas. Todas ellas con mi nombre en el título. Mi identidad está expuesta en todos y cada uno de los medios del país.

“Aprovechada”.

“Fundamentalista religiosa”.

“Testimonios completos de quienes la conocieron. ¿Qué hace Joa Keuler con una encubridora de abusadores?”.

Y ese es el momento exacto donde empiezo a hiperventilar.

47. Joa

Tal como habíamos imaginado, la foto con Julia desató un caos de proporciones bíblicas. En solo dos días, la historia se compartió más de medio millón de veces, alcanzando la módica suma de cinco millones de vistas. Eso, sin contar la cantidad de gente que le sacó captura de pantalla. Se convirtió en un deporte nacional tratar de descubrir quién es.

Hasta ahora, por suerte, nadie lo consiguió.

“Es divertido ser la causante de que un colectivo de adolescentes esté de luto”, me dijo ella cuando todavía estaba en mi casa y no pude evitar reírme. A veces siento que, en estos dos meses que estuvimos saliendo, se convirtió en una persona totalmente distinta. Ya no tiene miedo de hablar. Cambió totalmente su forma de vestirse. Dejó de ponerse tensa cada vez que le propongo hacer algo a lo que no está acostumbrada. De hecho, es a ella a quien se le ocurren los planes más arriesgados. Podría decirse que es la más libre de los dos.

Y estoy inmensamente orgulloso.

Sin embargo, aunque a Julia y a mí nos haya parecido divertidísimo, Martin estaba como loco. Me dejó casi diez audios explicándome por qué lo que hice fue una irresponsabilidad y por qué no tendría que haber posteado semejante cosa. Tenemos un equipo de redes sociales que se encarga de eso por nosotros, por lo que rara vez tenemos voz y voto sobre lo que decidimos subir. Aunque esta vez yo haya decidido pasarme todas sus recomendaciones por donde no me da el sol. Después de que firmó por nosotros, decidí ignorarlo totalmente.

Cierto sector del equipo de marketing estaba en desacuerdo con nuestro mánager. Algunos argumentaban que lo que hice podía ser utilizado a nuestro favor: estoy en todas las revistas y portales de chimentos habidos y por haber, lo cual podría ser una buena manera de exponernos antes del lanzamiento del futuro álbum.

Como siempre, yo atrayendo atención hacia nosotros en base a hacer desastres.

Pero lo verdaderamente raro de todo esto es que mi hermano se haya puesto de mi lado.

—¿A qué te referís con que me “defendió”? —pregunto.

—Así como suena —Damián se encoge de hombros—. Hasta a mí me sorprende. Básicamente, dijo que no pueden controlar absolutamente todo lo que hagas —continúa explicando—. Y que no le estás haciendo mal a nadie subiendo una foto con tu novia.

—No es mi novia —aclaro—. Creo. Pero como sea…

—Parecen bastante oficiales —dice Damián—. ¿Estás saliendo con otra persona? —niego con la cabeza—. ¿Y ella? —vuelvo a negar—. ¿Se dicen te quiero? —Asiento, aunque hace bastante poco que cruzamos esa línea—. Entonces es tu novia.

—Todavía no se lo pregunté —explico.

Él pone los ojos en blanco y se acomoda en la reposera. Si bien hace frío, decidimos aprovechar el sol para usar un poco la terraza. El tema de en qué situación estamos exactamente Julia y yo me incomoda un poco, por lo que le paso a mi amigo la jarra de limonada y, para desviar la conversación, decido sacar a colación un tema que había logrado dejar de lado este último tiempo, pero que el repentino acto de bondad de mi hermano me hizo recordar.

—Dami —empiezo—, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Qué?

—¿Qué pasó realmente con Ian?

Damián suspira, se saca los lentes de sol y los deja a un costado. Se truena los dedos en señal de incomodidad.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Exactamente: nada —responde frustrado—. No es que estábamos juntos en secreto ni muchísimo menos. Seguro eso hubiera sido más interesante para contar. Es solo que… —se toma unos momentos para encontrar las palabras. Yo lo espero— siento que interpreté mal todo.

Su respuesta me confunde un poco.

—¿En qué sentido? —pregunto.

Mi hermano no es el tipo de persona que dé señales mezcladas en absoluto.

—Siempre sentí que teníamos algo diferente —explica—. Vos sabés que éramos muy cercanos. Pero no el tipo de cercanía que tengo con vos. Era distinto —se incorpora y apoya los codos sobre las rodillas—. Como que de repente tenía ciertos gestos conmigo. Nunca fue una persona afectuosa físicamente. Pero a veces me abrazaba. O se apoyaba en mi hombro. O me agarraba de la mano cuando nadie nos miraba —baja la mirada—. Un poco más de cómo lo haría un amigo.

Cuando empieza a enumerar, algunas escenas de todos estos años de las que siempre sentí que me faltaba una pieza empiezan a encajar. De alguna forma, la intuición me acompañó siempre, pero me tomó casi diez años darme cuenta y ni siquiera fue porque lo haya deducido yo mismo: solo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Diez años para caer en la cuenta de que Ian es tan hermético que hay un millón de cosas sobre él que ni yo mismo sé.

—Y dejaste que eso te ilusionara —digo.

—Exacto. Y después vinieron los celos. Yo sé que a ustedes nunca les cayó bien Celeste. Y, ok, tienen motivos —aclara—. Pero él llevaba el “me cae mal” a otro extremo.

—Pensé que era solo su forma de actuar con todo el mundo.

—Al principio pensé lo mismo —dice—. Hasta que me di cuenta de que a la gente cualquiera solo la ignora. Y aplicó las mismas actitudes que tenía con Celeste a cualquiera que se me acercara.

Se me vienen a la cabeza recuerdos de noches con la banda. Cómo, cada vez que Damián hablaba con alguna persona como algo más que de forma amistosa, mi hermano siempre encontraba alguna razón para interrumpir el momento. Ya fuera yo, o cualquier otra excusa que tuviera a mano. Era una simple casualidad, ¿verdad? A no ser que…

Ahora demasiadas cosas empiezan a tener sentido. Y hay una fuerte posibilidad de que haya vivido engañado toda mi vida.

—¿Y qué pasó después?

—Decidí enfrentarlo. Y se hizo el desentendido totalmente —suspira resignado—. Y me dolió porque hizo que me creara toda una película en la cabeza en base a algo que él no sentía. O sí sentía, pero no le interesaba lo suficiente. No digo que sea una mala persona: hizo muchas cosas buenas por mí en todos estos años. Por eso lo quiero tanto —baja la voz al decir esto último—. Pero igual me lastimó. No "hizo" nada. Pero a veces no decir nada o no hacer nada también es hacer algo.

Verlo triste por algo que no se merece me causa una punzada de dolor en el pecho.

—Dami —digo—, ¿me dejás darte un consejo?

Él asiente.

—A veces aguantás muchas más cosas de las que deberías —suelto—. No tenés que conformarte con alguien que te trate de esa forma, sea mi hermano o cualquier otra persona. Te merecés a alguien que te quiera bien y esté seguro de lo que le pasa.

—¿Y si nunca encuentro a alguien así?

La duda en sus ojos me duele. Me duele, porque sé lo difícil que es para él encontrar a una persona que lo sepa valorar. Que no lo use solo porque es demasiado buena persona como para ponerle un freno a las cosas cuando le hacen mal.

Encontrar a alguien que lo haga brillar, no que lo apague.

—Sos la persona más buena que conozco —le paso el brazo por los hombros—. Soy tu mejor amigo, sé de lo que hablo —con la otra mano hago que gire la cabeza para mirarme a los ojos—. Sos un príncipe, chabón. No te rebajes al primer sapo que veas.

Damián suelta una carcajada y me contagia. Entonces, aprovecho el momento para abrazarlo y decirle lo mucho que lo quiero. Sin intención, terminamos tirando la jarra, pero en vez de preocuparnos simplemente la levantamos y volvemos a dejarla donde estaba. No es de vidrio así

que no se rompió. Lo único que queda es el piso manchado, pero estoy seguro de que podemos preocuparnos de eso más tarde.

Hasta que nos interrumpe el ruido de mi teléfono.

Me suena raro que alguien me esté llamando, más a esta hora. Las pocas veces que Martin rompe la regla no escrita de comunicarse conmigo solo por mensajes suele hacerlo durante la mañana.

Veo el contacto de mi primo en la pantalla y enseguida atiendo.

—¿Joa? —dice San inmediatamente—. ¿Dónde estás? ¿Viste las noticias?

—No —respondo confundido—. ¿Qué pasó?

Lo escucho respirar agitado.

—Es por Julia —explica—. Tenemos que hablar. Con urgencia.

48. Joa

Estoy hace diez minutos mirando un punto fijo, sin poder procesar absolutamente nada de lo que está pasando.

La avalancha de noticias cayó sobre mí como un baldazo de agua fría. Tan pronto como nos enteramos, Damián y yo nos vimos obligados a salir casi corriendo a las oficinas de la discográfica. Ellos, y principalmente Martin claro está, lo trataron como si esta situación fuera una cuestión numérica. Un escándalo más.

Esto es lo que Julia se esforzó tanto por ocultar. Aquello que no podía decirme.

Me debatí internamente mil veces si debería escribirle o llamarla. Pienso que tal vez ni siquiera llegó a enterarse, aunque sería muy raro dada la magnitud de la situación. Y tampoco sabría cómo preguntarle todas las cosas que ahora no entiendo de ella. Todos los interrogantes que aparecieron en mi cabeza.

Porque Julia, a pesar de todas las acusaciones, no me encaja dentro de lo que sería una mala persona. Y eso es lo que más conflicto me genera.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —me dice Martin y al ver que ni siquiera lo estoy registrando empieza a mover una mano frente a mí—. Tierra llamando a Joa…

—¿Sobre qué? —respondo confundido.

—Sobre salir con una mujer con un pasado tan *heavy* —casi me grita—. ¿Acaso no pensaste en las consecuencias que podría traer esto?

—No tenía manera de saber que…

—Podrías habernos pedido que la investigáramos. Mínimo —dice—. Si la prensa amarilla pudo encontrar todo esto en menos de una semana, nosotros en un día le averiguábamos hasta el nombre del perro.

—Mi imagen pública no podía estar peor, de todas maneras —aclaro—. ¿En qué me afecta todo esto precisamente a mí?

—¡En que una cosa es que te pelees con alguien a la salida de un boliche y otra muy distinta es que salgas con alguien que pertenece a una secta religiosa con más de veinte denuncias!

Tan solo escucharlo hace que me den ganas de vomitar. Pero lo que peor me hace es que estén haciendo todo esto sobre mí, cuando claramente soy la persona menos afectada.

Por el rabillo del ojo, puedo ver que mi hermano se remueve en la silla con incomodidad. Pienso que va a decir algo, pero Damián se le adelanta.

—En realidad, no tenés idea —interviene—. Es la prensa amarilla. Lo más probable es que lo estén inventando todo o se hayan agarrado de algo estúpido para hacer una bola de nieve.

—Da igual si es verdad o no —le responde Martin—, siempre y cuando la gente se lo crea. Y todo esto es más que creíble.

Escondo la cara entre las manos, totalmente agobiado.

—Está bien, *let´s think about solutions* —continúa diciendo mientras camina de un lado a otro de la oficina—. Podemos decir que…

A la segunda alternativa, yo ya dejo de prestarle atención. Y mi hermano finalmente habla.

—Chabón, ¿vos te estás escuchando? —golpea la mesa—. ¿Te parece que lo más importante es cómo salvarnos *nosotros* de la situación? —se para—. La chica debe estar pasando un infierno ahora mismo. Podrías ser al menos un poquito empático.

Martin lo mira con la boca abierta.

—Estoy tratando de hacer lo mejor para la banda.

Ian se para y queda frente a él.

—La banda se disolvió —dice a centímetros de su cara—. Hace meses. Pum, ya no existe. Aceptalo de una vez.

La cara de desconcierto de nuestro mánager es digna de un meme.

—Pero…

—Eso significa —mi hermano agarra su bolso y se lo extiende—, que estás despedido. Pedile al e que te abra la puerta.

El silencio se apodera de la oficina. Al cabo de unos segundos, Martin agarra sus cosas y sale por la puerta hecho una furia, murmurando palabras inentendibles. De alguna forma, siento alivio de que ya no esté. Agradezco internamente que Ian haya tenido la fuerza para deshacerse de él por fin.

Aunque eso signifique que el colapso de la banda es más que definitivo.

—No te quedes ahí sentado —me dice Ian—. Andá a llamar a tu novia o algo.

Y como tiene razón, me levanto de la silla a duras penas y, celular en mano, salgo al pasillo del edificio para subir la escalera hasta la terraza.

Me apoyo en una de las paredes laterales. Mi mano tiembla mientras busco el contacto de Julia y aprieto “llamar”.

—¿Hola? —digo apenas me atiende.

—Joa.

Su voz me tranquiliza, pero a la vez me preocupa. Ni siquiera soy capaz de articular una frase en mi cabeza. La oigo respirar entrecortadamente, señal de que estuvo llorando. Incluso aunque tenga un millón de dudas sobre ella que no sé cómo empezar a plantear, es imposible negar que es en parte mi culpa que todo esto haya pasado.

Sin quererlo, la lancé al escrutinio de millones de personas antes de que siquiera tuviera tiempo de hablar conmigo.

—¿Estás bien? —pregunto.

Escucho que del otro lado del teléfono ella se para y se sienta y se vuelve a parar intentando encontrar una posición que la sostenga. Una base de la cual agarrarse para no caer.

—No —dice finalmente.

Intento buscar las palabras correctas para decirle, sin éxito alguno. Todas aquellas cosas que no entiendo y que necesito preguntarle se hacen una maraña en mi cabeza y me impiden ver cualquier cosa con claridad.

—Estoy perdido con todo esto —digo, finalmente, con sinceridad.

—Lo sé —responde—. Joa, yo… —hace una pausa, tal vez para no quebrarse—. Entiendo si querés dejar de hablarme. Yo también lo haría.

El nudo que tengo en la garganta se hace más fuerte.

—Ju —empiezo a decir—, todo lo que sé es lo que está diciendo la prensa. Y todas las notas… se contradicen entre sí a tal punto que siento que ninguna dice la verdad. Ni siquiera sé cómo es que te identificaron en primer lugar o por qué se ensañaron con atacarte —en realidad, sí lo sé: porque estás conmigo. Y cualquier persona en mi órbita corre peligro las 24 horas del día—. Dicen que hablaron con personas que te conocían, pero tampoco tengo manera de saberlo.

—¿Entonces?

Me obligo a tragar saliva antes de hablar.

—Quiero saber tu lado de la historia.

Ella hace una pausa y la escucho tomar aire al otro lado del teléfono.

—Está bien.

Me siento en una de las sillas de la terraza, dispuesto a escuchar todo lo que tenga para decir. Articula varios comienzos hasta que encuentra uno que hace que sea capaz de hablar.

—Sabés que mi familia era… distinta a la mayoría —comienza a explicar—. Todo lo llevaban al extremo. Todo pasaba por la palabra de Dios. Y —agrega en voz baja—, todo se justificaba por

la palabra de Dios.

Se hace silencio del otro lado de la línea, otra vez, pero espero hasta que vuelva a hablar.

—Había una chica en mi colegio, Alicia. Ella siempre fue un poco diferente. Era como… la rebelde, por así decirlo. La única que se atrevía a usar la pollera por encima de las rodillas o a debatirle algo a las monjas. La admiraba, en parte: a mí me hubiera encantado tener esa libertad —reconoce—. Hasta que un día, cuando estábamos en quinto año, acusó a uno de los curas —empieza a llorar—. Fue repentino, pero yo sabía que tenía razón. Hacía mucho que lo sospechaba, pero no podía probarlo ni decir nada porque sabía lo que podía pasar. Pero aún así, cuando se atrevió a contarlo yo…

Se quiebra.

—Tranquila —le digo—. Respirá y tomate el tiempo que necesites.

Le doy tiempo para que se recomponga, sin intervenir.

—Alicia lo expuso enfrente de todo el colegio —dice—. Fue en… una reunión por no sé qué cosa. Creo que por la refacción de una capilla o algo así. Yo estaba ahí. Mi familia también. Entonces habló y yo… —vuelve a llorar—, le dije enfrente de todos que era una mentirosa. Podría haberme callado. Podría haberla defendido incluso, pero con mi papá ahí… tuve miedo. Fui una cobarde.

No puedo evitar sentir una profunda empatía con ella. Incluso aunque no pueda entrar en mi cabeza la magnitud del infierno que vivió en casa de su padre.

—Ella se fue del colegio después de eso y nunca se supo nada de su vida. No sé qué le pasó ni dónde está. Alguna vez pensé en escribirle para pedirle perdón, pero… ¿qué voy a decirle? Todavía me acuerdo de su cara: la decepción que debió haber sentido. Necesitaba alguien que la apoyara y… la tiré abajo de las vías del tren.

—¿Es por eso por lo que te fuiste de su casa?

—Fue uno de los motivos, sí. No el único, pero… no sé. No sé cómo es que la prensa pudo haberse enterado de todo esto ni por qué lo hicieron —y agrega—. Aunque me lo merezco un poco.

El solo hecho de que piense que se merece un ápice de todo este linchamiento público hace que el dolor que siento en el pecho se haga más intenso.

—No es verdad —replico—. Nadie se merece esto.

—Absolutamente nada justifica lo que hice.

—Tuviste tus motivos para estar asustada —respondo—. Y todos cometemos errores, Ju.

—Esto no fue un “error”, Joa: le arruiné la vida a alguien.

—Eras una adolescente y tenías miedo —digo—. Eso no significa que nadie tenga derecho a exponerte así.

—No tenés que decirme todo esto para hacerme sentir mejor. Está bien si ya no querés…

—No te lo digo para hacerte sentir mejor —la corto—. Y así como vos no me juzgaste por las cosas que hice creo que tengo el mismo derecho a no hacerlo. No me importa tu pasado. No me importa lo que fuiste. Me importa lo que sos, que es la única versión de vos con la que puedo estar y puede elegir hacer las cosas diferente.

Ella no responde. Entonces, agrego:

—Ju, voy a encontrar alguna forma de arreglar esto. Estoy de tu lado.

Suspira.

—Está bien —dice finalmente—. Pero ahora solo necesito desconectarme de todo. Y… si tengo suerte, pensar.

—¿Necesitás que vaya a tu casa o algo?

—Gracias, Joa —responde—. Pero necesito estar sola.

—Llamame si me necesitás, ¿ok? —y agrego— Te quiero.

—Ok.

Y corta la llamada.

Empiezo a llorar antes de que pueda evitarlo.

No hizo falta que me lo dijera para que yo supiera todo lo que esto va a implicar en su vida: su trabajo, su estabilidad, todo lo que valora se va a ir por la borda. Porque de un escrache de una magnitud tan grande no se vuelve fácil. Si es que se vuelve alguna vez. Me odio por no haber podido darme cuenta en qué momento empezaron a seguirla. Desde cuando la estuvieron vigilando, a la espera de tener una excusa para tirarla abajo, para generar un escándalo.

Como si su vida privada, sus problemas, fueran un mero entretenimiento. Y yo soy el mayor responsable de toda esta situación.

Sin mediar palabra con nadie, vuelvo, agarro las llaves del auto y manejo hasta mi casa, alegando que yo también necesito estar solo. Porque lo único que quiero es desaparecer.

Dudo que alguna vez pueda mirar a Julia de nuevo a la cara después de haber arruinado su vida.

49. Julia

De todas las cosas que se están diciendo sobre mí en este momento, solo un tercio es verdad. Pero da lo mismo qué es cierto y qué no una vez que cada dato se propaga como la pólvora.

Dejé de refrescar las noticias en el navegador del celular hace casi media hora porque sentía que iba a volverme loca. La avalancha de información mezclada, a veces incoherente, a veces demasiado apegada a la realidad, me descompone. En esta media hora tampoco dejé la cama. Esconderme bajo las sábanas parece ser la única cosa capaz de aislarme del mundo real. Un mundo que quiere enviarme a la hoguera. Aunque ya ni siquiera entienda si es por el lugar del que vengo o por el simple hecho de que todo el mundo me quiere lejos de Joa Keuler.

La ansiedad que impide que me mueva también me impide respirar o razonar. Tratar de encontrar formas de contradecirlo todo. De salir medianamente airosa y, si tengo muchísima suerte, que de acá a una semana sea noticia vieja.

Lo cual no significa que no vaya a haber consecuencias.

Tan pronto como la noticia se propagó, llegó al grupo del trabajo. Ese que hasta hace nada ni siquiera se utilizaba. Ahora, se convirtió en un grupo de seres que me odian. O que nunca me soportaron y entonces tienen pruebas que lo validen, según ellos. Al menos, supongo que es lo que siguen diciendo. Porque al mensaje número 300 ya me habían echado.

Enseguida recibí un mensaje de mi jefa diciéndome que estoy despedida. Como si no se hubiera entendido.

Solo quiero borrar todos mis datos de la faz de la Tierra y huir a una isla desierta donde nadie pueda seguirme.

Si ya me costaba vivir con mi propia culpa, el hecho de que millones de personas en todas las redes habidas y por haber estén de acuerdo en que soy una basura no lo hace precisamente más fácil.

Y me merezco todos y cada uno de esos comentarios.

Lola no se movió de mi lado desde que todo empezó. Intenta sin descanso encontrar las palabras adecuadas para hacerme sentir mejor. Sin éxito. De todas maneras, valoro su esfuerzo para tratar de reafirmar que voy a estar bien a pesar de que el mundo se me esté viniendo encima.

No puedo decir lo mismo de Joa.

Joa.

Joa.

¿Joa?

Los mensajes ni siquiera llegan.

Tal vez, después de todo, él no tenga nada más que hablar.

50. Joa

Me dijeron mil veces que yo rompo todo lo que toco. Me tomó 21 años de vida aceptar completamente que todas esas personas tenían razón.

Tuve que destruir a la única persona que a estas alturas aún confiaba en mí para dejar de ser tan testarudo y aceptar mi realidad: que el mundo estaría mil veces mejor si yo, simplemente, no estuviera en él.

Aunque no deja de ser doloroso. Frustrante. Por todas esas veces que puse todo mi esfuerzo para cambiar lo que en realidad no podía. Todas esas cosas que sacrifiqué pensando que, tal vez así, todos se olvidarían del desastre que soy.

La botella de ya no recuerdo qué está tres cuartos vacía y me golpeo la cabeza con el marco de la puerta cuando trato de pasar por el pasillo para llegar a mi cuarto. Estoy tan mareado que me cuesta el doble de lo normal, pero con mucho esfuerzo consigo atravesar la puerta y caer panza abajo sobre la cama sin lastimarme demasiado en el proceso.

Me tapo la cara con la almohada y grito. Grito como si me fuera a romper. Grito porque quiero romperme y desaparecer para que ya nadie tenga que llevar mi carga a cuestas.

A lo lejos, escucho el ruido de las llaves del departamento y el sonido de unos pasos que sé inmediatamente que no son de Damián, quien casi no se movió de la oficina de marketing en estos últimos días. Los ignoro de igual manera.

—Sé que no estás dormido —dice mi hermano asomándose por la puerta.

Continúo ignorándolo hasta que él se acerca y me mueve para obligarme a darme vuelta. Trato de resistirme, pero los músculos entumecidos me lo impiden.

—¿Qué mierda hacés acá? —pregunto enojado.

—Le pedí las llaves a Damián —explica—. Quería venir solo.

—Andate —digo.

Es la última persona que necesito ver en este momento. El recordatorio físico de todo lo que no soy ni voy a ser nunca. El recordatorio físico de alguien más que lo intentó conmigo y, como todos los demás, se terminó rindiendo.

—No —me responde.

—¡Andate! —grito a la vez que consigo levantarme y empujarlo. Él no me devuelve el empujón, casi como si hubiera esperado que reaccionara de esa forma.

—Estoy intentando ayudarte, Joaquín.

Ya a este punto estoy totalmente desencajado. Me acerco y, agarrándolo de la remera, lo acorralo contra la pared.

—No tenés ni idea —digo—. No tenés ni idea de lo que yo siento y tampoco queda bien que hagas como que te importa.

—¿Te das cuenta de que enfrentando todas las situaciones de esta manera te vas a terminar matando? —señala la botella que quedó tirada a un costado de la cama.

—Y sería el día más feliz de tu vida.

Al ver que no planea moverse, lo suelto y empiezo a retroceder.

—¿Cómo te atrevés a decir eso? —pregunta dolido.

—¡Porque es verdad! —estoy gritando de nuevo—. Porque arruiné tu carrera. Y tu vida. Y las vidas de todos los que están a mi alrededor.

—La única vida que estás arruinando es la tuya propia autodestruyéndote así —replica—. Sos mucho más que esto.

—¿¡Entonces por qué lo único que causo es que todo el mundo me odie!?

El equilibrio empieza a fallarme y tengo que dejarme caer sobre la cama.

—No es verdad…

—Incluso vos me odiás —lo corto—. Ni siquiera mamá y papá me querían: por eso dejaron de llamarme apenas me fui.

Me hago un bollito en la cama para tratar de retener la tristeza que me causa decirlo en voz alta. Pero no puedo y mi hermano tampoco responde nada frente a mi afirmación.

—Ian —me atrevo a preguntar—. ¿Qué es lo que siempre hice mal para que nadie me quiera?

Escucho que mi hermano trata de retener el llanto cuando se acerca a mí. Aunque de todas maneras sus lágrimas llegan a mojar mi cara cuando me rodea con los brazos. Mi primer impulso es echarlo, pero ya ni siquiera tengo fuerzas para eso.

—Yo te quiero —dice—. Perdón por haberte hecho sentir que no eras suficiente como para merecerlo.

51. Joa

La peor parte es sin dudas el día después.

Cuando ya, teóricamente, es la mañana, pero no salió el sol. O está saliendo, pero apenas se lo ve. Y la única manera de saber que está ahí es el canto de los pájaros que anuncian el inicio de un nuevo día.

El alcohol ya dejó de hacer efecto como antes y abre paso a los inicios de la resaca. Medio dormido, lo único en lo que pienso es en que quiero darme una ducha caliente y seguir durmiendo. Aunque en este momento estoy tapado por el calor de las frazadas de mi cama. Y me sorprendo al descubrir que el estómago no me duele tanto como suele hacerlo ni estoy tan deshidratado.

Por el hecho de que está deshecha, sé que Ian estuvo durmiendo del otro lado. Y que también es el responsable de que no me sienta tan mal como suelo hacerlo todos los “días después”.

Me levanto y camino hasta la cocina para encontrarme con olor a tostadas, mermelada y café de cafetera recién hecho. Todas cosas que estoy seguro de que no teníamos en casa.

Me siento en una de las banquetas mientras él se sirve la bebida caliente en una taza.

—Buen día —me dice.

—Buen día —respondo.

—¿Te sentís mejor? —pregunta.

Asiento con la cabeza. Por el hecho de que es un gesto que puedo hacer sin marearme, doy a entender que efectivamente sí estoy bien. O no tan mal.

Transcurre el resto del desayuno en silencio. Incluso el momento en el que nos toca meter las tazas en el lavaplatos.

—Joa —me agarra del brazo en el momento en el que me estoy yendo—. ¿De verdad te sentís bien? ¿Ya no estás… mareado ni nada?

—Estoy bien, ya te lo dije. ¿Por qué preguntás?

Él me agarra de la manga de la remera con más fuerza.

—Porque… siento que tenemos que tener una charla.

Yo también lo siento. Lo sentí por mucho tiempo, en realidad, aunque no me atrevía a decirlo en voz alta.

—¿Por qué? —pregunto y al no tener respuesta vuelvo a insistir—. ¿Por qué ahora?

—No sé —responde casi en un susurro—. Probablemente sea el peor momento para hacerlo, pero…

Mi impulso inmediato es rechazarlo. Encontrar una manera más o menos creativa de evadir la situación. Aunque dados los eventos de las últimas horas, ni siquiera sería justo para él que me alejara ahora.

—Está bien —termino diciendo—. Sentémonos en el comedor.

Quedamos frente a frente. Yo en el sillón grande. Él en uno de los individuales.

—¿Sobre qué querés hablar? —pregunto.

—Nada. Todo. Ni yo sé por dónde empezar —responde.

Hay tantas cosas que a mí me gustaría decirle que ni siquiera sabría cuál de todas tendría que ir primero. Son tantas cosas acumuladas, tantos años…

Es momento de enfrentarme a esto.

Decido preguntar una cosa de todas las que rondan en mi cabeza para romper la barrera de hielo que está levantada entre nosotros.

—¿Querías que la banda se separara?

Por el nudo que se me hace en el estómago, sé que tal vez no quiera escuchar su respuesta.

—Nunca quise eso —confiesa.

Empiezo a jugar con uno de los hilos sueltos de mi remera.

—¿Entonces qué querías?

—Que todo lo que pasó en los últimos seis meses no pasara —dice—. Quería evitar que todo se fuera a la mierda y perder todo lo que habíamos conseguido. Supongo que tampoco sirvió.

Saca un cigarrillo de un atado que tenía en su mochila y lo enciende. Por suerte para mis pulmones, la ventana está abierta.

—Y fue mi culpa.

—Era más fácil culparte —le da una calada a su cigarrillo—. Sin embargo, no significa que realmente fueras responsable de todo. Supongo que todos pusimos una parte en romper las cosas.

—¿Como lo que pasó con Damián?

La pregunta sale de mi boca antes de que tenga tiempo de censurarla. La expresión en la cara de

mi hermano se transforma completamente, como si el hecho de sacar el tema a colación fuera lo último que esperaba que hiciera.

—Eso… es mucho más complicado de lo que parece.

—Le rompiste el corazón.

La frase suena a reproche. Tal vez lo sea, en parte.

—De nuevo: es mucho más complicado de lo que parece —reitera—. Pero… sí es cierto que dije muchas cosas que pensándolas en frío no tendría que haber dicho. Y eso aplica a todos, no solo a Damián.

—¿Como cuáles?

Él me mira, pero no responde inmediatamente. Le da otra calada a su cigarrillo y deposita las cenizas en un recipiente de vidrio que hace de cenicero. Apoya los codos sobre sus piernas, quedando inclinado hacia adelante. Hasta que finalmente, habla.

—Nunca pensé realmente que mamá tuviera razón con vos.

Su respuesta no es lo que esperaba.

—¿Entonces por qué lo dijiste?

—Porque estaba enojado —explica—. Porque acababa de perder una chance con un productor español que me quería llevar a tocar a Europa por ir a sacarte de un quilombo. Estaba… más que enojado. Furioso. No pensé en lo que decía.

—Perdón por eso —digo—. No necesitaba que fueras a buscarme.

—No iba a dejarte tirado —niega con la cabeza—. Era lo menos que podía hacer. Pero igual estaba enojado. Sigo enojado por muchas cosas —dice—. Bueno, quizá esa no sea la palabra: decepcionado encaja mejor.

Me remuevo en el asiento.

—¿Por qué?

—Porque no pensé que te esforzarías tanto en hundir un barco que luchamos tanto por sacar a flote.

Sé que se refiere a la banda y a todos los sacrificios que hicimos al empezar. Las noches sin dormir para terminar de componer. Las esperas interminables al llevarle nuestra música a las discográficas, quienes solo nos prestaron atención cuando empezamos a tener vistas en YouTube. Para sostener un proyecto en tus brazos hace falta mucho más que tener suerte, un video viral o un par de músicos con talento: hace falta compromiso.

Y también se refiere a todos los escándalos en los que me metí después de eso.

—Pensé que estaba ayudando —reconozco—. Que iba a servir para darnos visibilidad.

—Y también nos jugó en contra —sigue—. Llenamos estadios, pero nadie nos toma en serio. La gente se vuelve loca por Gris, pero la crítica nos hace mierda. ¿Te parece algo bueno?

—Vendemos.

—Muchas cosas venden. Eso no significa que valgan la pena —toma aire antes de seguir—. Siempre supiste que esto era mi sueño. Me apoyaste siempre, ¿por qué de repente cambiaste de opinión y te ensañaste con romper todo?

—No es cierto —niego—. No tenés ni idea de todas las cosas que hice por vos.

Algo más que suena a reproche.

—Entonces contame.

Apaga su cigarrillo y casi inmediatamente se enciende otro.

Dudo si realmente debería hablar. Si vale la pena siquiera contarlo ahora o si se interpretaría como que estoy echándoselo en cara. Que es exactamente el motivo por el que decidí callar por tantos años. Respiro. Me trueno los dedos porque realmente no sabría por dónde empezar. Por dónde, de todas las cosas…

Tal vez, lo mejor, sea empezar por el principio de nuestra historia.

—En todos los momentos posibles mamá, papá y toda la familia se encargaban de dejar en claro de que tenían un favorito y ese, obviamente, no era yo —arranco—. Pero no era tu culpa y por eso no me enojaba con vos. Porque vos no me tratabas mal, todo lo contrario: nunca me hacías sentir solo.

Suelto una risa ahogada al recordarlo.

—Por eso te ayudé siempre, como podía. Te seguía a todos lados y te escuchaba cuando lo necesitaras, aunque no entendiera ni la mitad cuando hablabas de música. Tenías talento y parecía que hacías todo bien. Te iba bien en eso. Te iba bien en la escuela. Nunca te equivocabas. ¡Te admiraba tanto! —admito—. Me moría de ganas de parecerme, aunque sea un poquito, a vos. Estaba… orgulloso de tenerte como hermano.

Dejo fluir las lágrimas que caen por mis mejillas. Ian no me interrumpe.

—Estaba contento de que además de que fueras mi hermano también fueras un poco mi mejor amigo —sonrío sin poder evitarlo—. Podía contarte cualquier cosa y sabía que ibas a estar ahí pasara lo que pasara. No me podía imaginar mi vida sin vos, todavía no puedo a pesar de todo —me limpio un poco la cara con la remera—. Y cuando decidimos empezar con la banda tenía mucho miedo de arruinarlo todo. Tenía miedo de que, por mi culpa, porque no podía concentrarme en nada ni quedarme quieto un segundo, o porque simplemente era una persona rara, las cosas no salieran bien. Cada vez que nos entrevistaban entraba en pánico porque sabía

que probablemente iba a decir algo estúpido sin darme cuenta y se iban a reír de nosotros.

—Joa…—dice confundido—. Jamás me dijiste todo esto.

—Ya sé —digo—. Por eso lo estoy haciendo ahora.

Ian traga saliva antes de dejarme continuar.

—Seguí.

—Nunca te lo dije porque tenía miedo de que te enojaras conmigo. De que… te avergonzaras de mí. Me sentía mal, pero hacía todo lo posible porque nadie se diera cuenta. Lo intenté, de verdad. Porque no quería arruinar tu sueño, ni el de San, ni el de Damián. Y nunca llegué a disfrutar de todo lo bueno que nos pasaba porque sentía que en cualquier momento se iba a terminar por mi culpa. Porque de los cuatro, yo era el único que no se lo merecía.

Bajo la cabeza. Ian se queda mirando a un punto fijo en el piso. Hasta que pregunta algo que pensé que jamás iba a volver a mencionar.

—Si hubieras ganado la vacante para estudiar animación —dice—, ¿hubieras dejado la banda?

Eso me transporta a un recuerdo lejano. A mis sueños de cuando todavía estaba en el colegio y me pasaba los días mirando series animadas. Que sí, que hay una razón por la que solo tenía dos amigos en el colegio y uno de ellos era mi hermano, por más sociable que yo fuera… En fin. Era capaz de quedarme hasta las dos de la mañana viendo videos de cómo hacían las animaciones de las películas de Disney. De cómo de un programa de computadora o de un pedazo de plastilina podían crear una obra de arte. Saltaba de un video al otro porque sentía que ni todos los que existieran en el mundo iban a alcanzar para satisfacer mi curiosidad.

Pero, por obvias razones, cuando un día se me ocurrió mencionar en la cena que quería estudiar animación, mis padres estallaron en carcajadas. ¿Justo yo? ¿Que no repetí ningún año del colegio de milagro? Sí, seguro. Quizá creyendo en las hadas consigas entrar a una universidad tan exigente. Era la única universidad del país que dictaba esa carrera y cada año la mitad de los aspirantes quedaba afuera.

¿A qué iba a aspirar yo, que no servía para nada?

Pero se me metió en la cabeza de tal forma que decidí prepararme, sin contarle a nadie más que a Ian, para dar el examen de ingreso. Fue quizá lo más duro que tuve que hacer en mi vida, porque entre los temas difíciles y la cantidad que tenía que conseguir aprenderme sin ser capaz de estar sentado diez minutos viendo una misma cosa cualquiera hubiera dicho que iba a ser imposible.

Sin embargo, mi hermano confió en mí desde el primer minuto. Me acompañó a sacar todas las fotocopias que necesitaba y me escuchaba recitar los temas de memoria. Me ayudó a encontrar formas en las que pudiera estudiar sin distraerme. A que pudiera leer consignas en una hoja y responderlas todas sin que se mezclaran en mi cabeza. Algunas veces, cuando me frustraba y sentía que no iba a poder y que todo me agobiaba, me tiraba en el piso sobre las carpetas desparramadas y lloraba. Era entonces cuando Ian entraba a mi cuarto sin tocar la puerta y me

hacía levantarme mientras él volvía a organizar todos los papeles para que yo pudiera empezar de nuevo al día siguiente.

Como siempre, él estaba ahí para juntar los pedazos rotos de mi propio desastre.

La noche anterior a rendir el examen casi no dormí. Obviamente, me quedé en el cuarto de mi hermano. Pero ni así conseguí conciliar el sueño. Al otro día parecía un zombie, pero sin embargo me levanté antes de escuchar el despertador, me di una ducha y me preparé para enfrentarme a la situación.

Al salir del examen, sentía como si me hubiera sacado un peso de encima. Algo me decía que me había ido bien, aunque no quise decir nada. Ian corrió hacia mí cuando me vio salir y me abrazó con fuerza.

—Pase lo que pase —me susurró—, estoy orgulloso de vos.

Y pocas veces en mi vida me sentí tan feliz conmigo mismo.

Los resultados tardaban algunos meses. Y en ese momento, todavía estábamos en el último año del colegio. Apenas habíamos empezado con la banda, pero poco a poco la vorágine me fue arrastrando. Antes de terminar ese año, ya éramos prácticamente famosos y estábamos a punto de irnos de gira. Habíamos convencido a San por fin de que se uniera (bajo la promesa, con fundamentos o no, de que las chicas le iban a prestar más atención), por lo que nos juntábamos todas las tardes en el garaje de la casa de Damián a componer y ensayar. A veces teníamos que parar en medio de una canción porque alguno hacía algo que causaba que todos los demás se tentaran y termináramos tirados en el piso sin poder parar de reírnos.

El futuro era optimista para nosotros. Y lo más importante de todo, es que éramos felices haciéndolo.

El mail llegó dos días antes de que tomáramos nuestro primer avión. Estaba solo en casa cuando lo recibí, por lo que tuve tiempo para procesarlo en privado. Esa tarde, en el último ensayo previo, no lo mencioné. Solo me dediqué a observar a todos los demás. En particular, a mi hermano. Creo que pocas veces lo había visto tan feliz, tan entusiasmado. El conservatorio para él era mucho más serio, más aún con las toneladas de presión que le habían enseñado a ponerse para llegar siempre a la vara de la perfección. Esto no: esto lo hacía sonreír.

Lo mismo pasaba con Damián. Nunca había encontrado un lugar donde se sintiera cómodo mostrando su música. Se la guardaba para él mismo o muy de vez en cuando nos enseñaba algo a nosotros. Pero jamás se había atrevido a compartirla con tanta cantidad de gente, hasta ese entonces.

Y San realmente lo intentaba. Cuando lo metimos en la banda no tenía ni idea de ningún instrumento. Era más chico que nosotros, obviamente, y tampoco le habían enseñado alguna vez. Pero con paciencia, mi hermano le fue explicando los fundamentos del bajo y le terminó gustando. Además, la plata de la primera gira le iba a venir bastante bien a su familia, ya que el negocio que tenían había tenido que cerrar y les costaba llegar a fin de mes.

Yo no podía abandonarlos en ese momento.

—Ian, yo gané la vacante —confieso—. Y la rechacé.

Se queda de piedra. Boquiabierto. Sacude la cabeza intentando procesar lo que le acabo de decir. Sé que es algo difícil de digerir después de haberlo ocultado por cuatro años. Pero por fin, después de tanto tiempo, lo dejé ir. Y se siente bien ya no cargar con eso sobre mis hombros.

—No puede ser —resopla—. Me dijiste que no habías entrado.

—Eso te dije —asiento—. Pero te mentí.

Deja el cigarrillo a medio terminar y se peina hacia atrás con los dedos.

—No lo entiendo —dice confundido.

—Me enteré antes de que nos fuéramos de gira —explico—. Y sabía que si yo aceptaba iba a tener que volver al menos un mes antes para poder hacer el curso inicial en febrero. Pero ustedes no podían tocar sin vocalista. Así que la rechacé.

—¿¡Por qué no dijiste nada!? —pregunta alterado, a la vez que se levanta del sillón y se acerca a la ventana para tomar aire.

—Porque no quería que sintieras que te lo estaba echando en cara —digo—. Lo último que quería era hacerte sentir mal o culpable por una decisión que tomé yo solo. Pensé que así ibas a dejar de estar tan triste y con tanta ansiedad todo el tiempo porque la banda te hacía feliz.

—No lo entiendo, Joaquín —sacude la cabeza—. De verdad no lo entiendo: era tu sueño.

—Pero gracias a que renuncié a él, vos pudiste vivir el tuyo. Y no me arrepiento de nada. Aunque después —confieso—, sí me dolió que me trataras tan mal. Me dolió muchísimo, porque sentí que ni siquiera todo lo que podía darte alcanzaba para que estuvieras bien.

Ahora es Ian el que está llorando.

—Nunca me debiste nada —dice—. No tenías que sacrificar nada para conformarme a mí.

—Era la única forma de que el hecho de haber ocupado parte de tu espacio durante tantos años hubiera servido de algo.

Ian se acerca y se sienta a mi lado.

—Entiendo que te hayas rendido conmigo, de todas maneras —continúo.

—Yo nunca me rendí, Joa —pasa su brazo por encima de mis hombros—. Pero a veces no sabía cómo manejar las situaciones. Sabés que jamás fui bueno con las emociones ni con las palabras. Y a veces sentía que vos eras el que te habías rendido con vos mismo, y me desesperaba. Te juro que me desesperaba. Todavía lo hace. Porque incluso teniendo mil cosas positivas elegís no verlo. Como si nada de lo que hagas vaya a ser suficiente para que seas feliz y nada bueno que te

pase va a alcanzar para que te sientas bien con vos mismo. Porque… —concluye en voz baja—, simplemente creés que no te lo merecés.

Es la primera vez que alguien enuncia mi teoría con tanta claridad.

Nada bueno que me pase va a ser suficiente, porque sé que no me lo merezco. Y por ende, tarde o temprano, se va a terminar yendo.

—¿Por qué estás tan obsesionado con autodestruirte? —pregunta.

—Porque nunca nada de lo que hice alcanzó para que me quisieran.

Las palabras parecen quemar mi garganta. Duele decir en voz alta algo que te guardaste para vos mismo durante tanto tiempo.

Algo que te está matando.

Ian me abraza con fuerza.

—Sos la persona que más quiero en el mundo —me susurra—. Y si tengo que obligarte a que te sientas bien y arrastrarte a un centro de rehabilitación para que dejes de hacer todo lo que te lastima lo voy a hacer. Sé que un montón de personas te hicieron sentir que no valías la pena. Pero es todo mentira. Sé que yo mismo lo hice, y te pido perdón por eso y te prometo que voy a hacer todo lo posible por ser un mejor hermano —me mira a los ojos—. Todo lo bueno que llega a tu vida te lo ganaste por ser como sos, aunque ahora seas incapaz de verlo. Y, por sobre todas las cosas —concluye—, te merecés que te quieran, Joa. Podés tener todas las teorías que quieras sobre vos mismo, pero espero que el hecho de que tanta gente te ame por como sos alcance para que entiendas que esas teorías están todas equivocadas.

Dejo que me abrace y nos quedamos en silencio, por una cantidad de tiempo que no sé si son dos minutos o dos horas. Hasta que, finalmente, decido pedirle ayuda.

—¿Qué debería hacer? —le pregunto—. Acabo de arruinar la vida de Julia y después desaparecí… —admito con un poco de vergüenza—. ¿Cómo puedo arreglar esto, Ian?

Él se toma unos segundos antes de responder.

—Lo único que podés hacer en este momento —responde—, es defenderla.

52. Joa

Me presento en la puerta de un estudio de televisión a la hora que me indicaron.

No di ningún aviso previo a la banda, ni a nuestro equipo de marketing, ni a nuestros asistentes de redes sociales. Lo único que dejé fue un mensaje en el grupo de WhatsApp que compartimos diciendo “voy a dar una conferencia de prensa”, hace exactamente dos minutos.

Esto tengo que hacerlo solo.

Una mujer me indica el pasillo por el que tengo que pasar. No es sorpresa que tan solo con una llamada me hayan hecho un espacio en uno de los programas con más rating del canal: todas las productoras intentaron por todos los medios obtener mi testimonio. Me decidí por venir acá únicamente bajo la condición de que me dejaran hablar, sin interrumpirme en ningún momento.

Mientras me acomodan el micrófono, hacen una prueba de luces que me deja ciego por unos instantes. El conductor se acomoda en el asiento frente al mío y repasa las palabras con las que me va a presentar. Saco de mi bolsillo el papel con el discurso que tenía preparado, pero apenas dan la señal de que estamos al aire decido tirarlo. Me da totalmente igual confundirme o mezclar las palabras: es parte de mí. Ya no me importa cuánta gente se burle, siempre y cuando hable con la verdad.

Tan pronto como el conductor me presenta, comienzo a hablar.

—Sé que si me trajeron acá fue pura y exclusivamente porque esperan que diga algo medianamente interesante para poner en los titulares de mañana y lucrar todo lo que puedan con la situación. Pero lamento decepcionarlos: no es lo que vine a hacer —explico—. Durante la última semana, desde que se me ocurrió subir una foto con la persona con la que estuve saliendo los últimos meses, miles de personas se obsesionaron con descubrir quién era. Y todavía peor: indagaron en su vida privada con tal de encontrar cualquier cosa que pudiera lastimarla —continúo—. De más estaría decir que tomaron un par de cosas fuera de contexto y las usaron para construir una narrativa que dudo que ustedes mismos se crean: lo único que les importa es que sea divertido. Pero lo peor de todo esto es que no están hablando de una novela: se están metiendo con la vida de alguien. ¿Nunca se pusieron a pensar en cómo la afecta? ¿Que tiene un trabajo que conservar? ¿O es que ni siquiera les importa? —recrimino.

El conductor del programa se queda boquiabierto. Sin embargo, es fiel a su promesa y no me interrumpe.

—Julia es una de las mejores personas que conocí en mi vida —continúo— y no se merece todo esto. Ella… me enseñó muchas cosas. Como no juzgar a una persona por su pasado, por sus errores. Eso es exactamente lo que decidí hacer. Quizá les parezca raro que esté con ella, sabiendo de dónde viene, pero ¿saben qué? Estoy con ella porque es la única en todos estos años que me trató como si fuera una persona —confieso—. Y me parece totalmente patético y de un nivel bajísimo que se metan con su vida para tratar de golpearme a mí. Si quieren insultarme, si

quieren tratar de hundirme, háganlo. Me da igual. Pero —hago una pausa— háganme el favor de no meterse con la gente que amo. Aunque, de todas maneras, hacer eso habla más de ustedes que de mí.

Hay silencio en el estudio. Me arranco el micrófono y salgo casi corriendo.

Consigo llegar al auto, pero salir del estacionamiento es un infierno, ya que la multitud de periodistas está atrincherada en la puerta. Con un poco de suerte, consigo evadirlos e irme. Mi teléfono casi parece a punto de explotar de tantos mensajes que estoy recibiendo, pero solo cuando subo al departamento lo desbloqueo. Damián me está esperando, pero antes de que tenga tiempo a decirme nada le hago una seña para que me espere.

Entonces, salgo a la terraza y devuelvo una única llamada: la de Julia.

—Arruinaste tu propia carrera —es lo primero que dice al responder el teléfono.

—Hay cosas peores —respondo.

El silencio se hace presente en la línea.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Por qué me defendiste?

—Porque te amo.

—¿Y por qué me seguís amando incluso sabiendo lo que hice?

—Porque sé que sos mucho más que eso —contesto—. Sos mucho más que tu pasado. Sos mucho más que el lugar en el que te criaron. Y yo creo en vos.

53. Julia

Cuando Joa se aparece en la puerta de mi casa me abraza con fuerza tan pronto abro. Y no quiero soltarlo. Quiero que me sostenga hasta que me quede sin aire.

—Ya no tengo trabajo —digo mientras me acaricia el pelo—. Aunque era un trabajo de mierda de todas maneras.

—En eso estamos de acuerdo —responde riéndose un poco—. Y voy a ayudarte. Voy a conseguirte un trabajo nuevo. O voy a pagar el alquiler por vos. O lo que necesites —continúa—. De todas maneras, sigo sintiéndome mal por todo esto, Ju —confiesa—. Nadie se hubiera enterado si no fuera porque subimos esa foto.

—Iba a pasar de todas maneras —me encojo de hombros—. A la larga, si seguíamos juntos… Alguien lo iba a saber, ¿no?

—Quizá…

Sigo sin procesar que este chico me acaba de defender, hace poco más de dos horas, en televisión nacional. Es, por lejos, el gesto más fuerte que alguien tuvo conmigo desde que tengo memoria.

Sin embargo, eso no quita el hecho de que, previo a eso, no supe nada de él por días.

—¿Qué pasó en estos días en los que desapareciste? —pregunto—. Pensé que… ya no querías tener nada que ver conmigo.

Suspira pesadamente, como tratando de tomar valor o de encontrar las palabras adecuadas.

—Voy a ser brutalmente honesto —comienza a explicar—: ni yo sé lo que hice la mayor parte de ese tiempo. Solo recuerdo que me encerré en mi cuarto con un par de botellas y que mi hermano me terminó sacando de ahí. Para ese entonces, ya había vaciado tres cuartos de una y le había gritado tanto a la almohada que me dolía la garganta —confiesa—. Y sé que no es la manera en la que debería haber enfrentado esta situación, ni ninguna otra. Pero… es la única forma que conozco en la que no me siento culpable solo por el hecho de existir —y agrega en voz baja—. Es la salida menos dolorosa.

Trago saliva.

—Joa —le digo apoyando una mano en su mejilla—. Necesitás ayuda.

—Lo sé —responde admitiendo por primera vez desde que lo conozco que tiene un problema con esto—. Y te prometo que voy a buscarla.

Entonces me inclino para besarlo.

—Estoy orgullosa de vos —susurro a centímetros de su cara.

—Voy a buscar ayuda. Y voy a ser la mejor persona que pueda ser para no perderte —dice—. Porque es lo que te merecés. Me da igual lo que digan los medios, porque ninguno conoce de verdad a *mi* Julia.

La forma en que lo dice hace que empiece a lagrimear.

—Tengo miedo, Joa —confieso—. Pensé que, quizá, si procesaba toda la situación en silencio, eventualmente iba a poder enfrentarme a eso. Incluso, que iba a poder hablar de nuevo con mi mamá sin pensar en todo lo que pasó. Pero… ¿cómo puedo seguir adelante si toda la vida miles de desconocidos se van a encargar de recordármelo?

Él apoya su frente en la mía.

—Porque si bien no podés borrar lo que pasó —dice—, sí podés aprender a vivir a pesar de eso. Perdonarte a vos misma para que ya no te duela y eso es puramente decisión tuya. Además —agrega—, la gente se olvida de estas cosas. Creeme, tengo experiencia en esto. Dales un par de semanas, se van a aburrir y van a encontrar a alguien nuevo con quien meterse.

Entonces, lo tomo del brazo y lo llevo a mi cuarto. Nos besamos hasta que, casi sin darnos cuenta, ninguno tiene ropa puesta y esto es todo lo que necesito ahora. Estar con él.

Estar con la persona que lo vio todo de mí y aun así eligió quedarse conmigo.

54. Julia

Acordamos con mi mamá reunirnos en un lugar tranquilo. Ambas sentimos que era lo mejor, dada la situación, aunque ninguna haya mencionado el tema directamente. Un café cualquiera, que nos queda más o menos como punto medio a las dos, fue la opción elegida.

Llego al lugar casi veinte minutos antes. Solo por si acaso.

Me siento en una de las mesas exteriores a esperar. Dejo que el viento frío y el ruido del tráfico me distraigan. Que, si tengo suerte, me hagan olvidar un poco de los nervios que siento al estar enfrentándome a esto.

Después de tanto tiempo, vamos a tener una conversación de verdad.

Mi mamá llega tan solo cinco minutos después que yo. Una de las cosas en las que se parece a mí (o bueno, yo a ella). La identifico enseguida por el sweater de lana que lleva puesto y el pantalón ancho de jean, ropa que aún conserva de cuando todavía vivíamos bajo el mismo techo. Camina concentrada en el camino. Y no puedo evitar notar que su cara se ilumina tan pronto me ve.

Quiero creer que la mía lo hizo un poco también, para estar a la par. El corazón me late a mil por hora. Sin embargo, estoy considerablemente más tranquila que la vez que se apareció en mi casa. Quizá sea por el hecho de que ya no sufro del shock de la primera vez. O porque estuvimos hablando seguido. O porque, simplemente, esta vez sí estoy lista para hacer esto.

Se sienta rápido, como si estuviera apurada. Cualquiera creería que, efectivamente, lo está y que probablemente esté buscando una excusa para salir corriendo. Yo, por mi parte, sé que es un hábito heredado después de tantos años de aprender a huir. Una ansiedad que la acompaña a cada paso que da y que recién ahora puedo empezar a entender un poco.

Se sienta sin acercarse a saludarme. Sé que lo hace por miedo a que la rechace, no porque no quiera.

—Hola —digo—. ¿Cómo estás?

—Bien —me sonríe mientras se acomoda—. ¿Y vos, hija?

No puedo evitar el nudo en el estómago cada vez que me llama de esa forma. Ella enreda entre sus dedos el relicario que lleva colgado desde que tengo memoria. Le sirve para tranquilizarse. Una descarga saludable cada vez que se siente demasiado nerviosa. A veces desearía todavía tener esa capacidad.

—También —respondo y agrego—. Querías verme.

Ella asiente.

—No pensé que estarías de acuerdo con eso —y agrega—. Al menos no después de… lo que pasó.

Una camarera se acerca y nos toma el pedido. Lo agradezco internamente, porque al menos me da tiempo para pensar cómo encarar lo que sigue.

Tamborileo sobre la mesa, intentando encontrar las palabras correctas.

—Creo que lo llevo bien —digo—. Joa me está ayudando a que sea… lo más leve posible. Sabía que lo iba a tener que enfrentar en algún momento. Solo no pensé que lo tendría que hacer frente al ojo público. Es… mucho para procesar.

—Casi ninguna de las cosas que se están diciendo son verdad —responde—. Además, el discurso que dio ese chico en tu defensa… se nota que le importás.

No puedo evitar sonreír un poco.

—Eso creo —digo.

—Las cosas en casa… están alteradas —confiesa—. Pero van a salir bien parados de esto: siempre lo hacen —su tono delata que esa afirmación no la pone contenta—. Algunos piensan que lo hiciste a propósito, como venganza.

—¿Y hundirme a mí misma en el proceso? —respondo—. No le veo demasiado sentido.

—Lo sé. Pero las cosas después de que te fuiste… bueno, no fuiste la primera en irse. Pero nadie se lo esperaba de vos.

Nadie se lo esperaba de mí: la hija perfecta de un devoto ejemplar. La persona que hacía todo lo que le decían sin cuestionarse nunca nada. Una persona que, ahora, ya está muerta.

—Aunque —continúa—, no puedo decir que no entiendo tu decisión.

—¿De verdad me entendés?

La pregunta sale de mí con un tono de reproche mucho más fuerte de lo que había planeado.

—Más de lo que pensás —confiesa—. Sé perfectamente cómo te sentiste después de lo de Alicia. Nunca te juzgué cuando te fuiste de casa. Pero fue difícil para mí, eso no te lo voy a negar —Un destello de tristeza se hace presente en sus ojos—. Te extrañé mucho, Ju.

—¿Y por qué no hiciste nada para frenarme, entonces?

—Porque sabía que era la mejor decisión que podías tomar.

La camarera vuelve con nuestro pedido, más rápido de lo que habría esperado. Pero tiene sentido, considerando que las dos nos pedimos exactamente lo mismo: una limonada con galletitas de jengibre.

—Ese no era tu lugar —continúa—. Jamás quise apagarte. Pero había muchas cosas contra las que yo no podía pelear y…

—Elegiste a papá.

—Elegí que fueras libre —dice—. Reconozco que fui criada de una manera particular. Y durante mucho tiempo pensé que lo que estaba haciendo era lo correcto. Pero después de lo de Alicia yo… yo también estaba ahí, Ju. Yo también la miré a los ojos y supe que no mentía —y agrega, en voz baja—. No fuiste la única que se comenzó a cuestionar absolutamente todo ese día.

Su confesión me toma por sorpresa.

—Pero al menos tuviste la decencia de no decir nada —respondo.

—No te culpo por lo que dijiste, Ju. Nadie lo hace.

—Soy una persona de mierda.

—No es verdad —replica—. Vos no la lastimaste.

—Pero hice su dolor aún peor.

—Ella sabe por qué lo hiciste. Y no te guarda rencor.

—¿Cómo podés estar tan segura?

La miro a los ojos y entiendo por qué.

—Hablaste con ella —suelto.

—Ella habló conmigo, para ser más precisas —explica—. Se contactó poco después de que te fuiste. Quería saber si… estabas bien.

Comienzo a llorar sin poder evitarlo.

—No me lo merezco.

—Alicia sabía cómo era tu papá. Sabía que le tenías miedo. Y jamás se enojó por eso.

—Eso no hace que esté bien lo que hice.

—Hiciste lo que pudiste, con lo poco que tenías —toma mi mano por encima de la mesa—. Tuviste el valor de enfrentarte a tu papá e irte. Y eso es mucha más valentía de la que cualquiera hubiera tenido.

Puede ser que el hecho de que me esté rompiendo y rearmando por dentro no me deje pensar con claridad, porque lo próximo que hago es pararme de la silla para sentarme en el regazo de mi mamá, como cuando tenía cinco años y alguna estupidez me daba miedo. Ella me abraza con fuerza. Y es entonces cuando entiendo que no puedo odiarla. Que estoy cansada de guardarle

resentimiento. Durante todos estos años, fue la opción fácil. Pero encapsular todo lo que siento para mantenerme firme, dejar de ser débil, no me ayudó en absoluto.

Si algo provocó, fue hacer mi vida más miserable.

Después de todo, ella no tenía muchas más herramientas que yo. Y no puedo culparla por hacer lo mejor que pudo conmigo.

—Necesito soltar esto, mamá.

—Entonces hacelo. Yo te apoyo.

Ella me deja llorar encima suyo hasta que me quedo sin lágrimas. Porque finalmente siento que puedo dejar ir absolutamente todos los sentimientos que me envenenaron por dentro durante toda mi vida.

Puedo perdonarme a mí misma. Porque, después de mucho tiempo, siento que tengo derecho a hacerlo. Derecho a ser libre.

Finalmente, me paro y estoy a punto de pedirle perdón por mi repentino acto de sensibilidad, pero no me da tiempo. Mira el reloj y, por la expresión que hace, comprendo que se tiene que ir. Siento la tentación de preguntarle con qué clase de mentira consiguió zafarse de las garras de mi papá, pero de momento no estoy segura de poder cargar con la respuesta.

Paso a paso.

—¿Alguna vez te vas a ir? —pregunto.

—No lo sé —responde—. No soy tan valiente como vos.

—Prometeme que lo vas a intentar.

En lugar de responderme, se saca el relicario que tiene colgado del cuello y me lo entrega.

—Cuidalo —me dice—. Porque voy a volver a buscarlo.

Entonces me abraza rápidamente, deja un par de billetes arriba de la mesa para pagar por la merienda y se aleja sin darme tiempo a decir más nada. Por un momento, dudo si abrir el relicario, porque lo último que necesito en este momento es ver una foto familiar donde aparezca mi padre, pero lo abro de todas maneras. Lo que encuentro dentro me sorprende. El vidrio está roto y la foto en donde antes había tres personas fue reemplazada por una nueva, en la que solo hay dos personas: ella y yo.

Y comprendo que va a hacer todo lo que esté en sus manos para cumplir su promesa.

55. Julia

Tan pronto como piso la puerta de la oficina, casi cincuenta caras se dan vuelta para mirarme fijamente. Entre ellas, se incluye la de mi ahora exjefa. Que hizo su regreso triunfal luego de que yo me fuera.

El silencio absoluto es interrumpido únicamente por los murmullos disimulados cuando me acerco a mi cubículo y tomo las pocas cosas que tenía ahí: dos imanes, un lápiz y un sacapuntas sin filo. Las meto en mi mochila y me estoy dirigiendo hasta la puerta de nuevo, cuando mi ella, apoyada en un escritorio, hace un comentario.

—Es una lástima que te hayas hundido así. Eras un recurso tan valioso… Pero, en fin, tenemos una ética laboral y está claro que no encajás dentro de ella. Así que, de más está decir que estás despedida.

Sé que no es necesario, en realidad, que me diga que estoy despedida porque ya se encargó de comunicármelo por WhatsApp. Me debato si debería ignorarla o seguir caminando, pero mi parte contestataria toma la decisión por mí y se da vuelta para mirarla a los ojos.

—Es un trabajo de mierda, de todas maneras —respondo—. Cualquier persona que te diga lo contrario te está mintiendo a la cara. Todos te odian. Y es muy triste que tu única fuente de felicidad sea maltratar empleados explotados por dos mangos con cincuenta.

Me saco las ganas de decir todas esas cosas que me venía guardando prácticamente desde que empecé a trabajar acá. Después de todo, no pueden echarme de nuevo, ¿verdad?

Salgo y escucho que se inicia un barullo importante, pero a estas alturas es problema de otro. Diviso el auto de Joa, que sigue estacionado en el mismo lugar y empiezo a bajar las escaleras metálicas. Hasta que alguien me toca el hombro.

Giro para ver quiénes son: Valeria y, para mi sorpresa, Micaela. Ambas con sus mochilas en la mano.

—¿Qué hacen acá? —pregunto.

—Renunciamos —dice Valeria—. ¿No es obvio?

No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Y eso a qué vino?

—Tenés razón: es un trabajo de mierda —continúa Valeria—. Prefiero trabajar en el local de ropa de mi tío.

Mi mirada se dirige, inevitablemente, a Micaela. La última persona que esperaría que renuncie al trabajo que parecía dominar con tanta facilidad.

—Yo también lo odiaba —explica—. Pero me esforzaba mucho por las comisiones porque, bueno… mi familia las necesitaba.

Siento, de repente, quizá por el tono en que lo dice, una profunda empatía por ella.

—Entonces —digo tratando de entender—, ¿no te creías realmente los discursos de la jefa?

—Nunca me los creí —niega con la cabeza—. Solo estaba demasiado desesperada por no quedarme sin trabajo. Cuando le hiciste frente a la jefa, quise agradecerte, pero… Me daba miedo hablarte.

Baja la cabeza, sonrojada, evidenciando una profunda timidez.

—Pensé que me estabas mirando mal —reconozco.

—Perdón, mi cara a veces se malinterpreta un poco.

Me asomo para ver si el auto de Joa sigue en el mismo lugar.

—Tengo que irme —aviso—. Valeria, tenés mi número por cualquier cosa.

—Se lo paso a Mica —dice.

—Mejor armá un grupo de WhatsApp —sugiero—. Es más fácil para coordinar los almuerzos.

Joa, al ver que ya me estoy yendo, enciende el auto y comienza a hacer ruido con el motor, solo por diversión.

—¿Ese es tu "novio que se parece a Joa Keuler", pero que al final terminó siendo, efectivamente Joa Keuler? —pregunta Valeria entre risas—. ¿Y encima te sale a defender por televisión cuando te escrachan?

—Exacto —digo guiñándole un ojo.

Micaela silba, sorprendida.

—Dios tiene favoritas.

Aparentemente, a ninguna de las dos les interesan los motivos por los cuales aparecí en todos los portales de noticias. Es probable que ni siquiera se crean nada de lo que dijeron sobre mí. Las tres soltamos una carcajada y bajamos por la escalera.

Yo me separo de ellas y entro al auto. Joa se inclina para besarme.

—¿No era que no tenías amigas en el trabajo? —pregunta.

—Es que ya no cuentan como "del trabajo" —aclaro—. Que me despidieron, eh, ¿no sabías?

Él se ríe ante mi intento de expresión irónica.

—¿Qué vamos a comer? —pregunto.

—Ian preparó pizza y creo que después iba a hacer un bizcochuelo para la tarde —y aclara—. Esperemos que no se le queme.

El recuerdo de una de nuestras primeras salidas hace que ambos nos empecemos a reír. Yo no puedo evitar notar los hoyuelos que se le hacen cuando se ríe de verdad y me da tanta ternura que apenas para en un semáforo me acerco para darle un beso, que él me devuelve. También, aprovecha para agarrarme la mano y besarla con delicadeza.

La música suena fuerte en el parlante y, sumado a lo llamativo del auto, hace que en casi todas las calles alguien se detenga a mirarnos. Lo cual descubrí que ya no me molesta en absoluto.

Sí, estoy saliendo con una estrella de rock, ¿y cuál hay?

Epílogo

—¿Alguno se acuerda en qué heladera dejamos las gaseosas? —pregunto.

Ian me hace una seña para indicarme que lo hicimos en el freezer del costado.

Decidimos aprovechar lo soleado del domingo para almorzar juntos en la terraza del departamento. Algo que, en las últimas semanas, se empezó a volver una costumbre.

Las cosas, ahora, están mucho más calmadas que lo que estaban hace un mes atrás. Empezando por el hecho de que casi todo el mundo se olvidó del escándalo de Julia. Y por añadidura, de mi propio discurso.

Tal como todas las tendencias, duró poco y la gente se distrajo enseguida con el próximo chisme. Aunque también tengo que reconocer que el equipo de marketing nos dio una mano enorme en lanzar la información justa y desviar el tema para mitigar los daños que causó. Es (casi) la única razón por la que no los despedimos a todos. No todo el mundo es como Martin, ¿verdad?

Saco las gaseosas y las dejo arriba de la mesa. Me divierto mirando a San y Damián que hacen un ritmo con los cubiertos.

Por otra parte, resulta que la decisión de disolver la banda quedó, por decisión unánime, en el olvido.

Después de varias charlas que duraron horas, llegamos a la conclusión de que era estúpido que nos separáramos. Y que lo mejor que podíamos hacer era dejar atrás todo lo que había pasado y empezar de cero.

Intentar volver a las raíces, a aquello que nos hacía felices y nos unió en primer lugar. Tal vez esa sea la única manera de sanar todo lo que pasó en estos años.

—¿Me pasás la sal? Le falta un poco a la ensalada —le dice mi hermano a Damián. Él la agarra, pero se le cae a medio camino. Ian pone los ojos en blanco y comenta, con ironía—. Bueno, ahora se les va a endemoniar la casa. Pero tranquilos: conozco un exorcista de confianza.

Damián se ríe. Sigo sintiendo que me perdí una parte de su historia. Pero al menos me deja tranquilo que parecen haber tenido sus propias charlas de cuatro horas y consiguieron llevarse bien. Tal como era antes.

Quizá nunca llegue a enterarme de lo que de verdad pasó entre ellos. Solo el tiempo sabrá.

Por mi parte, hablar con el psicólogo del centro de rehabilitación al que empecé a ir me hizo descubrir más de una cosa sobre mí mismo. Cosas a las que le encontré una explicación. Y que me hicieron entender que quizá mi teoría sobre mí mismo, que me acompañó durante toda mi vida, estaba equivocada.

Resulta que mi familia tuvo más influencia sobre mí y mis formas de pensar de lo que me gustaría creer. Muchos de los problemas que tengo hoy, al parecer, se remontan al tipo de crianza que tuve. Aunque me esperanzó mucho escuchar de mi psicólogo que no es determinante: yo puedo elegir y hacer mi propio camino, con lo que sea que hayan hecho de mí.

También me dijo que era probable que tuviera Trastorno de Déficit de Atención no diagnosticado. Lo cual explicaría por qué, durante toda mi infancia, adolescencia y corta adultez concentrarme me costaba el doble que a cualquier otro ser humano. Simplemente, muchas cosas que nunca entendí por qué me pasaban empezaron a tener sentido cuando me enumeró los síntomas típicos.

Le puso un nombre a algo que no sabía explicar. Algo que me hacía sentir que estaba fallado. Mi teoría de que solo vine a este mundo para arruinarlo se fue deshaciendo de a poco. Al parecer, solo necesitaba un poco de ayuda extra. Y eso me dio una tranquilidad que, hasta ahora, nunca había sentido.

Esa tranquilidad también hizo que, hasta ahora, lleve un mes completamente sobrio. Un récord para mí.

De hecho, ya son bastantes las noches que puedo dormir de corrido. En parte, también, tengo que agradecerle a Ju, que se queda a dormir en mi casa casi día por medio. Descansar al lado suyo hace las cosas infinitamente más fáciles.

La observo mientras habla con Lola y San sobre no sé qué planta de interior que quieren poner en el departamento. Algo que noté en estas últimas semanas es que brilla mucho más que antes. Sé que eso es un dato que no puedo medir objetivamente, pero yo lo siento y eso es todo lo que necesito saber. Fueron semanas en las que estuvimos juntos casi todos los días, ya que la acompañé a todas y cada una de sus entrevistas de trabajo. El hecho de que haya conseguido entrevistas tan rápido es una buena señal: no me cabe duda de que va a conseguir trabajo pronto, uno mil veces mejor que el que tenía.

Hasta llegué a conocer a su mamá una tarde, y si bien es calcada a las descripciones que hacía Julia sobre ella, me cayó bien. Espero que haya sido mutuo: me vendría genial empezar con el pie derecho con mi suegra.

Terminamos de comer y, mientras los demás recogen los platos, yo bajo a buscar el postre. Aprovecho también para buscar ese papel que estaba esperando tener oportunidad de darles. Una oportunidad que me cae casi del cielo cuando coincidimos los cuatro en la cocina.

—¿Qué es esto? —pregunta Ian cuando se lo extiendo.

—La primera canción de nuestro nuevo álbum.

Los tres sonríen y Damián, en un gesto tan típico suyo, extiende los brazos para hacer un abrazo grupal. Algo que no pasaba hace muchísimo tiempo.

Estamos los cuatro juntos y acabo de escribir la letra de una canción completamente solo a pesar de que me muera de miedo.

Solo espero que a Julia no le avergüence cuando la escuche.

Agradecimientos

Para redactar estos agradecimientos tuve que leer muchos otros agradecimientos antes porque, honestamente, no tenía ni idea de cómo empezar. Supongo yo, que tiene que ser por el principio: gracias a la Agus del pasado, que se puso como objetivo terminar su novela sin tener ni idea de lo que iba a pasar después.

A mi mamá, papá y hermano. Gracias por recordarme todos los días que sí se puede.

A mis superpoderosas: Male, Nini, Ponja y Bel. Gracias por acompañarme en cada paso que di y apoyarme en cada crisis que tuve mientras escribía este libro. Tenerlas a mi lado hizo cada momento lindo incluso más lindo y cada momento feo, un poco más soportable. Con ustedes, me siento capaz de comerme el mundo.

Y, especialmente, a Manu, el único superpoderoso del grupo. Sé que dije mil y una veces que sin vos esta novela probablemente no existiría y es totalmente cierto. No me alcanzan las palabras de agradecimiento para expresarme. Gracias por creer en esta historia desde que solo tenía un capítulo y por obligarme a escribir cada vez que la inseguridad me ganaba. Y claro, por ser el mejor lector beta que alguien podría querer.

A Guada y Belu, que siempre están para acompañarme.

A Román, por ser el mejor amigo que podría tener.

A Achu, mi ilustradora, por haber participado en este proyecto que tanto me emociona.

A mi editora, por decidir apostar por la historia de Julia y Joa.

A todas las personas que inspiraron algún personaje de este libro.

A todos los escritores y las escritoras que admiro.

A todos aquellos que hablan de libros en redes y me convirtieron en lo que soy hoy.

A todos ustedes, infinitamente, gracias.

Hay una canción por cada capítulo, podés escucharlas según avances en la lectura para vivir la experiencia completa, aquí.



PLAYLIST

Lista de Spotify

1. - Don’t Threaten Me With A Good Time – Panic! At The Disco
2. - When The Curtain Falls – Greta Van Fleet
3. - Dying In LA - Panic! At The Disco
4. - Nervous – Shawn Mendes
5. - No – Meghan Trainor
6. - Out Loud – Gabbie Hanna
7. - Sober Up – AJR, Rivers Cuomo
8. - Dive – Ed Sheeran
9. - Fallin’All In You - Shawn Mendes
10. - Papparazzi – Lady Gaga
11. - Yendo a la casa de Damián – El Cuarteto De Nos
12. - Something Just Like This – The Chainsmokers, Coldplay
13. - The Family Jewells - Marina
14. -Rockstar - Duki
15. -Hate Me – Miley Cyrus
16. - Still Learning - Halsey
17. - Arráncamelo - Wos
18. - God Must Hate Me – Catie Turner
19. -Culpables - Airbag
20. - Always There - Greta Van Fleet
21. - Is This Still Love – Danny Jones
22. - Introducing Me From Camp Rock 2: The Final Jam – Nick Jonas
23. - Too Sad To Cry – Sasha Alex Sloan
24. - Feel Real - Deptford Goth
25. - The Monster – Eminem - Rihanna
26. - 1 Step Forward, 3 Step Back - Olivia Rodrigo
27. - Purpose - Justin Bieber
28. - Ghost – Justin Bieber
29. - Volver a casa – Airbag. Los enanitos verdes
30. - Alone Together – Fall Out Boy
31. - Una Ultima Batalla – Jaime Altozano
32. - Sorry - Halsey
33. - There´S Nothing Holdin’ Me Back – Shawn Mendes
34. - Lost Boy – Troye Sivan
35. - Watching Over – Greta Van Fleet
36. - Fools Troye Sivan
37. - Sin Culpa – Duki, DrefQuila
38. -3am - Halsey
39. - Brutal – Olivia Rodrigo
40. - Por mil noches - Airbag

41. - You´Re The One Greta - Van Fleet
42. - Highway Tune - Greta Van Fleet
43. - Black Smoke Rising - Greta Van Fleet
44. - Scary Love – The Neighbourhood
45. - Nervous - The Neighbourhood
46. - Ordinary Girl – Hannah Montana
47. - House Of Memories - Panic! At The Disco
48. - Dark On Me - Starset
49. - Teen Idle – Marina
50. - Drown - Bring Me The Horizon
51. - Maps – Maroon 5
52. - Duki: Bzrp Sessions, Vol, 50 – Duki , Bizarrap
53. - I Wanna Be Yours – Artic Monkeys
54. - This Is Gospel - Panic! At The Disco
55. - Safari Song - Greta Van Fleet
56. - Flower Power - Greta Van Fleet

La teoría de JOA



Agus Grimm Pitch

Joa y Julia viven en mundos muy diferentes. Él es una estrella de rock, el cantante de la banda más aclamada del momento. Ella vive al día y trabaja por un sueldo básico para poder pagar el alquiler del minúsculo departamento que comparte con su mejor amiga.

Parecía imposible que dos caminos tan distantes se cruzaran, sin embargo, Julia nunca imaginó que iba a tener que rescatar al mismísimo Joa Keuler de la basura. Por más bizarro que parezca, esta vuelta del destino los acerca mucho más de lo que esperaban.

Ambos tendrán que luchar contra su propio pasado, sus miedos e inseguridades y desaprender las teorías que tienen sobre sí mismos para aceptar que también merecen ser amados.



AGUS GRIMM PITCH

¡Holis! Mi nombre es Agus, aunque en redes me encuentran como @agusgrimmpitch (sí, le robé el apellido a un vampiro). Actualmente estoy cursando la carrera de Comunicación Social e ingresando a la carrera de Artes de la Escritura. Desde chica amo leer, contar historias y obsesionarme con personajes ficticios. Obviamente, siempre con un mate en la mano :)

Instagram: @agusgrimmpitch

Tik tok: @agusgrimmpitch

Youtube: agusgrimmpitch

Gómez Orfila, Agustina

La teoría de Joa / Agustina Gómez Orfila. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2023.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8266-00-8

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.

CDD A863.9283



Diseño gráfico: Angelina Ciarlantini
Ilustración de tapa: Azul Herrera
Correcciones: Guadalupe Rodríguez

Edición en formato digital: febrero de 2023

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-8266-00-8

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar

Twitter: penguinlibrosar

Instagram: penguinlibrosar

Facebook: penguinaulaar

Instagram: penguinaulaar

Índice

- La teoría de Joa
- Dedicatoria
- 1. Julia
- 2. Julia
- 3. Joa
- 4. Julia
- 5. Joa
- 6. Julia
- 7. Joa
- 8. Julia
- 9. Joa
- 10. Julia
- 11. Joa
- 12. Julia
- 13. Joa
- 14. Julia
- 15. Joa
- 16. Julia
- 17. Joa
- 18. Julia
- 19. Joa
- 20. Julia
- 21. Joa
- 22. Julia
- 23. Joa
- 24. Julia
- 25. Joa
- 26. Julia
- 27. Joa
- 28. Julia
- 29. Joa
- 30. Julia
- 31. Julia
- 32. Joa
- 33. Julia
- 34. Julia
- 35. Joa
- 36. Julia
- 37. Julia
- 38. Joa
- 39. Julia
- 40. Joa

- 41. Julia
- 42. Julia
- 43. Joa
- 44. Julia
- 45. Joa
- 46. Julia
- 47. Joa
- 48. Joa
- 49. Julia
- 50. Joa
- 51. Joa
- 52. Joa
- 53. Julia
- 54. Julia
- 55. Julia
- Epílogo
- Agradecimientos
- Playlist
- Sobre este libro
- Sobre la autora
- Créditos